

Cuando el Grajo vuela Bajo

Quizás la mejor novela que
se ha escrito en el siglo XXI

Pedro Tijera

Cuando el Grajo vuela Bajo

Quizás la mejor novela que
se ha escrito en el siglo XXI

Pedro Tijera

CUANDO EL GRAJO VUELA BAJO

Mi infancia son recuerdos de la calle La Rúa, de lo que aconteció en esa calle y, por extensión, en el casco antiguo de la capital leonesa durante la década de los cincuenta. Pero para encontrar estos recuerdos tengo que rebuscar en los estancos más intrascendentes de la memoria, y cuando por fin aparecen lo hacen difuminados por ese filtro de amnesia con la que el tiempo lo va cubriendo todo, y tan solo se sostienen en mi alma gracias a la tozudez de las añoranzas más rebeldes. Sin embargo tengo un recuerdo de la niñez que regresa a mi memoria cada vez con más fuerza a medida de que van transcurriendo los años, y se me revela con tanta claridad en los sueños que, cuando despierto, me persigue la certidumbre de que apenas acaba de ocurrir.

Este recuerdo se remonta a cuando aquel atardecer ensangrentado del verano mesetario se dejó caer sobre el pueblo, y el tío Pepe metió, en el primer fardel que encontró a mano, media docena de reteles caseros y las ranas que había cazado aquella misma tarde en la Lagunilla del Caliche.

Recuerdo muy bien que el zaguán apenas había comenzado a cubrirse de morado con la sombra del ocaso cuando el tío Pepe se echó al hombro el saco donde había guardado los aparejos que usaba para pescar cangrejos. También recuerdo que yo jugaba con Canelo en la entrada. Él, con el lomo pegado al suelo de arcilla prensada y las manos recogidas a ambos lados de su diminuta cabeza, me ofrecía la barriga, anhelante, para que se la rascase. Nunca sentí demasiado aprecio por aquel chucho flaco y despeluzado, tal vez porque, con su ojo huero y sus colmillos amarillos salidos de la boca babeante, presentaba un aspecto triste y desagradable. De todas formas, y quizás al no tener nada mejor que hacer, ocupaba la mayor parte del tiempo jugando con él cuando mis padres nos llevaban al pueblo para que pasáramos el verano en casa de los abuelos.

Era consciente, desde luego, de que el tío Pepe le iba a ofrecer a mi hermano la posibilidad de acompañarle al río para pasar lo que yo interpretaba como una maravillosa noche de pesca. Para mí era lo máximo a lo que se podía aspirar en esta vida: una fantástica y excitante noche pescando cangrejos con el tío Pepe, y aunque comprendía que al sacarme tres años fuera él el elegido, sentía envidia de mi hermano y deseaba con todas mis fuerzas que le ocurriera algún percance: un dolor de barriga, por ejemplo, o cualquier otra indisposición que le inhabilitara para ir a pescar. Pero aquel atardecer ocurrió lo insólito, lo inexplicable, lo que era imposible que sucediera, tan imposible que cuando el tío Pepe exclamó con su característico tono festivo: «¡vamos Tinín, hoy te toca a ti!», a pesar de que sus palabras eran absolutamente claras y no dejaban lugar para la duda, no llegué a comprenderlas del todo, y pensé que aquel Tinín al que se refería no tenía nada que ver conmigo. Sin embargo, la voz de la abuela me sacó del atolondramiento:

—Deja en paz al niño —gritó desde la cocina— aún no tiene edad para andar a estas horas por esos andurriales.

Pero para entonces el tío Pepe ya había tomado una decisión. Así que me hizo un guiño cerrando el ojo derecho, y le contestó sabiendo de antemano cual iba a ser la respuesta: «Déjele madre, ya está grande». Al rato mi abuela emitió un gruñido de asentimiento.

Canelo nos seguía a un trecho, voluntariamente distraído, recogiendo con su fino olfato los olores que, junto al dolondón de los cencerros de un ganado menor que se recogía, nos traían los vientos gallegos premonitorios, sin duda, de una noche más fresca de lo que se podía inferir mirando el calendario. El tío Pepe se quitó la chaqueta y me la ofreció:

—Tendrás que ponértela —dijo—. En todos mis años, que son muchos, de andar por estas riberas del río no he sido capaz de descifrar el motivo, pero puedo asegurarte que los alisios, además de ser desfavorables para la pesca del cangrejo, siempre vienen cargados de frío.

Me puse la chaqueta, que me daba por las corvas, y le seguí imbuido por esa alegría dulce y alborozada que uno siente cuando es completamente feliz.

Delante teníamos el soto previo a la presa de la fábrica de harinas, gigante y espeso, y con tanta vida que se diría que respiraba, y que justo en aquel momento se encontraba embovedado por los últimos rayos de un sol grande que, al acostarse tras el plantío, lo iba tiñendo de imprecisas claridades rojas, moradas, verdes y malvas, mientras que un horizonte de grillos incansables daba la bienvenida a la luna redonda y plena, que nos miraba desde el cielo inmenso, riéndose.

El tío Pepe se detuvo frente a una multitud de lucecitas que chisporroteaban ante los primeros chopos. Eran luciérnagas. Recogió unas cuantas y me las puso sobre los hombros.

—De esta forma, —afirmó— así emigres a un país lejano, así te escondas debajo de la tierra, siempre sabré donde encontrarte.

Una de las creencias que habían arraigado en el pueblo en calidad de dogma irrefutable, era la de que los nacidos durante la guerra (bien fuera por hambre, falta, desnutrición o miseria continuada), sufrían la desventaja de haber crecido raquíuticos y desmejorados, y era corriente por aquellos tiempos asegurar que muchos de ellos, maltratados por tanta calamidad, no habían alcanzado la talla que les correspondía por genética. Pero a pesar de pertenecer a esa generación, el tío Pepe era buen mozo, aunque resultaba parco en carnes. Tenía la cabeza ancha, e intentaba disimular una tonsura natural y prematura que le interesaba lo más del occipucio, calándose una boina de borra negra que no se quitaba ni para dormir. Bajo sus ojos grandes y marrones destacaban una nariz semita y una boca pequeña de labios finos y pálidos. Singularidades estas que según el decir de los estudiosos del carácter evidencian ingenio y malicia, y en él se cumplía esta teoría, pues era un

fabulador inagotable con una imaginación sin límites y una capacidad de invención asombrosa. Su verba fácil y su inquebrantable vocación pedagógica le habían proporcionado menos reconocimientos de los que se merecía. Sin embargo, todos en el pueblo celebraban su facilidad para articular historias.

Cuando acudía a alguna de las tabernas del pueblo —algo que se repetía con frecuencia, pues el vino le tenía puestos grilletes a la voluntad—, todos se aprestaban de inmediato a escuchar sus cuentos y poesías, y aunque era inevitable que a lo largo del tiempo se repitiera en sus narraciones, era tal su capacidad para maquillarlas y volverlas como si fueran reversibles, dotándolas de giros nuevos y cambiando los personajes y los lugares donde se desarrollaba la acción, que cada vez que las contaba parecían inéditas, y todos se holgaban y las festejaban con ruidosos aplausos como si se tratara de la primera vez que las escucharan, a pesar de que se las sabían de memoria. Nada le gustaba más que la declamación, y en cuanto comenzaba a recitar *La Desesperación* con su voz rotunda y clara, los parroquianos presentes levantaban los brazos sobre sus cabezas fingiendo empuñar un mazo, y cuando el tío Pepe gritaba: «¡Y allí un sepulturero de tétrica mirada, con mano despiadada, los cráneos machacar!» bajaban los brazos al unísono simulando golpear contra el suelo con el mazo fingido.

Por todo ello, en el pueblo siempre lo tuvieron por ocurrente, y se había extendido el convencimiento de que poseía el talento necesario para relacionar con sabiduría los sucesos, y así crear grandes historias.

Cuando nos acercábamos a la pasarela de madera que, salvando la presa, sigue el camino del puente de Villarroañe, el tío Pepe se detuvo y adoptó aquel rictus malicioso que no podía evitar cuando se disponía a comenzar una de sus narraciones y, en el alarmante murmullo del ocaso, dio comienzo a un relato que aún hoy, después de tantos años, y sin saber cuánto tiene de histórico y cuánto de fabulación, se mantiene en mi memoria como si me lo hubieran impreso a fuego, y que voy a intentar transcribir con tanta fidelidad como me sea posible, procurando no faltar un punto a lo que él me contó del mismo.

—¿Ves los restos de ese puente que el Esla se llevó hace ya dos años y que, por el camino que lleva, pasarán otros cien sin que lo vuelvan a levantar? —me preguntó señalando con el índice hacia las ruinas que emergían sobre las aguas del río. Miré a través de la penumbra del ocaso hacia el lugar que me

indicaba y, a pesar de que siquiera se podía presentir la ubicación original del puente, asentí con la cabeza.

—Pues por ese puente —continuó— llegó al pueblo Patricio y el Saco. —El tío Pepe no detuvo su narración mientras amarraba las ranas en las plomadas de los reteles. Se frotó la frente con la yema del índice, y continuó:

—Era uno de los tantos muchachos que vagabundearon pidiendo limosna después de la guerra, pero él estaba afectado por un inconveniente adicional, pues era tardo en las entendederas. Interrumpió el relato mientras introducía los reteles en el agua ayudado por una horqueta de avellano, y antes de proseguir se agarró el lóbulo de la oreja izquierda con el índice y el pulgar de la mano derecha:

—La mala fortuna hizo que Patricio y el Saco llegara a la casa de los abuelos en el preciso instante en el que se había escapado una gallina, y la abuela corría detrás de ella cimbreando en lo alto una vara de guindo con la intención de volverla al corral. La gallina, sintiendo el peligro de la vara, corría desorientada realizando pequeños vuelos hasta que, en uno de estos, vino a aterrizar a los pies de Patricio y el Saco. Fue entonces cuando la abuela reparó en aquella figura alargada y descompuesta, y no pudo reprimir un grito: <<¡Al ladrón, al ladrón!>>, repetía en un histerismo convulso mientras seguía blandiendo sobre su cabeza la vara de guindo.

Al oír las voces, el abuelo dejó la silla que estaba terminando y salió corriendo de la carpintería —que ocupaba dos cuartos de la casa— con un formón en la mano izquierda y un martillo en la derecha, y se quedó boquiabierto mirando y volviendo a mirar hacia aquella figura estafalaria que le pareció la más grotesca y extraña que había tenido la oportunidad de haber visto en su vida. Se trataba de un zangolotino vestido con un gabán ajironado que, si de origen fue beige, para entonces podía pasar por marrón o, incluso, por negro, y que por fuerza tuvo que ser de alguien mucho más alto que él, pues los faldones le bajaban hasta los calcañares. Mirándole a los pies se echaba a ojo que las botas militares que calzaba eran, al menos, tres números más pequeñas de lo que necesitaba, problema que había resuelto de industria al haberles cortado las punteras como remedio final a la falta de espacio. Se tocaba con un verdugo de lana azul arremangado por encima de las orejas, lo que se podía interpretar como cosa de locos si se tenía en cuenta el calor

achicharrante que transmitía aquella mañana de julio. También llamaban la atención sus ojos saltones de sapo, sobre todo en aquel momento, pues parecían querer salirse de las cuencas debido al terror que sentía viendo enfrente a la abuela cimbreando por encima de la cabeza la vara de guindo mientras profería aquellos gritos histéricos. Aunque lo que en realidad sobresalía de aquel muchacho era un enorme saco de arpillera que llevaba colgado a la espalda agarrado por la boca fruncida con la mano derecha pero, como se pudo comprobar a lo largo de su estancia en el pueblo, Patricio y su saco eran un todo indiviso. Sin embargo, lo que al abuelo le pareció más gracioso de todo aquel cuadro, fue ver a la gallina metida entre el mendigo y la abuela, acurrucada y sin saber por dónde escapar.

La casa de los abuelos fue construida a las afueras del pueblo por los tiempos de la Primera República. Se asentaba en un pedregal del Cuaternario que daba al camino de Villanueva, y parecía más bien un taller de carpintería por su estructura rectangular, y la entrada olorosa a serrín húmedo y resinas sintéticas. Enfrente había un huerto donde media docena de manzanos achaparrados elevaban sus copas hacia un cielo azul turquesa apenas manchado por algunas nubes de algodón, mientras que una calina asfixiante enyesaba los dos rosales y el macizo de dalias que daban una pincelada de suavidad al paraje. El abuelo se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa.

—Pero mujer —exclamó contrariado—. ¿No ves que no es ningún ladrón, que solo es un mendigo?

—Que sí es ladrón —le contestó la abuela sin salir de su histeria y sin dejar de mover la vara de guindo—. Que quiere robarme la gallina.

—¡Qué gallina, ni qué gallina!—dijo el abuelo, ya irritado—. Anda, coge la gallina, y métela al corral. Y tú —preguntó luego con voz enojada y rotunda dirigiéndose al mendigo—. ¿Qué es lo que quieres?

A lo largo de su vida, a Patricio y el Saco le acosaron dos grandes inconvenientes que rara vez fue capaz de resolver. El más pertinaz fue siempre su aversión irracional hacia el aseo personal, el otro tenía que ver con la parálisis general que le producía el miedo. Y los gritos de la abuela, los gruñidos del abuelo y la amenaza de la vara de guindo cimbreando sobre la cabeza, habían anulado su capacidad de obrar y de pensar. Fue por eso que la pregunta lo encontró a medio camino entre la angustia y el pánico, y no tuvo el aplomo necesario para poder contestar. El abuelo, que notó de inmediato su

estancamiento, al no hallar una causa que justificase su expresión de terror, vino a colegir que el mal de aquel muchacho radicaba en su torpeza mental. Por eso le volvió a preguntar: «¿Se puede saber quién eres?»

Patricio y el Saco pareció salir por fin de aquella especie de catalepsia, respiró hondo, asió con fuerza el saco de arpillera y contestó con la voz entrecortada y gangosa, y con un punto de inflexión entre sílaba y sílaba, que era su forma habitual de hablar:

—*So-mos dos, Pa-tri-cio y el Sa-co.*

El abuelo, convencido ya de que el recién llegado padecía algún tipo de problema mental, suavizó el tono para preguntarle:

—¿Y qué te trae por aquí?

—*Pues ya ve us-ted, a-quí ve-ni-mos, po-quin a po-quin.* —

Patricio y el Saco detuvo la frase para limpiarse con el dorso de la mano unos lagrimones que le caían por las mejillas para terminar sobre la pechera del gabán. Luego, continuó—: *A pe-dir u-na li-mos-ni-na por a-mor a Dios.*

Aquella forma de hablar, aquella figura contrahecha, aquella cara amorcillada de lelo con sus ojos saltones y tiernos, aquel pánico absoluto e injustificado, aquella vestimenta impropia de la canícula, el hedor insoportable que despedía. Todo, absolutamente todo lo que estaba relacionado con el mendigo al abuelo le causaba extrañeza y asombro, pues nunca había visto ni oído ni olido nada semejante, ni tan siquiera parecido, pero lo que más le llamó la atención fue la cara que tenía de no haberse desayunado en tiempo. Se volvió a secar la frente con la manga de la camisa, y le interrogó con la mirada:

—¿Tienes hambre?

—*Si se-ñor, mu-cha*— le contestó Patricio y el Saco recuperado ya del susto— *ha-ce dos dí-as que no co-mo.*

El abuelo se giró hacia la casa:

—Mujer —gritó— ¡Mira que le puedes dar de comer a este chico!

—Néctar y ambrosía —se oyó refunfuñar a la abuela dentro de la casa, cuyos adobes amarilleaban en tonalidades verdosas con la reverberación del sol de mediodía—. Si tenemos que socorrer a todo el que llama a la puerta, vamos *apañaos*.

Luego, molesta con su propia intransigencia, trató de lavarse la conciencia, y apareció al sol con un mendrugo y un trozo de chorizo en las manos.

—Ven para acá —dijo dirigiéndose al mendigo con aspereza—. O

quiere el señor que se lo dé a la boca.

Patricio y el Saco buscó durante un buen rato el lugar donde escondía la vara, y cuando se aseguró de que no la tenía a mano, corrió hacia la abuela y, con el ansia que produce no haber metido nada al colete en dos días, trasegó el pan y el chorizo de las manos de la abuela al estómago como prestidigitador, sin que nadie se pudiera catar de la forma en que lo había hecho. Luego se quedó mirando hacia el abuelo con cara de pasmo.

—Ese hambre —aseguró la abuela— no se gana en dos días, tú llevas siglos sin comer.

—*No se-ño-ra* —le contestó Patricio y el Saco, volviéndose a secar los ojos humedecidos por unas lágrimas que querían remanecer—. *Tan so-lo han sido dos dí-as, que los lle-vo bien en cuen-ta.* Luego se quedó pensando, pues necesitaba mucho tiempo para saltar de una idea a otra. Al rato preguntó:

—*¿Me po-drí-an dar un po-quin de a-gua por a-mor a Dios?*

Era un mediodía de los calurosos de aquel julio de 1943 y aún resonaba, en la memoria colectiva, el eco de los últimos cañonazos de la guerra —sin duda el episodio más cruel de toda nuestra historia en común—, pues la miseria y el hambre, que son grandes atronadoras del cuerpo y del alma, hacían la réplica de aquella monstruosidad en la que derivó la sinrazón en la que cayeron los hermanos de las *dos Españas*. Eran tiempos difíciles para todos, sin duda, y aunque la cara de pasmo de Patricio y el Saco movía a compasión, el abuelo necesitaba trabajar para ganarse la vida. Por eso, cuando el mendigo apuró la jarra de agua que le ofreció la abuela, se deshizo de él usando la misma brusquedad con la que acostumbraba zanjar todos los asuntos que le resultaban enojosos. Lo miró como si le estuviera tomando medidas para hacerle un traje, y dijo:

—¡Hala, ya llevas demasiado tiempo aquí, así que con Dios!

Patricio y el Saco lo miró un instante con un destello de incertidumbre en sus ojos de sapo, como si no hubiera entendido lo que le habían dicho, pero al cabo reaccionó:

—*A-quí nos va-mos* —dijo—. *Po-quin a po-quin.*

Y sin añadir palabra alguna, asió con fuerza el saco que llevaba a la espalda, se giró en redondo, tomó camino hacia la carretera y, al llegar a ésta, se dirigió hacia las estaciones.

Apenas había andado cuatrocientos metros cuando divisó, a la izquierda de la pista de piedra machacada, una pomarada que en apariencia no estaba vigilada, y no pudo evitar la tentación de aventurarse en ella, más por satisfacer su curiosidad que por coger manzanas, pues sabía que estos frutos no alcanzan su punto de maduración hasta últimos de septiembre. El huerto era propiedad de Felipe Palacios el Pachón —sobrenombre que hacía referencia a su complexión fuerte, y a que era orejón y paticorto—.

Felipe Palacios el Pachón, misógino empedernido por convicción y de una crueldad deshumanizada sin parangón en el pueblo, tenía fama de ser celoso en extremo de sus árboles, debido a que estando la fruta en sazón no se despegaba de ellos ni de noche ni de día, y hacía guardia perenne por todo el huerto con su escopeta de sal a la bandolera. Así que no necesitaba para proteger los frutos ni valla ni cerca, y mientras los demás huertos de la zona sufrían los ataques de los tordos y las picazas, el del Pachón, gracias a su vigilancia espartana, se veía libre de las agresiones de estas aves o de cualquier otro intruso, de lo que se sentía muy orgulloso, y siempre que venía a cuento, y la mayoría de las veces sin que existiera motivo para ello, cantaba, ufano, una coplilla que él mismo había compuesto, y que decía así: <<*El que entra en mi huerto, ya sea por aire, por tierra o por mar, tiritito de sal*>>. Por eso, cuando pasaba por el pueblo sobre su mula asmática, todos dejaban en suspenso lo que estaban haciendo, y poniendo las manos a ambos lados de la boca a forma de altavoz, gritaban: «¡Pachón, tiritito de sal!»

Quisieron los malos hados que por aquellas fechas estuvieran madurando una media docena de cerezos tardíos que se encontraban en el fondo del huerto, y que daban unas cerezas llamadas de cojón de fraile, que además de significarse por su gran tamaño, se distinguen del resto por tener la carne dulce como el caramelo, por lo que son muy apreciadas. En el tiempo que duraba su maduración, el Pachón vivía y moría agazapado debajo de los cerezos, con la escopeta cargada, y dispuesto a disparar a todo lo que se moviera, aunque fuera el mismísimo *lucero del alba*.

A pesar de estar convencido de que las manzanas aún no podían haber

entrado en sazón, Patricio y el Saco se dispuso a tentar alguna por si sus cálculos apreciativos sobre la fecha en la que maduran estos frutos fueran erróneos, sin tomarse la molestia de cerciorarse de que no andaba en compañía. Y más le hubiese valido habérsela tomado, pues el Pachón lo venía observado desde que se acercara por la carretera y, cuando lo vio entrar al huerto, se previno detrás de un manzano apoyando la culata de la escopeta en el hombro con la intención de usarla, mientras observaba las maniobras que realizaba el que para sí tenía como salteador de cerezos, y antes de que Patricio y el Saco hubiera tentado la primera manzana, y sin previo aviso ni tiempo para decirle, tan siquiera <<que bonitos ojos tienes>>, le descerrajó un tiro de sal que, atravesándole el gabán, fue a interesarle las posaderas. Cuándo Patricio y el Saco sintió el escozor que le produjeron los perdigones de sal en las nalgas, y sin ganas de pedir explicación de ningún tipo, echó a correr carretera adelante como alma que lleva el Diablo sin elegir dirección ni destino y, cuando se vino a dar cuenta, estaba frente a la estación de la RENFE con el corazón saliéndosele por la boca, los glúteos en carne viva y los ojos de sapo vomitando unos lagrimones como puños. Por el contrario, el Pachón continuaba en su empeño de vigilar el huerto, sin darle importancia alguna al dolor que pudiera estar sufriendo aquel pobre muchacho, mientras cantaba orgulloso la coplilla que tanta gracia le hacía, y que maldita la gracia que tenía.

La estación de la RENFE, bulliciosa y ajetreada casi siempre ya que el pueblo era un nudo ferroviario de cierta relevancia a nivel nacional, aquella mañana se encontraba especialmente animada al ser día de feria. Por ella transitaba toda clase de gentes: vendedores del mercado que se recogían, muchos de ellos con las jaulas y sacos vacíos, señal inequívoca de que la mañana había sido fructífera para sus intereses; compradores cargados con todo tipo de mercaderías; viajeros que tan solo habían bajado a los andenes a estirar las piernas hasta el momento en el que su tren reanudara el viaje; ferroviarios que se desplazaban de un lugar a otro dando la impresión de que ni ellos mismos sabían lo que estaban haciendo, y ociosos en general que usaban la estación como centro de reuniones. Parecía que aquella mañana de bochorno medio mundo se había congregado en ella, y la sensación de algarabía, alboroto y atropello parecía tangible, sobre todo si se miraba desde la zona norte, que era el lugar donde se encontraba Patricio y el Saco. Así que, cuando el escozor que le producía la sal en el trasero fue bajando de

intensidad y comenzó a sosegar, se quedó pasmado sin poder mover los pies del sitio y sin dar crédito al espectáculo, inédito para él, que suponía todo aquel enredo de vías, vagones, tinglados, muelles, depósitos, hangares y demás elementos que conformaban la estación. Todo lo miraba y todo le parecía inaudito, y se frotaba los ojos como dudando de que aquella visión fuera real, y no fruto de su imaginación.

Sin embargo, pasados los primeros momentos de admiración y aturdimiento, tomó consciencia de la realidad, y tal como tenía programado en su lento cerebro, convino en pensar que aquella era una magnífica ocasión para ejercer su profesión, que no era otra que la de pedir. Y resolvió entonces encaminar sus pasos hacia el andén principal, que estaba situado al sur y que, además, era donde se concentraba la mayor parte de la muchedumbre que abarrotaba la estación, por lo que necesitaba cruzar todas las vías, que en aquella parte eran hasta nueve. Dudó durante un buen rato sobre cuál sería el mejor camino para vadearlas, hasta que se decidió por una de las dos calzadas existentes al efecto pero, al no estar acostumbrado a los hábitos ferroviarios, no tomó precaución alguna, y estuvo a punto de ser atropellado por una locomotora que hacía maniobras para estacionarse en uno de los andenes. Y si le dio tiempo a esquivarla no fue gracias a sus reflejos, que eran escasos, sino porque la máquina circulaba a poca velocidad. Al borde del infarto por lo cerca que había estado de llevarse por delante a aquel muchacho, el maquinista saltó al suelo sin que la locomotora se hubiese detenido del todo, y corrió hacia Patricio y el Saco gesticulando con el puño alzado y dando grandes voces: —¡Pero se puede saber de dónde sales! —gritaba con el rostro desencajado— ¿Es que no te has dado cuenta de que he podido matarte?

Al ver a aquella especie de basilisco corriendo hacia él, con el puño amenazante en lo alto y dando aquellos gritos, Patricio y el Saco llegó a la conclusión de que lo más conveniente era largarse de allí lo antes posible. Así que echó a correr desorientado a través de las vías, sin percatarse de que un tren estaba maniobrando para salir de la estación, y fue a darse contra un tubo que sobresalía del ancho de la locomotora, y aunque apenas llegó a rozarle, se cayó al suelo y se hizo una pequeña brecha al golpear con la frente sobre uno de los rieles. Hay quienes aseguran que la sangre es el fluido más escandaloso, y puede que no les falte razón, pues a pesar de que la herida era superficial, manaba la sangre suficiente como para que se produjera una gran

alarma entre los testigos, y antes de poder darse cuenta, Patricio y el Saco se encontraba rodeado por una multitud abigarrada que se interesada por conocer las consecuencias del accidente.

De entre el gentío se destacó la figura de una señora madura vestida de muselina blanca con cinturón y ribetes celestes que, a pesar de sus años, estaba de muy buen ver. Era viajera de uno de los trenes que se encontraban parados en la estación, y se había apeado del convoy huyendo de la asfixia que colmaba los vagones. Se aproximó al herido sin otra intención que la de limpiarle la sangre con un pañuelo de lino que sacó del bolso de mano, pero al acercarse no pudo reprimir un gesto de repugnancia porque el hedor que exhalaba Patricio y el Saco se le hizo insoportable. Así que le dio el pañuelo a la doncella que le hacía compañía en el viaje, para que fuera ella quién cortara aquella hemorragia que, a pesar de su insignificancia, parecía no tener fin. Sin embargo, la criada apenas tuvo que presionar sobre la herida para que el pequeño manadero de sangre detuviera su flujo.

A pesar del bloqueo que le produjo verse rodeado por tan desafortada aglomeración y de que el golpe le había producido una punta de dolor en la cabeza, Patricio y el Saco, que se encontraba sentado sobre las vías con el saco bien agarrado sobre el hombro, llegó a la conclusión de que a lo largo de su vida no había tenido ocasión tan propicia para ejercer su profesión. Así que, dando un matiz lastimero a su voz, ya de natural lastimera, pronunció su frase preferida:

—¿Me dan u-na li-mos-ni-na, por a-mor a Dios?

La señora del pañuelo, congestionada por el calor que inundaba la estación, sacó una perra gorda del monedero y, sin acercarse demasiado, la echó en la mano extendida del mendigo.

—Pobre hombre —dijo conmovida—. Se está muriendo, y aún le quedan ganas de pedir. Es posible que frase fuera más frívola que compasiva, y probablemente no encajaba ni con la circunstancia ni con el momento en el que se hallaban, pero tuvo la virtud de hacer de catalizador sobre las conciencias del gentío que rodeaba al mendigo, y logró ablandar unos corazones que si no de pedernal, al menos eran de piedra pómez y, a

regañadientes, y algunos hasta con sudores fríos, fueron depositando en la mano de Patricio y el Saco, que observaba el acontecimiento con cara de no dar crédito, una lluvia de perrinas y perronas que, al no caber en el cuenco de la mano, terminaron desparramándose por el suelo.

A excepción de su profuso tráfico ferroviario, el pueblo no tenía nada que lo distinguiera de cualquier otro de los que Patricio y el Saco había recorrido a lo largo de su corta vida, pero aquella recolección prodigiosa de dinero le hizo pensar que había llegado a la tierra prometida, aunque no le faltó tiempo para comprobar que más que prometida, aquella era una población inhóspita y hostil.

Recogió el dinero sin contarlo, entre otras cosas porque no sabía contar, aunque intuía que había recolectado más del que nunca hubiera podido imaginar, y lo metió al bolsillo del gabán —el dinero era la única cosa que no guardaba en el saco—. Luego, con la dificultad propia del que acaba de tener un encontronazo con el tren, se levantó del suelo ayudado por un hombre que le tendió la mano. Desde luego que estaba magullado y dolorido por todas partes, pero el dinero, que es fuente de alegría cuando se tiene y de tristeza y pesadumbre cuando se carece de él, le había infundido tal entusiasmo que llegó a contemplar el mundo con un optimismo que no se compadecía con su carácter propenso a la melancolía y el desánimo.

Unos porque su tren estaba a punto de salir y la mayoría porque tenían mejores cosas que hacer, poco a poco, todos los que rodeaban a Patricio y el Saco se fueron alejando de él. Todos, a excepción de los Lecheros, una cuadrilla de mozos a los que si se les conocía con ese nombre, los Lecheros, no era porque vendieran leche, sino porque constituían un grupo de gamberros incívicos y recalcitrantes, que por el simple hecho de que sus padres eran las personas más ricas e influyentes del pueblo estaban convencidos de que podían hacer tantas gamberradas como se les pasara por la cabeza o molestar a todo aquel que les viniera en gana, y se pasaban lo más del día haciendo leche de la gente.

Y Patricio y el Saco hubiera salido mejor parado estando solo que en compañía de aquellos cafres, pues en cuanto se vieron a solas con el mendigo, a los Lecheros les afloró su vena camorrista, y consideraron que se les presentaba una ocasión pintiparada para poner en práctica una de sus famosas

gamberradas. Y es que Ulpiano, al que llamaban el Ceremonioso, y que además de ser el hijo del Alcalde, era el hijo de puta más grande de entre todos los hijos de puta que comieron alguna vez pan en toda la provincia, y que capitaneaba aquella cuadrilla de desalmados, no digería bien a los mendigos, y apenas llegaba alguien al pueblo con la intención de pedir, cuando los Lecheros lo agarraban de brazos y piernas levantándolo en vilo sobre sus cabezas, y dando bandazos de izquierda a derecha como si portasen un paso de procesión, lo llevaban hasta el puente del río y, supiera o no supiera nadar, lo lanzaban al agua desde lo más alto mientras recitaban una jaculatoria irreverente que tenían compuesta al efecto.

—Este muchacho hiede más de lo que ha menester a la ocasión en la que por nuestros pecados nos encontramos. —dijo el Ceremonioso ahuecando la voz para dar un punto de solemnidad a sus palabras— Por su bien y por el bien de la higiene municipal, se hace imprescindible que lo llevemos al río y allí, después de jabonarlo y estregar su epidermis con el estropajo que más a mano encontremos, purificaremos su alma y su cuerpo con el agua sagrada del Esla.

A Gabriel, que era el hijo del teniente (comandante de puesto y jefe de línea) de la Guardia Civil, pensando que ya era la hora de comer, que hacía un calor insoportable y que el río estaba distante, no le pareció bien la idea del Ceremonioso.

—Es demasiado tarde —dijo— y en ninguna parte está escrito que nuestra obligación de purificar a este despojo humano no la podamos llevar a cabo en el propio lavadero.

El rostro del Ceremonioso era de una fealdad inquietante, que tan solo prolongaba la maldad que escondía su corazón. Reflexionó un instante con los ojos cerrados puestos hacia el sol. Luego, adoptando una pose de máxima dignidad, convino en que las palabras de Gabriel eran sabias: —Cierto es, amigos míos, —dijo con una especie de pomposidad mal calcula en la voz— que no hay nada en este mundo que limpie y descontamine de igual manera que lo hacen las aguas sagradas del Esla, pero en la situación en la que nos hallamos, estoy convencido de que las del lavadero surtirán el mismo efecto, y si iba a salir puro y sin mácula alguna del río, no lo hará menos de aquí, pues personalmente me encargaré de restregarle la piel hasta dejársela como un

jaspe. Así que, tal como establecen las normas de nuestra santa hermandad, y con el recogimiento y esmero que requiere el momento histórico en el que nos encontramos, asir a este pecador y conducirlo, en retiro y sosiego, al lugar de purificación.

Esta orden no se la dio a ningún sordo, sino a quienes tenían los oídos dispuestos a escucharla y el espíritu listo para ejecutarla. Así que el grueso de la pandilla la recibió con tanto agrado que, sin entrar a valorar la conveniencia del acto, y siguiendo el ritual procesionario, llevaron al mendigo en volandas hasta el lavadero municipal, que estaba situado en el centro de la plaza de las Estaciones que, aunque este era su nombre oficial, todo el mundo la conocía como la plaza del Charango pues, a pesar de que su lado norte lo conformaba la estación de RENFE, el lateral este, que era el de mayor recorrido, lo ocupaba la estación donde paraba lo más parecido a un ferrocarril de vía estrecha, pero que en realidad no era más que un convoy primitivo tirado por una locomotora de vapor que contaba tan solo con cuarenta caballos de potencia, y que era conocido a lo largo de su trayecto como <<el Tren Burra>>, pero que en el pueblo, buscando quizá un término menos despectivo, se le nombró siempre con el apelativo de «el Charango».

Esta plaza, que era el centro neurálgico, pues en ella, además de las dos estaciones, confluían la mayor parte de las fondas, tiendas y bares del pueblo, y albergaba el mercado municipal todos los martes, fue testigo mudo de cierta historia de amor que, de haber tenido noticia de ella Shakespeare o Rojas, algo cronológicamente imposible, quizá estaría haciéndole sombra a novelas tan prestigiosas como *Romeo y Julieta* o *La Celestina*.

Sucedió que un joven que atendía al nombre de José Ignacio, sobrino del Pachón e hijo del carnicero con más solvencia del pueblo, entró en amores con una soltera vieja —por aquel entonces si una mujer continuaba célibe llegando a los treinta, como era el caso, de forma automática y sin otro mérito, se le atribuía el título de soltera vieja—. Aurelia Rabadán, que así se llamaba la dama, había dejado sus años mozos entre los muros de un convento de clausura en la capital de la provincia y, a la muerte de sus padres, los cuales pasaban por poseer la fortuna más importante de toda la comarca y que, por una de esas casualidades inverosímiles que tiene la vida, fallecieron el mismo día con apenas dos horas de diferencia, se vio en la necesidad de abandonar, de forma provisional, su reclusión “involuntaria” al objeto de atender los asuntos del funeral y de la herencia, debido a que era hija única.

Como Aurelia Rabadán era lega en cuestiones mundanas, y como en el convento, y sin que existiera motivo para ello, le habían colgado el sambenito de ser algo zote, al estar la madre superiora al corriente de la gran fortuna que le correspondía heredar, para prevenir una deserción inoportuna, pues conocía las debilidades de la carne, le puso carabina en esta su primera salida de la clausura, y lo hizo en la persona de sor Sulpicio, la cual había sido cocinera antes que monja y conocía de primera mano lo que se guisaba en los fogones de la vida.

Sin viáticos ni equipaje y pertrechadas tan solo con su fe en Cristo, sus rosarios de cuentas vidriadas y sus minúsculos breviarios, las dos monjas cruzaron el rastrillo de hierro de la clausura y salieron a la calle con el rumbo muy bien trazado y con la urgencia del que afronta un funeral. Tomaron Rúa

arriba sin titubeo alguno hasta llegar al Jardín de las Palomas, lo cruzaron para situarse en la Plaza de Santo Domingo y, desde allí, se dirigieron a Guzmán el Bueno a través de Ordoño II, cruzaron el puente del Bernesga y se encaminaron finalmente a la estación de la RENFE, donde tomaron el tren que, en apenas media hora, las condujo hasta el pueblo. Cuando la locomotora inició su marcha, Aurelia Rabadán se acordó de que habían pasado exactamente dieciocho años desde que hizo ese mismo trayecto, pero en sentido contrario. En efecto, apenas había cumplido los doce cuando doña Elvira, que así se llamaba su difunta “madre” —por alguna circunstancia que a lo largo de su vida Aurelia Rabadán no fue capaz de descifrar— la recluyó en el convento de monjas de la capital leonesa situado al principio de la calle la Rúa entrando por San Francisco, justo enfrente de la travesía Portamonedas y, desde entonces, aquel era el primer día en el que sus ojos vieron otra cosa que no fueran los muros de la abadía. Por alguna razón que no lograba comprender, se sentía excitada y con una percepción de su propio albedrío que no se correspondía a todo lo vivido hasta entonces y, además, no sentía dolor alguno por la pérdida de sus padres. Al contrario, en aquellos momentos experimentaba la sensación de libertad que sus instintos habían estado buscando a lo largo de los últimos años, aunque a medida de que el tren se acercaba al pueblo iba quedándole en el alma un sedimento de culpa que no lograba disolver.

Casi sesenta años antes, Aurelio Rabadán fue rechazado por la chica en la que tenía puestos sus ojos desde siempre: Elvirita Patiño. En realidad Elvirita era la hija única de don Cosme Patiño, gran hacendado y dueño de la fábrica de harinas del pueblo, y Aurelio Rabadán no era más que uno de los tantos criados de la casa de los Patiño. Ese mismo día, con apenas dieciocho años, y tan solo por despecho, tomó la decisión de probar a hacer las Américas.

Tenía noticias de que en el puerto de Vigo permanecía atracado un buque que, según las previsiones, debía zarpar rumbo a Cuba en apenas una semana. Así que juntó todo el dinero que pudo y, sin pensárselo dos veces, cogió un tren para Vigo donde se enroló, en calidad de marmitón, ya que no tenía dineros suficientes para pagarse el pasaje, en el barco con destino a La Habana. Cuando el transatlántico tomó la derrota americana Aurelio Rabadán juró que no descansaría hasta hacerse con el dinero suficiente como para que

nunca nadie le pudiera rechazar por pobre y, con esta determinación, poco le importó que uno de los ayudantes del jefe de cocina le tratara como a un auténtico perro, ni que una colosal borrasca, que se declaró al día siguiente de zarpar y que bamboleaba el barco como si se tratara de una cáscara de nuez, le hiciera vomitar hasta la primera papilla que le dio su madre. Tampoco le importó un innumerable cúmulo de pequeños contratiempos que tuvo que sortear a lo largo de la travesía. La miseria, de la misma forma que se ensañó con él desde el día en que nació, le endureció el carácter hasta hacérselo de acero, por lo que aguantó todas aquellas malas experiencias, preludio de las que tuvo que soportar durante los primeros años en aquella tierra tan lejana y habitada por personas cuyas costumbres no tenían nada que ver con las suyas, con un estoicismo impropio de su edad.

Transcurridos veinticuatro años, ocho meses y cinco días desde que el barco tomara rumbo a Cuba, Aurelio Rabadán se apeó en la estación del pueblo. La nevada de la noche anterior había hermoñado las calles, los tejados y la torre de la iglesia con un armiño digno de las postales que vendía el Padre Javier por las calles del centro de León en vísperas de Navidad con el fin de paliar el hambre de los pobres de la parroquia de San Francisco durante los días en los que se conmemora el nacimiento del Niño Dios. Los dos criados mulatos que había traído consigo junto a la colosal fortuna que consiguió amasar a base de trabajar como un mulo durante los veinticuatro años que permaneció en Cuba, se quedaron literalmente helados, no tanto por la belleza irrevocable de la nieve sobre el pueblo, sino por el frío intenso que traían los vientos del norte que era capaz, tras atravesar el músculo, de traspasar el hueso hasta llegar al mismísimo tuétano y, si hubieran tenido la posibilidad de volverse a su querido Caribe, siquiera hubieran dudado un segundo en hacerlo.

En cumplimiento del juramento que se hizo cuando el barco se alejaba del puerto de Vigo, durante los primeros años de su estancia en América, Aurelio Rabadán no rechazó ningún trabajo por duro o desagradable que pudiera parecer, y fue por ese mismo juramento por lo que si se le quería encontrar había que buscarlo donde hubiera un real para ganar. Más tarde, cuando a base de una voluntad impregnada de un pragmatismo irreconciliable con cualquier forma de desaliento, y de una disciplina espartana, casi enfermiza, que parecía no tener nada que ver con este mundo y a la que se

sometió de forma voluntaria, llegó a acumular una estimable cantidad de dinero, entró, por una de esas casualidades que tiene la vida, en los negocios de la caña, y ayudado de su diligencia inquebrantable, de mucho esfuerzo y de la ausencia más absoluta de escrúpulos, consiguió amasar una colosal fortuna. Fue por eso que, en 1892, cuando José Martí fundó el Partido Revolucionario de Cuba, al verse rico y próspero y sintiendo que había cumplido de sobra con su juramento, tuvo la clarividencia de barruntar el alzamiento de 1895 y posterior independencia de Cuba por lo que, adelantándose a los acontecimientos, se convenció de que no tenía ninguna necesidad de vivir la incertidumbre de no saber a manos de quién podría llegar a parar la gran fortuna que tanto esfuerzo le había costado conseguir. De manera que, tocado del natural deseo que todos los indianos han tenido a lo largo de la historia de volver a su tierra y, sobre todo, movido por su obsesión de mostrar a todos aquellos que antaño le habían humillado su capacidad para conseguir una posición privilegiada en la vida, remató todos sus negocios en la isla, amontonó todo su dinero en un mismo banco, y puso rumbo al pueblo con ínfulas de gran potentado y ánimo de revancha.

Por eso cuando, después de salir de la estación, desembocó en la plaza del Charango custodiado por los dos mulatos que cargaban, arrecidos, con los cuantiosos baúles del equipaje, lo primero que hizo fue mirar hacia el magnífico edificio donde vivía la que años atrás le había roto el corazón. Se trataba de una casa solariega de estilo renacentista con dos pisos, antigua residencia condal, que no solo se distinguía de los otros edificios de la plaza por estar construida por completo en sillar bizantino, sino que su pórtico de columnas jónicas rematado con una gran cruz de alabastro que se elevaba sobre el cielo turquesa, hubiera sobresalido en cualquier calle de cualquier ciudad monumental de Europa. En realidad la casa solariega estaba compuesta por dos edificios separados por un patio interior parecido al claustro de una abadía, con una gran pérgola de lilas centenarias en el centro protegida del resplandor de mediodía por una hilera de castaños pilongos. El edificio principal, que constituía la residencia de los Patiño, tenía todos sus dormitorios amplios y bien ventilados, los que daban al oeste con ventanas hacia el patio y los que daban al este con balcones sobre el pórtico y vistas hacia la plaza del Charango. El edificio de atrás o de servicio, también tenía dos plantas, la de abajo con hangares y cuadras, mientras que la de arriba albergaba al personal que estaba al servicio de la hacienda.

Y en aquel preciso instante, extasiado por la magnificencia del edificio, Aurelio Rabadán tomó la determinación de que su primer y, por el momento, único objetivo, tenía que ser hacerse a toda costa con la propiedad de aquella mansión.

Dinero, desde luego, tenía para ello, y el rencor que sentía hacia todos los que le habían humillado con anterioridad a su periplo cubano, tan solo era comparable a su gran fortuna y a su prodigiosa memoria. Y fue este rencor el que lo llevó a tomar la decisión de establecer su cuartel general en la pensión del Rey Mauregato, la cual estaba separada de la casa de los Patiño por un angosto pasaje que desembocaba en la plaza del Ayuntamiento. Antes de enrolarse en su aventura americana, había sido maltratado en diversas ocasiones por su propietario, un astorgano necio y sin escrúpulos amigo de humillar a todo aquel que se encontrara desvalido. Así que ordenó a los mulatos que llevaran los baúles hasta la pensión con la intención de tomarse cumplida venganza de las antiguas vejaciones. No hubo menester para ello, pues el astorgano había fallecido algunos años antes y en aquellos momentos regentaba la pensión un sobrino suyo, Eligio Benavides, que a la muerte de su tío se había hecho cargo de ella, y que era un hombre comedido y de buen talante. A pesar del chasco que supuso para el indiano no poder resarcirse de las afrentas pasadas, decidió hospedarse en esa misma pensión y, sin haber pasado mucho tiempo, estableció una vía de amistad con el hostelero.

Y fue a través de Eligio Benavides como se enteró de que la familia Patiño atravesaba por una situación económica insostenible. Así era, don Cosme Patiño cometió la gran estupidez de dejar los negocios en manos de su yerno, un caza-fortunas hijo de un aristócrata madrileño venido a menos, que no se había casado con Elvirita Patiño porque sintiera ningún amor hacia ella, sino por el patrimonio que atesoraba su padre y que, después de dilapidar la fortuna de la familia, que pasaba por ser la más fuerte y sólida de toda la comarca y de las más importantes de la provincia, dejándola en la más absoluta de las ruinas a base de realizar inversiones arriesgadas, huyó al toque de botasilla sin que, desde entonces, su mujer hubiera tenido alguna noticia suya. Al intentar salir de la bancarrota, don Cosme Patiño se empeñó en tomar prestado de un banco de renombre nacional, falsificando documentos relativos a la valoración de los bienes que avalaban la operación crediticia, y en aquellos momentos se encontraba procesado por un delito de estafa y

acosado por la amenaza de una más que probable resolución judicial en la que iba a ser condenado a la pena de ingreso en prisión en el supuesto de que, en un tiempo inferior a tres meses, no fuera capaz de resarcir al banco del perjuicio que le había causado.

En el ámbito de las poblaciones pequeñas no hay forastero que pase desapercibido ni secreto que se pueda conservar por mucho tiempo, y en aquel pueblo dejado de la mano de Dios no iba a ser de otra manera. En los bares, en las tiendas, en las casas, en todas partes se hacían cábalas sobre la identidad de aquel supuesto caballero que traía a su servicio dos criados mulatos —era la primera vez que se veían gentes de color en el pueblo— y que, además, hacía ostentación de poseer una gran fortuna. La incertidumbre y las ganas de aclarar la procedencia de aquel hombre llegaron a tal extremo que el alcalde, hastiado del rumor colectivo, habló con el sargento de la Guardia Civil instándole a que identificara al recién llegado para así poner fin a tanta especulación. El sargento Gutiérrez recibió la orden sin entender del todo el motivo de su obligada intervención en asuntos que no eran específicos de su ministerio. Así que ofuscado como estaba por la injerencia del alcalde, cuando entró en la pensión del Rey Mauregato no trató de ocultar su enfado, sino que tiró el tricornio sobre el mostrador de mala gana, y le preguntó a Eligio Benavides por el paradero del forastero que tanto estaba dando que hablar.

El hostelero, sin alterar su parsimonia habitual, continuó limpiando con un paño el vaso que tenía entre las manos, y se encogió de hombros.

—No lo sé con exactitud—contestó—. Creo que se encuentra en su habitación.

El sargento Gutiérrez puso sobre él una mirada de rencor que por sí sola hubiera podido matarlo, en el caso de que las miradas tuvieran la facultad de matar.

—Hoy vengo con el humor revuelto —dijo con aspereza— por lo que sería mejor para todos que, aunque solo sea, hagas un pequeño esfuerzo por no quemarme la sangre. Luego endulzó el tono. Anda —continuó—, haz el favor de subir a decirle a ese hombre que estoy esperándolo aquí abajo.

¿Qué se le ofrece?

La pregunta de Aurelio Rabadán resonó a la espalda del Sargento cargada de potestad, nítida y sin fisuras, evidenciando que el propietario de aquella voz era un sujeto de carácter decidido y dominante. A pesar de que el sargento Gutiérrez era, al menos, veinte centímetros más alto y de que tenía una autoridad contrastada en el pueblo, se sintió intimidado por la presencia de aquel hombre de ojos negros y penetrantes.

—Vengo a identificarle —contestó, aún sorprendido.

Aurelio Rabadán extrajo del bolsillo interior del abrigo su cédula de identidad, y se la mostró.

El Sargento Gutiérrez leyó en voz alta:

—Aurelio Rabadán... —Luego, se detuvo un instante. Un momento —dijo—. Aquí pone que usted nació en el pueblo.

Aurelio Rabadán asintió con la cabeza.

—Así es —contestó— y si no me conocen es porque emigré hace mucho tiempo. Iba a continuar cuando le preguntó el Sargento:

—¿Tiene pensado quedarse por aquí?

El indiano clavó sus ojos oscuros en los ojos garzos del sargento. Aunque desde su llegada al pueblo había previsto aquel encuentro u otro parecido, en contra de lo que era habitual en él, no se había tomado la molestia de preparar una respuesta que no le comprometiera. Así que optó por contestar con la brusca sinceridad propia de su carácter que, sin proponérselo, tuvo la virtud de desarmar al sargento.

—Aún no lo sé —dijo en tono árido—. Pero supongo que usted no ha venido tan solo para preguntarme esto, así que voy a intentar esclarecer sus dudas —reflexionó un instante mientras miraba las botellas depositadas en una estantería de chopo sin desbastar que se encontraba en el frontal de la barra, luego continuó—: nací en este pueblo hace cuarenta y dos años, me quedé

huérfano con tan sólo catorce, por lo que tuve que entrar de criado en la casa del Sr. Patiño hasta que con dieciocho años me fui a hacer las Américas y, sin entrar a valorar que he trabajado como un mulo, puedo asegurar que he tenido la suerte necesaria para conseguir una gran fortuna, así que he vuelto a mi tierra con la intención de disfrutarla.

Se rascó la cabeza y concluyó:

—Espero que con esta explicación quede satisfecha su curiosidad.

—No es curiosidad —se disculpó el sargento Gutiérrez— es mi obligación interesarme por las cosas que ocurren en el pueblo.

Aurelio Rabadán asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo— si no se le ofrece ninguna otra cosa, me retiro a mi habitación.

Antes de salir de la pensión del Rey Mauregato, el sargento Gutiérrez ya había llegado a la conclusión de que aquel hombre iba a necesitar muy poco tiempo para hacerse con las riendas del pueblo.

Aurelio Rabadán nunca asistió a la escuela y apenas sabía leer y escribir, pero tenía tal capacidad analítica que, sin tan siquiera proponérselo, siempre elegía la opción más favorable para sus intereses. La escuela de la vida le había convertido en un hombre egoísta y calculador que nunca daba una puntada sin hilo, y siempre que hacía algo su objetivo era obtener un beneficio a cambio. Por eso, al igual que le había ocurrido otras veces a lo largo de su vida, no le resultó difícil trazar un plan para alzarse con la hacienda de los Patiño tras haber conseguido la información que necesitaba a través de Eligio Benavides. A la mañana siguiente cogió el tren de las nueve con destino a León con el fin de establecer un primer contacto con la sucursal del banco con el que había realizado, desde que llegó a Cuba, sus transacciones financieras y que, casualmente, era el mismo que estaba a punto de meter en la cárcel a don Cosme Patiño.

La sucursal bancaria pareció sucumbir al estallido de un cataclismo cuando Aurelio Rabadán cruzó la puerta giratoria escoltado por los dos

mulatos, evidenciando que los empleados estaban avisados de la inminente llegada del indiano millonario. Tanto fue así, que cuanto el director de la sucursal, un hombre servil, rechoncho y calvo, con patillas hasta el cuello, y que apestaba a colonia barata, fue informado de su presencia, salió a recibirlo con esa solicitud empalagosa que tienen algunos empleados de banca cuando atienden a los clientes importantes:

—Es un honor para nosotros que haya tenido la deferencia de visitarnos —dijo con afectación, y lo condujo hasta su despacho haciendo leves y continuas reverencias—. Abrió la puerta y le ofreció un asiento.

—Está usted en su casa —dijo luego.

Aurelio Rabadán fue directo al grano. Después de sentarse, sacó de la cartera de mano las credenciales financieras de la central cubana y las depositó, displicente, encima de la mesa.

—Esta es la documentación que me dieron en mi banco de la Habana —dijo— espero que sea suficiente.

El director, como le ocurría a la mayoría de la gente ante el halo de autoridad que irradiaba la mirada penetrante del indiano, se sintió cohibido y, por esas cosas que se hacen bajo la influencia del respeto mal entendido, se limitó a mirar el legajo que Aurelio Rabadán había tirado encima de la mesa, sin aventurarse a comprobar su contenido.

—Seguro que sí —dijo mientras recogía los documentos—. Ya estábamos avisados de su llegada y nos encontramos a su entera disposición para todo aquello que estime conveniente.

Luego se acercó a la puerta y, tras abrirla, llamó a uno de los empleados:

—Ramírez, venga un momento.

Una vez en el despacho, el empleado se puso en posición de firmes delante del director.

—¿Qué desea? —preguntó.

El director le extendió por encima de la mesa el dossier aún sin abrir.

—Tenga —le dijo—. Haga un recibo de estos documentos. Pero cuando Ramírez cogió el legajo y se giró para salir del despacho, lo detuvo a través de un gruñido:

—Es urgente, —dijo sin mirar, y esperó la respuesta afirmativa del auxiliar.

Aurelio Rabadán, que observaba con atención los modales del director mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa, expuso sin rodeos el verdadero motivo de su visita.

—En realidad he venido con la intención de que me explique con detalle la situación en la que se encuentra el proceso judicial contra uno de sus clientes.

El director quedó en suspenso.

—¿A qué proceso se refiere?

—Al que mantienen contra don Cosme Patiño.

Por un momento el director pensó que no le llegaba la camisa al cuerpo.

—Ese es un asunto muy delicado —empezó a decir—. Usted ya comprende que esa información no puede trascender...

Aurelio Rabadán no dejó de contemplar la nieve que caía tras el ventanal cuando lo interrumpió:

—El lunes, —dijo en un tono que no admitía discusión— regreso para recoger el informe pormenorizado que me hagan sobre ese proceso.

Se levantó de la silla y se dirigió a la puerta.

— ¡Ah! —dijo girando la cabeza hacia el director—. Hagan el favor de incluir en el informe la quita que el banco está dispuesto a realizar en caso de que alguien venga, con dinero contante y sonante, a pagar la deuda.

El director estaba atónito.

—Don Aurelio, —alcanzó a decir— en un segundo está hecho el recibo.

—Téngalo preparado para el lunes —le ordenó entonces Aurelio Rabadán mientras salía del despacho. Luego, a una señal que les hizo con la mano, los dos mulatos se le adosaron, cada uno en un costado, y abandonaron la sucursal.

Negó todo el fin de semana, y Aurelio Rabadán, que durante algunos días estuvo tentado a permutar la sencillez de la pensión por la comodidad de un hotel en la capital, desechó la idea convencido de que en el pueblo siempre iba a estar mejor informado de todo aquello que concernía a los asuntos de la familia Patiño, y pasó lo que quedaba de semana encerrado en su habitación calculando la magnitud de su hacienda y haciendo planes para quedarse con ella. Siempre que en un asunto importante le faltaba algún cabo por atar, se sumía en una especie de vigilia intelectual que no le permitía relajarse un momento, y la consciencia de que le faltaban los detalles relativos al informe del banco, le había conducido hacia una crisis nerviosa que nada tenía que ver con su natural sosegado. Tampoco los mulatos, cohibidos por la nieve y acoquinados por el cambio de humor de su señor, se atrevieron a salir de la pensión.

La nieve, en cambio, hizo una pausa en la madrugada del lunes y, como tenía previsto, visitó el banco a primera hora de la mañana. Fue el propio director, que permanecía en la entrada en una especie de imaginaria permanente, el que le dio la bienvenida a su llegada a la sucursal.

—Sea usted bienvenido, don Aurelio —dijo mientras le hacía una pequeña reverencia y señalaba con la mano extendida hacia la puerta de su despacho—. Pase, por favor, está usted en su casa.

Encima de la mesa impoluta del despacho se encontraban dos sobres.

—En este se encuentra el recibo de sus credenciales bancarias —dijo el director mientras cogía el primer sobre y se lo ofrecía— este otro contiene el informe que nos pidió. Hizo girar el topacio granate engarzado en oro que sofocaba el anular gordezuelo de su mano izquierda, y continuó:

—Espero que todo se encuentre a su entera satisfacción. Abrió el sobre y sacó el dossier relativo al informe e intentó comenzar una pequeña explicación, pero Aurelio Rabadán no se lo permitió:

—Es suficiente —dijo mientras recogía los documentos— lo estudiaré personalmente. Y dio por concluida la visita.

A primera hora del miércoles que había quedado citado con don Cosme Patiño a través de la mediación de Eligio Benavides, se declaró sobre el pueblo una tormenta que parecía no tener fin, y un trueno descomunal, interminable, como un cañonazo, hizo temblar los cimientos de la fonda. Aurelio Rabadán, que era propenso a todo tipo de supersticiones, concibió la tormenta como un mal presagio, y estuvo a punto de mandar recado para anular la cita, pero a eso de las diez la tempestad concedió una tregua y, aunque el frío del norte continuaba en su intensidad, la eventual calma sosegó su ánimo y a las once, como estaba previsto, se encontraba, escoltado por sus *adláteres* mulatos, golpeando con la aldaba de bronce en la puerta de la casa de los Patiño. Le abrió una doncella con cofia.

—Pase —dijo mientras le solicitaba el abrigo—. El señor le está esperando.

Aurelio Rabadán hizo una seña a los mulatos para que se quedaran fuera y, antes de entrar al salón, echó un vistazo a su alrededor. Todo estaba dispuesto tal como se encontraba veinticuatro años antes. Sin embargo, se encontró ante un hombre que tenía poco que ver con aquel don Cosme que él recordaba. Para entonces tan solo era un anciano consumido por la desgracia, puro hueso forrado con un pellejo arrugado como aguantado con alfileres. Cualquiera hubiera dicho que se hallaba al final de su camino.

Se estrecharon la mano con frialdad. Don Cosme porque así lo sentía, Aurelio Rabadán haciendo gala del despotismo que le dictaba un resentimiento que le salía de las entrañas, y que parecía ser tan antiguo como el mundo. Pero

ambos eran conscientes de que estaban condenados a entenderse, y que la negociación que iban a mantener estaba inscrita desde siempre en los archivos de sus respectivos destinos con carácter inmutable sin que ningún poder humano lo pudiera impedir. Fue Aurelio Rabadán el encargado de iniciar las negociaciones, y lo hizo a su manera:

—Vengo a salvarle de la cárcel —dijo con aquella displicencia calculada y provocativa que usaba cuando se sentía dueño de la situación.

Pero don Cosme no reaccionó.

—De la cárcel —repitió Aurelio Rabadán perplejo ante la indiferencia que demostraba el anciano—. A su edad la cárcel tiene que resultar muy dura —prosiguió— un asunto chusco.

Don Cosme pareció interesarse. Se sentó en un sillón e invitó a Aurelio Rabadán a que tomara asiento en otro.

—Puede que no vaya a la cárcel —dijo.

Aurelio Rabadán lo miró de soslayo.

—Por supuesto —admitió— pero todo pasa por pagar al banco una cantidad de dinero que usted no tiene ni en sueños.

Don Cosme le echó una mirada como para matarlo.

—Se pueden buscar otras fórmulas —dijo—. Yo estoy muy viejo para pasar por ese trance y, desde luego, no me verá nadie entre rejas.

El sol, pintado de gris plomizo, pugnaba con algunas nubes negras por hacerse un hueco en el firmamento pero, de repente, un trueno que hizo tanto ruido como si descargarán rocas gigantes sobre el pueblo, consiguió que el cielo se desmigajara en un aguacero interminable y tenso. Aurelio Rabadán contempló la lluvia que caía sobre los bancos de la plaza al otro lado del ventanal, y se acordó sin nostalgia de aquel domingo, recién llegado a la Habana, cuando tuvo que guarecerse de un chaparrón ocasional bajo el techo de palma medio derruido de una caseta abandonada, y pensó en los mulatos.

—Siempre me ha gustado ver llover a través de las ventanas —dijo— es una sensación reconfortante.

—La lluvia siempre es desagradable —replicó don Cosme. Se rascó la cabeza con la mano y puso sus ojos en los ojos de Aurelio Rabadán—. Supongo que este invierno estará resultando muy duro para usted.

Aurelio Rabadán se encogió de hombros

—No tiene por qué —dijo—. He soportado peores climatologías.

En esos momentos a don Cosme le pudo la presión y perdió la entereza que había demostrado hasta entonces:

—¿Sabe? —dijo—. Mi única culpa en todo esto consiste en haberme fiado de ese forajido. Se frotó los ojos con los nudillos de los índices, luego continuó—. A veces uno anda ciego. Como usted ya sabe tan solo tengo una hija, y un padre hace cualquier cosa por una hija, incluso echar al monte el esfuerzo de toda una vida.

—Así es —corroboró Aurelio Rabadán conmovido por primera vez desde hacía mucho tiempo por el sufrimiento de otra persona—. De todas formas, yo he venido a hacer negocios y, si le parece, podemos comenzar a sentar las bases para llegar a un acuerdo.

Pero don Cosme estaba ausente. Miró a Aurelio Rabadán con ojos extraviados y preguntó:

—¿Me estaba diciendo?

A cualquier otra persona, la angustia que acuciaba al anciano le hubiera ablandado el corazón y, durante un instante, un atisbo de piedad pareció adueñarse del corazón de Aurelio Rabadán. Pero no fue más que eso, un indicio que pronto quedó borrado por aquel pragmatismo inhumano que no reconocía los sentimientos ni el dolor. Por eso contestó despreocupado:

—He venido a sacarle del atolladero, y a usted parece que no le importa —se alisó el pelo con la palma de la mano y continuó—. Mire, si está

dispuesto a negociar, lo hacemos. De lo contrario, dígame y terminamos.

Don Cosme pareció salir de aquella especie de obnubilación.

—Usted sabe de sobras que no tengo capacidad para negociar nada y que estoy a merced de cualquiera que tenga el dinero suficiente para comprarme —se detuvo un instante para reflexionar—. No sé, pero me da la impresión de que usted está disfrutando de lo lindo con todo esto, —continuó— cuando estamos al borde del abismo, lo único que nos queda es la dignidad, y yo no estoy dispuesto a perderla, así que dígame lo que quiere, y no prolonguemos más esta situación.

—Lo quiero todo.

—¿A qué se refiere cuando dice todo?

Aurelio Rabadán asumió una actitud pétrea:

—Cuando uno dice todo, quiere decir absolutamente todo, sin que falte nada que sea de su propiedad. —hizo un paréntesis para sacar del bolsillo interior de la chaqueta una cuartilla donde estaban relacionadas todas las propiedades de los Patiño y comenzó a leer—: La fábrica de harinas, la mansión de la plaza del Charango, la otra casa de la plaza, las otras siete casas distribuidas por el pueblo, todos los animales, todos los aperos, la finca del Cerro, la finca del Pino Grande, la finca de la Majada, la finca...

Don Cosme no le dejó continuar.

—Ya veo que lo tiene todo calculado al milímetro, no es necesario que siga—Tragó saliva y continuó convencido de estar desarmado—. Espero que tenga compasión y nos deje algo para vivir.

—Eso también está previsto —dijo Aurelio Rabadán—. He pensado que a ustedes nunca les falte de nada, pero a cambio tienen que darme la mano de su hija.

A don Cosme aquella propuesta le pareció inaudita.

—Mi hija ya está casada —dijo—. No puede casarse otra vez.

—Sí que puede —le contestó Aurelio Rabadán con convicción—.

—¿Cómo?

—Se anula el matrimonio.

Don Cosme tartamudeó para protestar.

—Pero, pero para eso se..., se necesita una dispensa papal.

—Pues se pide.

—Pero hay que ir al Tribunal de la Rota.

—Como si hay que ir al Tribunal de la Inquisición, me da lo mismo.

Don Cosme no había salido de su asombro cuando se dio cuenta de que aquella decisión no le correspondía tomarla a él.

—¿Ha pensado que mi hija no le conoce y lo lógico es que no quiera casarse con usted?

La respuesta de Aurelio Rabadán sonó investida de tanta autoridad que se quedó grabada para siempre en la memoria de don Cosme:

—En ese caso, no hay trato.

El domingo veintitrés de junio de mil ochocientos noventa y ocho — recién proclamado el bando que daba inicio a las fiestas patronales de León—, faltando apenas cinco minutos para que los relojes marcaran las doce del mediodía, y bajo un sol abrasador, Elvirita Patiño y Aurelio Rabadán cruzaban el pórtico principal de la catedral para contraer matrimonio, y el dinero, que todo lo puede, hizo que en las torres de todas las iglesias de la ciudad se cumpliera el protocolo, establecido para cuando se producía el enlace matrimonial de una pareja ilustre, de hacer repicar sus campanas durante media hora. También hizo que la Eucaristía, como sucedía en las bodas de alta alcurnia, la oficiara el propio obispo asistido por doce sacerdotes y veinticuatro diáconos, y el banquete de bodas, uno de los más suntuosos que se recordaban, resultó tan desmesurado que a más de un invitado le evocó las tan nombradas bodas cervantinas *de Camacho el Rico*.

En realidad, en aquellos momentos, Elvirita Patiño no inspiraba ningún sentimiento en el corazón árido y solitario de Aurelio Rabadán. El haber exigido la celebración del matrimonio como condición ineludible para llevar a efecto el rescate, no fue porque deseara casarse con la mujer que lo había despreciado cuando era poco más que un niño, sino que representaba un acto de resentimiento, de pura vanidad, guiado tan solo por la intención de

mostrarle a la que le había rechazado un día que, desde ese momento, se encontraba a su entera disposición. Por el contrario, Elvirita Patiño experimentaba un sofocante malestar con tan solo sentir su cercanía. No concebía que ella, la legítima esposa del heredero de un marquesado, tuviera que compartir techo y cama con un criado, con alguien que apenas veinte años antes no la hubiera servido ni para limpiarle el calzado, un don nadie, un hijo del arroyo sentado en la misma mesa que la hija de don Cosme Patiño, un prócer no solo del pueblo, sino de toda la provincia. Ella, que era la amiga inseparable de la hija del gobernador civil, y que asistía a todas las recepciones y fiestas que daban en el palacio del Gobierno Provincial, mezclada con un auténtico cretino que pensaba que, por tener dinero, lo podía comprar todo. Ella que era una señora de los pies a la cabeza y que había estudiado en las Hijas de Jesús y María, dónde la habían enseñado a ser una dama ya estuviera en el salón, en la cocina o en la cama, y había aprendido todas las reglas de urbanidad y cortesía, casada con un sarnoso analfabeto que aún tenía sabañones en las orejas. Pero una cosa era cumplir con los ritos ceremoniales y otra muy distinta dejar que aquel mastuerzo la poseyera en ningún sentido de la palabra. Pues solo faltaba eso, que se mezclara el oro con la chatarra. No, decididamente, aquel hombre no iba a disfrutarla en forma alguna.

Hasta la noche de bodas, Elvirita Patiño no fue consciente de la trampa que le había tendido el destino, pues no sabía, por el simple hecho de que no conocía las malas entrañas del hombre con el que se había casado, que a Aurelio Rabadán no le importaba nada de lo que ella pudiera pensar, hacer o decir. La había comprado como se compran unas tenazas en la ferretería, para usarla cuando le hiciera falta.

Todo se aclaró la noche de bodas: Elvirita Patiño se acostó vestida y con zapatos, aún con el traje de novia, y se tapó hasta la cabeza con una manta de lana a pesar de que la habitación era una auténtica caldera en ebullición. Pero la estratagema le sirvió de poco, pues Aurelio Rabadán le exigió, a la fuerza y sin ningún miramiento, el derecho a las relaciones maritales que la Ley otorgaba al hombre casado. La poseyó como lo hace el caballo con la yegua en el establo, sin ningún miramiento, dominado por una rabia que provenía de aquella tarde, ya lejana, en la que ella lo rechazó por ser un infeliz que no tenía donde caerse muerto, pero multiplicada por cada noche

que lloró por dentro, a lo largo de tantos años, recordando el desprecio al que fue sometido.

La noche resultó catastrófica de principio a fin. Se puede decir que tan solo fue un cúmulo de malas sensaciones que dejó una huella indeleble y estigmatizante en el corazón de ambos. Elvirita Patiño amaneció estragada, le dolía todo el cuerpo debido a la resistencia que opuso ante las acometidas de su marido y, sobre todo, se sentía sucia y contaminada ante la ignominiosa realidad de haber sido forzada. Además, Aurelio Rabadán demostró tal vehemencia y actuó de forma tan brutal que, desde ese momento, se convenció de que no era otra cosa que una parte ínfima del lote que el indiano millonario había adquirido valiéndose de la desesperación producida por la catástrofe financiera que acosaba a la familia Patiño.

Por eso, y para evitar la vergüenza que le producía presentir si quiera el desprecio de la gente por considerarla una mantenida que vivía de la caridad del extraño que la había comprado, Elvirita Patiño se encerró en sí misma y, de repente, le invadió un anhelo claustroal que la llevó a cerrar la casa solariega a cal y canto para toda clase de visitas, incluso para su amiga del alma la hija del gobernador civil. Ni tan siquiera hablaba con las mujeres del servicio, no porque se sintiera mal con ellas, sino porque se sentía mal consigo misma. Con el pretexto de unas presuntas migrañas, clausuró puertas y ventanas, prohibió que la servidumbre hiciera ruido de ninguna clase, incluso para hablar debían hacerlo en voz baja. De esta forma, poco a poco, fue convirtiendo la casa solariega en una especie de encierro con costumbres monacales. Cerrando los ojos en el gran salón, se podía sentir el silencio apabullante de cualquier convento de clausura. Ella se pasaba el día encerrada en su habitación, tumbada en la cama con una gasa negra en la frente y, hasta su muerte, no salió a la calle más que en contadas ocasiones y, cuando lo hizo, fue para atender alguna obligación ineludible. En realidad esta actitud no era tan solo el resultado catastrófico de su matrimonio con Aurelio Rabadán, sino que vino a corroborar el verdadero carácter de Elvirita Patiño que, al igual que doña Justina, su madre, siempre vivió al albur de los prejuicios y que, a pesar de negarlo, desde el día en el que su primer marido se dio a la fuga después de haber desbaratado el patrimonio de la familia, rompió por completo el cordón umbilical que la unía a cualquier tipo de relación social.

Fue por ese mismo motivo de no quedar expuesto al oprobio que significaba vivir bajo el mismo techo con la persona que le había arrancado hasta el corazón que le mantenía con vida, por lo que don Cosme Patiño le suplicó a su yerno que le permitiera alojarse, junto a su esposa, en la casita aneja a la casa solariega pues, aunque algo en su interior le decía que debía apartarse todo lo que le fuera posible de aquel monstruo que le había robado la vida, no deseaba terminar sus días alejado de su hija.

Pero pudo haberse ahorrado la súplica y la mudanza posterior, pues la tristeza que le produjo el haberse quedado en la más absoluta de las miserias, el oprobio de sentirse despreciado por aquellos que antaño le hacían reverencias y le pasaban la mano por la espalda para decirle sí señor, lo que usted diga don Cosme; siempre se hará lo que usted mande; usted diga lo que quiere y cómo lo quiere, y yo lo hago; no se preocupe por nada, sus deseos son órdenes para todos nosotros. La vergüenza de verse obligado a suplicar al que, en otro tiempo, fuera uno de los tantos criados de su casa, del cual, hasta hacía muy poco, no conocía ni el nombre, hicieron que falleciera a los dos meses de la boda de su hija y, apenas un mes más tarde, murió doña Justina carcomida por un resentimiento tormentoso y cruel. La explicación más plausible a este resentimiento era la convicción, la misma que alentaba su hija, de que su quiebra social y económica no estaba fundamentada en una serie de errores tan solo atribuibles a una mala gestión, como podía ser su matrimonio de conveniencia, sino que provenía de designios que estaban consignados en los anales del más allá con carácter inmutable. Por eso, a diferencia de su marido que murió atormentado por la certeza de sus propias equivocaciones, doña Justina se fue de este mundo transida por una rabia incontenible ante la injusticia con la que, a su juicio, le había tratado la vida en los últimos años.

La muerte de sus padres acentuó más, si cabe, el delirio que había manifestado Elvirita Patiño por todo lo que tenía que ver con la oscuridad. Desde el día en el que murió su padre hasta el día de su propia muerte, vistió de luto cerrado sin permitirse ni una pincelada de otro color en su ropa que no fuera el negro, redobló la orden de no hacer ninguna clase de ruido, y llevó a tal extremo su determinación por proveer la casa de un ámbito claustral que llegó a echar a la calle a una criada por el delito de haber dejado abierta la ventana de su dormitorio.

Para Aurelio Rabadán, insensible al sufrimiento de los demás, estos acontecimientos apenas significaron una pequeña conmoción en su rutina. No era consciente de haber causado ningún daño. Al contrario, pensaba que era él el que había resultado perjudicado. Al fin y a la postre, le tocó cargar con una mujer que no era más que apariencias, pura fachada, pero que en realidad no servía para nada. Desde luego que no se la podía considerar apta para el trabajo, en la cama era un auténtico desastre, no estaba dotada para la felicidad y se quejaba de todo y por todo. En definitiva, no valía tan siquiera el empacho de haber tenido que calzarse los zapatos de charol el día de la boda. Fue por eso que decidió desentenderse de cualquier asunto doméstico, y optó por dedicarse a los negocios con aquella tenacidad inquebrantable con la que, en otro tiempo, consiguió su inmensa fortuna. En efecto, adoptó la rutina que había seguido durante toda su vida, que no era otra que la de levantarse cuando el gallo cantaba tres veces —un atavismo local que probablemente estaba fundamentado en las negaciones de San Pedro— y, tras un frugal desayuno consistente de forma indefectible en un tazón de café con leche migado con pan duro, se iba a la fábrica, y en ella permanecía trabajando, custodiado siempre por los dos mulatos, hasta que se hacía de noche. Tan solo se permitía un receso al mediodía para comer algo que hacía que le trajeran de la casa. Aprovechaba cada segundo. Aprendió a manejar los mecanismos de todas las máquinas y el funcionamiento de los molinos sin pasar por alto ningún engranaje. Al poco tiempo de aparecer por la fábrica, ya llamaba a los empleados por su nombre de pila y sabía si estaban casados y cuántos hijos tenían, si eran activos o perezosos o, simplemente, si llevaban bien zurcidos los calcetines. Conocía al detalle el carácter de cada uno y, sobre todo, cuál era su rendimiento en el trabajo. Se consagró en cuerpo y alma a la tarea de dirigir el timón de aquella industria, y con ello le dio un impulso nuevo a la fábrica. Lo primero que hizo fue poner en práctica las técnicas empresariales que tan buenos resultados le habían proporcionado en su etapa cubana, ya que descubrió de inmediato los problemas que dificultaban el buen funcionamiento de la empresa. No se terminaba de explicar cómo había sido capaz aquella industria de mantenerse en pie durante tanto tiempo con semejante estado de desorganización. Fue por eso que renovó todo el personal de administración, a excepción de un joven economista que, desde el principio, le inspiró una gran confianza, no tanto por su eficiencia profesional, que no era poca, como por su seriedad y rigor en el trabajo.

Se trataba de Laurindo Estébanez. Había llegado a la fábrica desde León, con su licenciatura recién conseguida debajo del brazo, auspiciado por una recomendación de su tío el gobernador civil. Era cuidadoso tanto en su vestimenta como en el aseo personal —quizá demasiado pulido para la práctica habitual— tenaz y minucioso en el trabajo, no levantaba la cabeza de su mesa durante toda la jornada laboral. Individualista, poseía un carácter introvertido que le impedía relacionarse correctamente con sus compañeros, por lo que no tenía amigos conocidos y se consumía en una soledad deseada pero frustrante. Era de estatura media, de proporciones correctas, bien parecido y de una rigidez interior que le hacía inmune al desaliento.

Aurelio Rabadán lo estudió a fondo, y cuando estuvo convencido de que se trataba de la persona ideal para el puesto, le nombró director gerente de la fábrica de harinas así como administrador de toda su hacienda. Nunca tuvo motivos para arrepentirse de esta decisión, pues Laurindo Estébanez le pagó con creces la confianza que había depositado en él. Fue un administrador honrado, eficaz, celoso de los secretos que concernían a su labor y de una corrección exquisita cuando necesitaba relacionarse con su jefe. Años más tarde, cuando expresó su determinación de contraer matrimonio con su novia de siempre, Virtudes Fidalgo, una señorita hija de una buena familia de León, Aurelio Rabadán le regaló la casita aneja a la casa solariega, en la que sus suegros habían pasado los últimos días de su vida.

Al dotarla de un nuevo sistema organizativo, Aurelio Rabadán consiguió, en muy poco tiempo, convertir la fábrica en un modelo para el sector a nivel nacional. Pero este éxito no fue el instigador de un merecido descanso. Al contrario, afianzó, más si cabe, su certidumbre de que cada negocio necesita el control y el esfuerzo de su dueño o, como él decía para referirse a los efectos perniciosos de la desidia: «el ojo del amo engorda al caballo». Así que, al no tener nada que le atara a su matrimonio, pues su relación con Elvirita se volvió inexistente, se dedicó en exclusiva a su trabajo. Era cierto que vivían bajo el mismo techo, cenaban en la misma mesa y dormían en la misma habitación, aunque cada uno en su cama, pero ahí terminaban todos sus vínculos. Este desapego familiar propició que Aurelio Rabadán dedicara todo su tiempo a lo que más le gustaba, que no era otra cosa que andar enredado en los asuntos de la fábrica. Y no lo hacía por ganar más dinero, pues dinero era lo que le sobraba, sino porque, en realidad, no sabía

vivir de otra manera que no fuera la de estar enfangado en lo que para muchos es un suplicio, y para él resultaba un auténtico placer.

A Aurelio Rabadán los años se le fueron echando encima imbuido en la rutina, estimulante para él, del trabajo en la fábrica, y hubiera continuado en esa monotonía y sin otro aliciente, si no hubiera muerto el viejo criado que se encargaba de llevarle la comida a su despacho. En realidad el fallecimiento de Martín, que así se llamaba el difunto, no influyó en el ánimo de Aurelio Rabadán, pues era un hombre que no le inspiraba ningún sentimiento, y siempre le consideró una pieza más en el engranaje de la fábrica. Pero ocurrió que a Martín le sucedió, en el menester diario de acarrear el almuerzo de la casa solariega a la fábrica, Rosalía Escanciano, una criada de tan solo dieciséis años que no tenía nada de especial, pero que a él le cayó en gracia. No solo le cayó en gracia sino que aquella muchacha de ademanes desenvueltos y sonrisa permanente, que se encontraba en el justo momento por el que atraviesan todas las mujeres alguna vez en la vida, y que se puede definir como la sazón de la adolescencia, causó un sentimiento de entusiasmo

otoñal en su patrón, el cual hacía mucho tiempo que había perdido cualquier esperanza de ser feliz y, de repente, tuvo la percepción alentadora de sentirse insuflado por un ventarrón de aire fresco que podía ventilar para siempre su existencia vacía y mohosa.

Si alguien en la fábrica se hubiera tomado la molestia de observarle los días que siguieron a la llegada de Rosalía Escanciano, hubiera advertido sin duda los cambios que se produjeron en la forma de actuar de Aurelio Rabadán. Su natural parsimonioso y sosegado de siempre se trocó en celeridad mórbida. Contrariando su costumbre, andaba de un lugar a otro sin detenerse, no revisaba las máquinas, no se interesaba por el caudal de la presa, no preguntaba si había sido óptima la molienda. Estaba poseído por una impaciencia desconocida en él hasta entonces, que terminó por llevarle a no poder soportar las ganas de que llegase la hora del almuerzo. Anduvo en ese desquiciamiento hasta aquel mediodía en el que Rosalía Escanciano tocó con los nudillos en la puerta de su despacho y él la hizo pasar como lo hacía siempre, pero esta vez, con una señal, ordenó a los mulatos que salieran de la oficina. Ella no se alteró, su intuición de mujer y, sobre todo, su olfato de criada, le habían anunciado desde hacía tiempo que ese momento tenía que llegar. Por eso cuando después de haber depositado la canastilla con la comida encima de la mesa, él la asió con ambas manos por las muñecas y la atrajo hacia sí con una fuerza que no cuadraba con los muchos años que le contemplaban, no opuso resistencia, se dejó hacer como algo que entraba dentro de la aritmética natural, al fin y al cabo no era la primera vez que un señorito forzaba a una criada. Practicaron un sexo desabrido e insulso. Ella porque solo sentía algo de repugnancia, él porque no tenía ni experiencia ni aptitudes y carecía del sentimiento humano del amor, y su apuro estaba inspirado tan solo en la fiebre momentánea de una urgencia del bajo vientre que nada tenía que ver con las necesidades del corazón.

Así transcurrieron un par de meses. Rosalía Escanciano entraba a mediodía en la oficina con la canastilla de la comida, y Aurelio Rabadán ordenaba salir a los mulatos. Entonces ella se aprestaba, sin entusiasmo ni rencor, a esperar a que su maduro señor la tomara y, sin ningún tipo de caricia ni afecto, perpetraban un desastre de amor tan falto de inspiración y convicción que, si les hubiera visto alguien desde fuera, habría pensado que estaban practicando un ejercicio gimnástico.

Aurelio Rabadán no fue consciente del momento en el que Rosalía Escanciano dejó de interesarle, como tampoco supo el por qué llegó a interesarle alguna vez. Sentía tan poco apego por ella que tan solo sabía su nombre y que trabaja en la casa solariega. Por eso un día soleado de abril, cuando Rosalía Escanciano entró en la oficina y dejó la canastilla encima de la mesa, y comenzó a prepararse para ejecutar aquella rutina triste y sin porvenir, él la ordenó que no continuara.

—No sigas —le dijo—. Hoy no estoy de humor.

Cuando llegó a casa por la noche, ordenó que en lo sucesivo fuera otra persona la encargada de llevarle la comida a la fábrica, y fue de esta forma como liquidó aquella relación que desde hacía tiempo había dejado de interesarle.

Así era Aurelio Rabadán, no es que tuviera malas o buenas entrañas, es que carecía de empatía y estaba incapacitado para el amor. Era un déspota, un tirano inhumano al que tan solo le satisfacía el trabajo, el rendimiento, la exactitud en el funcionamiento de las cosas, un ególatra despiadado al que no le importaban los sentimientos de los demás. Fue por eso que se olvidó de aquella muchacha por completo, y no se hubiera acordado más de ella si no hubiera sido porque, varios meses más tarde, al llegar a casa después de toda una jornada laboral, se encontró a Elvirita Patiño esperándole con la cara desencajada:

—¿Sabes lo que has hecho? —le preguntó con un destello de triunfo en la minara nada más verlo entrar por la puerta.

Aurelio Rabadán se encogió de hombros.

—Ni lo sé, ni me importa —contestó despreciando la mirada retadora de su mujer.

Entonces Elvirita Patiño, sofocada en su luto perpetuo, y sintiendo que era el momento de sacar de golpe toda la bilis que le corroía el corazón, más que decirlo, escupió la frase casi en un grito, y con tanta crudeza que se hizo evidente que le salía de lo más profundo de las entrañas:

—¡La dejaste preñada!

—¿Qué?

—Que la dejaste preñada —repitió deleitándose en la explicación, con una inflexión victoriosa en la voz, promoviendo la certidumbre de haber conseguido por fin encontrar una vía de agua en el carácter inquebrantable de su marido—. A la chica esa que durante una temporada te llevó la comida a la fábrica, apenas le queda un mes para parir.

Pero la respuesta de Aurelio Rabadán derrumbó cualquier intento de especulación sobre la naturaleza de su temperamento.

—Son cosas que pasan —se limitó a decir.

—¡Cómo que son cosas que pasan! —A Elvirita Patiño le surgió un acceso de ira, más por el fracaso en su intento de vulnerar la impasibilidad de su marido, que por el significado real de la frase—. Una cosa que pasa es que te visite un pariente o que te tropieces con una silla, pero dejar preñada a una chiquilla, se llama de otra forma —dijo totalmente irritada.

Aurelio Rabadán permaneció impasible, como si él no hubiera participado en el embarazo de Rosalía Escanciano.

—Eso se arregla —dijo sin inmutarse—. Le doy mi apellido.

—Nunca hubiera esperado una respuesta como esa —dijo entonces ella convencida de que su marido era un auténtico monstruo—. Bendito sea Dios, hasta dónde hemos llegado, me está bien empleado por consentir casarme con un bastardo inmoral incapaz de tenerme el menor de los respetos. Detuvo su alegato un instante, y permaneció contemplando la plaza del Charango a través del ventanal del salón grande hasta que se le humedecieron los ojos y se los tuvo que secar con un pañuelo que sacó del puño del vestido. Después prosiguió en su verborrea insidiosa y triste aumentando el tono de voz:

—Sé quién eres, para terminar así, conviviendo con un monstruo insensible a tus necesidades, sin escrúpulos y que le importa un comino lo que

sientes —Se volvió a enjugar las lágrimas antes de continuar—: Y ahora, ¿qué hago yo?, ¿con qué cara me presento delante de nadie que me conozca? Pero me está bien empleado, si el día que papá dijo que debía casarme con este papanatas me hubiera negado a obedecerle, otro gallo cantaría. Total, ¿qué se hubiera perdido porque el banco se hubiera quedado con todo?, si al final se lo quedó este forajido.

Aurelio Rabadán no la dejó continuar, atormentado por el reflujo gástrico que le venía persiguiendo desde que tuvo uso de razón, no pudo soportar por más tiempo la insidiosa perorata a la que le estaba sometiendo su mujer, y gritó fuera de sí:

—¡Déjalo ya, me estás poniendo la cabeza como un bombo!

Entonces ella no pudo contener la presión de unas lágrimas que pugnaban por salirse de los ojos, y rompió a llorar. Aurelio Rabadán pasó al otro lado de la puerta.

—Está bien —dijo al salir—. Se tomará la decisión que más convenga.

Pero fue su mujer la que promovió la solución que le pareció más conveniente. Tratando de tomarse cumplida venganza del ignominioso proceder de su marido, arbitró una fórmula que, por inmoral e injusta, era difícil que se podía acomodar a la moral exigible a una persona que, como era su caso, alardeaba de cumplir escrupulosamente con todos y cada uno de los preceptos que establece la religión Católica. Y es que, cuando Rosalía Escanciano dio a luz, la mandó a su casa sin darle ninguna explicación después de haberle retirado a la niña menudita y sonrosada que había traído al mundo.

Adoptó a la niña a las bravas, impulsada, tal vez, por ese instinto maternal que tienen la mayoría de las mujeres y, sobre todo, acuciada por la certidumbre de que entre todos los anhelos que había visto frustrados a lo largo de su vida, el más importante fue siempre el de haber tenido un bebé propio. Fue por eso que la inscribió en el registro como hija suya. Y lo hizo con tanta naturalidad que siquiera nadie llegó a cuestionárselo, y el propio Aurelio Rabadán estuvo de acuerdo, aunque solo fuera por aquella vez, con la

decisión que tomó su mujer. La bautizaron en la iglesia del pueblo con el nombre de Aurelia siendo los padrinos de pila Laurindo Estébanez y su joven esposa Virtudes Fidalgo y, desde ese mismo día, quedó confinada dentro del espacio que delimitaban las paredes de la casa solariega.

Así fue. Elvirita Patiño, con su manía irrenunciable de vivir presa de las apariencias, y afectada como nadie por la costumbre de anteponer la opinión de la gente a sus legítimos deseos, trató de acallar los rumores que empezaban a circular por el pueblo encerrando a la niña para que no pudiera tener contacto con nadie. Pensó que así, aliándose con el secretismo y el tiempo, terminaría por borrarse de la memoria colectiva el oprobio, que a ella le corroía las entrañas, de que su marido hubiera tenido una hija natural. A partir de ese momento acrecentó su delirio por la rigidez en las costumbres de la casa, para terminar convirtiéndola en un recinto lúgubre y triste, donde estaba prohibido algo tan natural como reírse.

Por eso no era de extrañar que Aurelia Rabadán creciera en la melancolía que produce la soledad, huérfana de caricias y afectos, y sin más contacto que el del personal al servicio de la casa. Al principio, cuando tan solo era un bebé, Elvirita Patiño se preocupaba de ella como si, en realidad, fuera su hija, pero a medida que la niña fue creciendo, consumida por dentro al no poder superar el ignominioso proceder de su marido, fue alejándose de forma paulatina de ella, hasta que la abandonó al cuidado de un ama de cría que, con más voluntad que acierto, le fue enseñando las cosas de la vida y de la ciencia. Por su parte, Aurelio Rabadán, a quién se le iba agudizando su egocentrismo a medida que profundizaba en un otoño achacoso, solo se ocupaba de su hija para llevarle regalos imposibles que nada tenían que ver con las necesidades de una niña. Por lo demás, no existió de verdad para él hasta que un día, teniendo ya siete años, le preguntó si burro se escribía con B ó con V, y como no supo darle la respuesta que ella estaba esperando, se le quedó mirando con una expresión de asombro en los ojos, y entonces llegó a la conclusión de que la niña necesitaba ir a la escuela.

Elvirita Patiño no estuvo de acuerdo:

—No admitiré de ninguna forma que vaya a la escuela del pueblo, — dijo cuando su marido le expuso la obligación de escolarizarla—. Está llena de chusma.

Durante un buen rato fingió reflexionar sobre un asunto que tenía decidido desde hacía mucho tiempo, y dijo como si de repente hubiera sido iluminada por la Divina Providencia:

—Podríamos llevarla al colegio de las Hijas de Jesús y María, la directora me debe algunos favores.

A Aurelio Rabadán esta proposición le pareció irrealizable.

—No podemos obligarla a que se trague todos los días un viaje de ida y vuelta a León —protestó—. Sería condenarla a pasarse media vida en el tren.

Entonces Elvirita Patiño estableció una solución que en aquellos momentos le pareció definitiva:

—Ya que parece que no puede ir a la escuela, —dijo— que sea la escuela la que venga a casa.

Hacía tiempo que Aurelio Rabadán había tomado la determinación de no interferir en las decisiones de su mujer, por lo que no quiso acumular reproches oponiéndose también a esta segunda propuesta, y apenas una semana más tarde tomó posesión de su cargo un maestro que Laurindo Estébanez hizo venir de León por indicación de su jefe.

Se llamaba Olegario Gago, era natural de la Virgen del Camino, y le habían expulsado del seminario mayor en su segundo año acusado, a pesar de que él siempre lo negó, de entregarse a desórdenes sodomitas con algunos bañistas de la Candamia en las vacaciones del verano anterior. Su incorporación a la casa solariega en calidad de preceptor resultó un auténtico fiasco, pues la niña lo rechazó desde el primer día. Le asustaban sus atuendos lúgubres, su cutis de parafina pálido como el de un muerto, su gran mostacho hirsuto y negro de puntas engominadas, su negligencia en el aseo personal: Todo en él le producía miedo y repulsa. Y aunque el recién nombrado maestro lo intentó con todas sus fuerzas porque quería aprovechar esta oportunidad para reivindicar su inocencia, no pudo contrarrestar la negativa de la niña a dejarse enseñar, y a los dos meses renunció al empleo alegando en su descargo que él no había nacido para pelearse con la rebeldía de Aurelia Rabadán.

Entonces su padre, convencido de que lo único que necesitaba era que la metieran en cintura, tiró por la calle de en medio y aplicó al asunto un remedio definitivo, que no fue otro que el de poner en manos de Laurindo Estébanez la instrucción de la hija. Le liberó parcialmente de sus obligaciones en la dirección de la fábrica, y a cambio le obligó a batirse el cobre todas las mañanas con Aurelia Rabadán y con su negativa a ser sujeto de aprendizaje.

El remedio resultó tan eficaz que en dos años ya había alcanzado el nivel académico que le correspondía por su edad según los parámetros establecidos por las autoridades docentes y, en dos años más, había sobrepasado con creces los conocimientos de los chicos de su quinta. Así fue, Laurindo Estébanez aplicó los recursos más complejos de su proverbial tenacidad a la telaraña pedagógica que iba tejiendo alrededor de Aurelia Rabadán, dotándola de una minuciosidad laberíntica que hacía imposible que la niña se liberase de ella. Además consiguió inculcarle los valores que eran fundamentales, según él, para llegar a la edad adulta con ciertas garantías de éxito: disciplina, respeto, trabajo y eficiencia. Por lo que se podía decir que, de alguna forma, la había creado, en términos académicos, a su imagen y semejanza. En realidad Laurindo Estébanez se convirtió en el refugio de comprensión y afecto que ella había estado buscando desde siempre y, a pesar de su carácter introvertido y poco dado a cualquier tipo de concesión efusiva, también consiguió que entre ambos se estableciera una corriente de cariño que llenaba, en la medida de lo posible, el vacío afectivo que Aurelia Rabadán había padecido desde el momento en que nació. A pesar de esa complicidad en los sentimientos, su trato personal era de una corrección rigurosa, ella siempre se dirigía a su profesor como don Laurindo, y él usaba el tratamiento de señorita para nombrarla. En realidad era la hija que hubiera querido tener y nunca tuvo.

Por eso, cuando le anunciaron que iban a internar a la niña en un convento de clausura, a pesar de que como el resto de los habitantes del pueblo estaba al corriente de su filiación, no fue capaz de desentrañar los motivos reales que alentaban a doña Elvira para emparedar a una niña de doce años entre los muros de un convento, máxime cuando para entonces había alcanzado un estado de maduración personal y académica que la habilitaba para poder aspirar a cualquier meta que se propusiera con amplias posibilidades de triunfar en el intento. Conocía, desde luego, el carácter

siniestro y lleno de prejuicios de su patrona, y la aversión, incluso el odio que sentía hacia su marido pero, a pesar de ello, no podía concebir que tuviera tan malas entrañas como para vengarse en la hija de los pleitos que mantenía con el padre. Esta arbitrariedad terminó por acrecentar su tendencia a la depresión, llegando a ser tan alarmante su tristeza, que Virtudes Fidalgo, a pesar de que estaba acostumbrada a su pesadumbre congénita y a su carácter melancólico, llegó a preocuparse por su salud. Por eso aquella tarde calurosa de junio, cuando llegó a la casa después de toda una jornada en la fábrica, su mujer quiso saber el motivo por el que venía en aquel estado de perdición, con la cara murriosa y a punto de que se le saltaran las lágrimas:

—¿Qué es lo que te ocurre? —le preguntó— llevas unos días irreconocible. Entonces él sacó una banqueta de debajo de la mesa y, después de sentarse, se quedó absorto observando el chisporroteo que emitía el quinqué que colgaba de la pared. Un lado del tubo de cristal estaba ahumado y creaba la ilusión de una leve lengua de lava.

—La niña —dijo— se la llevan a la clausura.

—¿Y eso?

En un principio Laurindo Estébanez, como le ocurrió a la mayoría de la gente que conocía los detalles de la adopción, se convenció de que aquella rocambolesca historia, así como la posterior crianza de Aurelia Rabadán, era la consecuencia de la frustración que sentía doña Elvira por no haber podido tener un bebé: un simple acto de amor. Pero la posterior comprobación de que había circunscrito a la niña al ámbito de los muros de la casa solariega, abandonándola a su suerte y sin prestarle atención, lo mandó de bruces contra la certidumbre de que aquel comportamiento tan solo obedecía a una estratagema de la que se sirvió para distraer la atención de las gentes intentando ahogar sus propios remordimientos. Por eso nunca llegó a saber qué fue lo que le afectó más: la confirmación de su ingenuidad inicial, o el descubrimiento de la perfidia de su patrona. Pero una de las dos, o ambas, le habían terminado por amargar la existencia. Así que cuando contestó, no pudo disimular su abatimiento:

—Todo lo que sé es que doña Elvira ha tomado esa determinación sin contar con nadie, y no encuentro más que una explicación para ello. Meditó un

instante con los ojos clavados en la lámpara de aceite, como intentando desentrañar en ella algún motivo que pudiera explicar tanta crueldad, y continuó—: Además de vengativa, doña Elvira es una persona que vive a merced de los prejuicios, y siente una aversión obsesiva hacia su marido, y sabe que la única manera de hacerle daño es a través de su hija. —Hizo un paréntesis en sus reflexiones sobre la calidad moral de su patrona, y terminó de sacarse la rabia que lo atormentaba—: Esa mujer es mala por naturaleza y, además de encontrar placer en el dolor ajeno, odia a la niña con toda su alma. Lo que no puedo comprender es que don Aurelio permita que entierre en vida a su hija.

Entonces Virtudes hizo un diagnóstico que a su marido le pareció acertado:

—O sea, que la cambian de cárcel. Luego reflexionó durante un buen rato antes de aconsejarle—: Son cosas tuyas, no te impliques en algo que no te incumbe.

Cuando contestó, Laurindo Estébanez se encontraba más alterado de lo que era habitual en él:

—Lo que le pase a la niña también es cosa mía, te recuerdo que llevé casi cinco años tratando de sacarla a flote, y además con excelentes resultados, y ahora tengo que ver cómo tiran por tierra todo ese trabajo, lo cierto es que no encuentro explicación alguna que justifique esa decisión.

Virtudes esperó con un trapo agarrado sobre el hombro hasta que una mosca que revoloteaba por la cocina se posó sobre la mesa y, con un movimiento rápido del brazo, la espachurró contra el mantel.

—Yo tampoco le encuentro ninguna explicación, —dijo— pero no es asunto mío.

Al no encontrar un motivo para continuar con aquella polémica que le parecía estéril, su marido dio por zanjada la conversación, pero miró dentro de su alma, y la encontró llena de cristales rotos.

A pesar de que ya habían transcurrido dieciocho años, cuando Aurelia Rabadán se apeó del tren bajo la atenta mirada de sor Sulpicio y descubrió, a través del tumulto del andén, la enhiesta figura de Don Laurindo, no pudo evitar que le asaltara un soplo de alegría que de ninguna manera se compadecía con la naturaleza de su visita al pueblo, y que no se acordaba haber vuelto a experimentar desde aquel lejano día en el que se cerró tras de sí el rastrillo del convento. Por eso, y desconcertada por un estremecimiento de pudor, saludó al que en otro tiempo fuera su preceptor con la misma corrección distante con la que lo había tratado siempre, pero consciente de que su alma sentía una gran dicha por volverlo a ver.

Era un espléndido martes de principios de verano, día de mercado en el pueblo y, al salir de la estación, tuvo que apelar a los recuerdos más remotos para reconocer la plaza del Charango. Estaba llena de carretas, con las mulas atadas detrás ronchando el pienso sobre la compuerta posterior, mientras sus dueños, casi todos vestidos de mahón azul, se desgañitaban intentando vender los pollos y los conejos vivos que se diseminaban por el suelo cautivos en una multitud de jaulas de alambre, y cuantos frutos se daban en la feraz vega del Eslla expuestos en canastas y sacos de diferentes tamaños

que atestaban los míseros tenderetes ordenados de cualquier manera a lo largo y a lo ancho de la plaza. Mientras don Laurindo se abría paso con asombrosa fluidez camino de la casa solariega, las dos monjitas lo seguían a duras penas tropezando continuamente con la muchedumbre, y fue entonces cuando, a través del ajeteo que desplegaba el mercado a media mañana, Aurelia Rabadán descubrió la que había sido su casa, y volvió a ver su pórtico rematado con la gran cruz de alabastro que ya no recordaba, y sus escudos heráldicos tallados en basalto negro sobre el portalón de negrillo reforzado con filigranas de forja acharolada que parecía haberse hundido en el frontispicio, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para acordarse de la balconada sobre el pórtico de piedra con la balaustrada de bronce por la que se asomaba a la plaza cuando niña. Sin embargo, debido o a pesar del olvido, no pudo evitar sentirse fascinada ante la belleza que desprendía aquel edificio que apenas la evocaban los recuerdos más antiguos. Aunque, si por fuera le resultó difícil de reconocer, al entrar a la casa tuvo la sensación de que tan solo habían transcurrido seis o siete meses, un año quizás, desde que la obligaron a salir de ella, pues presentaba el mismo aspecto desolador, la misma sensación de austeridad, el mismo ambiente lúgubre y la misma decoración inquietante y triste de entonces. En realidad don Laurindo la había dejado bajo el estricto gobierno del funeral. Puso fuera del alcance de manos no deseadas todo aquello que tuviera valor, ordenó retirar los muebles contra las paredes, y las estancias parecían vacías y mucho más grandes y, cuando se hablaba, los tabiques devolvían las palabras en un eco conmovedor. No obstante, al entrar en el gran salón, Aurelia Rabadán no advirtió con exactitud los cambios que se habían producido en su larga ausencia: el piano que su “madre” había dejado de tocar a partir de la boda con Aurelio Rabadán se encontraba, como lo había estado siempre, al lado de la chimenea de techos altos forrada con granito; los más de mil libros que habían significado el refugio espiritual de Elvirita Patiño y que componían la biblioteca familiar, continuaban con su orden meticuloso en las estanterías de negrillo bruñido que estaban junto al aparador, también de negrillo, que soportaba el gramófono que no había vuelto a sonar desde la huida precipitada de cierto heredero de un marquesado. Los divanes de cuero repujado se encontraban, como lo estaban cuando ella aún vivía en la casa solariega, amordazados con lienzos oscuros; las alfombras, ya raídas por el tiempo, eran las mismas que sus “abuelos” habían traído de Persia en su viaje de novios por el próximo Oriente. Y, aunque se hacía evidente, incluso para el que no conociera la casa, que los muebles habían

sido retirados, a ella le pareció que todo estaba dispuesto tal como su memoria lo recordaba, y si no hubiera sido por la animación que desprendía el velatorio, hubiera creído que se encontraba en una prolongación del convento.

Así era, en aquellos momentos el enorme salón se encontraba sometido al imperialismo de una multitud enlutada que soportaba con un estoicismo sorprendente el asedio despiadado de una nube de moscas que se abigarraba alrededor de los dos féretros. Aurelia Rabadán, cohibida entre la multitud, saludó con reticencia a todas aquellas personas a las que no conocía y que, sin embargo, la trataban con una familiaridad que no supo interpretar. Pero, lo que le pareció más incomprensible y terminó desconcertándola, quizá porque los únicos funerales a los que había asistido eran los que se celebraron dentro del convento, era la actividad que desprendía el velatorio: los asistentes, formando pequeños grupos en los que se charlaba animadamente, comían y bebían sin poner tasa a su apetito y sin tratar de disimular su conducta.

Sor Sulpicio debió de tener la misma percepción porque apenas había entrado en el salón, cuando le dijo a don Laurindo en voz baja:

—Parecen lobos.

Don Laurindo depositó sobre ella una mirada de incomprensión pero, después de reflexionar un instante, entendió la intención de la monja, y le dio una explicación, que ella no llegó a entender hasta el día siguiente, del por qué de aquel comportamiento:

—Eran las personas más importantes no solo del pueblo, sino de toda la comarca —dijo.

En realidad era don Laurindo el que llevaba la manija del funeral, y lo tenía organizado tal como se lo había ordenado don Aurelio en vida:

—Cuando me muera —le había dicho una tarde sin que en apariencia viniera a cuento, pero con esa lucidez que tienen los ancianos cuando hablan de su propia muerte—. Abres las puertas de par en par y dejas que entre todo aquel que quiera velarme sin que, en ningún caso, a nadie le falte nada que le apetezca comer o beber. Luego, cuando me entierren, cierras la casa y tiras las

llaves al Esla, allá donde nadie pueda encontrarlas.

Los féretros se encontraban en el centro del gran salón rodeados de una docena de cirios enormes que proyectaban sobre ellos una luz lúgubre y triste. Un hombre bajito, que a Aurelia Rabadán le resultó familiar pero que no supo descifrar por qué, le agarró por el brazo y la condujo hasta los ataúdes a través de un pasillo de personas que conversaban a gritos, que era la única forma de hacerse oír. Luego, para asomarse al féretro en el que se encontraba su padre, tuvo que apartar a una mujer que espantaba las moscas con un abanico, pero no lo identificó, tan solo vio a un hombre muy bajo, casi enano y calvo que no le evocó el recuerdo lejano que tenía de él. A pesar de ello, sintió como si se le hubiera atravesado un hueso de melocotón en la garganta que la impedía respirar. Después se acercó al de su “madre”. A ella si la reconoció: era la misma que la visitaba cada seis meses y que la besaba en las mejillas a pesar de que esas demostraciones de afecto estaban prohibidas en el convento, aunque las otras monjas hacían la vista gorda porque siempre llevaba un sobre que le entregaba a la madre superiora nada más llegar. Fue entonces cuando sintió aquel acceso de dolor que, a pesar de sus dieciocho años de entrenamiento, no fue capaz de reprimir. Lloró como nunca lo había hecho, con un sentimiento que le corría por la espina dorsal hasta llegarle a los ojos. Sor Sulpicio, en un arranque de conmiseración impropio de su carácter, se acercó a consolarla.

—Hermana —dijo mientras la cogía por la cintura—. Sería preferible que te retiraras a descansar. Luego, dirigiéndose a Don Laurindo le preguntó —: ¿Hay alguna habitación preparada?

Él las condujo hasta la segunda planta, donde estaba la habitación que habían dispuesto para Aurelia Rabadán y que, en realidad, era la misma que había ocupado durante su infancia. Abrió la puerta y las invitó a pasar.

—Esta es la que le hemos preparado —dijo dirigiéndose a su ahijada—. Espero que todo se encuentre a su gusto.

La monjita asintió con la cabeza.

—Está bien —dijo casi en una súplica—. Ahora quisiera descansar, les agradecería que me dejen sola.

Era una de las habitaciones más amplias y con más luz de la casa, y tenía una especie de terraza abierta al patio por donde se colaban las fragancias que desprendían las lilas del emparrado que adornaba la pérgola, pero se diría que su interior estaba concebido bajo los parámetros austeros de un convento, y sus únicos muebles eran una cama y una mesilla de roble, un armario ropero del siglo anterior y una palangana encastrada en un aguamanil de madera.

Tras cerrar la habitación, Don Laurindo señaló con el índice hacia la puerta que estaba al fondo del pasillo.

—Esa es su habitación —dijo mientras hacía el ademán de marcharse—. Si no se le ofrece nada más, quisiera retirarme.

Pero sor Sulpicio, en un arranque irreflexivo propio de su carácter, consideró que la ocasión venía a molde para dar comienzo al proyecto que le había encomendado la madre superiora, y que no era otro que el de liquidar la herencia de Aurelia Rabadán lo antes posible, y volverse al convento con el resultado de la venta. Así que, sin detenerse a valorar el momento en el que se encontraban, le dijo:

—Un segundo por favor, hay algunas cosas de las que quisiera hablar con usted.

Después de tantos años y de tantas personas con las que había tenido que hacer tratos a lo largo de la vida, don Laurindo había aprendido a valorar los estragos que provoca la codicia en la honestidad de los hombres, y su instinto de zorro viejo le había advertido, desde que vio por primera vez a sor Sulpicio, de las intenciones que albergaba con relación a la fortuna de su ahijada.

—Usted dirá, hermana —dijo en un tono árido mientras se volvía para ponerse frente a ella.

—Es por la herencia —le contestó sor Sulpicio sin tomar en consideración el tono de la pregunta—. Quisiéramos solucionar ese asunto lo antes posible.

A don Laurindo le desagradó la obstinación de la monja.

—Naturalmente —dijo—. Pero no creo que sea este el momento apropiado para tratar cosas de herencias. Le miró a los ojos, y añadió malhumorado: —Cuando terminen los funerales, vengan a verme.

Aurelia Rabadán se acostó encima de la cama vestida y con zapatos. Antes había tomado la precaución de quitarse la toca inmaculada para abandonarla de cualquier manera sobre la mesilla de noche, dándole a la habitación una pincelada de provisionalidad que establecía un ambiente menos desconcertante del que creaba la luz imperceptible que entraba por las rendijas de los cuarterones y la contradicción de ver la cama hecha en un cuarto que despedía fragancias de una larga ausencia. En aquellos momentos le rogaba a Dios para que la iluminara lo bastante como para poder asimilar la nueva situación en la que le había puesto la vida. A pesar de que por la edad de sus padres no hubiera sido aventurado pensar que algo así tenía que suceder más pronto que tarde, ella no lo había considerado siquiera como una posibilidad, por lo que su muerte la cogió desprevenida por completo, y fue allí, en ese mismo momento, tumbada boca abajo en la cama y acosada por un frío interior que a pesar del calor que embargaba la habitación le hacía castañear los dientes, cuando tomó conciencia de que se encontraba sola en un mundo que le resultaba ajeno, y tuvo que rendirse ante la evidencia de que apenas era un ser extraño en una casa extraña y en una situación extraña, y que de un día para otro su vida había cambiado tanto que ya no se reconocía. No pudo evitar una recóndita sensación de rencor contra sus padres por haberla abandonado, sin detenerse a pensar que este abandono tenía seis trienios de antigüedad y, sin saber con exactitud por qué, se puso a llorar. Fue un llanto impreciso que no estaba dirigido por un sentimiento concreto, pero que hacía que brotasen de sus ojos unas lágrimas silenciosas que le salaban el paladar. Y de pronto comprendió, en la irremediable tristeza de la alcoba, que estaba sola en este mundo, y toda la vida se le cruzó ante los ojos del alma como en una secuencia de diapositivas rancias e imprecisas que le condujeron a la certidumbre de que, en realidad, todos sus recuerdos se circunscribían a las

cuatro paredes de una celda pintada de blanco y a los cuatro toques diarios a oración. Y esta certeza le causó un desgarró en el corazón que no intentó sortear, sino que se solazó durante un buen rato en el dolor que le causaba, hasta que ya no le aguantaron las fuerzas y cayó en un duermevela angustioso y triste. Fueron los nudillos de sor Sulpicio llamando a la puerta los que la sacaron de aquella zozobra que se le había clavado en el alma:

—Hermana —dijo en un grito cuartelero mientras abría la puerta y entraba en la habitación—. Es la hora de comer. Aurelia Rabadán no estuvo de acuerdo.

—No tengo hambre —se excusó—. Prefiero quedarme en la cama.

—Tienes que bajar —le ordenó sor Sulpicio con su timbre de sargento de infantería—. Tus familiares nos están esperando en el comedor.

De no haber conocido a Aurelia Rabadán como la conocía, no hubiera notado el cambio súbito que había experimentado, y no fue porque en su tono hubiera dado ninguna muestra de ser distinta a la que había sido hasta entonces, sino porque su determinación era tan evidente que chocaba de plano con su mansedumbre de siempre.

—Me voy a quedar en la cama de todas formas —le contestó sin variar un ápice su forma habitual de hablar, pero con un dominio absoluto sobre lo que estaba diciendo—. Si hace el favor, hermana, discúlpeme ante esas personas.

Hacía dieciocho años que sor Sulpicio conocía a Aurelia Rabadán, incluso fue su monitora durante el tiempo que duró el noviciado, y jamás de los jamases se había atrevido a contradecir ninguna orden ni, tan siquiera, ninguna opinión que ella hubiera expresado, por lo que llegó a la conclusión de que aquella respuesta, y la forma de expresarla, no se debía al momento de dolor por el que atravesaba, sino a un cambio repentino de actitud. Por eso, en vez de intentar imponer su voluntad, que era su forma natural de terminar cualquier conflicto, se limitó a contemporizar con su subalterna en espera de una mejor ocasión para someterla a su voluntad.

—Si eso es lo que deseas, —dijo mientras salía de la habitación—. Así se hará.

A la mañana siguiente, Aurelia Rabadán apareció en la cocina a las seis de la mañana. Su última comida había sido el ligero desayuno que tomó la mañana anterior en el convento, y tenía hambre. Rebuscó por los armarios, que con el desorden del funeral estaban manga por hombro, y solo encontró pan duro, leche y algunas galletas. Comió con glotonería, impulsada por el hambre que sentía y despreciando la recomendación inscrita en el enorme mural que presidía el refectorio del convento: «La buena comida ha de ser poca y despaciosa».

La mañana, una de las espesas de la canícula mesetaria, se hizo más opresiva con los toques que anunciaban el funeral. En la hora incierta que precedía al mediodía, los redobles tristes conmovían las almas que atestaban la nave de la iglesia convertida en un auténtico horno con fragancias de aglomeración humana. Suspendido en el aire se estableció un silencio abierto sobre los sollozos reprimidos, sobre las lágrimas no derramadas, cuando don Jesús María, el párroco, encharcado en un sudor agrio, abrevió la misa de cuerpo presente todo lo que le permitió el ritual religioso por temor a una epidemia de desmayos, a excepción del responso que lo prolongó en exceso para ensalzar las bondades de aquellos dos feligreses ejemplares, mostrando un dolor real en sus palabras, pues siempre tuvo a los fallecidos en una gran estima. El funeral en su conjunto fue todo un acontecimiento social que, a pesar de estar inscrito desde siempre en el imaginario popular, no dejó de ser conmovedor. Los edificios recién encalados, que lucían sábanas con crespones negros en los balcones, fueron testigos de una procesión interminable nutrida

por un conglomerado de personas de toda índole. Además de los vecinos del pueblo, se podía decir que medio León desfiló ese día bajo los álamos centenarios de la calle Mayor en un silencio que llegaba a encoger los corazones para despedir a los ilustres difuntos. Aurelia Rabadán, que se encontraba con los sentidos obnubilados, menos por la asfixia de un sol que caía a plomo que por una realidad que le resultaba incomprensible, caminó con paso vacilante justo detrás de los féretros que portaban algunos trabajadores de la fábrica de harinas hasta que, al llegar a las puertas del cementerio, la abandonó su resistencia al sufrimiento y cayó como un fardo al suelo víctima de una lipotimia pasajera. En realidad fue justo en el instante de intentar entrar al cementerio cuando terminó para ella el rito funerario, pues tras el desmayo don Laurindo ordenó que la condujeran a las volandas hasta la calesa que había de llevarla a la casa solariega. Permaneció en la cama hasta que la despertó sor Sulpicio a la hora del almuerzo:

¡Arriba! —gritó maliciándose su negativa a levantarse—. Llevas mucho tiempo sin comer, y necesitas alimentarte.

Pero Aurelia Rabadán rechazó la orden de plano:

—No me apetece comer —contestó.

Entonces sor Sulpicio, que había calculado secuencia por secuencia todo lo que les quedaba por hacer durante el resto del día, no dudó en reprocharle su falta de compromiso con lo que ella entendía como los intereses de la congregación: Los únicos intereses posibles. «Aunque no tengas ganas de comer, —dijo con su imperativo tono cuartelero— no puedes pasarte la vida en la cama. Se llenó los pulmones con un aire que ardía, y continuó: Esta tarde tenemos que ir a visitar al administrador para organizar todo aquello que tenga que ver con la venta de la hacienda».

Así era, sor Sulpicio había llegado a la conclusión, con muy buen criterio, de que don Laurindo tenía las llaves que abrían la puerta por donde cabían enteros los planes que le había dictado la madre superiora, y que no eran otros que los de fundir la hacienda en dineros lo antes posible. Así que al terminar la comida no tuvo ningún empacho, a pesar de que en la plaza del Charango el calor se había hecho tangible, en arrastrar a Aurelia Rabadán hasta la casa del administrador.

Encontraron a don Laurindo durmiendo la siesta y, doña Virtudes, después de hacerles pasar a la sala de visitas, les previno contra el mal despertar de su marido.

—Tomen asiento si así lo desean, —les dijo— pero debo advertirles que para él la siesta es sagrada, y cuando se le interrumpe se levanta con el humor revuelto y sin ganas de atender a nadie. Por lo que si mi consejo tiene algún valor, —terminó diciendo— es preferible que vuelvan más tarde.

Pero sor Sulpicio, impelida por una impaciencia que no admitía demora, le pidió, casi le exigió, que lo despertara.

—Necesitamos entrevistarnos con don Laurindo ahora mismo —dijo con una autoridad mal medida—. Es imprescindible para nosotras resolver lo antes posible los asuntos de la herencia.

Acosada por el ímpetu de la monja, a doña Virtudes no le quedó más alternativa que despertar a su marido. Pero una cosa era el natural amable y sosegado de ella y otra el carácter irascible del administrador. Cuando apareció en la sala empapado por un sudor viscoso que le chorreaba desde la frente y abotonándose la camisa, su mal humor se hizo patente por la forma casi grosera de saludar, que contrastaba con sus ademanes pulcros y su refinamiento exquisito en el trato de siempre.

— ¿A qué se debe tanta prisa? —preguntó con una brusquedad que le brotaba de los adentros, convencido de que era sor Sulpicio la promotora de aquella visita—. Tenga en cuenta que lo que hoy es urgente, mañana lo será mucho más.

Sor Sulpicio pasó por alto la impertinencia del administrador, y fue directa al grano:

—Tenemos que zanjar con urgencia la venta de la hacienda —dijo sin tapujos—. No se trata de ningún capricho, nuestro lugar está en el convento y deambular por este pueblo de un lugar a otro se encuentra fuera del ámbito de nuestro ministerio.

Don Laurindo se secó el sudor de la frente con un pañuelo que sacó del

bolsillo trasero del pantalón y tomó asiento enfrente de las dos monjas.

—Hermana, —dijo dirigiéndose a sor Sulpicio—. Lo que usted está proponiendo es lo mismo que pedir cotufas en el golfo. —Hizo un paréntesis y continuó—: No se por qué, pero me da la impresión de que no tiene idea ni del tamaño ni del valor real de esta hacienda. —Devolvió el pañuelo al mismo bolsillo de donde lo había sacado y sentenció—: El patrimonio de doña Aurelia es de tal magnitud que se hace imposible liquidarlo de un día para otro porque, al contrario de lo que usted parece pensar, aquí no se trata de poner a la venta un saco de garbanzos y cinco varas de percal.

Sor Sulpicio reflexionó durante un instante mirando hacia la claridad de la ventana. Luego preguntó:

¿Cuánto tiempo cree que se puede tardar en venderlo todo?

—No es posible saberlo —le contestó don Laurindo—. Hay que tener en cuenta que para vender algo antes hay que encontrar un comprador. De todas formas, para no caer en el error de dilapidar esta fortuna, no sería descabellado pensar que al menos se necesiten dos o tres años.

Les interrumpió doña Virtudes que entró en la sala con una bandeja en la que llevaba café y un plato con pastas.

—Me he permitido traerles esto —dijo—. Su marido la miró con rencor.

—Estamos tratando de asuntos importantes —dijo de mal humor—. No sé por qué te empeñas en venir a molestar.

Luego, dirigiéndose hacia su ahijada, continuó:

—Las prisas nunca han sido buenas consejeras en el mundo de los negocios, y el tamaño de su herencia requiere tomar las precauciones necesarias para no malbaratarla. Extendió las manos para mirarse las uñas, y continuó recalcando cada palabra para evidenciar que se dirigía tan solo a su ahijada—: Si así me lo ordena, mañana mismo doy comienzo al intento de vender la hacienda, pero me gustaría advertirle que el mundillo de los

negocios inmobiliarios no está hecho para profanos por lo que, si me permite un consejo, sería preferible que ustedes no intervinieran.

Aurelia Rabadán estuvo de acuerdo.

—Ningún problema —dijo—. No es necesario decirle que cuenta con mi absoluta confianza.

—Se lo agradezco —le contestó don Laurindo con su voz de tenor sin timbres—. Lo cierto es que su difunto padre fue muy generoso conmigo, y siempre conté con su respaldo. Por mi parte puedo decir que no ha pasado ni un solo día sin que haya tratado de corresponder lo mejor que he podido a su confianza, y si usted así lo ordena no tengo ningún inconveniente en intentar sacarle el máximo partido a la venta de su colosal fortuna. Y recalcó adrede el binomio colosal y fortuna.

Tal como vaticinó don Laurindo los contactos que hubo que establecer para iniciar la venta fueron lentos y farragosos. Se hizo necesario despiezar la hacienda en lotes que pudieran ser asumidos por un solo comprador, a excepción de la fábrica de harinas que, por su valor intrínseco, lo más recomendable era ofrecérsela o bien a una empresa solvente o bien a un consorcio de empresarios. Pero, a pesar de la partición, pasaron varios días hasta que apareció el primer interesado en comprar una de las fincas. Se trataba de Fidencio Palacios, hermano mayor del Pachón, y propietario de una de las carnicerías ubicadas en la plaza del Charango, justo la que se encontraba enfrente de la casa solariega, y que parecía dispuesto a comprar la finca de la Majada. Esta finca estaba situada al oeste del pueblo sobre un terreno de seco próximo al ejido, y contaba con seis hectáreas, una casa de planta baja con establo de ordeño y un gran pajar medio derruido.

Si la madre superiora anduvo avisada y discreta cuando decidió que fuera sor Sulpicio la que se pusiera a las riendas de lo que siempre pensó que era un inmenso negocio que iba a redundar sin duda en beneficio del convento, haciéndole la advertencia explícita de que mantuviera a Aurelia Rabadán lejos de la calle y de cualquier tipo de relación social, porque según le gustaba decir «el que evita la ocasión evita el peligro», el Diablo, que nunca descansa y todo lo enreda, anduvo diligente para estorbar tanta prevención y, aliándose con sor Sulpicio que, al relajarse, cayó en el error de obviar las órdenes

recibidas, propició la ocasión necesaria para que el hijo del carnicero se cruzara en el camino de la monjita.

Efectivamente, se podría decir que en la impaciencia de sor Sulpicio se encontraba el origen del cambio radical que, a partir de entonces, experimentó la vida de Aurelia Rabadán: La tarde en la que don Laurindo y Fidencio Palacios habían quedado citados en la casa solariega para tratar sobre la venta de la finca de la Majada, sor Sulpicio no pudo soportar por más tiempo la incertidumbre, y sacó a Aurelia Rabadán de su habitación para arrastrarla hasta la planta baja con la única intención de conocer de primera mano el momento en el que se encontraban aquellas negociaciones. Tanto la ventana como la puerta de la oficina que don Laurindo había improvisado en la casa solariega por razones de comodidad, estaban abiertas de par en par intentando convocar una brisa que en realidad no existía, con la esperanza estéril de que, aunque solo fuera durante un instante, el aire fluyera a través de la estancia en la encalmada sofocante de la siesta y, cuando las dos monjas se llegaron hasta el corredor principal, una voz de tenor, que sor Sulpicio identificó de inmediato con la del administrador, manchaba el silencio inapelable de las cuatro, pero tuvo la sensación de que don Laurindo estaba hablando solo. La monja, que sujetaba por el brazo a Aurelia Rabadán, se precipitó por el corredor con dirección a la oficina y, cuando llegó a la entrada, comprobó en una primera ojeada que el administrador no solo se encontraba en compañía, sino que había otros dos hombres dentro de la oficina.

Así era: Fidencio Palacios había concurrido a la reunión acompañado de su hijo, que además de pasar por ser el joven por el que suspiraban la mayoría de las solteras del pueblo, era uno de los hombres más atractivos y con mejor cartel de toda la comarca. Siete años antes había comenzado la carrera en la Escuela de Minas de León pero, sin haber transcurrido dos, tuvo que renunciar a los estudios porque su carácter disoluto era incompatible con la disciplina que le reclamaban los libros. Al no tener ni oficio ni beneficio, y después de haber frustrado las expectativas de su padre que había hecho lo posible y lo imposible para que su hijo llegara a ser ingeniero de minas algún día, se enroló con el beneplácito e incluso con la complacencia de su madre, que en realidad era la que llevaba los pantalones en la casa, en las filas del libertino grupo de los Lecheros. Y con ellos se pasaba el día holgazaneando

sin rumbo, gastando bromas que no tenían ninguna gracia, y denigrando y violando los derechos de todo aquel que se cruzaba en su camino y no tenía cómo defenderse, mientras que lo más de las noches lo gastaba, como el resto de la cuadrilla, parrandeando por los bares del pueblo. Tiempo atrás los Lecheros habían tomado la costumbre, cuando los sábados parecían consumirse, de embarcarse en alguno de los trenes búhos que partían hacia León, y tomaban al asalto los garitos de perdición de la capital con el único propósito de emborracharse, y así coger los ánimos necesarios para rematar la fiesta embruteciéndose en los prostíbulos del barrio chino. Pero mientras la mayoría de sus compañeros de correrías podían presumir de cierta experiencia en los negocios de la entrepierña, a sus veinticinco años José Ignacio Palacios convivía con el estigma desalentador de no conocer mujer, lo que venía a confirmar de alguna manera el carácter pacato que desde siempre le había atribuido su padre, aunque en realidad la única responsable de aquel celibato circunstancial era su madre.

Pero sus días de aprendiz a crápula terminaron el día que Fidencio Palacios, harto de la vida licenciosa de su hijo, se armó de un valor que nunca supo de dónde pudo sacarlo, para arrostrar los escrúpulos que mantenía su mujer sobre la conveniencia de que su único hijo perdiera la juventud despachando chorizos en la carnicería y, para entonces, José Ignacio Palacios pasaba el tiempo aprendiendo más el oficio de comerciante que el de carnicero, pues su padre elevaba a la categoría de dogma irrefutable su teoría de que hasta el más tonto puede valer para expender un kilo de filetes, y sin embargo, aseguraba: «El arte de saber calcular el precio exacto que un cliente está dispuesto a pagar por una chuleta, tan solo se encuentra al alcance de algunos privilegiados». Por eso, la tarde de julio en la que se había citado con don Laurindo para tratar de los preliminares referentes a la compra de la finca de la Majada, se hizo acompañar de su hijo al objeto de que tomara buena nota de cómo se debía manejar un negocio para salir con éxito del mismo.

Las acacias de la plaza se habían desprendido de las últimas flores, y el suelo estaba alfombrado con una especie de nata amarillenta que al pisarla transmitía el aroma empalagoso del sofocante silencio de las cuatro. El administrador recibió a los dos hombres en la oficina de la casa solariega con la sospecha de que se trataba de una reunión estéril, pues tenía asociada la conducta de Fidencio Palacios con cierto negocio que había acontecido en el

pueblo tiempo atrás: Las malas lenguas aseguraban que el carnicero, además de negarse a pagar el importe acordado en el trato previo a la compra de una novilla, denunció al vendedor ante la guardia civil acusándole de intentar venderle un animal enfermo, y posteriormente tuvo el desahogo de despachar la ternera en su propia carnicería, picada y convertida en filetes rusos. Así que don Laurindo estaba convencido de la inutilidad de aquella reunión y, si consintió en mantenerla, no fue porque esperara conseguir ningún resultado de ella, sino para demostrarle a sor Sulpicio que aprovechaba cualquier ocasión, por incierta que pudiera parecer, para intentar vender la hacienda. En ese momento, las cuatro campanadas del carrillón resonaron en el gran salón de la casa solariega.

Sor Sulpicio aprovechó los toques del reloj para saludar a los hombres que estaban sentados en la oficina.

—Buenas tardes —dijo con su estentóreo timbre cuartelero.

Entonces José Ignacio Palacios volvió la cabeza, más por el aburrimiento que le producía la conversación que mantenía su padre con don Laurindo, que por el interés que le suscitaba conocer a la propietaria de aquella voz tan desagradable y, sin proponérselo, depositó sobre la monja joven una mirada que no tenía ninguna intención, pero desde el mismo momento en el que Aurelia Rabadán la sintió sobre su cuerpo, supo que algo irrevocable y definitivo había ocurrido en su vida, pues se le quedó clavada en alguna parte del alma, y aunque no fue capaz de precisar cómo, sabía que le estaba haciendo cosquillas en el corazón. Permaneció paralizada bajo el vano de la puerta con el aliento agitado y con los ojos fijos sobre el joven carnicero hasta que sor Sulpicio tiró de ella agarrándola del brazo, pero su azoramiento se hizo patente a pesar de los esfuerzos por evitarlo: tenía palpitaciones, y no pudo impedir el temblor de las manos al intentar seguir a sor Sulpicio. Antes, sabiendo que los tres hombres estaban pendientes de ella, les dedicó una sonrisa trémula desde la confusión del desasosiego:

—Buenas tardes —dijo—. Sigán con lo suyo, tan solo pasábamos por aquí.

Como había previsto don Laurindo, la reunión resultó un fracaso. El carnicero pretendía hacerse con la finca por una cantidad que era, a todas

luces, inaceptable, y el administrador no consintió pasar más allá de los primeros contactos en la negociación, pero todo aquello no contaba para el corazón de Aurelia Rabadán. La hermosura de aquel joven de aspecto seráfico, que a ella le parecía que se aproximaba demasiado a las formas casi perfectas de las imágenes de los santos que había en la capilla del convento, conmocionó sus sentidos, y se pasó toda la noche pensando en él, aunque apenas podía soportar el sentimiento de culpa que le producía su convicción de que alimentar aquel pensamiento insano tan solo podía conducirla a la perdición. Por eso, mientras desayunaba a la mañana siguiente con sor Sulpicio en la mesa grande del comedor, asustada ante el cuadro de taquicardias que se producía en su corazón tan solo con pensar en el nombre del joven carnicero, y ante la certidumbre de que el proceso de liquidación de la herencia se iba a prolongar en el tiempo, le propuso a su monitora la posibilidad de que se quedara en el pueblo arreglando los asuntos concernientes a la venta de la hacienda, mientras ella se volvía al convento.

Cómo había previsto, sor Sulpicio no estuvo de acuerdo:

—Eso es imposible —dijo—. Creo innecesario repetirte lo que quiso decir la madre superiora cuando nos encomendó que solucionáramos el asunto de la herencia entre las dos.

A pesar de que no estaba de acuerdo con la interpretación que hacía su monitora de las órdenes de la madre abadesa, Aurelia Rabadán no quiso entrar en una polémica que presumía inútil, y se retiró a su habitación tan pronto como terminó el desayuno. Se pasó todo el día encerrada en ella sin tan siquiera salir para comer, con la disculpa, que ya para entonces era vieja, de que le dolía la cabeza. Pero en realidad se encontraba navegando en un mar de contradicciones: Por una parte, el recuerdo de aquel hombre de facciones angelicales, le había sumergido en un estado de excitación cuya realidad jamás hubiera podido sospechar, y por otra, la que tenía que ver con sus dieciocho años de adoctrinamiento en favor de la castidad, que le advertía de la carga pecaminosa de ese recuerdo. Fue por lo que sintió un acceso de ira contra sí misma por haber alimentado, incluso gozado, con aquel pensamiento que ella creía inmoral en sí mismo pero, cuando las campanas de la iglesia tocaron a misa de siete, sintió que le faltaba el aire en los pulmones y que el corazón quería salirse del pecho, y por un instante sintió la necesidad vehemente de

bajar hasta la casa de don Laurindo para ordenarle que reiniciara las negociaciones con la esperanza de poder ver otra vez a José Ignacio Palacios, aunque tan solo fuera durante un instante.

Pero a pesar de rechazar de inmediato esta idea por desatinada, cuando regresó a su habitación después de cenar volvió a sentir la misma sensación de asfixia, la misma percepción de que su corazón galopaba a mayor velocidad de la que ella podía resistir, pues el hijo del carnicero se le había colado en el alma de tal manera que había derrumbado por la base tantos años de eucaristías y rosarios, tantos meses de ejercicios espirituales y vía crucis, tantos días de meditación y novenas, tantas mañanas de maitines y ángelus, tantos minutos de cilicios y reclinatorios, tantos segundos huecos, vacíos, sin nada de nada, en la nada. La ansiedad se le hizo tan acuciante que no fue capaz de conciliar el sueño durante toda la noche y, cuando se levantó, estragada por la vigilia, sintió que se le licuaba la sangre por la urgencia de ver al causante de aquella locura, y tomó la decisión descabellada de presentarse en la carnicería con la excusa de comprar cualquier cosa y, así, salir de aquella angustia que no le dejaba vivir.

Durante el tiempo que dedicó al aseo personal revoloteó con tanta intensidad en su cabeza esa posibilidad, que aún no había tomado el último sorbo del café del desayuno cuando, venciendo aquella timidez construida a base de relacionarse únicamente con sus compañeras de clausura durante dieciocho años, abrió la puerta de la casa solariega y, contrariando su timidez, se aventuró en la calle para luego cruzar la plaza del Charango sin pedirle permiso ni darle explicaciones a sor Sulpicio. Y de repente se encontró, inerme y sin poder explicarse como había llegado hasta allí, frente a la entrada de la carnicería Palacios.

Fue justo en ese momento cuando tomó conciencia de que era ajena a todo lo que estaba fuera de los muros del convento, y de que aquella, era la primera vez en su vida que tenía que decidir por sí sola. Y sin saber cómo, armándose de un valor que nunca supo de donde le provenía, empujó la puerta y entró en la carnicería acosada por unos sudores helados que le subían y bajaban sin piedad a través de la columna vertebral.

Como había previsto en las elucubraciones de su cuarto, José Ignacio Palacios se encontraba detrás del mostrador abstraído en la labor de filetear

una pieza de babilla, y no hubiera advertido su presencia de no haber presentido las miradas de las otras clientas dirigiéndose, al unísono, hacia la monjita. Fue entonces cuando levantó la vista para comprobar el motivo de tanto interés, y esa mirada produjo tal conmoción en el corazón de Aurelia Rabadán que el desorden emocional le duró hasta el final de sus días.

—Buenos días —Acertó a decir con un hilito de voz apenas perceptible, y se quedó en la entrada, petrificada y sin saber donde esconder su humanidad, aún con el pomo de la puerta en la mano, tratando de disimular los golpetazos del corazón contra las paredes del mediastino. Y así hubiera permanecido por tiempo indefinido de no haber sido porque una clienta que pretendía entrar en la carnicería la empujó al intentar abrir la puerta.

Se refugió detrás de aquella mujer hasta que llegó su turno. Fidencio Palacios le preguntó levantando las cejas:

—¿Qué desea, hermana?

Fue cuando se dio cuenta de que no llevaba dinero y de que era la primera vez que entraba a una tienda con la pretensión de comprar algo, y se sintió desconcertada, consciente de que todos estaban pendientes de ella. La pregunta del carnicero, la sacó a flote:

—¿Le ocurre algo, hermana?

—Quería un kilo de carne —dijo, por decir algo.

—¿Qué clase de carne?

La pregunta del carnicero la hizo sentirse abandonada e inerme, y trató de sobreponerse al estado de turbación en el que se encontraba por puro instinto de supervivencia emocional.

—Es mejor que venga alguien de la casa —balbució— en realidad no sé bien la clase de carne que hace falta —dijo para concluir, y salió a toda prisa de la carnicería, abochornada y convencida de haber hecho el más espantoso de los ridículos.

Una nube de agosto descargó un aguacero ocasional con goterones del tamaño de un real que, al caer sobre el suelo ardiente, se convertían en un vaho morado y espeso. No es que le gustara mojarse, pero tenía tanta prisa por alejarse de la carnicería que, a pesar de la tormenta, no dudó en cruzar los setenta y cinco metros que la separaban de la casa solariega casi saltando sobre los charcos de la plaza. Y cuando llegó a la puerta completamente empapada, experimentó un sentimiento de rabia que tenía su origen en la convicción de que se había expuesto de forma injustificable. Se sentía impura, indigna por haber mancillado, aunque solo fuera de pensamiento, sus votos de castidad. Por eso, cuando regresó a su cuarto después del almuerzo, y se tendió a reflexionar encima de la cama, llegó a la conclusión de que aquel tropiezo insano no podía ser obstáculo para proseguir en su ministerio de servicio al Señor, e hizo propósito de no volver a caer en aquella trampa que, estaba segura, le había tendido el Diablo. El cansancio producido por la vigilia de las noches anteriores, hizo que se quedara dormida encima de la cama vestida con el hábito de las Siervas de María y con los zapatos puestos.

Después de un sueño desabrido la despertó la nostalgia, no la que le producía la figura seráfica del joven carnicero, sino la añoranza apacible de su celda claustral que, sin saber por qué, en los días en los que flaqueaba su fe, la servía de refugio contra las debilidades del corazón provocando la paz de espíritu que necesitaba para volver sin titubeos al camino del Señor. Por eso, para evitar tentaciones que la sacaran de su camino de salvación, tomó la determinación de volverse al convento al día siguiente.

—Eso no puede ser —le contestó sor Sulpicio durante la cena, mientras tomaban una ensalada las dos solas en la mesa grande del comedor, después de haberle comunicado su decisión de dejar a don Laurindo al cago de todo lo relacionado con la venta de la herencia.

—Nuestra presencia en el pueblo, —le había dicho— no es necesaria y, sin lugar a dudas, donde mejor estamos es en el convento. Una doncella entró en el comedor llevando dos platos de pollo guisado. Aurelia Rabadán tomó el suyo con ambas manos y lo depositó en la mesa.

—Es la única solución que se me ocurre —afirmó mientras cogía el tenedor y el cuchillo— aquí no me encuentro bien, y el administrador se sobra para resolver los asuntos de la hacienda.

Por supuesto, sor Sulpicio no estuvo de acuerdo:

—Eso sería como entregarle la herencia a ese hombre —dijo escandalizada— entiendo tu confianza —reflexionó un instante y continuó—. Pero a pesar de que desconozcas las realidades de la vida, hay que ser muy ingenua para pensar que, por muy honrado que sea, cuando tenga poderes para hacer lo que le venga en gana con esa fortuna, la tentación de hacerse inmensamente rico no vaya a poder más que toda la integridad y principios de honradez que, supuestamente, atesora.

Aurelia Rabadán se sintió desgraciada. A pesar de que tenía un hambre de lobo, un nudo de piedra que se le había atravesado en el estómago le impedía comer, y jugueteó durante un rato dando golpecitos con la punta del cuchillo sobre un pedazo de pollo antes de contestar:

—Puede quedarse usted al cargo de la herencia, —dijo por fin— y yo me vuelvo al convento. Pienso que sería una buena decisión.

Sor Sulpicio se encontró ante una encrucijada que no era capaz de resolver por sí sola.

—Mañana regresamos al convento —dijo dando por concluida aquella conversación que estaba comenzando a enojarla— y que sea la madre superiora la que tome la decisión que crea conveniente.

Había entrado septiembre y la venta de la herencia se hallaba estancada. Era el año del Señor de mil novecientos cuarenta y dos, y la guerra había dejado al borde de la quiebra a la mayoría de las economías que aún no había aniquilado, por lo que se podía considerar razonable la dificultad que presentaba la venta de los diversos lotes en los que se había dividido la herencia de los Rabadán. De todas formas, y gracias a la diligencia de don Laurindo, la fábrica de harinas, así como el resto de la hacienda, permanecía en el mismo estado de buena salud en el que se encontraba antes de la muerte de don Aurelio incluso, en algunos aspectos, había mejorado de forma notable.

Pero cuando la Madre Superiora supo, por boca de sor Sulpicio, pues Aurelia Rabadán no intervino en el conciliábulo, que la venta de la herencia se encontraba en punto muerto, no pudo evitar un gesto de contrariedad. Era

necesario reparar los daños estructurales que la guerra había producido en el convento, el cual se encontraba medio derruido, y ella contaba con aquella fortuna para acometer todas las obras que fueran necesarias, así como para otras mejoras que tenía previstas. Por lo que fue explícita y contundente en la orden que le dio a sor Sulpicio:

—Volved en el primer tren que salga para el pueblo, y haced todo lo que esté en vuestras manos para vender esa hacienda con la mayor celeridad posible y, si tenéis que bajar la valoración de esos lotes, no dudéis en hacerlo.

Sujeta al inquebrantable voto de obediencia que profesó desde el mismo día que ingresó en el convento, Aurelia Rabadán no se planteó siquiera la oportunidad de la orden que le dieron de volver al pueblo para malvender su herencia, y aunque algo en su interior, algo que su razón no llegaba a comprender, pero que le resultaba tan claro como un domingo de abril, le advertía contra la inconveniencia de aquella orden, no logró soslayar la costumbre adquirida durante dieciocho años de obedecer sin tomarse el trabajo de reflexionar si, efectivamente, las decisiones de sus superiores eran acertadas, y aceptó la resolución tomada por la madre abadesa con la naturalidad del que está habituado a obedecer. Desde luego que nadie, ni dentro ni fuera del convento, hubiera podido imaginar que la costumbre de obedecer iba a constituir el detonante del cambio radical y definitivo que se produjo en la vida de Aurelia Rabadán.

Así fue. Lo primero que hicieron las dos monjas una vez que pusieron los pies en pueblo, fue entrevistarse con el administrador para transmitirle la decisión que había tomado la madre superiora de vender la hacienda fuese como fuese y al precio que fuese, pero con la única condición de venderla lo antes posible. Don Laurindo fue consciente desde el principio de la inutilidad

que suponía hacer cualquier razonamiento en contra de aquella decisión, y a pesar de que trató de convencer a sor Sulpicio, con argumentos que eran fáciles de entender para quien quisiera entenderlos, de que era una auténtica locura vender un patrimonio de aquella magnitud con la premura con la que ella pretendía hacerlo, no le extrañó que a la monja sus reflexiones le entraran por un oído y le salieran por el otro, como tampoco le extrañó que terminara por imponer sus propios argumentos:

—Puede que usted esté acertado en todo lo que dice, —dijo sor Sulpicio desestimando las advertencias de don Laurindo—. Pero lo que ahora importa es recoger el dinero suficiente para emprender las obras que necesita el convento para su restauración.

Desde la primera vez que habló con sor Sulpicio, el administrador había intuido que ese momento tenía que llegar tarde o temprano, incluso había previsto una respuesta para contrarrestar lo que él entendía como el mayor despropósito financiero que se había producido en la historia del pueblo. Pero como también era consciente de la inutilidad que suponía luchar contra la rigidez de las estructuras jerarquizadas de las comunidades religiosas, optó por acatar las razones que había esgrimido la monja apelando a una reflexión que definía a la perfección su carácter:

—Que se le va a hacer, —dijo— todo sea por complacer a la madre superiora, pues como dice don Jesús María: «Dios escribe derecho con renglones torcidos».

Y lo dijo convencido de que, por mucho que él demostrara con argumentos fehacientes y fáciles de comprender que las consideraciones empleadas por sor Sulpicio eran contrarias al sentido común, la suerte de la hacienda de los Rabadán estaba echada desde hacía tiempo.

—Lo que de verdad me duele, —dijo a continuación dándole la espalda a sor Sulpicio para mostrar que tan solo se dirigía a su ahijada— es pensar en la vida que se dejó su padre para amasar esta fortuna. —Y después de una pequeña meditación, agregó completamente abatido—: Si a usted le parece bien, empezaremos esta desafortunada operación intentando vender la finca de la Majada, el carnicero continúa interesado en comprarla, y aún le podemos sacar una buena tajada.

En ese momento advirtió en la mirada de Aurelia Rabadán un destello que no supo descifrar, pero que si hubiera sido más avezado en cuestiones de mujeres, se hubiera dado cuenta de que con tan solo nombrar al carnicero, había cambiado la palidez habitual de su cara por un rubor intenso que le hubiera delatado ante ojos más expertos, y que le obligó a hacer un gran esfuerzo para que no se le notara el temblor de las manos.

Consecuente con el asentimiento de su ahijada, don Laurindo citó al carnicero a la casa solariega para las once de la mañana siguiente y, cuando Fidencio Palacios acudió a la cita lo hizo, como la vez anterior, acompañado de su hijo, que fue lo mismo que echar yesca al fuego que ardía en el corazón de la Aurelia Rabadán pues, como le ocurrió la primera vez que lo vio, se pasó la noche evocando el recuerdo de aquel ángel con forma de hombre, flotando en un universo de sensaciones que le quemaban el alma, olvidándose de votos y de clausuras, sin notar en su conciencia la necesidad de sentirse sucia por tener apetencias humanas, negándose a sí misma la obligación de vivir enclaustrada en un convento, y sucumbió sin remisión a la insensata y delirante urgencia del amor, y de repente tuvo la revelación de algo que hasta entonces no se había atrevido a admitir tan siquiera en las reflexiones más lúcidas de sus soliloquios, pero que sus instintos conocían desde siempre: «Que a este mundo se viene con la obligación de ser feliz, aunque a veces la vida se empeñe en demostrarnos lo contrario».

Quizás fue por eso que el mundo se le convirtió de repente en un lugar indeseable para vivir, pues las convicciones acumuladas en su alma durante dieciocho años de adoctrinamiento en favor de la castidad, eran contrarias a la ansiedad que le producía la sola idea de poder volver a ver al hombre que le había conducido a aquel estado de perdición. Y no era que tan solo lo quería ver ese mismo día, sino que también lo quería ver al día siguiente, y al siguiente, y todos los días siguientes de su vida, y todas las formas que se le ocurrían para conseguirlo las desechara por inconvenientes o descabelladas. Además, se encontraba ante un problema aún mayor, y era que no tenía con quién sincerarse, de modo que el secreto que le corroía las entrañas se había convertido en una carga demasiado pesada para que la pudiera sostener una mujer sola e inexperta en esas y en las otras muchas cuestiones que le planteaba la vida.

Se levantó con la impresión de padecer una especie de somnolencia trabada producto de una noche con algunos momentos insomnes y otros en los que, un duermevela dulce y alborozado, le provocó cosquilleos en las tripas y sequedad en el paladar. Tenía la rara sensación de estar llegando justo al punto que sus sentidos habían estado esperando desde el momento en que nació, y se encontraba tan bien y tenía tan buen aspecto que, cuando la vio sor Sulpicio, pensó que por fin se había tranquilizado y que quedaban atrás las noches de angustias y pesadillas.

En cambio a José Ignacio Palacios, aquella monjita menuda y de ojos penetrantes que, hasta esa segunda reunión, le había pasado desapercibida, pues la única referencia que tenía de ella era el calificativo que le dedicaba su madre cuando se preguntaba por cómo demonios iba a poder vivir en el convento la tonta de la monja millonaria con aquella colosal fortuna, se le reveló como un auténtico prodigio de sensaciones. A pesar de que no le parecía guapa, le había atrapado la ternura que dibujaban sus facciones regulares, que de alguna forma suavizaban la rigidez de su mirada, y le daban a su rostro una pincelada de dulzura que, junto a su voz clara y despaciosa, cautivaba las voluntades. Y sin ser consciente de ello ni tan siquiera proponérselo, se sintió prisionero de la dulzura que irradiaba la mujer que estaba debajo del hábito negro de las Siervas de María.

A pesar de que ya tenía edad suficiente para estar casado, José Ignacio Palacios aún vivía entre las faldas de su madre, que no era tan solo su único apoyo, sino que también era su cómplice y confidente. Le contaba todo lo que pensaba y hacía y, a partir de haber concluido su etapa de parrandero, cuando no estaba ayudando a su padre en la carnicería, para encontrarlo había que buscarlo donde estuviera ella. Así que Anuncia, que así se llamaba, era capaz de detectar cualquier alteración, por pequeña que fuera, que se produjera tanto en el ámbito físico como en el emocional de su hijo. Por eso cuando regresó de la reunión, después de mirarle a los ojos, y pensando que había surgido algún contratiempo en la negociación, le preguntó:

—¿Qué es, que esa gente quiere más de lo que vale la finca?

José Ignacio la miró sorprendido.

—¿Por qué dices eso, mamá? —le preguntó a su vez.

—No sé, tienes algo raro en la mirada. Entonces él trato de tranquilizarla con una risita nerviosa.

—¡Qué va! —dijo—. Se puede decir que la finca ya es nuestra. Y no lo dijo por tratar de ocultarle nada a su madre, sino porque aún no había sido capaz de calcular hasta dónde le habían alcanzado los dardos de Cupido.

Sin embargo, Anuncia estuvo segura de que el reloj del corazón de su hijo marcaba una hora distinta a la que tenía por costumbre. Y esa seguridad se confirmó la tarde del martes siguiente, cuando José Ignacio subió de la carnicería con ojos de alucinado y se retiró a su cuarto sin hablar con ella como tenía por costumbre. Así que, cuando salió de la habitación para cenar, le preguntó:

—¿Quién es ella?

José Ignacio no podía creer que su madre, sin haber mediado palabra, tan sólo con verle, hubiera sido capaz de detectar aquello de lo que él no se había dado cuenta hasta hacía apenas tres horas. En efecto, Aurelia Rabadán había estado aquella tarde en la carnicería. Lo había hecho sin los titubeos de la vez anterior, abrió la puerta con absoluta seguridad y permaneció esperando a que la despacharan con un ámbito propio y, cuando llegó su turno, hizo el pedido con la fluidez y el desparpajo que tienen las personas que están al cabo de la calle, sin azoramientos, con la desenvoltura despreocupada de las cosas cotidianas.

Aunque también estaba su padre dentro del mostrador, fue a José Ignacio a quién le correspondió atenderla y, cuando Aurelia Rabadán depositó en él aquella mirada penetrante, herencia de su padre, no pudo evitar que un estremecimiento le corriera por todo el cuerpo pues, hasta entonces, ninguna mujer, y menos vestida de monja, lo había mirado de aquel modo. Fue una mirada tangible que se le metió, como si fuera una mano, entre la camisa y la piel en una caricia mimosa y dulce y, en ese momento, con el cuchillo de filetear empuñado entre los dedos, sintió una especie de descarga eléctrica que le subía y le bajaba por la columna vertebral que lo dejó naufragando en

un piélagos de sensaciones que lo iba a mantener subyugado durante mucho tiempo.

Lo cierto era que hasta entonces José Ignacio Palacios había vivido huérfano de amor, encastillado entre la carnicería y el hogar familiar. Por lo que, cuando la mayoría de los jóvenes de su edad ya estaban casados o tenían a sus espaldas una larga lista de negocios sentimentales, él las únicas faldas que conocía eran las de su madre, de las que no se despegaba ni a sol ni a sombra. Era Anuncia la que, con un amor maternal que rayaba lo enfermizo y que le provocaban unos celos mórbidos y fatalistas, le cuidaba como si fuera un niño pequeño, le decía lo que debía o no debía hacer, a dónde debía ir, cómo tenían que ser sus amigos, de qué manera tenía que vestir, cómo debía pensar y, sobre todo, le aconsejaba en asuntos de faldas. Nada se escapaba al escrutinio al que lo sometía a diario, por lo que sabía de su hijo hasta los pensamientos más recónditos y cuando, después de una salida ocasional, él le confesaba que había conocido a una chica, averiguaba de inmediato de quién se trataba, para ponerle mil y una tachas, y la que no era una golfa, era una marrana, o pertenecía a la chusma y no era digna de gentes de su posición. Todas tenían los defectos suficientes como para no merecerse un joven tan alto, tan guapo, tan pulido y de tan buena disposición como él.

Por eso, cuando aquella tarde de martes, su hijo le confesó que estaba enamorado de la monjita, Anuncia pensó que le estaba tomando el pelo, pero cuando lo miró a los ojos y descubrió en ellos que era cierto lo que la estaba diciendo, no pudo reprimir un escalofrío que le recorrió por todo el cuerpo.

—¡Pero, estás loco! —dijo sin salir de su asombro— es una monja y, además, te saca cinco o seis años.

Al cabo, le preguntó:

—¿Y ella, qué dice?

José Ignacio se frotó las manos sudorosas, y se encogió de hombros:

—Nada, ella no lo sabe.

Anuncia pasaba de asombro en asombro, y cuando volvió a preguntar estaba al borde de un ataque de histeria:

—¿Pero, cómo puede ser eso?

—No es nada —se disculpó José Ignacio viendo el horror que reflejaba la cara de su madre—. Tan solo es que me gusta.

La respuesta pareció tranquilizar a Anuncia.

—Termináramos —exclamó entonces—. Si tan sólo es eso..., lo cierto es que me habías asustado.

Pero después de cenar, ya en la cama, siguió dándole vueltas al asunto, y convino para sus adentros que no era una idea tan descabellada, pues era monja pero podía dejar de serlo, y la edad tampoco representaba ningún inconveniente, al fin y al cabo cinco años no era una diferencia insalvable y, aunque la dichosa monja no valía mucho y era un poco zote, tenía a su favor la inmensa fortuna de los Rabadán. Se durmió con el runrún de este pensamiento y, a lo largo de la mañana siguiente, mientras trajinaba en la cocina, no se lo pudo quitar de la cabeza.

Para José Ignacio Palacios la noche fue devastadora. Apenas durmió un sueño de liebre pensando en la monjita, con el alma en carne viva, sintiendo aquella mirada paseándose inmisericorde en una secuencia que empezaba por los hombros, seguía por el torso juvenil, después pasaba al vientre terso, bajándose hasta el pubis lo justo para sentir un placer inverosímil, y volver al principio.

Por eso, cuando nada más levantarse entró a la cocina para desayunar, Anuncia tuvo un acceso de conmiseración hacia él, pues presentaba el mismo aspecto desolador del que acaba de sufrir un accidente, con los ojos hinchados y la cara abotagada por la vela. De todas formas, no se atrevió a aventurar ningún juicio sobre un asunto tan peregrino ya que aún no había decidido si su hijo debía seguir transitando por aquel camino.

Por su parte, Aurelia Rabadán vivía en una excitación inhumana que no le dejaba parar en ningún sitio. Había alcanzado el cenit del amor de un solo

trago, justo el que bebió cuando José Ignacio la sostuvo la mirada y ella necesitó hacer un esfuerzo sobrenatural para no perder los nervios pues comprendió, en un flash esclarecedor, que él también estaba perdido en aquel mismo oasis de amor, y deambulaba por la casa sin encontrar el norte y sin saber dónde estaba el sur porque no era capaz de estarse quieta en ningún sitio, pues le perseguía la sensación inquietante de que un animalillo imaginario se le había metido entre las tripas.

Por eso sor Sulpicio, que tenía la necesidad de sentarse a hablar con ella pues había llegado a la conclusión de que, de alguna forma que no llegaba a comprender, alguien estaba dilatando adrede la venta de la herencia, le seguía a todas partes profiriendo una retahíla de razones que Aurelia Rabadán ni entendía ni quería entender, pues siempre eran contrarias a sus intereses. Así que aprovechó la tregua que supuso el almuerzo en la mesa grande del comedor, para quejarse de la derrota que había tomado todo lo que tenía que ver con la venta de la hacienda:

—Esto no puede seguir así —dijo nada más sentarse a la mesa—. Están pasando los meses, y no tenemos noticias de que se haya producido ningún progreso. Creo que, por algún motivo, don Laurindo está sabotando las órdenes de la madre superiora.

Lo que no sabía sor Sulpicio era que Aurelia Rabadán, en un arranque de clarividencia, había tenido el acierto de ir a hablar en privado con su padrino. Después de escucharla, don Laurindo le previno contra la urgencia y falta de planificación con que habían decidido vender la hacienda:

—Ese planteamiento, —le dijo— es contrario a sus intereses. Por lo que mi consejo, si es que vale para algo —concluyó— es que detenga el proceso de venta hasta que haya reflexionado con detenimiento sobre el mismo. Su ahijada no solo estuvo de acuerdo, sino que le ordenó que detuviera cualquier iniciativa relacionada con la venta de la hacienda hasta que ella hubiera tomado una decisión definitiva. Fue por eso que le contestó a su monitora valiéndose de un enigma:

—Las cosas son como son, y no merece la pena variar su curso.

Pero sor Sulpicio no estaba de humor para acertijos ni para dejar que

nada siguiera su curso. Por eso, haciendo uso de su supuesta autoridad, levantando la voz, ya por natural levantada, y sin medir su capacidad real para decidir sobre la herencia, dijo totalmente irritada:

—La venta hay que hacerla ya, sea como sea y cueste lo que cueste, no podemos esperar por tiempo indefinido.

Miró a los ojos de Aurelia Rabadán por ver cuál era su reacción, y como en ellos tan solo encontró indiferencia, se le subió la sangre a la cabeza al pensar, sin que le faltara razón para ello, que no le importaba en absoluto todo aquello que ella pudiera decir o pensar. Por eso, y sin poder evitar el acceso de ira que, partiendo del estómago, le llegaba hasta la boca como un eructo, dijo fuera de sí:

—¡Ahora mismo voy a hablar con el administrador, y que se vaya olvidando de sus historias y sus monsergas, y que lo venda todo ya, sin darle más largas al asunto! —Se detuvo un instante para tomar aire, y continuó en el mismo tono—. ¡Pues hasta ahí podíamos llegar, que ponga la fecha y la ocasión, y hasta que nos diga lo que debemos hacer!

Y hubiera continuado con la misma verborrea si Aurelia Rabadán, haciendo uso de una autoridad que, de haberse oído, no se hubiera reconocido, la mandó callar:

—Por favor hermana, pare de una vez —le dijo— de continuar así, me va a estallar la cabeza.

Sor Sulpicio, que no se hubiera imaginado siquiera que Aurelia Rabadán pudiera cuestionar su autoridad, se quedó atónita y, durante un instante, pareció haber quedado sin respuesta, pero al momento sintió a todo el torrente sanguíneo corriéndole a galope tendido por entre las venas hasta que no se pudo contener, y le preguntó con la comisura de los labios manchada de espumarajos blancos:

—¿Qué es lo que me quieres decir?

—Le quiero decir —contestó Aurelia Rabadán casi deletreando las palabras para que la entendiera mejor— que debe volverse al convento,

porque yo me voy a quedar aquí para siempre.

Pero sor Sulpicio no estaba dispuesta a claudicar con tanta facilidad.

—La Madre Superiora —dijo inflexionando su voz cuartelera en tonos autoritarios— nos dejó bien claro que debíamos rematar la herencia y volvernos las dos al convento, y eso es lo que vamos a hacer.

A Aurelia Rabadán, que oyó decir que debía volver al convento dejando allí su prenda más estimada, que era como decirle que tenía que dejar su propia vida, se le subió la sangre a la cabeza y, contraviniendo su carácter pacífico, le reiteró de forma airada su determinación de quedarse en el pueblo, mientras que ella debía volver sola al convento. Pero sor Sulpicio, que no se amedrentaba fácilmente, insistió sobre la voluntad que había expresado la madre superiora.

No hubieran bastado las voluntades unidas de todo el clero leonés para hacer que Aurelia Rabadán desistiera en su intención de saborear aquel dulce que los cielos habían puesto a su alcance, y mucho menos la sola de la directora del convento por muy madre superiora que fuera, ni la de sor Sulpicio a pesar de lo obstinada y contumaz que había demostrado ser, pues estaba decidida a cambiarlo todo y a olvidarse de todo que no fuera la mirada melancólica del joven carnicero. Así que, por primera vez a lo largo su vida, hizo prevalecer su voluntad a cualquier injerencia externa, para hacer lo que le venía en gana, que no era otra cosa que darse al ejercicio del amor. Mientras, a la hermana sor Sulpicio no le quedó más alternativa que volverse al convento, mohína y corrida, pensando en las explicaciones que debía darle a la madre superiora.

Aurelia Rabadán era consciente, desde luego, de que tenía una colosal fortuna a su disposición, y además sabía que no necesitaba dar explicaciones a nadie de sus decisiones, ya fueran las que tenían que ver con cuestiones personales, ya fueran las que concernían a su hacienda, pero siquiera se hubiera podido imaginar la facilidad con la que cortó el cordón umbilical que la unía con su pasado monacal. Sin entenderlo del todo, se encontró con el corazón desbordado por un amor de vértigo, alborozado y dulce, que la llevó a convencerse de que estaba en las mejores condiciones para afrontar la vida con plenas garantías de ser feliz. Y este convencimiento la condujo a promover un cambio radical en sus costumbres.

Así fue: el otoño había llegado al pueblo con fuerza. Al sol le costaba amanecer detrás de los otros, y cuando lo hacía dejaba una sensación de tristeza que se reflejaba en la mirada de los campesinos que, a regañadientes y tosiendo en silencio, se encaminaban a sus labranzas vestidos ya con sus ropas de invierno. Las borrascas del Atlántico, premonitoras del mal tiempo, llegaban con anticipación desde Galicia disfrazadas de nubes negras, y los chopos, medio amarillentos ya, destilaban un hálito húmedo de melancolía. Pero Aurelia Rabadán sustituyó en su corazón el gris climatológico por el verde de la esperanza, y estando en su habitación, la mañana que sucedió a la partida de sor Sulpicio, cedió a la tentación de despojarse del hábito de las Siervas de María, y de repente se encontró contemplando la figura medio desnuda que se reflejaba en la luna del ropero. A pesar de que se sintió sacudida por un estremecimiento de pudor, no pudo evitar observar con cierto deleite aquel cuerpo que estaba plasmado en el espejo, deteniéndose en cada pliegue, escudriñando cada ondulación muscular, rebuscando cada curva de una silueta que le pareció de formas menudas pero armoniosas, y llegó al convencimiento de que todo su poder residía en él. Y fue en ese mismo instante cuando decidió permutar el vestido talar por uno cualquiera que estuviera por la casa, pero al abrir el armario de su “madre” se quedó horrorizada al comprobar que toda la ropa que había en él era muy parecida al hábito de las Siervas de María. A pesar de que tenía decidido no guardar luto, se probó uno de aquellos vestidos con la esperanza de que fuera de su talla, pero le quedaba grande, y tuvo que recurrir a los buenos oficios de Nieves Taranilla, conocida por todo el mundo como Nievinas, que era la que sin que

nadie se lo hubiera ordenado, había tomado la responsabilidad de reemplazar a Elvirita Patiño en todo lo que tuviera que ver con la organización de las labores en la casa solariega. Era una pelirroja de edad indeterminada que lo mismo podía tener treinta que cincuenta años, y que se significaba de entre las otras mujeres del servicio por su fisonomía celta, su corazón de toro, su alma de san bernardo y su vocación de gobernanta. Se pasaba el día ordenando a todo el mundo lo que tenía que hacer y cómo lo tenía que hacer. Coordinaba las funciones de todo el personal de la casa, a las chicas les decía cómo tenían que lavar la ropa y cómo la tenían que planchar, disponía la manera de hacer la limpieza de cada lugar, ordenaba lo que hacía falta comprar y dónde había que comprarlo, así como las comidas que había que preparar cada día. En realidad, era la que determinaba el funcionamiento de la casa solariega, pero lo hacía tan bien, era tan eficiente, que nunca tuvieron que llamarle la atención. Al contrario, don Laurindo estaba encantado con ella, pues le había liberado de una responsabilidad para la que no estaba preparado, y Aurelia Rabadán pensaba que era justamente la persona que debía encargarse de esa función. Tan solo le hallaba un defecto, y es que también había heredado la obsesión por el silencio y la oscuridad que había manifestado Elvirita Patiño en vida.

Nievinas era una mujer alta, y andaba con los pasos largos y enérgicos a que le obligaban sus piernas infinitas mientras distribuía las tareas que debía realizar cada integrante del servicio de la casa. Tenía la boca de trucha y la nariz afilada, como un escuerzo, al igual que el resto del cuerpo. Y cuando terminaba de ordenar, mandar, disponer y organizar, porque ya no quedaba nada por hacer, parecía quedarse en el limbo, como muerta, esperando a que al día siguiente se abriera de nuevo el cielo, y así poder volver a la vida.

—Quiero que me busques ropa de calle —le dijo Aurelia Rabadán interrumpiendo su deambular frenético buscando alguna tarea que estuviera por hacer—. ¿Hay algún vestido en la casa que me pueda poner?

Pero como Nievinas puso cara de asombro, hizo el ademán de sacarse el hábito.

—Es para quitarme esto —dijo. Y pinzó la hombrera del hábito que llevaba puesto con el índice y el pulgar de la mano derecha.

Nievinas pensó.

—Es posible que le sirva alguno de su difunta madre. —dijo— Y salió disparada hacia la habitación que había sido de Elvirita Patiño. Pero Aurelia Rabadán la detuvo antes de que pudiera salir:

—No quiero la ropa de mi madre —dijo sin darle más explicaciones—. ¿Hay algún vestido de una de las chicas que sea, más o menos, de mi talla?

Nievinas asintió con la cabeza.

—Sí que hay —dijo— pero son ropas groseras, no está bien que usted se las ponga.

—¿Y hay forma de conseguir en el pueblo un vestido que sí me pueda poner?

—Tal vez en la tienda del Pata, pero todo lo que vende es de mala calidad.

—Vete donde ese tal Pata y compra un vestido procurando que me venga bien —le ordenó—. Mañana a primera hora nos acercamos a León y nos hacemos con tanta ropa como nos haga falta.

Cuando se probó el vestido que trajo Nievinas de la tienda del Pata —le llamaban así porque era cojo—, y quedó en evidencia en la luna del ropero la carga de mujer floral que se escondía bajo el hábito de las Siervas de María, Aurelia Rabadán no pudo por menos que hacer un gesto de aprobación. Todo en ella era pequeño y delicado: los pies, las manos, la cabeza. Apenas medía ciento cincuenta y cinco centímetros, pero sus pocas carnes eran tersas y estaban tan bien distribuidas que resultaba un alegrón para la vista. Tenía el busto firme y levantado, y los dieciocho años de clausura no habían sido capaces de borrar un ápice la dulzura de sus facciones casi perfectas. Su pelo, lacio azabache, que le llovía de forma natural sobre los hombros, enmarcaba unos ojos de noche mora que parecían clavarse cuando miraba. Se podía decir que, a pesar de su escasa estatura, era una mujer muy atractiva.

Esa misma tarde le pidió dinero a don Laurindo y, como tenía previsto, se hizo acompañar por Nievinas a primera hora de la mañana siguiente para tomar uno de los trenes que salían con dirección a León.

Visitaron todos los comercios de ropa establecidos en Ordoño, y en todos encontró un motivo para ser feliz. Deambulaba sin prisas por los pasillos revolviendo las estanterías, y se detenía cuando encontraba una prenda que le gustaba en especial, y la compraba si después de pedirle a Nievinas su complicidad con la mirada, percibía en sus ojos un signo de aprobación, pero siempre que fuera ropa blanca o estampada con colorines, pues había tomado la determinación de no guardar ninguna clase de luto. Incluso entraron en la tienda de Ciriaco, que entonces ocupaba una esquina de la plaza de Santo Domingo, donde les dijeron que no podían atenderlas porque era una sastrería para caballeros. Pasaron por delante de la parroquia de San Marcelo y se detuvieron, embobadas, en el corrillo que escuchaba al charlatán del Jardín de las Palomas, el cual aseguraba ser el representante oficial para la provincia de la casa Pin, Pan, Pun de Barcelona, y vendía por cincuenta céntimos la última maravilla inventada por los sabios americanos, el lapicero con tinta, la pluma que no necesitaba mojarse en el tintero, el sustituto de la estilográfica: el bolígrafo. Y al que comprara uno, le regalaba un monedero de skay, y también un peine de plástico legítimo y además, y por ser jueves, le obsequiaba con un llavero y con un artilugio que sacaba el corazón a las patatas y, por si fuera poco, y a los dos primeros que dijeran para mí, de su propio peculio y aún a riesgo de terminar mendigando por las calles, les regalaba un cortaúñas para que no tuvieran que hacerse la manicura con las tijeras de cortar el pescado. La oferta era tan tentadora, que Aurelia Rabadán fue la primera que dijo, muerta de risa, para mí. Después cruzaron hasta la Rúa y, como en Ordoño, entraron en todos y cada uno de los comercios, hasta que llegaron a la Revoltosa, donde Aurelia Rabadán se quedó extasiada ante sus escaparates llenos de unos zapatos maravillosos y, fue tan grande el impacto, que sufrió un arrebató consumista, ya que quería comprarlos todos, y fue Nievinas la que tuvo que poner orden, pues no había manos para llevar tanto bulto. Luego siguieron Rúa abajo y, sin enterarse siquiera, se encontraron a las puertas de su antiguo convento. Por un momento sufrió la tentación de dejar una nota en el torno advirtiendo a las que estuvieran dentro para no la esperaran nunca más porque no pensaba volver, pero desistió de la idea pues le pareció una broma demasiado cruel. Bajaron por la travesía de Portamonedas hasta llegar a la plaza del Mercado, y subieron con rumbo a la parroquia de San Martín y, después de cruzar la calle Platería, se encontraron inmersas en la explanada de la catedral. Luego bajaron por la calle Ancha y cruzaron hasta el mercado de abastos, pero desistieron de entrar en él porque

eructaba, por las puertas abiertas, unas tufaradas de pescado en descomposición que cortaban la respiración. Y, pasando frente al palacio de los Condes de Luna, convertido por aquel entonces en almacén de frutas, llegaron al rincón del Conde Rebolledo, donde se detuvieron a beber en la fuente del Hispano. Habían gastado la mañana con la inconsciencia del que no tiene obligaciones y, cuando Aurelia Rabadán tuvo noción de que era la hora de comer, acució a Nievinas, la cual se había demorado comprando pimentón dulce y unas porciones de chicharro en escabeche de tina en el Serranillo, para que se diera prisa, pues había que regresar al pueblo.

Ya en el tren, mientras contemplaba sin verlos, desde la ventanilla de su vagón de primera, a los vendimiadores que se afanaban sobre sus cepas y se alejaban al paso rápido del convoy, y aparecían quinientos metros más adelante para alejarse velozmente y volver a mostrarse pasados ochocientos metros más en una secuencia interminable, Aurelia Rabadán se sintió, por primera vez en su vida, completamente feliz.

Así era, la mañana de compras había ejercido de bálsamo terapéutico en su ánimo y, aunque el pueblo la recibió con una borrasca de ventoleras revueltas que parecían querer llevarse los edificios enteros por el aire, mientras desliaba los paquetes en su cuarto ayudada por Nievinas, se sintió atosigada por un turbión de felicidad desconocido para ella hasta entonces, porque de repente comprendió que estaba viviendo otra vida, más coherente, más flexible y más honesta dentro de la vida de siempre, y decidió cerrar para siempre la puerta que le conducía al pasado. Más tarde, perdida en la mesa grande del comedor, mientras comía sin ganas el guiso de carne que le sirvieron, naufragó en una amnesia voluntaria que la reafirmó en su decisión de no dar marcha atrás. De todas formas no llegó a reconocerse por completo hasta que se encontró sola en la cama tratando de hacer la siesta y tomó conciencia plena de que ya no era la religiosa enclaustrada que vivía para el recogimiento y la oración, sino la dueña y señora de su propio albedrío y, además, propietaria de una inmensa fortuna. Habían transcurrido apenas cuatro meses desde su salida del convento, que fueron los más gratos y satisfactorios de su vida, y ahora le tocaba recomponer su vida virando en un giro de ciento ochenta grados. Algo que no debía suponerle ninguna dificultad pues, aquella libertad que le había llegado de repente, hacía que se sintiera impelida por una fuerza interior que hubiera sido suficiente para mover el mundo.

Cuando, ante la evidencia de que no iba a ser capaz de dormir, se tiró de la cama para abrir las puertas del balcón, y descubrió la carnicería Palacios a la otra parte de la plaza del Charango asumió, sin sentir culpa por ello, que su nuevo estado de libertad lo había ganado en exclusiva para el amor y, con esta convicción, no tuvo ningún empacho en presentarse a media tarde en la carnicería para proponerle a José Ignacio Palacios, con la disculpa de negociar la compra-venta de la finca de la Majada, que le acompañara para evaluar el estado en el que se encontraba. Al principio él se quedó en suspenso ante lo inesperado de la propuesta, pero como desde la última vez que se vieron, su alma vivía sostenida por la ilusión de poder mantener un encuentro igual o parecido al que le estaba proponiendo, aceptó la invitación sin tomarse el trabajo de valorar su conveniencia. Fue así que concertaron la visita a la finca para las diez de la mañana siguiente.

La noche dejó la primera nevada del otoño y el pueblo amaneció cubierto de un manto de armiño, por lo que la mañana, neblinosa y cruda, hubiera sido buena para quedarse en casa al amor de la gloria, pero no para andar por las veredas nevadas a pesar de que los rosales silvestres del camino, aún en flor y cuajados de nieve, enternecían el paisaje haciéndolo más delicado. Los grajos, que se habían hecho notar por primera vez desde antes de que se acabara marzo, parecían querer advertir, con un vuelo rasante, que una cosa era la fecha del calendario y otra muy distinta la climatológica. Y es que, como venía ocurriendo desde algunos años atrás, el invierno se había instalado en el pueblo con al menos dos meses de antelación, como queriendo sorprender a las cigüeñas que parecían asustadas en lo alto de la torre de la iglesia. Con toda probabilidad la emboscada que les había tendido el otoño al disfrazarse de invierno, iba a cerrarles de forma definitiva el camino para volver a su tierra africana, y no sería extraño que más tarde, cualquier día del inevitable enero aparecieran, como aparecieron algunas el invierno anterior, muertas en sus nidos. Con la nieve, el campo se había vuelto triste y melancólico y su languidez se hacía más explícita a medida que un sol de plomo avanzaba contra los horizontes cerrados y grises. José Ignacio Palacios, embozada la cara con una bufanda gris y con las manos en los bolsillos del gabán caminaba, casi patinando, sobre la nieve blanda que tapizaba la pista bordeada por las últimas rosas prendidas a las ramas moribundas de las zarzas. Llevaba el alma agarrada en un puño, y a través de la espalda le corría un sudor frío por el pánico. Ella, muda de miedo, apresuraba sus pasos cortos

para seguirle, pero ninguno de los dos fue capaz de articular palabra hasta que llegaron a la Majada.

Se trataba de una finca extraviada en el pedregal prehistórico del ejido que hacía seiscientos mil fanegas de tierra de secano, que permanecía en barbecho desde tiempos inmemoriales, y que no tenía nada que le distinguiera del resto, salvo un caserón de adobes con las puertas y las ventanas pintadas de verde, y un pajar mal conservado al borde del camino. En realidad se habían podido ahorrar la caminata sobre la nieve porque allí no se podía hacer ninguna valoración seria, pues Aurelia Rabadán no había tomado la precaución de recoger las llaves con las que abrir la casa. Un nubarrón negro, que llevaba desde primera hora de la mañana amenazando con romperse, se desmigajó de repente sobre el ejido, y por un momento pareció que quería dar comienzo otro diluvio. Así que se encontraron en medio de la nada sorprendidos por una tormenta que parecía no tener fin, y calándose sin remisión como dos pazguatos. Buscando la forma de guarecerse empujaron la puerta por sí, en una de esas casualidades que a veces tiene la vida, se hubiera quedado abierta, pero se encontraba cerrada a cal y canto. Entonces José Ignacio Palacios se acercó al pajar por no estarse quieto, y descubrió un hueco que alguien había practicado en la pared por donde, no sin cierta dificultad, podía pasar una persona. Entraron por él ya mojados y permanecieron callados durante un buen rato en mitad de la penumbra, cohibidos por la autoridad de la tempestad y sin entender, en realidad, qué demonios hacían en un lugar tan extraño, y que además destilaba unas vaharadas insufribles a boñiga de baca. Fue en ese momento cuando Aurelia Rabadán cayó en la cuenta de que era la primera vez en su vida que se encontraba a solas con un hombre, y tuvo la sensación perturbadora de que el cuerpo se le volvía gelatinoso, y que se le descoyuntaban las articulaciones, y que las rodillas apenas podían sostenerla en pie y, sin fuerzas para poder evitarlo, le sobrevino un acceso de terror tan definido, que a punto estuvo de gritar pidiendo socorro para que la sacasen de allí.

José Ignacio, que la sintió temblar junto a él y notó el estremecimiento de pavor que la atenazaba porque exhalaba un olor a miedo que se difuminaba por el aire llenando el pajar de un perfume hormonal, la cogió la mano fría y crispada por el terror con una decisión que nunca supo de donde le provenía, pues era hombre de pocos ímpetus y estaba sumido en el mismo pozo de

pánico que ella. Luego sintió su respiración alterada, notó el susto de sus ojos en la oscuridad y, después de enlazarle los dedos turbados por el miedo, la atrajo hacia sí en un movimiento desmañado hasta que los dos cuerpos estuvieron tan juntos que no supo si el corazón que se había desbocado era el suyo, era el de ella o era el de ambos, y la besó poniendo en el acto toda la torpeza de seductor novato y la urgencia del que no tiene paciencia ni ganas de esperar. Entonces Aurelia Rabadán volvió a sentir que las venas se le llenaban de espuma y que los huesos no soportaban su peso, y tuvo la impresión trepidante de que un seísmo sacudía la tierra haciendo que temblase el suelo debajo de sus pies. En ese momento José Ignacio Palacios trató de ir más allá, pero ella le rechazó con un movimiento firme de la mano.

—Eso no se le puede hacer a una pobre monjita —dijo en un divertimento trémulo inventándose una presencia de ánimo que en realidad no tenía. Pero le rogaba a Dios que aquello no terminara nunca, y estuvo a punto de pedirle que no se detuviera, que siguiera hasta el final, aunque tuvo que rendirse ante la intransigencia de una conciencia pacata acuñada a lo largo de toda una vida, que le advertía, sin paliativos ni posibilidad de error, de que una mujer honrada no podía permitirse pasar de ciertos límites.

José Ignacio Palacios estaba tan aturdido que no supo qué contestar. Se secó las palmas de las manos, que le sudaban por el terror del amor, frotándolas contra la pechera del jersey, y aseguró sin saber exactamente lo que decía:

—Tú ya no eres monja.

Entonces ella le dedicó una sonrisa.

—Por fortuna —dijo divertida— de lo contrario, estaríamos haciendo algo prohibido. Pero, a pesar de no ser monja —continuó—, imagínate lo que pensarían en el convento de saber lo que ha ocurrido aquí.

Aquella noche no durmió un instante abrumada por un sentimiento de culpa que tenía dieciocho años de oficio. Cuando se quedó a solas en su habitación después de cenar, se quitó la rebeca luchando contra el delirio que le tenía vuelta la razón y la colocó en el ropero colgada de una percha, y después se quitó las katiuskas que aún mantenían el frío de la mañana y los

calcetines de lana recordando el hálito húmedo del pajar, y lo puso todo debajo de la cama, y después se quitó la blusa blanca de cuellos almidonados desabotonándola desde arriba hacia abajo, y la dejó de cualquier manera sobre el comodín mientras pensaba en el cambio que había experimentado su vida, y después se quitó la falda de cuadros azules y rojos sintiendo que se ahogaba en la atmósfera perturbadora del cuarto y la puso encima de la blusa, y se quitó por último la combinación beige con encajes de Holanda y se encontró, paralizada por el miedo, reflejada en la luna del armario sin más atuendo que el de la ropa interior. Más tarde, ya entre las sábanas, soñó despierta con José Ignacio Palacios. Lo veía en todas partes y de todas las formas posibles: con su mandil de carnicero, de rayas horizontales verdes y negras, fileteando una pierna enorme de vaca; en la pista que conducía a la finca de la Majada, bordeada de juncos en flor y grandes rosas de terciopelo rojo, caminando con pasos largos sobre la nieve recién caída, y sin embargo ella apenas le podía seguir; en la penumbra del pajar buscándola, con sus labios carnosos, el cuello, los hombros, la espalda, mientras ella sentía que su cuerpo era de gelatina y que no tenía huesos. Y todas estas fantasías que no eran más que locuras del corazón, le producían la sensación de estar dejándose tentar por la indecencia y se vio obligada a luchar contra aquel suplicio fascinante con las pocas fuerzas que le quedaban, ya que algo que se escondía en alguno de los estancos del cerebro donde se guardan las cosas que se aprenden a fuerza de repetirlas la exhortaba, con razones que su razón no quería entender y ella trataba por todos los medios de no entenderlas, a que cesara en aquella actividad obscena. Así que, a fuerza de pelearse con sus propios instintos, amaneció exhausta, con el cuerpo molido y con unas ojeras que se alargaban hasta la comisura de los labios. Pero las contradicciones vividas durante la noche tan solo le sirvieron para ponerse a salvo de su propia incoherencia pues, en un arranque típico de su carácter, determinó prenderle fuego a la ratonera que la tenía atrapada.

Así fue, tal como si alguien se hubiera tomado la molestia de escribirlo en un guión, concertó con José Ignacio Palacios una relación de las que por aquel entonces se decían convencionales: sin apresurar los sentimientos, dejando que el tiempo decidiera el cómo y el cuándo debían fluir las querencias naturales del corazón, dando largos paseos por las tardes cogidos de la mano, jugando damas mientras se ahogaban de amor uno frente al otro en el crepúsculo encendido de las cristaleras del salón. Al atardecer, cuando José

Ignacio llegaba a la casa solariega, precedido de la inevitable fragancia a colonia de rosas con la que Anuncia lo rociaba todos los días, que se mezclaba con el olor secular de la dinastía Palacios a carne de vaca, Aurelia Rabadán lo recibía en el salón principal con las puertas abiertas para evitar cualquier comentario que pudiera menoscabar su honradez. Aunque resultaba una precaución innecesaria, pues el joven carnicero no era propenso a pronunciarse a través de arrebatos amorosos y, asesorado por su madre, se limitaba a seguir las normas de un noviazgo formal sin demostraciones que pudieran resultar comprometedoras, ya que Anuncia concebía las relaciones prematrimoniales como algo indigno de personas decentes.

Los sábados, después de comer, tenían la costumbre de tomar un tren para la capital de la provincia y no volvían al pueblo hasta última hora de la tarde. Les gustaba pasear su amor reposado y pacífico entre las calles del casco antiguo de León. Lo recorrían de arriba abajo confundiendo entre la gente, a salvo del corsé que suponían las costumbres rancias del pueblo, y se dedicaban caricias tiernas amparados en la oscuridad de algún rincón ignoto.

A pesar de ser natural de Villavidel, Nievinas presumía de ser una experta en los usos y costumbres de la ciudad de León. Apenas cumplidos los quince años entró a servir en la residencia del presidente de la diputación, y como destacaba por su diligencia y buena disposición entre todas las chicas del servicio, a partir de los diecisiete fue la encargada de hacer los recados para la casa. Era por eso que conocía el casco antiguo de la capital de la provincia como la palma de su mano, y se vanagloriaba de estar al corriente de todo lo que le concernía a una ciudad que por aquella época era tan doméstica que tan solo se cogía el autobús cuando se necesitaba ir al extrarradio. Así que la primera vez que Aurelia Rabadán se aventuró, cogida de la mano por su novio, entre las callejuelas estrechas y rectilíneas del casco antiguo, quiso comprobar lo que decía su ama de llaves sobre los tesoros que escondía la ciudad vieja. Y, en efecto, pudo descubrir una población distinta por completo al recuerdo que tenía de su primer y hasta entonces único día de compras, porque de repente se fue a dar de bruces contra el encanto arrebatador de una población fascinante y acogedora. Durante algún tiempo, y sin forma de poder evitarlo, le asaltaba un rencor ciego contra las Siervas de María por haberla tenido apartada, a pesar de su proximidad, de tanta belleza. Solían entrar en las tiendecitas de Azabachería, de la Rúa, de los soportales

de la plaza Mayor para comprar todo aquello que a ella le llamaba la atención impulsada por su recién inventado afán consumista, aunque no le sirviera para nada, por el simple capricho de terminar el día viendo a su novio cargado de bultos. Sentía verdadera fascinación por unos gemelos cincuentones que cantaban las crónicas del “*Caso*” en el Rincón del Conde Rebolledo y que, acompañándose de una batería antigua y una dulzaina, se sumergían en los detalles más minuciosos y escabrosos de los crímenes que narraba el semanario. Llegada la media tarde los novios recientes se detenían para tomar chocolate con churros en la terraza del Café Granja Victoria, frente al Palacio de los Guzmanes, para después acudir al cine a visionar alguna película de estreno. Con el tiempo llegaron a un acuerdo con el encargado de la taquilla del Teatro Emperador para que, en el caso de que alguna compañía de las que hacían provincias representara cualquier obra, aunque no fuera de las mejores, les reservara dos entradas en primera fila del patio de butacas para el día del estreno. También los domingos tomaban el tren para León a primera hora de la mañana, y se pasaban el día recorriéndolo, pues se encontraban tan a gusto en la ciudad que no eran capaces de sustraerse a sus encantos. Solían comer en el restaurante los Candiles, el cual se encontraba incrustado en las murallas romanas que daban inicio a la avenida de la Independencia, porque según decía José Ignacio hacían el mejor cocido maragato de toda la provincia.

Lo que quedaba de otoño se fue diluyendo con más pena que gloria y, sin solución de continuidad, se declaró el invierno más riguroso, inclemente y extremo de la década con nevadas que llegaban a tapar las ventanas de las plantas bajas. Las dos estaciones, los bares y las fondas de la plaza del Charango eran los únicos lugares que tenían pulso, pues el resto del pueblo parecía haber sucumbido a una hibernación úrsida. Aurelia Rabadán y José Ignacio Palacios habían profundizado en sus relaciones bendecidos por don Laurindo y Anuncia. El joven carnicero seguía llegando todas las tardes a la casa solariega con su inevitable fragancia a colonia de rosas mezclada con su olor secular a carne de vaca, y los novios permanecían hasta muy tarde al calor de la chimenea: él leyendo novela negra, que era el género literario que más le gustaba, y ella tricotando bufandas de colorines que luego regalaba al servicio. Si alguna de aquellas tardes, un desconocido hubiera entrado de improviso en el tedio desalentador del gran salón, hubiera pensado que se encontraba ante dos esposos viejos, cansados de estar casados, que se habían dicho tantas cosas a lo largo de la vida que apenas les quedaba nada para

decirse.

Pero para José Ignacio Palacios aquellos fueron los mejores tiempos de su vida. Mantenía una rutina social que le resultaba satisfactoria, pues en todo momento se encontró arropado por su familia, en especial por Anuncia que lo mimaba con esa solicitud casi enfermiza con la que cuidan las madres a los que son hijos únicos. También contaba con la inestimable camaradería de sus amigos de siempre, aunque le reprocharan, medio en broma medio en serio, el estado de aburguesamiento al que había sucumbido, y le prevenían del peligro que corría de ponerse gordo como un tonel si persistía en aquel noviazgo de opulencia.

En realidad se limitaba a ver pasar la vida desde el confort de su rutina. A partir de que quedaron atrás los tiempos tumultuosos de las parrandas sin control, y se incorporó a la disciplina de la carnicería, se levantaba cuando llegaba el *Húngaro* a la estación de la RENFE y, después de asearse, tomaba el desayuno que le tenía preparado Anuncia (siempre leche caliente, azucarada y migada con pan duro). Su verdadero vicio era la novela negra, y aprovechaba el tiempo que le quedaba hasta la hora de abrir la carnicería leyendo las últimas novedades que encontraba en su librería de León. Trabajaba sin descanso hasta el mediodía y, después de comer, hacía una siesta de media hora tumbándose, sin desvestirse, encima de la cama, y volvía a la carnicería para completar la jornada laboral. A partir de que dio comienzo su relación con Aurelia Rabadán, en vez de acudir a la cita con la cuadrilla de los Lecheros en el bar de la Zamorana, cuando cerraba la carnicería subía a casa para asearse y cambiarse de ropa, y tras recibir la bendición de Anuncia, se dirigía a la casa solariega para encontrarse con su novia. Estos nuevos usos metódicos y apacibles, alejados de los estragos que le habían causado tantas noches de parrandero, consiguieron que su aspecto físico se rehiciera del maltrato al que lo había sometido durante demasiado tiempo, y se convirtió, con diferencia, en el hombre más atractivo de toda la comarca.

Por el contrario, después de la efervescencia provocada por la novedad del amor, Aurelia Rabadán se iba consumiendo poco a poco en una inactividad desalentadora, tan solo interrumpida por las excursiones del fin de semana a la capital de la provincia que, en realidad, representaban su única

vida social. A pesar de que tenía un talento innato para las relaciones públicas que no se compadecía con los hábitos y costumbres de su estancia en la clausura, y de que se desenvolvía en esta, su nueva situación, como pez en el agua, no lograba relacionarse correctamente con los habitantes del pueblo, y no era porque ella evitara el trato con sus vecinos, sino porque ellos la miraban bajo los prejuicios atávicos de la señorona, dueña de medio pueblo, de la que no se podían fiar. Se podía decir que, a pesar de sus muchos esfuerzos por evitarla, Aurelia Rabadán vivía en la más absoluta soledad, con la única excepción de la compañía doméstica que la dispensaba Nievinas y el trato paterno-filial que mantenía con sus padrinos, por los que sentía auténtica veneración. Además de la soledad, otras dos preocupaciones atormentaban su corazón: la edad y la impasibilidad de su novio. Tenía bien cumplidos los treinta y un años y, para los criterios de la época, había rebasado con creces la edad para contraer matrimonio. No solo eso, sino que con algunos años más la mayoría de las mujeres o ya eran abuelas o se precipitaban sin remisión a serlo y, aunque no lo fueran, había pocas que, a sus años, se atrevían a afrontar el ridículo de aparentar ser jóvenes. Era por lo que se consideraba a sí misma como una solterona con novio y, dada la exasperante apatía con la que se desenvolvía José Ignacio, algunas noches, ya en la cama, le torturaba la certidumbre de que si había vivido sin varón hasta aquella tardía edad, era probable que tuviera que vivir sin varón por el resto de sus días.

De modo que el noviazgo parecía avocado a transitar por la senda indeseable de los amores respetuosos y castos. Pero una tarde de las más crudas de aquel pertinaz invierno alguien, sin motivo aparente, dejó la puerta del gran salón cerrada y José Ignacio Palacios se arriesgó a practicar una caricia suave en el cuello de su novia con la yema de los dedos y ella, sintiendo que se le erizaba el vello de todo el cuerpo, se abandonó al placer momentáneo del tacto sin que le suscitara remordimiento alguno el alboroto de los sentidos. Al contrario, fue como un foganazo de clarividencia que le mostraba el camino de la felicidad, y no pudo evitar un gemido mimoso de satisfacción. Entonces él la besó en la espalda muy despacio, muy quedo, y no pudo hacerlo por segunda vez porque ella se volvió con la determinación de una pantera para rendirse con armas y pertrechos. Se encontraron con el desorden de los principiantes, acosados por una fiebre momentánea y mal medida, aplicándose en la tarea con toda la pasión y toda la inexperiencia que habían acumulado durante demasiado tiempo, de forma precipitada, sin

desvestirse del todo, revolcándose sin orden ni concierto por la gran alfombra que los difuntos “abuelos” trajeron directamente de Persia, desparrancándose el uno contra el otro con el corazón hecho trizas por la urgencia, mientras perpetraban un desastre de amor que les condujo a agonizar exhaustos sobre un charco de su propio sudor, y que les dejó a medio camino sabiendo lo que habían hecho pero sin saber con exactitud lo que había sucedido.

Ya entrada la noche, cuando Aurelia Rabadán se quedó a solas en su habitación y reflexionó sobre lo que había pasado aquella tarde en el gran salón de su casa, tuvo la sensación de que era otra persona, de que alguien distinto a ella había ocupado su lugar en la cama, y de repente se encontró ante la necesidad de borrar de su memoria aquel recuerdo indeseable que la había perturbado el ánimo de tal modo que no encontraba la manera de dejar de pensar en él. Pero no era por intentar justificarse con su conciencia amparándose en la certidumbre de que había sido un hecho irreflexivo debido a que la tentación la había cogido desprevenida, ni por excusarse apelando a la dificultad que supone luchar contra la debilidad de la carne, ni tan siquiera por querer alegar en su descargo que todo había sido producto de la falta de experiencia, sino porque nunca hubiera podido imaginarse que iba a perder la virginidad de forma tan catastrófica, ya que hubiera deseado, incluso se lo había figurado muchas veces, que cuando se manifestara aquel acontecimiento, lo hiciera a través de un acto de amor y no por la imposición de la lujuria. El placer sexual existía, en efecto, pero tenía poco que ver con lo que ella esperaba de él. Desde luego que tenía un componente mágico que lo llevaba a uno a la otra parte del paroxismo, que hacía que las terminales nerviosas chisporrotearan como una hoguera alimentada con ramas verdes, que atravesaba el corazón con tanta facilidad que parecía una lanza, y que borraba de un solo tajo cualquier remilgo que pudiera padecer la conciencia pero, además de producir dolor, era tan efímero que resultaba mezquino, pedía mucho más de lo que daba y, al terminar, dejaba flotando en el alma la idea de que no había merecido la pena. Sin embargo, después de aquella primera reflexión, no pudo por menos que darle gracias a Dios.

Nunca se vio amor tan desaforado y voraz en el pueblo. A partir de aquella tarde se les veía juntos a todas las horas del día, paseando su buenaventura a espaldas del mundo en un refocile vehemente y sin tasa. Y fue Aurelia Rabadán la que salió aventajada, pues mudó sus muchos años de

reprimir su humanidad, por una lujuria febril que brotaba de cada átomo de su cuerpo, y cualquier ocasión y cualquier sitio le resultaban ideales para demostrar el volcán que bullía en sus entrañas. José Ignacio la acompañaba como mejor podía, era cierto que carecía del carácter fogoso de ella pero, como por aquella época se encontraba imbuido en un amor enloquecido, se multiplicaba haciendo lo posible y lo imposible para que su novia no sintiera la falta. Así que provocando el estupor callado del servicio, siempre perseguidos por un mismo y permanente estado de excitación desbocada, se buscaban en la casa solariega con una pasión animal sin límites, intercambiando caricias y besos agotadores, por los pasillos, en la cocina, encima del diván del salón grande y, de repente, sin haberse puesto de acuerdo, se encerraban en cualquier habitación y consumaban el acto una y otra vez hasta que, ya rendidos, quedaban acurrucados, exánimes, el uno contra el otro.

El invierno suavizó su tiranía a primeros de marzo y Anuncia, que se acusaba de haber permitido el remedio de la concupiscencia desaforada a la que habían sucumbido los novios, y que no estaba dispuesta a sumar remordimientos, decidió poner fin a las habladurías que comenzaban a correr por el pueblo y fijó, de forma unilateral, para primeros de mayo la fecha de la boda. En primer lugar habló con su hijo para recriminarle el daño que estaba haciendo a la familia con su actitud:

—Estás echando a perder el buen nombre de Aurelia —le dijo en la mesa mientras comían— y piensa que va a ser tu mujer para los restos, así que tú mismo te estás echando tierra sobre los ojos.

José Ignacio trató de disculparse, pero Anuncia lo detuvo sin derecho a apelación.

—No, no me vengas con cuentos, —dijo poniendo la palma de la mano por delante para interrumpir la contestación de su hijo— ya está decidido, os casáis en mayo. Miró a José Ignacio de hito en hito y concluyó: —mañana mismo voy a hablar con don Laurindo.

A la mañana siguiente, en efecto, Anuncia no tuvo empacho alguno en ir a entrevistarse con don Laurindo en la fábrica de harinas. Lo encontró en su despacho revisando un informe comercial sobre costes y márgenes, y no había

más que mirarlo a los ojos para comprender que no se encontraba en uno de sus mejores días. Se levantó cuando ella entró, e inclinó la cabeza en una leve reverencia.

—Usted dirá —le preguntó en una inversión retórica mientras la ofrecía una de las sillas que estaban al otro lado de la mesa.

Tras sentarse, Anuncia le expuso sin ambages su inquietud sobre los rumores que comenzaban a circular por el pueblo.

—A mí también me han llegado esas noticias —dijo don Laurindo después de escucharla.

Tenía un flemón en el carrillo izquierdo que no le dejaba vivir.

—Es la muela, —dijo al darse cuenta de que ella había advertido su dolor—. Me está matando.

Anuncia experimentó un sentimiento de conmiseración ante la mirada angustiada del administrador.

—¿Por qué no va a que se la saquen?
—preguntó.

Don Laurindo se encogió de hombros.

—Hasta que no cese la infección, no me la pueden extraer —dijo. Se puso la mano en la mejilla como para protegerse del dolor y continuó—: Estos pueblerinos no tienen nada mejor que hacer que meterse en lo que no les importa.

Anuncia asintió con la cabeza.

—Así es —dijo— pero las murmuraciones forman parte de la tradición de estas tierras.

Don Laurindo la inquirió con la mirada, y ella experimentó cierta turbación.

—Había pensado que, para acallar todo este chismorreo, lo mejor que podían hacer era casarse lo antes posible —dijo sin rodeos.

El administrador no se opuso a la propuesta.

—Desde luego, —dijo con la mirada extraviada por el dolor—. Creo que sería lo mejor.

Luego la miró directamente a la cara.

—Entonces, ¿para cuándo ha decidido que sea la boda?

Anuncia no se percató de la doble intención de la pregunta, y contestó con la naturalidad de los que están acostumbrados a dictar órdenes.

—Había pensado que se celebrara el Día de la Flor.

—La fecha me parece un acierto —respondió don Laurindo—. Esta tarde iré a hablar con doña Aurelia.

Esa misma tarde, atormentado por el dolor de mulas, don Laurindo acudió a la casa solariega para hablar con su ahijada. La hizo una explicación pormenorizada de lo que había tratado con la madre de José Ignacio, y ella estuvo de acuerdo tanto con lo acordado como con la fecha elegida para celebrar la boda pues, al ser la fiesta del pueblo, le parecía el mejor día para casarse, y le ordenó al administrador que tomara las decisiones oportunas para acondicionar la casa al objeto de poder acoger a los invitados de la mejor forma posible.

A partir del domingo todo fue de vértigo. En la misa mayor don Jesús María anunció que habían empezado a correr las amonestaciones, y los preparativos de la boda dieron comienzo al día siguiente. Don Laurindo dispuso una renovación drástica en la decoración de la casa solariega y, sin tiempo para defenderse, el servicio se vio rodeado por un ejército de obreros que deambulaban por la casa poniéndola patas arriba, reponiendo suelos, azulejando baños, componiendo muebles, pintando paredes, colocando cortinones y llevando a cabo un sinfín de pequeñas reparaciones que parecía que no tener fin. El patio interior lo llenaron de toda clase de flores y plantas

y, cuando terminaron, tenía el aspecto de un jardín botánico. También se encargaron, en las tiendas más prestigiosas de León, los diversos menesteres que, a juicio del administrador, hacían falta para el servicio de la casa. Se compraron cristalerías de Bohemia, vajillas de la Cartuja, cuberterías de Toledo, tapices de Sabadell, y los novios se desplazaron a la capital de la provincia para que les tomaran medidas de sus trajes de boda en los establecimientos de mayor renombre.

Como si se hubiera puesto de acuerdo con la felicidad que en aquellos momentos atosigaba a Aurelia Rabadán, ese año la primavera amaneció antes de lo esperado, y el pueblo pareció cobrar vida de nuevo porque el aire puro, aún frío, se llenó de repente con el alborozo renovador de los sonidos e imágenes habituales del buen tiempo: la risa de los niños, el dolondón de los cencerros, el rebuzno de los asnos, el chirriar de las ruedas de los carros, los ladridos de los perros, el ir y venir de las mariposas coloridas jugueteando entre los álamos centenarios. Parecía que todo respirara felicidad. Quizá fue eso lo que infundió en Aurelia Rabadán el ánimo necesario para cambiar las costumbres de la casa solariega. Abrió puertas y ventanas para que entraran en las estancias los ruidos de la plaza y el tímido sol de acero que parecía más temprano. Decretó el término del luto que el personal de servicio llevaba en cumplimiento de las órdenes de Nievinas, le pidió a don Laurindo que comprara un gramófono nuevo para sustituir a la antigualla que presidía el gran salón y que rayaba todos los discos, por lo que también hubo que comprar tantos discos fonográficos como había disponibles en el mercado y, desde entonces, no hubo casa tan alegre como aquella. Fueron los mejores días de su vida. Engolosinada con la proximidad de la boda, Aurelia Rabadán no tenía tiempo para otra cosa que no fuera pensar en José Ignacio, soñar con José Ignacio, esperar delante de la chimenea a que dieran las seis de la tarde y que José Ignacio cruzara las puertas del gran salón con su aroma a colonia de rosas mezclada con el olor a carne cruda. Nunca como en aquel final de invierno tuvo el corazón atravesado por semejante estado de perdición, pues se moría de miedo imaginando que algo que no era capaz de definir se le pudiera cruzar en el camino derribando el castillo de su felicidad. En realidad, este pensamiento no fue más que un ramalazo de lucidez, una simple premonición.

Al igual que muchos españoles de su época, Jonás el Pulga padeció de hambres crónicas hasta que cumplió veinticinco o treinta años. Su historia: una secuencia, que se prolongó en el tiempo, de malas experiencias. Tan malas que cuando comenzó a manifestar los primeros síntomas de que algo no andaba bien por la cabeza, siendo ya octogenario, se pasaba el día explicando a todo el que quería oírlo que, para lo que había que recordar, era mejor no tener memoria. Presumía de ser hijo de la Dictadura Primo de Rivera porque, según decía, nació en Madrid finalizando la primavera de mil novecientos veintiocho. Su padre, trapero de profesión, se hacía la ilusión de que se ganaba la vida, como hacían otros muchos por aquel entonces, sacando las basuras de las casas del centro para llevarlas a reciclar al vertedero municipal en un carronato desvencijado del que tiraba como mejor podía lo que él llamaba un mulo, y que en realidad apenas era un montón de huesos viejos embutidos en un pellejo arrugado y tiñoso. Pero lo cierto era que su mujer y su prole no comían lo necesario. En la casucha miserable de San Blas, en el Cerro de los Ángeles, se hacinaba toda la familia en una lucha sórdida por el espacio. En apenas treinta metros vivían el padre y la madre, la hija mayor con su marido y su bebé, los otros seis hijos, dos perros, tres gatos y un jilguero encerrado en una jaula destartada que alguien, algún día, se encontró en el vertedero.

Jonás el Pulga, al que llamaron así desde su nacimiento por la

insignificancia de su tamaño, era un niño inquieto, espontáneo, irreflexivo, que no veía el peligro por ninguna parte. Lo que con el paso del tiempo los psicólogos dieron en denominar un niño hiperactivo: un auténtico quebradero de cabeza para su madre, pues además de no parar quieto un instante, tenía la extraña virtud de desbaratar todo aquello que pasaba por sus manos. Tal vez fue su carácter irreflexivo lo que le llevó a no calcular, cuando ya tenía cuatro años, el peligro que suponía ponerse detrás del mulo. Y más le hubiera valido haberlo calculado, pues se pasó tres años entre la vida y la muerte en una habitación comunitaria para pobres del Hospital del Niño Jesús porque el mulo, como hacen todos los mulos, soltó una coz de repente que fue a impactar en el cráneo de Jonás produciéndole una fractura de difícil solución. Lo salvó la mejor de sus cualidades: la fuerza con la que se agarró de forma invariable a la vida. Efectivamente, estuvo siempre tan apegado a este mundo, que ni la coz del mulo ni otras muchas patadas, incluso de peor catadura, con las que le maltrató el destino, fueron capaces de modificar un ápice sus inmensas ganas de vivir, y murió, ya viejo, yendo de copiloto en el coche de uno de sus yernos en un accidente de tráfico a la altura de los Badenes de San Mamés, en la Nacional Uno.

Al comienzo de la guerra, su padre, que empalmaba una borrachera con la del día anterior, por algún motivo que nunca se llegó a esclarecer, y perseguido por la fatalidad que le había acompañado desde siempre, determinó trasladarse a la localidad de Alcalá de Henares con toda la familia, sin imaginar siquiera que aquella decisión irreflexiva y alocada había de costarle la vida. Se instalaron en un poblado que llamaban los Gallineros, en el que malvivieron reciclando la carbonilla que recogían por las casas procedente de la calefacción doméstica, para vender el carbón sin quemar por lo que les quisieran dar. En el primer año de guerra, la vida se hizo casi imposible, pero aún era vida. Sin embargo, cuando llegó el invierno de mil novecientos treinta y siete, las condiciones climatológicas se descarnaron por la falta de alimentos, y golpearon con tanta dureza el Poblado de los Gallineros, que las personas llegaban al punto de disputarles los desperdicios del vertedero a las ratas.

Así era. La falta de alimentos terminó por volverse tan perentoria que cuando Ángela, la madre de Jonás, supo que los comisarios del Ejército Republicano habían establecido en la plaza Mayor una parada donde recogían,

a cambio de comida, cualquier objeto de oro o de plata para incrementar los recursos que les permitieran continuar la guerra, no dudó en reunir las pocas joyas que tenía para echarlas al serón que los soldados habían situado debajo de los soportales de la plaza. La dieron seis hogazas, y no se le ocurrió mejor forma de repartirlas que colgarlas en el cuello de cada uno de sus hijos. Jonás el Pulga terminó con la suya en poco más de media hora, y aquel día se le quedó gravado en la memoria como uno de los más felices de su vida.

Pero aquella efímera abundancia no solucionó el estado de necesidad en el que se encontraba la familia y, al día siguiente, sintieron la misma hambre que venían padeciendo desde siempre. Sin embargo la primavera disimuló la crudeza del invierno y, a pesar de que la situación seguía siendo catastrófica, el buen tiempo vigorizó sus ánimos, y la familia al completo se lanzó sobre una ciudad perfumada con las primeras flores de abril para recoger chatarra, cartón, trapos, pellejos de animales o cualquier otra cosa que se pudiera vender. Jonás el Pulga, que estaba a punto de cumplir diez años se aventuró, junto con su hermano Fermín que era dos años menor, hasta la Cuesta de Araganzo barajando la posibilidad de que hubiera casquillos de proyectiles y otras inmundicias bélicas, pues alguien les había dicho que durante el invierno se había librado una batalla por aquella zona. Tal como habían previsto, encontraron desperdicios de la guerra por todas partes y, en menos de dos horas, llenaron un saquete de casquillos y metrallas. Pero en lugar de volver a casa con el botín, se entretuvieron jugando a formar una hilera de casquillos en la carretera. Apenas llevaban media hora afanándose en la tarea de pinar casquillos sobre el asfalto, cuando se vieron en la necesidad de recogerlos porque en el horizonte aparecieron dos camiones de milicianos que comenzaban a bajar la cuesta. No habían terminado de guardar el fruto de su esfuerzo en un fardel, cuando sintieron a sus espaldas los frenazos de los camiones, y se quedaron atónitos cuando al volverse vieron la boca de media docena de fusiles apuntándoles a la cabeza. Pero los soldados advirtieron de inmediato que tan solo se trataba de dos niños jugando a ser mayores. El destacamento de milicianos estaba comandado por un teniente muy joven que rondaba los ciento veinte kilos, con una cicatriz en la mejilla derecha que le afeaba, más si cabe, la cara roja como un tomate. Tenía los ojos claros y unas patillas enmarañadas y amarillentas que se le enredaban en el mostacho de brocha gorda, y llevaba la guerrera y la camisa desabotonadas y, por la desgana al hablar, se hacía evidente que le molestaba la sola idea de tener que

estar bajo el sol abrasador del mediodía preocupándose por el destino de aquellos dos zarrapastrosos. De todas formas, quiso saber el motivo por el que se encontraban solos en un lugar tan alejado de la ciudad. Fermín, el hermano pequeño de Jonás, que tenía la mala costumbre de hablar más de la cuenta, le contestó hilvanando la respuesta con retazos de las conversaciones que, sobre la guerra, había escuchado en la calle, pero sin tener ni idea del significado real de lo que decía, que sus padres les habían mandado a recoger balas porque eran fascistas y las necesitaban para continuar la guerra. Al teniente se le mudó la cara.

Eso lo dirás en broma —dijo—. No es posible que vuestros padres sean fascistas. Se secó la frente con la manga de la camisa y murmuró—: Hace ya tiempo que hemos matado a todos los fascistas de Madrid.

Pero Fermín, que tomó nuevos bríos al maliciarse el desconcierto del teniente, echó a volar su infinita imaginación, y se emperró en asegurar que su padre era fascista, y que estaba combatiendo en la guerra. Entonces el teniente, que a pesar de su aspecto temible era fácil de impresionar, confundió el desparpajo sin fundamento de Fermín con una animadversión contra la República aprendida en el entorno familiar, y se empeñó en la idea de que el chiquillo se estaba burlando de él. Así que, cuando volvió a preguntar, lo hizo totalmente ofuscado:

—¿En qué lugar estáis viviendo?

Fermín le contestó que en los Gallineros.

Entonces el teniente, sin poder digerir el desparpajo de aquel mocoso, agarró por el brazo a los dos hermanos, y tiró de ellos hacia el camión.

—Está bien —dijo—. Ahora mismo vamos a comprobar si eso que dices es cierto.

Encontraron al padre de Jonás durmiendo la mona tirado sobre un camastro que se escondía en la penumbra del fondo de la casucha. Cuatro de los soldados habían tomado la precaución de apostarse en la puerta con los fusiles montados, pero el único que entró en la chabola fue el teniente, mientras que el resto de los milicianos se quedaron junto a los camiones.

Al padre del teniente, herrero de profesión como él, y partidario de la República hasta llegar a la demencia, lo habían encarcelado en la penitenciaría de Carabanchel cuando daba sus últimos estertores la Dictadura Primo de Rivera, y cuando falleció a los dos años de haber ingresado en la cárcel, las autoridades no quisieron o no pudieron demostrar que su muerte se había producido por causas naturales. Tal vez era por ello que el teniente sentía un odio irracional hacia las derechas, en especial a todo aquello que oliera tan si quiera a fascismo. Así que cuando entró en la casucha, y vio a través de la penumbra a aquel hombre tumbado boca arriba, su primera reacción fue darle un puntapié a una de las patas del camastro, pero el padre de Jonás no reaccionó. Entonces lo agarró con la mano izquierda por la pechera, pues la derecha la tenía ocupada con la pistola reglamentaria, y lo levantó en vilo.

—¿Tú eres el fascista? —Le preguntó.

El padre de Jonás, sintiéndose a medio metro del suelo, sin despertarse del todo y aún sumergido en las brumas de la borrachera, asintió con la cabeza. Entonces el teniente, roja su fea cara colorada por la ira, le volvió a preguntar:

—¿Me estás diciendo que eres fascista?

El padre de Jonás el Pulga balbució algo ininteligible, que el teniente, en su ofuscación y porque era lo que estaba deseando oír, lo interpretó como un sí, y no atendió a más razones, arrojó al borracho sobre el camastro y, después de montar la pistola, le descerrajó tres tiros en el pecho.

—¡Eso por fascista hijo de puta! —dijo. Y lo dijo sin mostrar el menor signo de remordimiento. Es más, los que presenciaron el asesinato tuvieron la impresión de que estaba orgulloso de lo que acababa de hacer. Luego, ajeno al dolor que había causado, se enfrentó con Ángela que, alarmada por el alboroto, apenas acababa de llegar a la puerta de la casucha. Levantó el puño izquierdo delante de ella, y gritó para que todos le oyeran:

—¡Viva la República!

Algunos vecinos, en mayor o menor medida próximos a la familia, forcejeaban con los centinelas apostados en la puerta, y el teniente se abrió paso entre ellos a golpe de culatazos mientras daba órdenes tajantes a los soldados para que desalojaran la entrada:

—Disolved a esa canalla fascista, —gritó— y si no hacen caso, disparad sin ningún miramiento.

No fue menester, pues no había terminado de dar la orden cuando el grupo ya se había disuelto por su cuenta.

—Un momento —dijo entonces el teniente— antes de marcharos, coged a ese perro y enterrarlo ahí mismo, en el vertedero, para que se confunda con la basura. —Luego les hizo una seña a los soldados para que subieran a los camiones.

Hasta ese día, Jonás el Pulga había concebido el maltrato al que lo sometía la vida a diario con la naturalidad que propicia la experiencia de lo cotidiano: la verdad empírica del infortunio compartido por todos los que le rodeaban. Pero aquella noche, mientras intentaba quedarse dormido, la brutalidad con la que aquel desalmado había matado a su padre, lo mandó de un solo zarpazo contra la atrocidad de la guerra y, sobre todo, contra la crueldad de los hombres. Más tarde, casi agotado por la vigilia, en ese brusco cambiar de la infancia, no fue capaz de sortear aquella nebulosa de presagios catastróficos que se le instaló en el alma para convencerse, sin tener aún edad para ello, de que algo terrible y definitivo había ocurrido en su mundo, algo que se le quedó en el corazón como un sedimento de rencor que lo iba a atormentar a lo largo de la vida.

Aunque la enfermedad no quiso manifestarse hasta el asesinato de su marido, Ángela estaba hética desde hacía mucho tiempo y, a partir de entonces, su quebradiza salud se fue diluyendo, al igual que la guerra, en medio del hambre. Desde aquel trágico día, en cuanto amanecía se sentaba en una sillita a la puerta de la chabola a recibir los primeros rayos de un sol triste al que le costaba levantarse, porque alguien le había dicho que el sol curaba el infiltrado tuberculoso, pero todos sabían que se estaba muriendo. La blancura de la cara hacía que se le significaran, cada día más, sus ojos negros que terminaron por hundírsele entre las cuencas, y su voz, delgada y rota, se le

caía, poco a poco, en un hilito apenas perceptible. Duró lo justo para saber que había terminado la Guerra y que sus hijos, además de huérfanos, quedaban en la indigencia más estricta.

Después de la muerte de Ángela, igual que hacían otros muchos huérfanos, el grupo de hermanos salía antes del amanecer hacia el Mercado de Torrijos que se establecía todos los días en la calle Goya en régimen de ambulancia, y en él pasaban la mañana ejerciendo la mendicidad. Aunque en realidad tan solo se trataba de un recurso, que para entonces ya se había hecho viejo, para desarrollar su verdadera actividad, que no era otra que la de mayor predicamento entre los raterillos de Madrid: el hurto al descuido. En cuanto aparecía por el mercado la primera víctima, su instinto depredador hacía que la distinguieran de inmediato. La mayoría de las veces se trataba de mujeres de edad y sin compañía que se desenvolvían con dificultad entre los tenderetes. Las seguían a distancia, escudriñaban cada movimiento que hacían, valoraban el grado de torpeza que mostraban al andar, evaluaban la forma de sortear a la muchedumbre, tenían en cuenta el lugar de dónde sacaban el dinero y si, mientras pagaban la compra, dejaba el capazo en el suelo, y después de haber procesado toda esta información, se aprestaban para asentarle el zarpazo final. A pesar de que las clientas del mercado estaban prevenidas contra los descuideros y protegían sus pertenencias con el máximo cuidado, habían llegado a tal grado de virtuosismo en lo que ellos definían como la ciencia de afanar, que era rara la vez que terminaban con las manos vacías.

Pero esta actividad concluyó para Jonás el Pulga la mañana de un jueves de aquel septiembre lluvioso cuando uno de los guardias que vigilaba el mercado observó cómo se acercaba a una mujer para solicitarle limosna. Después de la Guerra, una ley ministerial del primer Gobierno de Franco prohibía de forma taxativa la mendicidad, y los guardias tenían orden de detener y presentar ante la autoridad competente a cualquier persona que ejerciera la mendicidad en la vía pública, en especial si eran niños. Y de estos últimos, los que no tenían padres eran conducidos a un orfanato donde quedaban internados hasta que les reclamara algún familiar solvente, o hasta que cumplían una edad en la que mostraban capacidad suficiente para afrontar la vida con garantías de poder salir adelante por sí solos.

A Jonás el Pulga lo internaron en un establecimiento que estaba situado

en el extremo oeste de la calle Arturo Soria, y que era conocido en términos eufemísticos con el nombre de Colegio Pizarro. Tras someterle al inevitable protocolo de ingreso que se reducía a un rapado al cero y a una ducha contra los parásitos a base de jabón y algún abrasivo del tipo “Zotal”, le obligaron a vestirse con el uniforme del internado para conducirlo a lo que llamaban el dormitorio, y que tan solo era un pabellón enorme sin más mobiliario que una hilera de literas a lo largo de ambas paredes que se encontraban separadas entre sí por un pasillo de apenas dos metros de ancho.

El Colegio Pizarro era un establecimiento administrado por monjas teresianas que eran unas santas y tenían muy buena voluntad, pero que carecían de medios bastantes para cubrir las necesidades de los niños que estaban a su cuidado. No tenían ropas de cama para todos los internos y, en las noches de invierno, los niños se morían, en el sentido estricto del término, dentro de la nevera en que se convertía aquel dormitorio sin calefacción. Los sanitarios y lugares de aseo habían sido proyectados para que los usaran no más de treinta niños y, en aquellos momentos, el colegio albergaba a ciento cincuenta internos, y cuando llegaba la hora de levantarse y todos los niños sentían la llamada de la naturaleza al mismo tiempo, las monjitas no encontraban las razones suficientes para hacerles comprender que debían esperar su turno en la cola, y eran pocos los que se resistían a la urgencia de intentar asaltar el excusado a pesar de que estuviera ocupado por otro niño. Entonces, entre todas las que intentaba poner orden, se destacaba sor Teresa, a la que los internos llamaban «la monja pegona», que no sentía empacho alguno en solucionar a bofetada limpia el alboroto que se formaba todas las mañanas en las letrinas. Pero había un problema para el que, por muchas bofetadas que dieran o por muy buena voluntad que tuvieran las monjas, no había forma de solucionar: la falta de alimentos. En realidad todos los recursos con los que contaba el Colegio Pizarro provenían de la caridad de las gentes de buena voluntad. Pero apelar a la caridad en aquella época no dejaba de ser una ilusión y, a pesar de que todos los días una docena de monjas teresianas se lanzaba a la calle a primera hora de la mañana con el firme propósito de asediar cualesquiera de los comercios que encontraban a su paso o a todos aquellos particulares que ellas entendían que podían convertirse en donantes, lo cierto era que solían regresar al colegio con las manos vacías.

No tuvo paciencia para aguantar tanta hambre. Con apenas tres meses

de internado, cuando el estómago se le había reducido tanto que llegó a pensar que lo había perdido para siempre, Jonás el Pulga decidió abandonar aquel barco embarrancado en el lodazal de la miseria, y una tarde cualquiera, mientras paseaban en una larga fila por la Gran Vía, aprovechó un descuido de la monjita que vigilaba su sección, y se escabulló del grupo para perderse en el primer portal que encontró abierto.

Después de deambular sin rumbo durante dos días con sus dos noches, encontró la chabola de los Gallineros ocupada por un grupo de hombres a los que no conocía, y que tampoco supieron darle noticias de sus hermanos y que, a pesar de suplicarles con lágrimas en los ojos para que le dejaran dormir dentro aunque tan solo fuera por aquella noche, se negaron en redondo arguyendo que no había sitio para más gente. Entonces les pidió la caridad de que le prestaran unos cartones con qué protegerse de la intemperie. Durmió poco y mal, acosado sobre todo por el relente que atravesaba los cartones para instalarse inmisericorde en la piel, y perseguido por una pesadilla que se le había hecho recurrente y que hacía referencia a cuando tenía siete años, ocho quizá, y su padre se encontró, en una de las casas donde retiraba la carbonilla de la calefacción, un par zapatos que alguien había dejado “olvidados” y que aún se podían aprovechar. En cuanto los zapatos aparecieron por la casa se desató una pelea por ellos entre todos los hermanos, pero tan solo le iban bien a Jonás.

—Cúdalos mucho —le dijo su padre cuando se los entregó—. Te tienen que durar para toda la vida.

Aquella noche, dormido entre los cartones, Jonás el Pulga soñó que su madre le colgaba una hogaza de pan en el cuello y, al igual que le había dicho su padre el día en el que le entregó los zapatos, le dijo: «no te la comas, porque te ha de durar para toda la vida».

Al despertar, se sintió como si le hubieran dado una paliza y, durante un buen rato le persiguió la sensación desalentadora de que tenía las articulaciones descoyuntadas y que no se podía mover. Pero, sobre cualquier otra consideración, tenía hambre, tanta hambre que hubiera dado la vida por un pedazo de pan. Así que decidió acercarse al mercado de Torrijos con la esperanza de encontrar a alguno de sus hermanos, y animado por la certidumbre de que no le iba a faltar la oportunidad de afanar una pieza de

fruta en alguno de los puestos aprovechando el desconcierto de las aglomeraciones.

Llegó al mercado ya pasadas las once y, después de buscar y rebuscar, no encontró rastro alguno de sus parientes. En cambio, y como tenía previsto, le resultó sencillo llevarse un par de naranjas grandes de uno de los tenderetes en un descuido del dueño. Se metió en un portal para comérselas sin que lo vieran, pero al terminar seguía teniendo hambre, así que decidió volver por si encontraba algo para llevarse a la boca que tuviera más enjundia que las naranjas. Fue cuando la vio: estaba sola y renqueaba de ambas piernas balanceando su mastodóntico cuerpo a cada paso, torpe, tropezando con todo lo que se encontraba por medio, y pidiendo a gritos que la quitaran de encima hasta los malos pensamientos. En el primer golpe de vista Jonás el Pulga calculó que andaba entre los setenta y cinco y los ochenta años, y advirtió de inmediato su escasa movilidad que, por sí solo, constituía motivo suficiente para atribuirle el título de víctima propiciatoria.

Desde luego que sí: Aquella mujer llevaba un letrero en la frente en el que anunciaba, a todo el que lo supiera entender, lo fácil que podía resultar quitarle hasta las pestañas. Jonás el Pulga se pegó como una lapa a su espalda, tanto que pudo sentir su respiración pedregosa de cafetera vieja a veinte centímetros de la oreja, incluso tuvo el descaro de advertirle que se le había caído un paquete que llevaba en el capazo. La siguió sin prisas a través de los vericuetos del mercado mientras ella se abría camino a duras penas entre el gentío, estudió cada detalle de sus reacciones, la forma con la que afrontaba las trabas propias de la muchedumbre y, cuando pensó que era el momento oportuno, se dispuso a asestarle el zarpazo final: De repente, el viento racheado y gélido que llegó del norte arrasó el mercado, y ella, sintiendo el frío cortándole las mejillas, dejó el capazo en el suelo para subirse el cuello del abrigo, y ese fue el momento que Jonás el Pulga aprovechó para trasvasar a su bolsillo la cartera que la señora había olvidado dentro. Pero no había terminado de esconder la cartera, cuando se sintió suspendido en el vacío por una fuerza ciclópea que lo levantó en vilo agarrado por la trasera del jersey ajironado.

Después de la guerra, el Ministerio de la Gobernación, en un esfuerzo por retirar de las calles al mayor número posible de pequeños delincuentes,

gratificaba con cinco pesetas a los guardias que pusieran a disposición de las autoridades a cualquier raterillo de los muchos que pululaban por las grandes ciudades.

Carmelo Abad se había metido a guardia porque no encontró una forma mejor para matar el hambre. Era un gigantón de ciento noventa y cinco centímetros y más de dos quintales de peso, y se había especializado en detener a esos pequeños ladronzuelos por los que el Ministerio pagaba un duro, y raro era el día en el que no atrapaba un par de ellos. Aquella mañana, en el mismo instante en que Jonás el Pulga se cruzó en la trayectoria de su pupila, supo que ese día no se iba a marchar a casa sin haber ganado una gratificación extra de cinco pesetas. Le resultó tan evidente que aquella especie de enanito zarrapastroso se había colocado detrás de la señora gorda que apenas podía caminar con el único propósito de quitarle la cartera, que desde ese momento tan solo se preocupó de seguirlo con el estimulante placer que le producía la seguridad de la futura recompensa.

Se acercaba la hora de hacer el relevo cuando el inspector de guardia, sin tomarse la molestia de leer el informe de la detención, echó una ojeada por encima de sus gafas de miope sobre aquel renacuajo de mirada insolente. Era un hombre de mediana edad, calvo y desmirriado, y vestía de paño negro con corbata del mismo color. Bajo la nariz aguileña, lucía un bigote oscuro y fino como el que se dejaban por el aquel entonces los fascistas, y tenía la misma cara avinagrada de los que sufren de estreñimiento. Se repantingó sobre el respaldo de la silla y, sin apartar la mirada del pequeño delincuente, se dirigió al guardia de forma displicente, casi burlona:

—Es tan pequeño que hoy solo te has ganado la mitad del duro —dijo—. ¿Dónde lo atrapaste?

Carmelo Abad conocía al inspector de tiempo atrás, y sabía de su carácter desconsiderado y su inclinación al despotismo, así que para evitar una confrontación estéril, pasó por alto la impertinencia, y le contestó haciendo un gran esfuerzo por parecer educado:

—En el mercado de Torrijos—dijo—. Le acababa de levantar la cartera a una pobre anciana.

El inspector se hurgó el oído con un lapicero que cogió de encima de la mesa.

—Esto es como una plaga —murmuró—. No le des más vueltas Carmelo, que por mucho que te empeñes no serás capaz de acabar con ella.

Carmelo Abad asintió con la cabeza.

—Así es —dijo—. Lo cierto es que Madrid está cuajado de chavales como éste. Luego se rascó la frente, y pidió permiso para retirarse:

—Si no ordena ninguna cosa más, me voy a hacer el relevo.

—Antes tienes que llevar a este mangante a Yaserías —le contestó el inspector sin más intención que la de molestar—. ¿No se te habrá pasado por la cabeza dejármelo aquí?

Carmelo Abad había pensado pedirles a los del turno de tarde el favor de que lo trasladasen ellos, pero el inspector no estuvo de acuerdo.

—Permíteme que sea yo el que piense —dijo recalcando cada sílaba—. Tú, con hacer aquello que se te ordene tienes suficiente.

El Ministerio de la Gobernación había habilitado como reformatorio para pequeños delincuentes el edificio anexo al centro penitenciario de Carabanchel que años más tarde sería tristemente conocido como galera o cárcel para mujeres de Yaserías. Incluso algunos muchachos que, a pesar de no haber delinquido, ejercían la mendicidad o simplemente vagabundeaban por las calles y no eran capaces de acreditar un domicilio conocido, también fueron encerrados en aquella especie de reformatorio. Desde luego que no hubiera sido exacto asegurar que el centro de internamiento para jóvenes delincuentes de Yaserías se distinguía por la rigidez con la que trataban a los internos, pero durante el tiempo que permaneció ingresado en él, Jonás el Pulga padeció el tormento que fue una constante a lo largo de muchos años de su vida: la severidad de un hambre sin límites.

Y no era que el hambre estuviera presente en el Reformatorio de Yaserías a cualquier hora del día como ocurría en el Colegio Pizarro, sino que

era la dueña y señora del centro. El régimen alimentario de los internos se limitaba, todos los días del año y sin excepción, a un vaso de café con una gota de leche para desayunar, una sopa de fideos viudos y medio panecillo para comer y, la otra mitad del chusco, para cenar. Pero existía un inconveniente aún mayor, y era que del colegio Pizarro se podía huir, y en Yaserías no existía esa posibilidad.

Para engañar el hambre, Jonás el Pulga tomó la costumbre de canturrear algunas coplillas arrabaleras, que por su intención picaresca y la desenvoltura y buena entonación con que las cantaba, hicieron que algunos vigilantes se fijaran en él y, en los ratos muertos en los que no había nada que hacer, que eran los más del día, lo llevaban al cuerpo de guardia y le hacían cantar como forma de matar el aburrimiento. Esta actividad resultó crucial en la estancia de Jonás el Pulga en el centro, pues raro era el día en el que alguno de los vigilantes no se compadeciera de él, y a partir de entonces pudo comer fruta a diario, y hasta hubo días que le dieron trozos de embutido o, incluso, chocolate.

Gildo Meneses, el jefe de los vigilantes, era un hombre de una severidad extrema, en realidad era un hombre sin entrañas, un sádico que se complacía con el dolor ajeno. No dudaba en corregir a los internos que bajo su punto de vista habían infringido alguna de las numerosas normas que existían en Yaserías usando castigos que no se correspondían, por su crueldad, con la política del centro. Tenía un zurriago de los que llaman picha de toro, y lo usaba de forma indiscriminada. Cuando pasaba al lado de un interno que se encontraba en un lugar o en una postura que él entendía que no era la correcta, le daba un zurriagazo con toda el alma, sin tomarse la molestia de elegir la parte del cuerpo donde iba a parar el golpe. Los internos le tenían pánico: apenas terminaba de llegar con su zurriago, cuando se producía una desbandada general en busca de un lugar para esconderse.

A pesar de su carácter cruel, y por alguna causa que no se llegó a establecer nunca, Gildo Meneses tomó un aprecio especial por el pequeño jilguero, que era como llamaba a Jonás el Pulga. Tanto fue así, que se las arregló para buscarle una salida de Yaserías. En un empeño impropio de un individuo de tan malos sentimientos, tocó aldabas, movió hilos, reclamó la devolución de algunos favores, rogó a sus jefes, hizo todo lo posible y lo

imposible hasta que consiguió que le trasladaran a un internado para huérfanos de guerra.

—Pórtate bien, que no quiero volverte a ver por aquí.

Fue lo único que le dijo antes de que los guardias le hicieran subir al coche que le iba a trasladar a la estación.

El nuevo destino de Jonás el Pulga fue el Colegio de Cristo Rey en Valladolid. Era una institución regentada por sacerdotes que ocupaba el antiguo palacio de los Condes del Páramo, en la Cuesta de la Maruquesa. Se trataba de un edificio del Románico, con tan solo un portón de entrada, e inexpugnable tanto por fuera como por dentro. Tenía un patio interior al estilo de los castillos medievales con soportales en el ala principal, y un cerezo gigantesco en su centro geométrico, al cual estaba prohibido, para todos los internos, acercarse a menos de cuatro metros. Esta institución carecía de la dulzura maternal que acreditaban la mayoría de las monjitas del Colegio Pizarro, pero su despensa, a pesar de la escasez de alimentos común por aquellos tiempos, estaba bien abastecida. La institución se regía por los mismos principios de incomunicación con el exterior y el mismo sistema, riguroso y severo, que tenía el reformatorio de Yaserías, aunque sin la rigidez de sus vigilantes, pero la falta de empatía de su director, el Padre Venancio de la Cruz, era la misma que la de Gildo Meneses y, de haber tenido en cuenta tan solo su carácter, podían haber pasado por hermanos gemelos. Tenían el mismo rictus de amargura, las mismas malas entrañas, incluso la misma forma sádica de tratar a los internos y, lo que era más sorprendente, el Padre Venancio de la Cruz tenía un vergajo de picha de toro que era exactamente igual al del jefe de vigilantes de Yaserías.

Cuando apenas habían pasado tres meses de su llegada al internado, Jonás el Pulga llegó a la conclusión, después de haber reflexionado mucho sobre ello, de que el hospicio de Cristo Rey tenía más de reformatorio que de colegio para huérfanos pero, tras hacer un repaso minucioso de lo que había acontecido a lo largo de su vida desde que le alcanzaba la memoria, y aunque le costaba admitirlo, tuvo que reconocer que era el lugar donde mejor le habían tratado, y se juramentó para no contravenir las exigentes normas disciplinarias por las que se regía el centro, aunque solo fuera por no verse abocado a dar, de nuevo, con sus huesos en las celdas de Yaserías o de

cualquier otro reformatorio. Pero cuando se hizo este juramento no conocía el alcance de su falta de voluntad y, sin darse cuenta de ello y sin tan siquiera desearlo, acabó rindiéndose a los cantos de sirena de su nuevo amigo Francisco el Rata.

El Rata era huérfano de nacimiento. De padre desconocido, su madre murió en el momento de traerlo al mundo, y su vida salió adelante gracias a una tía materna que lo recogió como se recoge a un chucho abandonado, sin más sentimiento que la compasión y sin otra convicción que la de asumir la obligación de alimentar una boca más. Llegó a la guerra civil con poco más diez años, escaldado por la vida, con el cuerpo molido a palos, con el alma inmune a cualquier sentimiento humano y con un reguero de pequeños delitos a sus espaldas. Ya para entonces, su tía se había desentendido de él y vagabundeaba por las calles de Madrid recogiendo colillas con las que hacía picadura que posteriormente vendía en el Rastro por lo que le quisieran dar. Después de la guerra, visitó la mayoría de reformatorios y cárceles para delincuentes menores que había en España, y ninguna de estas instituciones logró enmendar un ápice su carácter antisocial ni apaciguar su espíritu belicoso y errante.

Fue el Rata, que en realidad se había convertido en un golfillo de siete suelas, quien le metió en la cabeza a Jonás el Pulga la idea de escaparse del Colegio de Cristo Rey. Y lo hizo en la certidumbre irrenunciable de que los seres humanos no nacen para ser encerrados, sino para vivir libres y sin ataduras, a pesar de que sabía por propia experiencia el afán congénito que incita a la mayoría de los hombres a intentar encerrar a cualquier otro hombre en la primera oquedad que se encuentre a mano.

Lo cierto es que si el Rata se asoció con Jonás el Pulga para desarrollar el plan de fuga que había planeado, no fue porque le tuviera un aprecio especial, sino porque no se atrevía a escapar solo y necesitaba la complicidad y el apoyo de al menos un compañero para poder huir, y si le eligió a él para acometer este proyecto, fue porque estaba convencido de que era el único de los internos con las suficientes agallas y los recursos necesarios para llevar a cabo una fuga sin que le temblaran las piernas. Así que trató de convencerle sobre las bondades que tenía la vida en libertad y de la necesidad de salir de una santa vez de aquel encierro. Aunque se podía

haber ahorrado el adoctrinamiento, pues su presunto acólito llevaba en el ADN la predisposición a escaparse de cualquier lugar donde lo encerraran. Así que un martes de mediados de junio a las cinco de la madrugada, sin encomendarse ni a Dios ni al Diablo, Francisco el Rata de dieciséis años de edad y Jonás el Pulga con sus quince años recién cumplidos, saltaron la tapia del Colegio Pizarro y pusieron rumbo a Madrid. Bien porque no sabían orientarse, bien porque el hambre les había anulado la capacidad de pensar con la coherencia necesaria, en vez de elegir la opción correcta que era dirigirse hacia el sur, tomaron dirección oeste y, después de pasar tres días deambulando por Tierra de Campos alimentándose con lo que encontraban por el camino, les sorprendió una pareja de la Benemérita mientras comían almortas en un campo a las afueras de Tordesillas. En cuanto sintieron a sus espaldas a la Guardia Civil, y sin ponerse de acuerdo, echaron a correr como alma que lleva el Diablo, y parece ser que el miedo fue el culpable de que se metieran en una finca donde pastaba de forma apacible una manada de toros de lidia. El vaquero que pastoreaba el rebaño les gritó desde lejos que salieran de la finca, que había reses bravas, y el Rata, sin dejar de correr, le contestó a pleno pulmón:

—¡Bravas..., para bravos esos que vienen ahí detrás pegando tiros!

Y era cierto: los guardias, conscientes de que se les escapaban por piernas, realizaron varios disparos de intimidación al aire, que además de no conseguir que se detuvieran, les sirvieron de acicate para aumentar el ritmo de la carrera. Y hubieran logrado escapar de no haber sido porque cuatro o cinco toros, al parecer molestos con los intrusos por haber alterado su tranquilidad, arremetieron contra ellos hasta hacerles volver sobre sus pasos, y terminaron cayendo en las manos de la pareja de la Guardia Civil.

En el Colegio de Cristo Rey los esperaba el Padre Venancio de la Cruz con el vergajo en la mano y la cara desencajada. Les condujo hasta el patio agarrados por las orejas, y no habían terminado de llegar a él, cuando comenzó a golpearles con tanta furia que no fue hasta terminar con los azotes cuando cayó en la cuenta de que estaban inconscientes en el suelo. Entonces les tiró el vergajo encima, hizo la Señal de la Cruz en el aire, y dijo:

—Como os volváis a escapar, *¡Requiescat in pace!*

Tardaron diez días en recuperarse de la paliza, tiempo más que suficiente para preparar un nuevo plan de fuga. Así fue, al Rata le habían informado de que en la estación que enfrentaba al colegio, todos los días a las seis de la mañana salía un ferrocarril de vía estrecha al que llamaban el Tren Burra y, el muchacho que le dio esta información, la completó más tarde asegurándole que este tren tenía su estación término en un pueblo de León, que era el lugar donde trasbordaba la mercancía que transportaba a los vagones de la RENFE.

—Nos escondemos en cualquier vagón, —le dijo a Jonás el Pulga— nos vamos hasta León, y allí cogemos un tren para Madrid.

Dicho y hecho. No habían pasado veinte días de la brutal paliza, y aprovechando que en el colegio todos dormían, se levantaron de la cama como habían acordado, y se dispusieron a perpetrar su plan. Pero antes de saltar la tapia, Jonás el Pulga se entretuvo en llenar de cerezas el jerseyillo que se había quitado y había fruncido con un nudo a la altura de la cenefa inferior. Pero no se conformó con coger tantas cerezas como pudo, sino que con una furia que le brotaba de las entrañas, y desoyendo los consejos del Rata que le advertía sobre el peligro que suponía estar a menos de cuatro metros del cerezo, lo desplumó rompiendo tantas ramas como encontró a su alcance.

—No hagas ruido —le conminaba el Rata en un susurro—. Que como se despierte Venancio, ya sabes lo que dijo, *requiéscať in pace*.

Pero en esos momentos, ofuscado por el recuerdo de los zurriagazos recibidos, a Jonás el Pulga le tenía sin cuidado lo que pudiera decir, pensar o hacer el Padre Venancio de la Cruz.

Amparado por la oscuridad de la estación, el Rata fue tanteando todos los vagones hasta que dio con uno que, por algún motivo que no acertó a comprender, estaba cargado de centeno hasta los topes, y pensó, con buen criterio, que hasta no llegar al final del trayecto aquel vagón no iba a sufrir variación alguna. Así que treparon a su interior intentando hacer el menor ruido posible, y esperaron camuflados entre el grano a que el tren se pusiera en marcha en una actitud expectante y temerosa al mismo tiempo, y cuando Jonás el Pulga oyó el silbato del jefe de estación, experimentó la sensación inquietante de que el corazón se le iba a escapar del pecho, pues aquella

aventura era demasiado arriesgada, incluso para alguien que estaba acostumbrado a las situaciones más difíciles.

Por eso, en aquellos momentos, perseguidos por el miedo a ser descubiertos y hundidos en el cereal hasta donde les alcanzaba para respirar, la oscuridad opresiva de la noche se les hizo más densa que cualquier pálpito de buenaventura, y todo producía alarma en su ánimo: La sombra alargada de un chopo al lado de las vías, el canto del autillo emboscado en el cogollo de una encina, el bramido del viento que llegaba del norte o, simplemente, una luz a lo lejos. Sin embargo, cuando el sol nació sobre los horizontes dilatados de la meseta, y se atrevieron a asomar la cabeza por encima del centeno, se encontraron ante el maravilloso espectáculo que trasmecía el océano dorado del cereal maduro en el que se convierte la Tierra de Campos a principios de verano, tan solo manchado, en aquellos momentos, por la sangre de las primeras amapolas y las leves figuras de los segadores de hoz que, doblados sobre el abdomen, parecían moscas diseminadas sobre un enorme pastel de oro. Pero el temor era tanto, que tan solo sacaban la cabeza de entre el cereal para comprobar si estaba cerca el final del trayecto. El muchacho que le había informado al Rata del régimen de horarios, paradas, sistema de abastecimiento y demás vicisitudes del Tren Burra, le había advertido contra el peligro de apearse en la estación término debido a que siempre estaba vigilada al menos por una pareja de la Guardia Civil. «Así que lo mejor que puedes hacer —le había recomendado— es tirarte del tren antes de llegar a ella».

De modo, que cuando el convoy se detuvo en Gigosos de los Oteros, que era la penúltima parada del recorrido, asomaron la cabeza sobre el centeno como habían hecho en todas las estaciones, y apenas necesitaron echar una mirada rápida sobre el horizonte para descubrir a lo lejos la inmensidad de un silo metálico a cielo abierto refulgiendo en tonos turquesa bajo la reverberación del sol de las nueve. Este silo era la referencia que el informador le había dado al Rata para ubicar la estación término. Así que se aprestaron de inmediato para saltar del tren en cuando encontraran una ocasión favorable.

El Tren Burra, que fue concebido a finales del siglo diecinueve para cubrir el trayecto entre las localidades de Valladolid y Medina de Rioseco, se amplió como tren estratégico nacional en mil novecientos quince para recorrer

los pueblos importantes de la Tierra de Campos donde, además de la remolacha y otros productos agrícolas, recogía el cereal que se producía en las distintas zonas de esta comarca, que suponía un porcentaje muy alto de todo el que se cultivaba en el conjunto de la Península. Cuando este cereal llegaba al pueblo, era trasbordado a los vagones de RENFE que, a través de la red de ferrocarriles del Estado, se distribuía por todo el territorio nacional.

Cuando saltaron del vagón, el tren había disminuido su velocidad como lo hacía siempre antes de entrar al pueblo, y acertaron a caer sobre un trigal atestado de amapolas que el sol de la mañana había encendido en tonos dorados y rojos. Mientras se palpaban el cuerpo para comprobar que no tenían nada roto, vieron a lo lejos la figura de un hombre que se encontraba de espaldas a ellos. Era un segador de hoz que andaba por la edad de Cristo, con unas espaldas descomunales y el cuello como el de un toro. El diámetro de sus brazos en la zona de los bíceps, era mayor al de los muslos de la mayoría de los hombres. Tenía los ojos claros y la nariz recta, y lucía una tonsura de ámbito natural que le afectaba a toda la cabeza, excepción hecha de unas lanillas rubias que, partiendo de los aladares, le cubrían las orejas. Su voz de bajo, que se quebraba en la primera vocal, adquiría tonos perentorios y decisivos cuando hablaba en gallego. A pesar de su corpulencia, se veía a leguas que era ágil y de gran dinamismo, y segaba y hacía gavillas con tanta rapidez y energía que era difícil presumir en un hombre de tanta humanidad.

En algún momento del trayecto, escondidos entre el cereal, Francisco el Rata y Jonás el Pulga convinieron en hacer todo lo que estuviera en sus manos para intentar pasar desapercibidos hasta haber tomado el tren que les debía llevar, según sus cálculos, hasta Madrid, pero en lugar de dirigirse a la estación de la RENFE, como habían acordado, se dejaron rendir por los gorgoritos que les hacían las tripas, y optaron por acercarse hasta el segador con la esperanza de que les pudiera socorrer con algo de comer. A pesar de que su físico resultaba intimidatorio incluso mirándole desde atrás, apremiado quizás por el hambre, Jonás el Pulga no dudó en preguntarle si les podía ayudar:

—Señor —dijo desde lejos—. ¿Nos podría dar algo de comer?

Cuando el segador, que en aquellos momentos se encontraba ensimismado en la tarea de secarse el sudor que le chorreaba por la frente, se giró al oír la pregunta, tuvo la certidumbre de que aquellos muchachos que habían aparecido de la nada no eran otra cosa que dos fugitivos que se habían escapado a saber Dios de dónde.

Uno de los lemas, quizás del que se sentía más orgulloso de entre todos los que habían guiado la vida del segador desde que tuvo uso de razón, consistía en no juzgar a los demás por su aspecto y, con un criterio más estricto, por su condición social. Sabía, como lo sabía todo el mundo, que el país era un auténtico reguero de pequeños delincuentes fugados no tanto de los hospicios como de los reformatorios. En los últimos tiempos había visto a muchos de estos jóvenes fugados vagabundeando por el pueblo mientras les llegaba la hora de tomar algún tren con la esperanza de que les condujera al destino deseado, y sabía que muchas de las fugas que se producían en aquellos establecimientos de tortura, se sustentaban en razones bien fundamentadas. Sin embargo, a pesar de ser consciente de que no le correspondía investigar de qué batallas sin gloria venían aquellos dos muchachos en semejante estado de calamidad, no pudo resistirse a la tentación de intentar averiguar su procedencia.

—¿De dónde demonios habéis salido? —les preguntó sin llegar a ponerse derecho del todo.

Jonás el Pulga le contestó en el mismo tono desinhibido que había empleado antes:

—Del tren.

Entonces el segador se irguió por completo para terminar de secarse el sudor con la manga de la camisa, y Jonás el Pulga necesitó echar la cabeza hacia atrás para poder mirarle a los ojos, y se acordó con un pálpito de nostalgia en el corazón de un verano, justo el que siguió a la muerte de su madre, cuando acompañó a uno de sus hermanos mayores que se aventuró a ir a segar a un pueblo de la provincia de Toledo, del que tan solo recordaba la prestancia de unos pasteles de merengue que vendían por cinco céntimos en la tienda—bar de la plaza, y que él no tuvo la oportunidad de probarlos a pesar de haberlo intentando por todos los medios. El segador se puso frente a los dos muchachos, y les volvió a preguntar sin que se pudiera determinar si hablaba en gallego o castellano:

—¿Qué hacéis por aquí a estas horas de la mañana?

Entonces Jonás el Pulga cambió su desparpajo inicial por una actitud más comedida:

—Señor —dijo con un rictus en la cara que mostraba a las claras su estado de necesidad—, ¿podría darnos algo?, es que no hemos comido desde ayer, y tenemos mucha hambre.

Antes de contestar, el hombre se dobló sobre el abdomen para continuar segando.

—¡Huy de comer!, —dijo— aquí no se almuerza hasta las diez.

—¿Y agua, nos puede dar agua?

—Agua sí —dijo.

Luego, aún sorprendido, señaló con la hoz hacia un álamo enorme que se encontraba en uno de los márgenes de la finca.

—En esa sombra tenéis el botijo, —les dijo— bebed cuanta queráis.

Después de apurar el botijo hasta que no dejaron ni una gota, Jonás el Pulga, en un ataque de incontinencia verbal, le preguntó al segador:

—¿Quiere que le ayude?

—¿Es que sabes segar, rapaz?

—Sí señor —le contestó—.

El segador le ofreció la hoz:

—Toma —dijo—. ¡A ver si es verdad que sabes segar!

Cogió la hoz y comenzó a segar con tanta decisión y con tanto brío, que al segador no le quedó más remedio que lanzar una exclamación:

—¡*Carayo*, pues sí que siega bien el *rapaciño* este!

Luego se quedó pensando. A pesar de que, por el estado de desconcierto en el que venían aquellos muchachos, se hacía evidente que no eran más que dos vagabundos que andaban a la aventura, quiso comprobar si sus sospechas eran fundadas, y les invitó a quedarse a trabajar con él.

—Rapaz —dijo dirigiéndose a Jonás— ¿te quieres quedar a ayudarme?

Jonás el Pulga, que estaba harto de dar tumbos por la vida y que su único anhelo en aquellos momentos era que alguien lo cobijara bajo su amparo, no dudó en aceptar la propuesta del segador:

—Claro que me gustaría —dijo.

Entonces el segador se volvió hacia el Rata.

—Y tú, rapaz —le preguntó— ¿también quieres quedarte?, aquí la paga no es mucha, pero tratan bien a la gente y la comida es buena y, para los

tiempos que atravesamos, no se puede pedir más.

Con sus escasos dieciséis años, el Rata estaba de vuelta en los negocios de la vida. Había corrido tantos y tan diferentes caminos, que para entonces no se sentía extraño en ningún sitio. Había nacido, en efecto, en Madrid, pero como los gorriones del campo, no tenía ni patria ni dueño, y nunca se preguntó por el lugar al que le conducían sus pasos ni quién era su vecino, y si no hubiera sido por aquel nudo de plomo que se le atravesó en la garganta, tal vez hubiera aceptado la propuesta del segador, y se hubiera quedado en aquella tierra que, para su corazón fatalista, no era ni mejor ni peor que cualquier otra pero, en un impulso repentino del alma, tomó la decisión irreflexiva de volver a su tierra. Puso sobre su compañero de fatigas una mirada que tenía más de súplica que de complicidad, e hizo un alegato que tan solo parecía una excusa con la que pretendía justificar el motivo por el que no aceptaba la invitación del segador:

—A mí no me gusta segar —dijo—. Lo único que quiero es volver a Madrid.

El segador señaló con la hoz hacia las estaciones.

—¡Ay rapaciño! —dijo—. Entonces tendrás que ir a la RENFE, seguro que pronto encontrarás un tren que salga para donde quieres ir.

En la despedida no usaron formalismos ni se dejaron llevar por ninguna clase de dramatismo. Se separaron con la frialdad de dos desconocidos. El Rata, ensimismado en sus propios pensamientos, se limitó a estrechar la mano extendida de su compañero de fatigas durante los últimos tiempos, y se fue silbando hacia la estación sin más preocupación que la de pasar desapercibido ante los ojos de la Guardia Civil. Mientras, Jonás el Pulga, que lo siguió con la mirada hasta que desapareció entre el plantío, continuó segando y haciendo gavillas como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. Pero tuvo poco tiempo para acoplarse a su nuevo trabajo, pues apenas había pasado media hora, cuando llegó al trigal una mujer vestida de luto de los pies a la cabeza con un canastillo de mimbre enlazado con el brazo por el asa.

—Hola Pelos —dijo—. Te traigo las diez.

El segador se quitó el sombrero y el sol, al reverberar sobre la calva, hizo que reluciera como si estuviera pintada de esmalte bermellón. Entonces la mujer le preguntó señalando hacía Jonás con un movimiento de la cabeza:

—Pelos, ¿pero quién es ese chaval que no lo conozco?

El segador se rascó la calva.

—Es un rapaz que apareció por aquí esta mañana, y le he pedido que se quede a ayudarme —dijo en una explicación atolondrada que se parecía demasiado a una disculpa—. Es que esta finca es demasiado grande para segarla uno solo.

Se volvió a rascar la cabeza, y le dijo a la mujer:

—Dile de mi parte a la señora Nievinas que he cogido un ayudante, y que le prepare un buen plato de comida, que este rapaz tiene *moita fame*.

Luego, cuando se fue la mujer, levantó el canastillo y se lo mostró a su nuevo ayudante.

—Rapaz —dijo— es hora de *facer las diez*.

Y, ante la mira de asombro de Jonás, hizo un gesto de resignación.

—Pero rapaz, —le preguntó— ¿no sabes que es *facer las diez*?

Jonás el Pulga meneó la cabeza de un lado a otro.

—Pues qué va a ser, la misma palabra lo dice —dijo entonces el segador tratando de dar más consistencia a una explicación que no era capaz de encontrar— *facer las diez...*, es eso, *facer las diez*.

Y como Jonás el Pulga continuaba con la misma expresión de no entender nada, sacó del canasto un trozo grande de pan y una tartera con un poco de carne.

—Ves rapaz —le preguntó levantando el pan y la tartera— esto es *facer las diez*. Luego, hizo dos partes con el pan y la carne, y le dio una a su nuevo

ayudante.

Jonás el Pulga se comió la suya casi antes de que le llegara a las manos. Entonces el segador depositó una mirada cómplice sobre él.

—Pero rapaz, —dijo riéndose— *¿qué has fecho con el pan?, ¿lo has botado?*

A Jonás el Pulga se le iluminó la cara con una sonrisa completa con la que se reveló, sin él quererlo, esa parte de inocencia que todos llevamos dentro cuando solo tenemos quince años, y que hacía mucho que no se la había mostrado a nadie.

Segaron con buen ánimo durante el resto de la mañana y, a la conclusión, el segador pareció sorprendido por la cantidad de gavillas que habían conseguido amontonar. Estaba contento con el rendimiento de su nuevo ayudante, y no hizo nada por ocultarlo.

—Rapaz —exclamó— *¿a que femos traballao moito?*

Jonás el Pulga asintió con la cabeza. Entonces el segador le puso en el hombro su manaza de gigante como si fuera un amigo de toda la vida, y mientras le empujaba con dirección al pueblo, dijo:

—¡Ya hemos segado bastante por esta mañana, ahora nos toca comer!

La casa solariega estaba constituida en dos partes bien diferenciadas, la casa propiamente dicha, cuya fachada orientada a mediodía se extendía a lo ancho de la plaza del Charango y detrás, con la separación de un gran patio interior que por sus arcos de piedra labrada se semejava a los atrios que se construyeron en la Península en los conventos del románico tardío, se encontraba el ala oeste, cuya parte baja en un principio tuvo el cometido de albergar las caballerizas y los hangares para los carros y aperos agrícolas, mientras que el piso de arriba servía de alojamiento para el personal de servicio. Esta distribución fue modificada tras la abolición de la Ley de Términos. Aprovechando esta ley, la hacienda de los Rabadán comenzó a contratar de forma prioritaria personal forastero para atender las labores del

campo y de la casa, por lo que se vieron obligados a habilitar paulatinamente las caballerizas y hangares como alojamiento de este personal. Para acceder a la entrada de servicio había que atravesar, sin poder evitarlo, la plaza del Charango, bordear la fachada principal de la casa solariega, cruzar el pasaje que conformaban el ala norte de ésta y la pared sur de la pensión del Rey Mauregato, y adentrarse en el pasadizo que daba a la plaza del Ayuntamiento.

Mientras lo conducía hacia la plaza del Charango agarrado por el hombro, el segador le iba contando aspectos de la vida que Jonás el Pulga no llegaba a entender del todo porque, cuando se le desataba la lengua, su plática derivaba hacia un revoltijo donde mezclaba su gallego materno con el español que aprendió en la mili, por lo que se hacía casi imposible su comprensión. Pero, aunque le hubiera hablado en castellano, tampoco le hubiera entendido, porque en aquellos momentos toda su atención se concentraba en los avisos que le estaba mandando el estómago. Por eso, cuando entraron en la plaza del Charango, al contrario del segador, Jonás el Pulga no reparó en la tremolina que se había formado alrededor del lavadero municipal.

El segador era miope y le costaba distinguir las cosas desde lejos, por lo que se vio en la necesidad de preguntarle a Jonás por lo que estaba sucediendo:

—Rapaz —dijo—, ¿qué es todo ese jaleo?

Jonás el Pulga, afectado por el sol del mediodía, necesitó poner la palma de la mano en horizontal sobre los ojos a forma de visera.

—No es nada —dijo— gentes que llevan en volandas a uno que va pataleando.

Pero al segador lo venció la curiosidad, y no pudo resistir la tentación, y en vez de dirigirse directamente a la casa solariega como era su propósito, tomó dirección al lavadero para conocer de primera mano la procedencia de aquel conflicto. Y eso ocurrió justo en el momento en el que los Lecheros tiraban a Patricio y el Saco al pilón del lavadero.

Muchos años antes en su aldea gallega, cuando el segador apenas era un adolescente, un grupo de mozos ya barbados lo lanzaron al Sil y, como no

sabía nadar, tuvieron que sacarlo del agua cuando estaba a punto de ahogarse. Este recuerdo, que lo persiguió como un fantasma sin alma durante toda la vida, se hizo concreto cuando vio a esta nueva víctima de los Lecheros chapaleando entre las aguas jabonosas del lavadero y a pique de ahogarse, y le vino a la memoria una historia que contaba su padre sobre la dificultad que tenían las jirafas para no ahogarse cuando el agua apenas les llegaba por los muslos, y no pudo evitar preocuparse por la suerte de aquel muchacho.

Ulpiano el Ceremonioso estaba iniciando su discursito satírico sobre las bondades del agua del lavadero para purificar las almas pecadoras y los cuerpos malolientes de los mendigos, cuando el segador, poseído por una furia que provenía de su recuerdo más ingrato, no pudo aguantar por más tiempo la humillación a la que estaban sometiendo a aquel pobre desgraciado, y se empecinó en una cruzada temeraria contra el ignominioso proceder de los Lecheros. Sacó al mendigo del lavadero de un solo zarpazo y, después de depositarlo en el suelo, se enfrentó a toda la pandilla con el puño en alto y dando grandes voces:

—*¿Qué queredes, que se afogue el rapaz?* —les preguntó en tono amenazante.

El Ceremonioso, en su percepción megalómana, hasta entonces no refutada en el pueblo, de estar por encima del bien y del mal, no pudo digerir que un pazguato, aún sin despiojar, se atreviera a reprocharle su forma de actuar, y lo encaró también con el puño en alto. Pero Gabriel, que conocía la fuerza descomunal y el carácter impetuoso del Pelos, que así era como conocían al segador en el pueblo, lo agarró por el brazo y lo hizo retroceder.

—Déjalo —le dijo— éste no anda bien de la cabeza, y es capaz de hacer cualquier tontería.

Desde que tuvo uso de razón, el Pelos vivió trastornado hasta límites incomprensibles por el sentido de la justicia. Durante la guerra desertó del ejército el mismo día en el que le notificaron que había sido designado para formar parte de un pelotón de fusilamiento para cumplir la sentencia contra dos oficiales del Ejército Republicano que, en juicio sumarísimo, habían sido condenados a la pena de muerte bajo la acusación falsa de pertenecer a una célula de espionaje. Y, al no haberse enterado de su finalización, se mantuvo

escondido por los bosques de la Sierra de la Culebra, pasando todo tipo de calamidades, hasta dieciocho meses después de que terminara lo que se vino a llamar La Guerra Civil y que él siempre definió, con su costumbre de simplificarlo todo, como <<el resultado de la crueldad injustificable de dos bandos criminales>>.

A pesar de que tan solo llevaba tres años trabajando en la hacienda de los Rabadán, el Pelos era conocido en el pueblo por su costumbre de mediar en cualquier conato de abuso, poniéndose siempre al lado de la víctima, y no le dolían prendas cuando se veía en la obligación de enfrentarse a cualquiera que intentara abusar de algún desvalido. No eran buenos tiempos, desde luego, para hacer frente a los hijos de personas tan influyentes como los padres de los Lecheros, pero no le importó: A pesar de que era consciente de que podía meterse en un berenjenal de difícil solución, si aquellos gamberros no hubieran depuesto su actitud hubiera llevado el enfrentamiento hasta sus últimas consecuencias, sin haberle importado la posición en la que le hubiera dejado esa acción. Ya el sábado anterior había sacado de la Fonda de la Zamorana a dos asturianos de los que andaban al estraperlo, levantados en vilo por el cuello como si fueran jamones, con un palmo de lengua fuera de la boca y a punto de morir por asfixia. Y todo porque intentaron abusar, medio en serio, medio en broma, de una de las gemelas Rodríguez.

Lo cierto es que el Pelos estaba enamorado hasta las trancas de Mercedes Rodríguez. Y estaba enamorado de ella porque tenía la mirada triste y sumisa de un perrillo abandonado y la piel de porcelana, y una cara de cielo que era como para comérsela a besos.

Constantino, el difunto padre de las gemelas Rodríguez, siquiera hubiera podido imaginarse el tamaño del error en el que incurrió cuando dejó el cuidado de sus hijas a cargo de Juan José Tascón.

Raquel, la mujer a la que amó con la persistencia de un demente desde antes de tener uso de razón y con la que contrajo matrimonio al día siguiente de ser licenciado en el ejército, había fallecido dieciséis años antes, justo en el momento que él más la necesitaba, debido a un pólipo vaginal del tamaño de una mandarina grande que le reventó en la entrañas cuando la última de las gemelas salió por el canal del parto, causándole una hemorragia de tal magnitud que la partera que la asistió no encontró la forma de poder salvarle la vida. Falleció el mismo día en el que en el observatorio de la Virgen del Camino registraron una temperatura de veintiocho grados bajo cero, justo cuando se cumplían nueve meses del día de su boda.

Fue en el momento incierto que sucedió al entierro de su esposa, mientras dejaba insensible a cualquier percepción física que la nieve le

vistiera de blanco, cuando Constantino Rodríguez sintió que no eran los copos sino el mundo el que se le venía encima. A partir del infausto día en que quedó viudo, estuvo naufragando en una depresión larvada hasta que, de tanto guardarla en el estanco más recóndito de su alma, terminó por manifestarse a través de una despreocupación sórdida por todo aquello que le vinculaba con su familia, y se dejó vencer por la consternación. De repente se vio convertido en un ser opuesto a todo lo que había sido hasta entonces, y terminó desarrollando un comportamiento contrario a sus creencias.

En efecto, de ser un hombre activo que atendía con diligencia su pequeña hacienda, pasó a convertirse en un haragán recalcitrante que se pasaba lo más del día metido en las tabernas, cambió sus costumbres religiosas de auténtico meapilas por el más absoluto desprecio a todo lo que tuviera que ver con la Iglesia, se olvidó de los amigos, repudió las costumbres familiares, hasta que una mañana de las frías de marzo echó un vistazo al lugar donde se guardan las razones para vivir, y no encontró ninguna. De manera que durante algún tiempo estuvo flirteando con la idea del suicidio. Mercedes, la abuela de las gemelas, que había tenido que hacerse cargo de ellas debido a que él se despreocupó de su cuidado, y que hasta ese momento había mantenido un compás de espera sin entrar a valorar ni inmiscuirse en el comportamiento de su hijo, se dio cuenta, con esa intuición de bruja que tienen las madres, del momento crítico por el que atravesaba, y decidió dejar a un lado los escrúpulos de conciencia, y entró a fondo en el asunto que tanto la preocupaba:

—Tienes que reaccionar —le dijo una tarde mientras desplumaba un pollo que iba a servir para celebrar el veinticinco cumpleaños de su hijo—. Esa vida que llevas te va a conducir al abismo.

Constantino depositó sobre ella una mirada cargada de rencor.

—No se meta en esto madre —replicó de mal humor—. Son cosas mías.

Mercedes se alarmó. Hasta entonces nunca le había levantado la voz, por lo que llegó a la conclusión de que la crisis era más grave de lo que pensaba. Así que le hizo advertir que todo lo que él hacía repercutía en sus hijas y también en ella misma, ya que al fin y al cabo era la que tenía que tirar por la casa y cuidar de las niñas. Además le reprochó el tono irrespetuoso que había

usado para contestarle:

—No te consiento que me hables de esa manera, —le dijo sin ocultar su enfado—. Me da igual lo que hagas con tu vida, pero tienes dos hijas y no te queda otra que asumirlo.

En realidad, era un hombre de carácter sumiso, y durante toda su vida había respetado las decisiones de su madre tal como se hace con todo aquello que se aprende durante la infancia y que, como si se tuviera un recordatorio en el alma, se ejecuta de forma rutinaria, sin necesidad de reflexionar sobre su conveniencia. Por ello, aquellas palabras tuvieron la virtud de hacerle recapacitar. Trocó su comportamiento y volvió a ser el de siempre, pero nunca se fijó en otra mujer. Se volcó en la crianza y educación de sus hijas, se reencontró con sus amigos, rehabilitó las creencias religiosas que pensaba perdidas, mudó las tabernas por las labores del campo, y lo hizo con tanto afán, con tanta vehemencia que, en quince años, multiplicó su hacienda de tal forma que llegó a hacerla lo suficientemente próspera como para poder ofrecer a sus hijas una vida cómoda, a pesar que durante la guerra lo llevaron al frente y, en ese tiempo, su fortuna sufrió una merma considerable. En definitiva, apenas había pasado de los cuarenta y podía presumir de vivir con desahogo, dentro de los límites que permitía la miseria generalizada que sufrió España en los años de la posguerra. La vida parecía sonreírle. Tan solo el lunar de la muerte de Mercedes dos años antes, que en realidad murió debido a los achaques de la edad, había eclipsado el bienestar familiar.

Un jueves lluvioso a las seis de la mañana, después de tomar como era su costumbre un buen tazón de café con leche, cuando se disponía a despedirse de las gemelas, sintió un dolor intenso debajo del corazón que apenas le dio importancia pero, poco después, cuando abrió la puerta de la cuadra para atender a los gochos, el dolor se hizo tan fuerte que le obligó a doblarse contra el abdomen. No pudo dar un paso más, gritó desesperado y, cuando acudieron las gemelas, lo encontraron hecho un ovillo, en el suelo, retorciéndose de dolor. El médico, que acudió a atenderle por la iguala, después de auscultarle y volverle a auscultar, incapaz de diagnosticar el mal que le aquejaba, se limitó a dar una explicación generalista y carente de cualquier rigor científico que hubiera servido igual para esa como para cualquier otra enfermedad: «se debe a una alteración molecular de las células abdominales». Y terminó

asegurando que para saber con exactitud la deriva que iba a tomar aquella enfermedad, se hacía indispensable realizar un seguimiento de la misma durante un tiempo que en aquel momento era imposible precisar. Lo cierto es que no hizo falta hacer tal seguimiento, pues en realidad sufría un proceso metastásico de origen pancreático, y murió antes de un mes.

Su amigo Juan José Tascón lo visitó todas las tardes a partir de que se le declaró la enfermedad. Eran de la misma quinta y se habían criado juntos, por lo que les unían lazos más fuertes que la propia amistad. Juntos habían pasado las calamidades y penurias de la infancia, juntos e inocentes les halló la pubertad y se hicieron confidentes de sus aspiraciones juveniles y de todos sus secretos, incluso de los más íntimos. En realidad se trataban como si fueran hermanos. En la conversación de una de esas tardes, cuando Constantino ya había tomado conciencia de que su vida se estaba apagando, le preguntó a su amigo si le podía pedir un favor muy, muy, grande. Juan José Tascón le respondió sin tomarse la molestia de reflexionar sobre la magnitud del favor:

—Claro que sí —dijo— ¿de qué se trata?

Constantino no se anduvo con rodeos:

—Me queda poca vida —dijo—. El médico dice lo contrario, pero sé que estoy viviendo mis últimos días. Meditó un instante con los ojos cerrados, luego continuó—: Como bien sabes, no tengo familia, así que necesito que alguien cuide de las gemelas hasta que cumplan la mayoría de edad, y había pensado que ese alguien fueras tú.

Juan José Tascón no necesitó pensárselo dos veces para expresarle su entera disposición para todo aquello que le hiciera falta. A la mañana siguiente, en presencia del notario, Constantino Rodríguez le nombró tutor de las gemelas y albacea de su hacienda.

A pesar de ser buen mozo, Juan José Tascón no pertenecía a esa clase de hombres que eligen las madres para yerno. Desde luego que era vital y de muy buenos ímpetus, y que le asistía una simpatía natural que rendía los corazones, con lo que había conseguido que la fonda que regentaba fuera la más lucrativa del pueblo. Pero detrás de su sonrisa de oreja a oreja y sus maneras gentiles, se escondía un individuo amoral, libidinoso y de pocos escrúpulos, y tenía

tendencia a aprovecharse del estado de necesidad de los más débiles. Aún estaban calientes los restos mortales de Constantino, cuando comenzó a dar muestras de que no se merecía la confianza que su amigo había depositado en él, pues fue terminar el funeral y llevar a las gemelas a la fonda y, sin ningún miramiento y sin dejarlas tan siquiera que se cambiaran de ropa, les ordenó que la escamondaran de arriba abajo hasta dejarla limpia como una patena. Ellas, a pesar de que no les dolían prendas a la ora de afrontar cualquier tipo de trabajo, entendieron que aquella orden se salía de la facultad potestativa del tutor, pero la acataron ya que, antes de morir, su padre les había aconsejado que obedecieran todo aquello que Juan José Tascón las ordenara.

Las gemelas Rodríguez, que acababan de cumplir dieciséis años, eran tan parecidas entre sí, que ni los más próximos eran capaces de distinguirlas, pero revelaban un carácter divergente. No alcanzaban mucha talla y tiraban a estar rellenitas, pero eran de formas proporcionadas y tenían unas caras de angelotes que daba gusto mirarlas. Nada más nacer, su abuela les puso unas cintas de colores en las muñecas para distinguirlas. A la que se iba a llamar Mercedes en honor a su abuela, le puso una cinta azul y a la que se iba a llamar Raquel en recuerdo de su madre, le puso una cinta roja. Cuando se fueron haciendo mayores se intercambiaban las cintas por el placer de confundir a los demás, pero a su abuela nunca la engañaron, sabía que la que miraba con descaro, directamente a los ojos, ya tuviera puesta la cinta roja ya cubriera su muñeca la cinta azul, era Raquel, sin embargo, la tímida que siempre miraba hacia el suelo, era Mercedes. Eran gemelas monocigóticas, por lo que parecían clones perfectos y funcionaban sincronizadas como si fueran siamesas que compartieran los órganos vitales. Su nivel de compenetración trascendía de lo físico a lo psíquico por lo que tenían hambre al mismo tiempo; bebían a la vez; contraían las mismas enfermedades y al mismo tiempo; si una sufría un percance, le dolía a la otra; hasta la lívido la tenían acompañada. Sin embargo Raquel era propensa al remedio de la concupiscencia, y Mercedes no aguantaba, tan siquiera, estar al lado de un hombre.

La Fonda de la Zamorana se llamada así porque Concepción, la esposa de Juan José Tascón, a la que todos conocían como Concha la Leporina porque tenía el labio superior partido, era de Zamora. Ocupaba un edificio antiguo de dos plantas y buhardilla en la plaza del Charango, pared con pared con la

carnicería Palacios. La planta baja estaba habilitada como bar, comedor, cocina y despensa, mientras que la de arriba la ocupaban las habitaciones. En la buhardilla también había seis cuartos, pero tan solo se utilizaban en ocasiones excepcionales.

El trabajo en la fonda se convirtió para las gemelas Rodríguez en una explotación intensiva y extensiva. Intensiva porque siempre les faltaba tiempo para desarrollar todas las faenas que las encomendaba su tutor, y extensiva porque alcanzaba a todos los ámbitos de sus vidas, incluso a los más íntimos. Meses después de su llegada, cuando ya se habían hecho cargo de todos los trabajos, Juan José Tascón, que las había estudiado a fondo, distribuyó de forma estratégica las tareas que debía realizar cada una. Así, Mercedes desempeñaba los oficios relativos a la intendencia: barría, fregaba, lavaba la ropa, se ocupaba de la cocina. En cambio Raquel, mucho más desenvuelta y atrevida, desarrollaba los trabajos que tenían que ver con la atención a los clientes. Para Juan José Tascón, la llegada de las gemelas Rodríguez a la fonda fue como si le hubiera tocado el gordo de la lotería pues, de repente, se encontró con dos verdaderas mulas de carga que se hacían cargo de todo el trabajo y que, además, no era necesario retribuir las por ello. Hasta entonces siempre había tenido tres o cuatro criadas, ya que Concha la Leporina no se podía mover de la cama debido a que había sufrido diez años antes una embolia cerebral y sus miembros quedaron totalmente inmovilizados y, además de no poder trabajar, estaba inhabilitada para el amor, así que el posadero llevaba esos mismos años sin mantener relaciones sexuales. Con la llegada de las gemelas Rodríguez, su tutor fue despidiendo, progresivamente, a las otras chicas, hasta que se quedaron ellas solas ocupándose de todo el trabajo.

Al tenerlas tan bien observadas, conocía el carácter de cada una de ellas. Sabía, por ejemplo, que Mercedes era tan laboriosa como una hormiguita, hosca, disciplinada, exageradamente aseada y se sentía incómoda ante la pulsión de los hombres, por lo que los rehuía como si fueran la peste. Una noche, después de las cenas, cuando acudió a ayudar a su hermana en la recogida del comedor, un joven maquinista del Tren Burra que hacía noche en la fonda, confundíéndola con Raquel, se tomó la libertad de darle un pellizco en el brazo y, al estar convencido de que no era Mercedes a la que había pellizcado, se quedó perplejo ante su reacción, pues le atizó tal bofetada que

le dejó los cinco dedos de la mano marcados en la mejilla. Sin embargo, Raquel era otra cosa: extrovertida, risueña, atenta, algo perezosa, no le importaba que los clientes le gastaran bromas, aunque fueran subidas de tono y se contoneaba por entre las mesas a sabiendas de que era el centro de las miradas y, sobre todo, exhalaba un halo de sensualidad que rendía de inmediato el corazón de los hombres, hasta el punto de que hubo más de uno que no pudo evitar sentirse trastornado frente al tormento que causaba la voluptuosidad de su presencia. Juan José Tascón, que desde el primer día cayó rendido ante el poder de hembra perturbadora que emanaba del cuerpo de Raquel, resolvió convertirla en su concubina cuando se presentara la primera ocasión favorable. Mercedes creyó ser la primera en intuir los propósitos de su tutor.

—Ten cuidado —le advirtió a su hermana una noche en el momento de acostarse—.El cerdo anda detrás de ti.

Pero la respuesta de Raquel la condujo a la certeza de que también su hermana había llegado a esa misma conclusión:

—Peor para él, —dijo como si se tratara de un enigma— en este negocio tiene poco que ganar y mucho que perder.

Se puede decir que Raquel fue consciente del interés que despertaba en su tutor desde el mismo momento en el que cruzó las puertas de la Fonda de la Zamorana por primera vez, y su instinto de mujer fue descubriendo, poco a poco, la influencia que ejercía sobre él. Y fue ese mismo instinto el que la llevó a pensar que no le iba a resultar difícil hacerse con los mandos de la fonda pero, por muy optimista que hubiera sido, no hubiera podido imaginarse tan siquiera la facilidad con la que Juan José Tascón terminó por entregarle el control del negocio. Fue tan sencillo que muchos años más tarde, cuando ya todo carecía de importancia, seguía sin poder sortear un recóndito sentimiento de lástima ante la candidez que demostró su tutor al permitir que una mujer joven, que apenas había finalizado su ciclo vital de adolescente, le hubiera hecho trizas la moral con recursos tan antiguos que ya los conocían hasta los niños de teta.

Así fue. Cuando se dio cuenta de las intenciones libidinosas de su tutor, Raquel Rodríguez se impuso en secreto la tarea de hacerse dueña y

señora de la fonda, y llevó a efecto su determinación sin la menor sombra de duda, con la certidumbre absoluta de que esta vida hay que sortearla utilizando para ello el poco talento y el escaso ingenio con los que la naturaleza ha tenido a bien dotarnos. Siempre consciente del poder que su entrepiera ejercía en el ánimo de Juan José Tascón, lo fue cociendo a fuego lento, sin prisas, como si se tratara de un ritual ajedrecista: al principio se concentró en analizar minuciosamente todo aquello que él hacía o decía, cómo lo hacía y cómo lo decía e incluso cómo lo pensaba. Estudió con detenimiento todos sus movimientos hasta que fue capaz de prever la forma y el momento en que los iba a realizar y, tal como él los ejecutaba, ella los contrarrestaba llevándolos a favor de sus intereses.

Cayó como lo que era: un incauto, fatuo y presuntuoso. Juan José Tascón, despreciando los consejos de algunos amigos que le prevenían sobre los peligros de aquella relación al asegurarle que, por inexpertas que sean en los negocios del amor, el instinto natural de las mujeres siempre las da ventaja sobre los hombres, se lanzó al vacío en una pirueta de ostentación vanidosa de la que se iba a arrepentir por el resto de sus días. Él mismo, con el paso del tiempo, no se explicaba cómo había podido meterse en aquel maremágnum del que nunca fue capaz de salir. Pero lo cierto es que desde el primer momento se empecinó en una estrategia de veinteañero galanteador que no se correspondía ni con su edad ni con su posición. Procuraba estar siempre pendiente de ella, alerta a cada palabra que dijera, a cada mirada casual, a sus gestos más insignificantes, e intentaba satisfacer de inmediato sus caprichos de adolescente vieja.

Por el contrario, Raquel siempre pareció indiferente a todas las molestias que su tutor se tomaba por ella. Con esa astucia innata que tienen algunas mujeres, y tal como lo había previsto, le permitió que se fuera enredando en sus tobillos, en sus pantorrillas torneadas, en sus muslos `poderosos, en sus glúteos pétreos, en sus caderas turgentes, en su vientre terso, en sus senos plenos, hasta que llegó al sexo incendiario, dulce, insondable, y en él malgastó lo poco que le quedaba de juicio, perdido sin remisión en su laberíntico cuerpo.

En realidad, tanto la astucia como la estrategia salían sobradas por innecesarias: Juan José Tascón entró al matadero por sí solo, manso y

resignado como un cordero. Con una torpeza impropia de su edad, dio palos de ciego a diestro y siniestro y Raquel, haciendo gala de la indiferencia calculada de un corredor de fincas, tan solo necesitó dejar pasar el tiempo para que él mismo cavara su propia fosa. Así que cuando llegó el momento, que ella había previsto mucho tiempo atrás y que Juan José Tascón interpretó como el más glorioso de su vida, de llevarla a la buhardilla, Raquel Rodríguez fingió una resistencia que lo único que tenía de cierta era aquella pizca de repulsa que la suscitaba su tutor:

—Esto no está bien —le dijo fingiendo estar ofendida mientras hacía que él le quitara las manos de la cintura—. Usted es mi tutor y, además, ¿qué dirá doña Concha cuando se entere?

Apremiado por el tormento de la ansiedad, el rostro de Juan José Tascón reflejaba una dolorosa expresión de angustia.

—Sólo por esta noche —murmuró—. La Concha no tiene por qué enterarse.

—No es solo eso —dijo ella en un suspiro—, yo no estoy preparada.

Juan José Tascón era sordo a cualquier argumento.

—No te preocupes, no te va a pasar nada —suplicaba.

—Y luego, ¿qué va a ocurrir? —Le preguntó con la voz quebrada— ¿qué va a ser luego de mí?

Juan José Tascón, con los ojos vomitando una lujuria que no admitía demora, juró y perjuró que ella iba a ser la dueña de todo, que si hiciera falta se separaba de la Concha, que nunca la daría motivos para arrepentirse. Raquel se dejó convencer, dio un paso adelante y entró en la habitación. Se entregó a aquel hombre, que por diversas razones comenzando por la edad podía ser su padre, sin pudor, sin resistencia, sin ningún tipo de remordimiento y con tanta desenvoltura que, si Juan José Tascón no la conociera como la conocía, podía haber pensado que tenía demasiada práctica en los negocios de alcoba.

Como no podía ser de otra forma, la experiencia fue catastrófica, pues Juan José Tascón quiso saciar de un solo trago la abstinencia obligada por la enfermedad de la Leporina y, apremiado por esa urgencia, trastornado por una ansiedad que no admitía demora, trató de desnudarla a zarpazos, mientras tropezaba con botones, broches y corchetes, y dejaba en evidencia su torpeza de principiante y su nula capacidad para el amor. Así que entró a matar como entra un elefante en una cacharrería terminando por ejecutar un sexo desabrido y torpe de aquí te pillo y aquí te mato que les dejó a ambos a medio camino de ningún sitio. A la mañana siguiente, mientras las dos hermanas desayunaban en la cocina, Mercedes fue muy explícita:

—Siempre pensé que se sentía otra cosa —dijo— solo produce dolor.

Su hermana la miró sin sorpresa, sabía que Mercedes sentía cada dolor, goce, angustia, alegría o sufrimiento que ella sentía porque, a su vez, ella también sentía todas y cada una de las sensaciones que experimentaba su hermana.

—No estuvo tan mal —dijo mientras se limpiaba los labios con un trapo de cocina—esperemos que las próximas veces sean mejores —y concluyó con un énfasis enigmático—. Tú de esto no sabes nada, hazte a la idea de que es privado.

Los ojos de Mercedes se iluminaron con una sonrisa.

Lo descuartizó en dos zarpazos, como si estuviera troceando un pollo para hacerlo al ajillo, pero sin dar ninguna muestra de tener prisa por conseguir sus objetivos. Con la seguridad que le producía saberse dominadora de la situación, esperó pacientemente a que Juan José Tascón le fuera haciendo concesiones. Eran pequeños detalles casi imperceptibles pero, al irse concatenando a lo largo del tiempo, completaron un resultado devastador: En menos de un año dominaba todo lo relacionado con la fonda y, lo más importante, era dueña absoluta de la voluntad del huésped.

A sus diecinueve años, la portuguesa María de Deus Gomes era una mujer que cortaba el hipo con tan solo verla. Un auténtico alegrón para los sentidos: rubia, alta, juncal, con el cutis diáfano y con los ojos del mismo color y la misma naturaleza oceánica del mar, hasta el punto de que parecían líquidos. Sus andares engallados mostraban, sin reservas, una figura elegante rematada en el punto final por una sensualidad absolutamente definida. A lo largo de su dilatada vida, José Ignacio Palacios siempre mantuvo que ella y un gato de angora que tuvo cuando niño eran los animales más bellos que sus ojos habían visto jamás. Sus padres habían emigrado desde Braganza cuando ella aún era un bebé y, aunque vivía en Gigosos de los Oteros, visitaba el pueblo todas las semanas con motivo del mercado de los martes, ya que ese día su padre plantaba un tenderete justo enfrente de la carnicería Palacios, en el que exponía para la venta las legumbres y verduras que cultivaba en la huerta.

Mientras su padre, un gigantón malencarado y torvo al que le habían sacado el ojo derecho en una reyerta de cantina y lo llevaba tapado con un parche negro, gritaba las excelencias de su mercancía, María de Deus Gomes se entretenía recorriendo los otros puestos para contar cualquier anécdota que sin ser en realidad un chiste, hacía reírse a todo el mundo porque la gracia que tenía al decir las cosas hacía que se alegrasen hasta las piedras. Además su risa franca tenía la virtud de hacer reír sólo de oírla, y es que siempre decía la palabra justa en el momento exacto, como si la tuviera memorizada en la punta de la lengua dispuesta para ser disparada. A pesar de que la mayor parte de su vida la pasó en España, hablaba un castellano difícil con un saltito descompasado entre la primera y la segunda sílaba pero, en lugar de representar un obstáculo, sus continuos encontronazos con la dicción aumentaban su gracejo natural. Esto, que podía parecer un don, le había acarreado un buen número de problemas a lo largo de la vida, pues como se

reía por cualquier cosa y su risa alborotada infundía a los demás el deseo de reírse, durante el tiempo que asistió a la escuela la echaron con frecuencia de clase, ya que formaba tal guirigay en el aula que los maestros terminaban por hartarse, y la expulsaban para que se tranquilizasen los otros alumnos. Lo mismo le ocurría en la iglesia durante los oficios religiosos o en cualquier acto social, incluso en el velatorio de un vecino suyo que murió de fiebres africanas, su madre se vio en la necesidad de sacarla a la calle, ya que alguien contó una anécdota sin gracia alguna y ella hizo el contrapunto con una de sus salidas jocosas, y a todos los asistentes les entró tal ataque de risa, que en vez de estar reunidos para darle el último adiós, parecía que se habían congregado en la casa del muerto para celebrar su defunción.

Si hubiera existido la necesidad de calificarla, tan solo se hubiera podido utilizar un adjetivo: espléndida. Por lo que no resultaba extraño que la mayoría de los mozos y de los no tan mozos que acudían los martes al mercado semanal acabaran enamorados de ella. José Ignacio Palacios la vio por primera vez en la entrada de la carnicería, y no tuvo que verla una segunda para darse cuenta de que algo que no era capaz de descifrar, pero que resultaba transparente como una mañana de primavera, estaba modificando sin remisión las querencias de su corazón.

El trastorno emocional comenzó el primer martes de aquel marzo triste y desabrido. Los grajos, rehuendo las capas frías de la atmósfera, volaban casi a ras de suelo manchando de negro, un instante, la plaza nevada. Los vendedores del mercado, tapados hasta la cabeza con sus mantas zamoranas, se parapetaban donde mejor podían para protegerse del frío que transmitía aquel viento racheado que llegaba a la meseta impregnado de las nieves de los Picos de Europa y que, después de atravesar la ropa, el músculo y el hueso, se instalaba en el mismísimo tuétano. José Ignacio Palacios se encontraba detrás del mostrador colocando una pieza de babilla en la vitrina y, cuando levantó la vista al sentir la campanilla que anunciaba que alguien abría la puerta, se mostró ante sus ojos la mujer más fascinante que hubiera podido imaginar la mente humana. Fue como si durante toda la vida hubiera estado esperando ese momento, pues una fuerza interior, más fuerte, más irreflexiva y más deslumbrante que cualquiera de las que habían acometido su alma hasta entonces, lo llevó al punto de que un turbión de amor le atravesara el corazón como atraviesa la punta del cuchillo un pastel de gelatina.

Treinta años más tarde, los componentes de la peña madridista del pueblo hicieron un viaje a Madrid con motivo de la final de la Copa de Europa, y se acercaron al barrio chino siguiendo la costumbre que tenían por aquella época los hombres de provincias siempre que visitaban la capital de España y, cuando se aventuraron por la calle de la Montera, José Ignacio Palacios sintió que la sangre se le congelaba en las venas al comprobar que la mujer descompuesta que salía de uno de los tantos prostíbulos del brazo de un hombre bajito y desmañado que apenas se mantenía en pie, era la misma por la que él, un día, había echado al monte todo su porvenir. Pero, aunque costara creerlo, aquella mujer destartada, medio tapada por un abrigo raído y sucio, con las medias agujereadas, con la línea de los labios pintarrajeada hasta las mejillas hundidas, con el rímel corrido encima de los pómulos, desdentada, desgreñada, con el cogote despeluzado como un gallo de pelea, era la misma por la que un día llegó a perder el juicio, era María de Deus Gomes.

Desde el principio resultó una relación complicada. María de Deus Gomes, que se enamoró perdidamente del joven carnicero desde el momento en que lo vio por primera vez, lo quería solo para ella, y le dio la oportunidad de que así fuera, pero por aquel entonces José Ignacio Palacios cabalgaba un amor de vértigo y apenas le quedaba espacio en el corazón para otra cosa que no fueran los amores desafortunados de Aurelia Rabadán. Sin embargo, desde aquel martes de marzo en el que María de Deus Gomes abrió la puerta de la carnicería, sin otra intención que la de protegerse del viento helado que invadía la plaza, sucumbió ante el delirio de un amor que lo puso al otro lado de la realidad. De repente, sin ser consciente de ello y en un ejercicio agotador que le ocupaba casi todo el día, comenzó a escribir versos inspirados en ella. Escribía en todas partes, lo hacía en el papel de estraza de envolver la carne, en los márgenes del folleto dominical, en las paredes, hasta en la palma de la mano. Cualquier sitio era bueno para expresar, en unos sonetos farragosos lo que, sin llegar a comprender del todo, sentía por aquella diosa helénica que le había sorbido los sesos. Y en todos esos versos profusos y, muchas veces, sin sentido, aparecía ella transformada en cada objeto, en cada elemento, en cada idea que le viniera a la cabeza: en el tazón del desayuno, en el mandil de carnicero, en el canto del jilguero encerrado en la jaula de la cocina, en el perfume de la lilas del jardín, en los soportales de la plaza bañados del sol del mediodía, y esperaba, con el corazón en un puño, a que llegara el martes y apareciera, con su figura espectacular y su infinita

sonrisa, el objeto de sus sueños. Y si algún martes, por la razón que fuere, María de Deus Gomes no acudía al mercado, andaba toda la semana al garete, perseguido por una ansiedad desesperada y mirando incesantemente por los ventanales hacia la plaza con la esperanza de que ella apareciera en cualquier momento. Así que, durante un buen tiempo, se encontró inmerso en la encrucijada de no saber por quién decidirse, pues tan pronto quería Aurelia Rabadán, como que tan pronto quería María de Deus Gomes, ó que de repente quería a ambas, algo que iba en contra de sus convicciones cristianas de que los seres humanos nacían para ser monógamos. De manera que cuando vino a darse cuenta la vida se le había convertido en un auténtico calvario.

Pero durante bastante tiempo tuvo la habilidad de engañar a casi todo el mundo y, aunque la buscaba como un animal en celo, la conciencia de culpa que le producía la inconveniencia de aquel frenesí fraudulento y espurio, le enseñó a ser capaz de mantenerlo oculto en un pueblo donde todo se sabía y donde parecía imposible poder guardar un secreto. Sin embargo, hostigado por los remordimientos, lo que en realidad le atormentaba era la reacción que pudiera tener una mujer con tanta dignidad y con un carácter tan rígido como el de su madre al enterarse de aquella aventura. Así que cuando una mañana de primeros de abril miró hacia la plaza a través del ventanal mientras troceaba un conejo, y vio a las golondrinas colocando sus primeros pegotes de barro en los alerones del tejado de la casa solariega, no pudo contener un estremecimiento de terror que le recorrió por todo el cuerpo. Así que hizo examen de conciencia, repasó punto por punto lo que había sido su vida desde que conoció a María de Deus Gomes, analizó la ignominiosa deslealtad hacia Aurelia Rabadán, y sintió un escalofrío en el estómago que lo dejó completamente aturdido, y tuvo que soltar el machete y apoyarse en el mostrador para que no lo matara el pánico.

Lo que quedaba de semana lo pasó acosado por la profusión de una multitud de pequeños trastornos físicos y del comportamiento que provocaron alarma en el corazón de Anuncia, pues descubrió de repente que su hijo había perdido el apetito y que se pasaba las noches dando vueltas en la cama, y que andaba tan distraído en la carnicería que cuando le pedían medio kilo de filetes de espaldilla, él despachaba dos kilos de morcillas. Así que determinó enviarlo al médico por ver si era capaz de descifrar el mal que aquejaba a su hijo. Después de examinarlo del derecho y del revés, el médico, que lo

conocía desde niño y sabía de su carácter pacato y pusilánime, achacando los desórdenes físicos a su falta de presencia de ánimo, hizo un diagnóstico que, a pesar de no andar descaminado, no era del todo cierto: «Es el miedo que le produce la cercanía de la boda» sentenció divertido. Pero el martes siguiente María de Deus Gomes no acudió al mercado, y la ansiedad se le enredó con una diarrea severa que lo dejó tan débil que sufrió múltiples desmayos, y su madre se malició que este desgobierno físico no tenía ninguna relación con la boda, porque cayó en la cuenta de que el comienzo de los desórdenes en la conducta de su hijo coincidían con la aparición en escena de aquella potranca que traía de cabeza a medio pueblo, ya que desde el día en el que la vio por primera vez en la carnicería, fueron muchas las noches que oyó a su hijo desde la cama deambulando por la habitación contigua como un león enjaulado mientras se ahogaba en su propia respiración. Así que, obedeciendo a su manera tajante de interpretar las cosas de la vida, se encaró sin ningún miramiento con José Ignacio a la primera ocasión que se le presentó.

Así fue: cuando la mañana siguiente, después del aseo matinal, José Ignacio se sentó a la mesa para desayunar, ella interrumpió la labor de bordado que estaba haciendo y, en vez de levantarse para prepararle el desayuno como era su costumbre, dejó el bastidor encima de la mesa, y lo interrogó como interpela el juez a un delincuente:

—¿Se puede saber qué diablos de líos te traes con la portuguesa?

José Ignacio rehuyó la pregunta agachando la cabeza con un gesto de disgusto. Pero su madre no se conformó:

—¡Mírame cuando te hablo! —le dijo.

Él levantó poco a poco la cabeza hasta que sus ojos se quedaron petrificados frente a los ojos de Anuncia, que en aquellos momentos daban la sensación de ser de acero.

—No hay ningún lío —se excusó visiblemente ofuscado.

—Quiero que me cuentes con exactitud qué es lo que está ocurriendo —le replicó entonces ella con aquel tono autoritario que siempre lo desarmó

—. Es necesario aclarar esta situación, y hay que hacerlo sin demora.

No dijo nada más. Cogió el bastidor de encima de la mesa y volvió al bordado mientras esperaba la respuesta de su hijo. Aunque se resistía a confesar el amor que sentía por María de Deus Gomes, José Ignacio Palacios supo entonces que no era posible eludir el escrutinio al que lo iba a someter Anuncia en el caso de tratar de ocultarle la verdad, y esta certidumbre le hizo perder la poca presencia de ánimo que le quedaba. Conocía bien a su madre, y sabía que era como las botellas de gaseosa que, al abrirlas, se les va la fuerza por la boca, y cualquier dificultad que se encontraba en el camino, por pequeña que fuera, representaba un obstáculo casi insalvable para ella. Así que estaba convencido de que la noticia de su relación con María de Deus Gomes le iba a causar un dolor cuya responsabilidad no se atrevía a asumir. Por eso, cuando se puso de pie y la luz del candil lo alcanzó de frente, su cara pareció hecha de parafina, como la de los muertos. Sin embargo, y al contrario de lo que había previsto, hizo de la necesidad virtud, y la obligación a la que le habían abocado las advertencias de su madre, le produjo un inesperado sentimiento de paz y, cuando habló, lo hizo con la tranquilidad de saber que había llegado al final de aquella encrucijada:

—Estoy enamorado de esa chica —dijo con voz segura— no lo puedo evitar.

Anuncia, que se había puesto de pie alarmada por la lividez que había adquirido el rostro de su hijo, se dejó caer sobre la silla mientras ocultaba la cara entre las manos.

—No tienes arreglo— dijo sin saber cómo expresar con exactitud lo que sentía.

José Ignacio permaneció callado.

—Además de no tener arreglo, eres idiota —continuó ella—. Se levantó y comenzó a andar por la cocina sin poder estarse quieta en ningún sitio.

—Tu padre y yo nos hemos sacrificado toda la vida para que no te faltara de nada, y ahora nos haces esto.

José Ignacio comprendió que su madre estaba a punto de llorar.

—Lo siento, mamá —se disculpó con la voz trémula—. No puedo evitarlo, es superior a mis fuerzas.

Entonces Anuncia, con los ojos enrojecidos por la presión de unas lágrimas a las que no dejaba fluir, hizo una premonición que José Ignacio Palacios había de recordar por el resto de sus días:

—Esa mujer te va a hacer un desgraciado, va a ser tu perdición.

Sordo a las advertencias de su madre, José Ignacio sólo pensaba en María de Deus Gomes, en sus besos desafortunados, en su cuerpo de diosa.

—No tiene por qué —dijo por fin.

—Sí tiene por qué, y tú lo sabes —replicó Anuncia—. Acuérdate de lo que te estoy diciendo, porque algún día tendré la satisfacción de poder echártelo en cara: esa potranca te va a arruinar la vida, te tiene tan embobado que, cuando te quieras dar cuenta, estarás en el arroyo. Hizo un paréntesis para pensar, luego preguntó:

—¿Ya lo sabe tu novia?

José Ignacio negó con la cabeza. Entonces Anuncia se le puso de frente, lo miró a los ojos, y dijo con rotundidad:

—Pues eso es lo primero que tienes que hacer, decírselo a ella. Si has sido un hombre para engañarla, ahora tienes que ser un hombre para decirle la verdad.

En vez de replicarle, José Ignacio optó por irse a su cuarto con la cabeza agachada, sabiendo que su madre había expresado con absoluta fidelidad lo que era inevitable que sucediera.

Desde que se convenció de que no podía dar marcha atrás en su relación con María de Deus Gomes, no había dejado de preguntarse por la forma en la que Aurelia Rabadán iba a encajar su propósito de abandonarla por otra mujer, pero no fue hasta ese momento cuando sintió por primera vez el

peso y el tamaño del daño que le iba a causar. Por eso, la tarde del martes en la que Anuncia lo echó escaleras abajo, reiterándole su obligación ineludible de no volver a casa sin haberle dado, a la que aún era su novia, una explicación de su ignominioso proceder, cuando se encontró debajo del chaparrón que en aquellos momentos estaba cayendo sobre la plaza del Charango, José Ignacio Palacios tomó la decisión de refugiarse bajo el alero del quiosco de Venancio el Tragacorazones, no tanto por protegerse de la lluvia como por demorar el momento de afrontar su responsabilidad.

Venancio el Tragacorazones llegó al pueblo desde algún lugar del Bierzo dos o tres años después de que finalizara la guerra. Vino con una mano delante y otra detrás, y ocupó una caseta abandonada y medio derruida en el margen derecho de las vías de la RENFE, cerca de una de las huertas de Felipe Palacios el Pachón, que por aquella época se ocupaba en un negocio turbio de trata de ganado. Tan turbio, que en el pueblo, sin que nadie pudiera acreditar que era cierto, le daban fama de cuatrero, incluso había quién aseguraba que la mayoría de la carne que se vendía en la carnicería de su hermano, procedía de animales robados. Nada más llegar al pueblo, Venancio el Tragacorazones construyó un alambique con unas chapas que solamente él supo de dónde las había sacado, y desde entonces cambiaba a los vinicultores de la zona el hollejo resultante, una vez prensada la uva, por el aguardiente ya elaborado, en una proporción de diez a dos, y el ochenta por ciento del orujo que le correspondía, se lo vendía a todo aquel que se lo quisiera comprar. Pero este negocio no daba lo suficiente para comer, por lo que tuvo que ponerse a servir en casa del Pachón. En un principio hizo labores de mozo para todo, pero su patrón se dio cuenta muy pronto de que tenía la misma falta de escrúpulos que él, y lo llevaba consigo en calidad de ayudante cuando organizaba alguna de sus trapacerías ganaderas. Por su parte, el Tragacorazones, que no podía ocultar en la mirada un ligero trastorno psicopático de naturaleza congénita que no se correspondía para nada con sus maneras lánguidas, nunca encontró reparo para ayudar a Felipe Palacios en la parte más tenebrosa de sus negocios, pues estaba convencido desde siempre, por puro instinto, de algo que para entenderlo el común de los mortales necesitamos toda una existencia: «que la vida está hecha a medida de los canallas». El Pachón, que nunca se tomó la molestia de averiguar quién era ni de qué conflictos venía en aquel estado de indigencia, lo tuvo como uno de los suyos desde el primer momento, y esta apreciación quedó corroborada una

mañana que sin saber de qué manera, ni por qué enfermedad, una de las dos yeguas que le había comprado la tarde anterior a un gitano con el que solía hacer tratos, apareció muerta en el establo. Cuando fue a reclamarle, el gitano rechazó cualquier tipo de responsabilidad arguyendo que, en el momento del trato, la yegua estaba en perfectas condiciones, y lo que le hubiera pasado a partir de entonces no le incumbía. Pero antes de que hubiera terminado con su alegato, el Tragacorazones lo miró con la cara demudada y, señalándole con el índice, descargó sobre él una sentencia que, por la carga intimidatoria que llevaba implícita, hubiera helado la sangre a cualquier hombre por muy bragado en disputas que hubiera sido:

—Antonio —le dijo— te veo con muy mala salud, tan mala, que como no le devuelvas al señor Felipe los cuartos que te dio por la yegua, te aseguro que mañana vas a amanecer tan muerto cómo esta madrugada amaneció ella.

Y lo dijo con tanta contundencia y con una sonrisa gélida en los ojos casi salidos de las órbitas, que no habían pasado dos horas cuando el gitano ya estaba en la puerta del Pachón con un sobre en la mano que contenía en dineros el importe que le había cobrado por la yegua.

Felipe Palacios se ofreció entonces a gratificarle por el servicio de haberle sacado del apuro, pero el Tragacorazones solo aceptó como pago el corazón de la yegua muerta, que se comió a palo seco y sin tan siquiera echarle sal, después de haberlo asado en una hoguera que hizo de emergencia. Desde aquel día se estableció una alianza inquebrantable entre los dos hombres, que en poco tiempo se extendió a toda la familia Palacios. Desde entonces, todos los corazones de los animales que sacrificaban para su venta en la carnicería, los reservaban para Venancio el Tragacorazones, el cual no tenía ningún reparo en asegurar que estas vísceras eran manjares dignos de los príncipes más refinados.

Años más tarde, Felipe Palacios le prestó el dinero que necesitaba para cumplir la que había sido su aspiración desde que construyó el alambique: instalar un quiosco en la plaza del Charango en el que vender el aguardiente que elaboraba. Fue todo un éxito. Los labradores, antes de acudir a su terruño en los amaneceres engelantes de la meseta, se detenían en el quiosco del Tragacorazones para paliar el frío con una o dos copitas de aquel aguardiente de hasta sesenta grados que, en cuanto pasaba del gaznate, tenía la

virtud de hacer que todo el cuerpo se pusiera a sudar, hasta el punto de que más de uno, despreciando el frío intenso de los meses más crudos del invierno, no tenía inconveniente en llevar acabo las labores del campo a cuerpo gentil.

El quiosco era una construcción rectangular con paredes de adobes y cubierta con tejas de cerámica. Se diseñó para que fuera diáfano en su totalidad de no tener en cuenta una estantería agarrada con alcayatas del doce en la pared que daba a la parte donde dormían las botellas del orujo, los vasos con escurriduras añejas y las cajas de galletitas rancias, y un mostrador frente al lavadero municipal construido con tablones de chopo sin desbastar. No era muy grande, pero sí lo suficiente como para colocar un fogón de leña con una sartén grande y una manga de churros encima. Así que entusiasmado por la ventolera de prosperidad que sacudía el negocio, se le metió en la cabeza ampliarlo y, los días de mercado y los festivos por la mañana, hacía churros con la intención de que los clientes tuvieran con qué acompañar el orujo, y para atender el negocio de los churros contrató un ayudante manchego que un día se bajó del tren en el que viajaba con el propósito de comprar tabaco en la cantina de la estación y, por alguna razón que él mismo nunca fue capaz de explicarse, se quedó definitivamente en el pueblo olvidándose de que, la que había sido su mujer durante treinta y cinco años, continuaba viaje hacia Madrid. Pero el gran negocio del quiosco se concentraba en el día del mercado. Así era, los martes hacía más del setenta por ciento de la caja de toda la semana, pues tanto vendedores como compradores del mercado se arremolinaban alrededor del quiosco para entrar en calor con los churros que vendía el Tragacorazones empapados en el etanol destilado. Apenas habían transcurrido dos años desde su inauguración, cuando José Ignacio Palacios se enroló en las juergas desenfrenadas del grupo de los Lecheros, que solían rematar sus noches de perdularios cuando el sol jugaba a levantarse, con una copa de aguardiente en la mano y entonando canciones obscenas en torno al quiosco del Tragacorazones.

Aprovechando su buena sintonía, el Tragacorazones le pidió a José Ignacio Palacios que le enseñara a leer y a escribir, que era el único sueño que no había sido capaz de satisfacer hasta entonces, y puso tanta pasión en el empeño que no había transcurrido un año cuando ya se defendía bastante bien con las letras y, en seis meses más, dominó las cuatro reglas. El

Tragacorazones era un indigente del amor, en realidad sufría un trauma que le impedía relacionarse de forma correcta con las mujeres, y en el pueblo corría el rumor de que era de gustos distintos, pues nadie entendía que a sus cincuenta años continuara célibe, ni se le conociera relación con mujer alguna. Quizá fue esa especie de timidez que se manifestaba cuando estaba delante de una mujer lo que le llevó a identificarse desde el primer momento con el joven carnicero y, a pesar de que por la edad hubieran podido ser padre e hijo, se trataban como amigos de siempre, y el Tragacorazones le aconsejaba sobre todo aquello que concernía al mundo de las mujeres, con toda probabilidad contraponiendo los consejos a su desafortunada experiencia en cuestiones de faldas. Por eso, cuando José Ignacio Palacios le abrió sin reservas el corazón para contarle que estaba enamorado de la monjita millonaria, se llevó una gran alegría, y hasta se permitió animarlo a perseverar en su intento de seducirla:

—En esta vida tan solo hacen falta tres cosas para ser feliz —le dijo—, dinero, dinero y dinero, y eso es lo único que no le falta a esa mujer.

Estaba tan ilusionado con la posibilidad de que José Ignacio Palacios terminara siendo rico con un matrimonio de fortuna que, cuando se produjo el anuncio formal de su compromiso, el Tragacorazones se sintió, de alguna forma, partícipe de la ventura de su joven amigo.

Por eso, el atardecer en el que José Ignacio Palacios se refugió de la lluvia en el alero de su quiosco con signos evidentes de estar desconcertado y con la cara demudada por el terror, el Tragacorazones tuvo el presentimiento de que estaba ocurriendo algo terrible y definitivo en la vida de su joven amigo. Conocía de sobra los tejemanejes que se traía con la portuguesa de los ojos bonitos, pero no los había asociado con una posibilidad real de enamoramiento, sino a un capricho pasajero que tarde o temprano tenía que concluir, por lo que además de sorprenderse, sufrió una enorme decepción cuando José Ignacio le confesó que iba a romper su compromiso con la monja millonaria para casarse con una mujer que, aunque hermosa, no tenía donde caerse muerta. La plaza del Charango, aún infectada con los efluvios agrios de los desperdicios del mercado semanal, comenzaba a quedarse sin luz cuando José Ignacio Palacios pidió que le pusiera su tercera copa de orujo. El Tragacorazones encendió el cigarro que terminaba de liar y le advirtió en contra de la decisión que había tomado:

—Lo mejor que puedes hacer es regresar a casa y reflexionar con detenimiento sobre lo que te conviene —le dijo—. De lo contrario, es posible que termines por perder la oportunidad de tu vida.

Le dio una calada al cigarro con tanta fuerza que lo dejó por la mitad, y continuó:

—Si hay algo peor que ser pobre, es obstinarte en no evitarlo. De todas formas —dijo— cada uno conduce sus pasos hacia donde le da la gana, aunque luego tenga que arrepentirse por los restos.

Y todo esto lo dijo guiado por la experiencia de un primo suyo que tuvo la oportunidad de casarse con una mujer de Villafranca, que pasaba por ser una de las grandes fortunas del Bierzo, y la despreció por irse a vivir con su novia de siempre para terminar, después de varios años de un matrimonio desgraciado, revolcándose en el lodazal de la indigencia.

—Así que quiero darte un consejo, si es que vale para algo, —le dijo — no cometas el error de precipitarte. Dio otra calada al cigarro y, mientras echaba el humo por la nariz, concluyó—: Vete para casa y piénsatelo bien, la belleza apenas dura un suspiro. Se detuvo un momento como pensando, y apostilló—: Recapacita sobre lo que te he dicho.

José Ignacio Palacios había escuchado las recomendaciones del Tragacorazones bebiendo aguardiente a sorbos pequeños, y no podía negar que tenía razón en todo lo que había dicho pero, la confusión que le produjeron sus consejos, tenía mucho menos peso que el terror que le causaba enfrentarse a su madre sin haber cumplido lo que le había ordenado. Así que le contestó completamente abatido:

—No puedo hacer eso, mi madre no me lo perdonaría nunca.

Pero en realidad se debatía entre dos opciones tan contrapuestas que había llegado a la conclusión de que, al decantarse por cualquiera de ellas, estaba condenado a equivocarse. Así que cuando cruzó la puerta del gran salón, y Aurelia Rabadán dejó la labor de ganchillo encima de la mesa y se levantó del sillón para recibir a su novio con un beso, José Ignacio Palacios hizo un amago de sortear el propósito de aquella visita fingiendo, en el

aturdimiento del orujo, que todo seguía igual, pero de repente se le atravesaron en la memoria las advertencias de su madre, y no pudo evitar esquivar el beso con un gesto impreciso de la mano.

—Tenemos que hablar —dijo trastabillando la dicción y con un hilito de voz que tenía más de pánico que de conmiseración.

Ella, que no estaba al tanto de que bebía orujo, no pudo evitar volver la cabeza ante el fognazo del aguardiente sobre la cara, justo una milésima de segundo después de haber visto a un palmo de sus ojos, los ojos vidriosos de su novio, su semblante de cera que parecía el de un muerto y sus labios trémulos por el terror, y no acertó a comprender el motivo por el que se encontraba en aquel estado de perdición. Pero antes de haber podido imaginarse siquiera la causa de aquel comportamiento, José Ignacio Palacios reventó la vejiga de pus que lo estaba atormentando:

—Aurelia —dijo balbuciendo por el aguardiente, pero con un aplomo que no se supo nunca de dónde lo sacó—, lo nuestro no puede ser, estoy enamorado de otra mujer, y me voy a casar con ella.

Aurelia Rabadán se hubiera creído objeto de una inocentada si no hubiera sido porque el día no coincidía con el veintiocho de diciembre y la explicación era demasiado cruel para tratarse de una simple broma. Desde luego que le resultaba inconcebible que su novio hubiera sido capaz de mantener una relación con otra mujer sin que ella se hubiera enterado pero, como suele ocurrir, era la única persona de todo el pueblo que no había sospechado tan siquiera la traición de su novio, pero tanto sus palabras como la forma en que las pronunció no admitían dudas. Se quedó atónita, y su primer impulso, instigada por una rabia que le brotaba de las vísceras, fue maldecirlo, pero no gritó como él había previsto, sino que hizo el mismo gesto de contrariedad que hubiera hecho si la cocinera hubiera quemado el pollo de la cena.

—Solo quisiera saber —dijo con pleno dominio de sus palabras— cómo has podido tener la poca vergüenza de hacerme esta marranada. Se acercó a la puerta que estaba cerrada, y la abrió.

—Tan solo te deseo —dijo luego— que algún día tengas que vivir la

misma experiencia que estoy viviendo yo.

Luego hizo un gesto con la mano para invitarle a salir:

—Una cosa te quiero decir —dijo con un rictus sereno y digno— si quieres entrar a la iglesia para casarte con esa mujer, antes tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

Luego, cuando José Ignacio Palacios enfilaba hacia la salida, continuó sin que se le notara la rabia que anegaba su corazón:

—No vuelvas a pisar esta casa en lo que te resta de vida. —Abrió la puerta del salón de par en par, y concluyó con la voz en grito para que la pudieran oír todos los que estaban en la casa—: ¡Si este cerdo se atreve a acercarse por alguna de mis propiedades, le echáis a patadas!

Aurelia Rabadán, no llegó a ser consciente por completo del drama que le estaba acosando hasta que se apagó el rumor de la lluvia después de que José Ignacio Palacios cerrara tras de sí el portón de entrada a la casa. Y fue entonces cuando sintió el torrente sanguíneo aturullándosele en las sienas.

Nievinas, que había acudido alarmada por los gritos, sintió al espíritu de la locura revoloteando a través de la penumbra tibia del gran salón. Sin embargo, al rato quiso entender, porque su corazón así se lo pedía, que se escurría por el hueco de la ventana entreabierta sin haber causado víctimas, pero lo cierto fue que su señora no pudo protegerse de él porque, justo en ese momento, se apoderó de su alma una rabia tan ciega contra el mundo, que lo único concreto que pudo llegar a sentir fue la necesidad urgente de morir.

Subió a llorar a su cuarto atravesada por un sentimiento de rabia que no encontraba consuelo y que estaba revestido por un dolor que le traspasaba el corazón. Lloró por todo lo malo que le había ocurrido en su desafortunada vida: por su infancia encerrada en la casa solariega, por su pubertad y juventud perdida en un convento, por la falta de sus padres, por su mala suerte y, sobre todo, lloró por la deslealtad del ser al que había querido con la locura de un demente, y le pidió a Dios que la llevara de este mundo, pues ya no hallaba motivo alguno para seguir viviendo. El cansancio provocado por la angustia hizo que se quedara dormida, pero creyendo que estaba despierta y,

cuando se levantó de la cama, estaba convencida de que no era ella a la que había dejado su novio, sino otra mujer que se había quedado dormida en su misma cama pero en otra habitación. Cuando Nievinas, alarmada porque su señora no bajaba a cenar, se aventuró a entrar en el cuarto, la encontró frente al armario con la ropa hecha jirones, los ojos alucinados, la comisura de los labios con espumarajos verdes y el cabello revuelto sobre la cara.

¿Y tú, quién eres? —le preguntó en un arranque de su desvarío.

El ama de llaves se alarmó.

—Soy Nievinas —dijo—. Me he permitido entrar por si la señora pudiera necesitar algo.

Aurelia Rabadán la miró como si estuviera viendo un fantasma:

—Yo lo único que necesito es morirme —dijo en un aullido y con los ojos saliéndose de las órbitas.

Por un momento Nievinas no supo dónde meter el cuerpo. Nunca había visto ni tan siquiera se había podido imaginar a su señora en el aquel estado de degradación, y tuvo la sensación perturbadora de que había perdido el juicio.

—Si la señora no necesita nada más —dijo compungida.

Aurelia Rabadán depositó sobre ella la misma mirada de recelo que tuvo cuando la vio entrar en la habitación, y negó con la cabeza.

Así que por la mañana, viendo que su señora tardaba en bajar a desayunar, se aventuró a abrir la puerta del cuarto por el temor de que le pudiera haber ocurrido una desgracia. La encontró tendida en la cama como su madre la trajo al mundo en medio de una llorera de bebé, mientras increpaba a los cielos por lo mal que la estaban tratando.

Así que asustada por el estado de calamidad en que la encontró, Nievinas trató de usar todos los recursos a su alcance para consolarla, la arropó con edredones de plumas para engañar a los escalofríos, le dio

infusiones de hierbas que ella conocía para atemperar los nervios, pero pronto comprendió que todos sus desvelos eran baldíos, pues ni tan siquiera quiso desayunar, dejó de hablar, y se pasó toda la mañana, llorando y lanzando pequeños aullidos de desesperación. Por eso, al comprobar que sus remedios no surtían ningún efecto, el ama de llaves tomó la decisión de hablar con don Laurindo para ponerle al corriente del estado en el que se encontraba su señora.

Al entrar en la habitación, don Laurindo se alarmó. Apenas tuvo que echar una primera ojeada a través de la penumbra para darse cuenta del estado de abandono en el que se encontraba su ahijada, pues enseguida se dio cuenta de que tenía el pelo enmarañado, el pulso tenue, la mirada perdida, la respiración entrecortada, y estaba temblando de fiebre, ojerosa y con los pómulos mojados por unas lágrimas que terminaban en la pechera del camisón. Pero la alarma inicial se convirtió en pesadumbre cuando Nievinas le informó sobre el abandono en el que había caído después de haber discutido con su novio la tarde anterior. <<Lleva sin comer desde ayer —dijo— y, desde entonces, tampoco se ha levantado de la cama>>. A pesar de no ser partidario de inmiscuirse en los asuntos personales de nadie, y mucho menos en los de su ahijada, don Laurindo decidió tomar cartas en el asunto, y lo primero que hizo fue ir a entrevistarse con Anuncia.

La encontró en su casa, que ocupaba la planta superior de la carnicería. Y la encontró con la mirada triste y cara de preocupación. En efecto, Anuncia estaba convencida de que la boda de su hijo con Aurelia Rabadán la iba a convertir en la madre del hombre más rico y poderoso de la comarca y se había hecho la ilusión de que, de alguna manera, parte de esa riqueza y poder iba a repercutir en ella, por lo que la noticia de la ruptura le dolió más que si le hubieran dado una puñalada en el corazón. Por eso, y a pesar de sus esfuerzos, no pudo evitar que el desencanto que sentía se notara en el rictus lastimero de su cara. Hizo pasar a don Laurindo al salón, y le ofreció un asiento.

—Está usted en su casa —dijo— no le esperaba tan pronto.

Él tomó asiento y le expuso el propósito de su visita sin entrar en preámbulos:

—Doña Aurelia se encuentra en un estado preocupante —dijo— y si he venido es para solicitarle información sobre cualquier cosa relevante que se me escape en este asunto.

Entonces Anuncia le hizo una síntesis de lo acontecido entre su hijo y Aurelia Rabadán. Le dijo que era una pena, pero que no tenía vuelta de hoja debido a que José Ignacio estaba fuera de sus cabales. También le aseguró que su hijo era un buen chico, pero que aquella arpía portuguesa le había embrujado con algún filtro amoroso hasta conseguir hacerle perder la cabeza.

—Sin que haya mediado algún tipo de artificio secreto, —dijo— es imposible que José Ignacio haya caído en un comportamiento tan detestable.

Se llenó los pulmones de aire, y concluyó:

—Me gustaría visitarla para disculparme en nombre de mi hijo, —dijo— ¿usted creé que me recibirá?

—No lo sé —le contestó don Laurindo encogiéndose de hombros, perseguido por una rabia interior que tan solo fue capaz de disimular haciendo un gran esfuerzo—. De todas formas, en estos momentos es preferible no molestarla.

Se levantó de la silla y, mascullando una disculpa ininteligible, abandonó la casa dejando a Anuncia en suspenso.

La noticia corrió como la pólvora. Apenas había pasado una semana, y ya era conocida en todo el pueblo y el domingo en misa de doce, don Jesús María, con el semblante aturdido por el disgusto, anunció de forma oficial que habían dejado de correr las amonestaciones. En definitiva, que Aurelia Rabadán y José Ignacio Palacios habían decidido suspender su compromiso de boda.

En su primera visita domiciliaria, al médico le bastó con llevar a cabo una auscultación preliminar y realizar algunas preguntas concretas tanto a Nievinas como a don Laurindo, para realizar un diagnóstico determinante:

—Todo el mal que sufre doña Aurelia proviene de la conmoción

emocional causada por la noticia de la ruptura de su compromiso.

Luego movió la cabeza de un lado a otro.

—Su estado es cuanto menos alarmante. Sería conveniente que la llevaran a un especialista— dijo después poniendo cara de preocupación. Cerró su maletín, y pasó el brazo izquierdo por la manga izquierda de la chaqueta.

Entonces don Laurindo le preguntó:

—Doctor, ¿qué medicinas tengo que comprar?

El médico terminó de ponerse la chaqueta y se la ajustó tirando con ambas manos de las solapas.

—Yo no soy quién para recetar las medicinas que necesita —dijo—. Sacó una tarjeta del bolsillo interno de la americana, e hizo unas anotaciones en el reverso—. En la facultad fui compañero del doctor Alonso —dijo al tiempo de entregarle la tarjeta—. Dígale que va de mí parte.

El lunes siguiente, obedeciendo las indicaciones del médico, don Laurindo llevó a su ahijada en el Hispano-Suiza que acababa de adquirir para el servicio de la fábrica a la consulta particular del doctor Alonso que, además de ser un psiquiatra eminente, era el director del manicomio municipal de León. Después de someterla a una multitud de pruebas y preguntas exasperantes, el médico concluyó con un diagnóstico tan parco como equivocado:

—No tiene absolutamente nada, tan solo necesita estar distraída, por lo que sería conveniente que realizara alguna actividad de entretenimiento.

Y sugirió un cambio de aires para buscar el consuelo de la distancia:

—Un viaje a la costa estaría bien —dijo para concluir— y si puede ser al extranjero, mejor.

Intentando seguir las instrucciones del psiquiatra, Nievinas perfumó la casa, abrió las ventanas de par en par para que la luz del sol entrara sin trabas,

eligió la música más alegre e hizo que el gramófono sonara a toda hora. Pero Aurelia Rabadán era inmune a cualquier estímulo. Al entrar en el gran salón, que Nievinas había decorado hasta en el mínimo detalle, ni siquiera se fijó en los dos jarrones repletos de rosas rojas que estaban sobre la mesa, no advirtió el incendio del sol del mediodía que le daba directamente en los ojos, ni se dio cuenta de que sonaba, a todo volumen, una de sus canciones favoritas.

Más tarde, cuando llegó su padrino para anunciarle que había reservado plaza para los meses de verano en un hotel de Castro Urdiales, le contestó con su primera palabra desde que le dijera a José Ignacio Palacios que para casarse con otra mujer tendría que pasar por encima de su cadáver. Y esa primera palabra fue <<no>>, un no rotundo que no admitía ninguna clase de interpretación. Desde aquel día, a excepción de Nievinas, que fue la única con la que consiguió comunicarse, y siempre a base de monosílabos o frases cortas, hubo pocas personas que lograron escuchar la voz de Aurelia Rabadán.

El jueves amaneció con el cielo empedrado de nubes negras, y Nievinas, que estaba clausurando las ventanas por miedo a que un aguacero racheado de los que eran frecuentes en primavera pudiera llenar las habitaciones de agua, se extrañó de ver a su señora levantada tan temprano, pero no le dio importancia porque ya se había acostumbrado a sus excentricidades. La camarera le había servido el desayuno en la mesa grande del comedor, y comía las galletas mojadas en el café con la misma avidez de un niño chico, como si tuviera miedo de que se las pudieran quitar. Iba desgreñada y vestía el camisón de dormir, y tenía la mirada perdida en algún lugar concreto de la pared. Nievinas le dio los buenos días de cumplido cuando pasaba hacia la cocina, consciente de que no iba a recibir contestación alguna. De todos modos no pudo evitar preguntarle si se encontraba bien esa mañana. Pero no esperó la respuesta porque en ese momento, preocupada como estaba por la amenaza de los nubarrones, le tenía sin cuidado el estado de su señora, así que continuó con su tarea de cerrar las ventanas de la casa sin darle mayor importancia.

Cuando terminó con las galletas, Aurelia Rabadán subió al cuarto para tomar su baño diario. El dormitorio era amplio y luminoso, sin duda el mejor de la casa, y si se cerraban los ojos se podía sentir la paz y el sigilo de una abadía. Tenía las paredes tan blancas como una paloma y del techo colgaba

una araña con lágrimas de cristal de Bohemia. Entre el mobiliario, todo de construcción primorosa, destacaba la gran cama de bronce bruñido, que estaba tapada con un cobertor bordado por artesanos de Gibraltor con hilo de oro y adornos de pasamanería de seda china, a juego con las cortinas recogidas con cordones de terciopelo para dejar pasar la luz de la mañana. El ropero, el comodín, las sillas, la mesa de escritorio y el mueble aguamanil eran de madera de nogal y estilo vienés. Todo estaba iluminado por la claridad que entraba, a borbotones, a través de los dos ventanales abiertos hacia un único balcón que daba a la plaza del Charango, por donde se colaban los gorjeos de las golondrinas que habían llegado esa primavera y que andaban desconcertadas por augurios de lluvia. Las piezas de porcelana de la Cartuja, las estatuillas de elefantes en ébano de Ceilán que levantaban sus trompas hacia el techo y los floreros de Murano, estaban en su sitio natural, y se hacía evidente la mano diligente de Nievinas en el estado impecable en que se encontraba la estancia. Desde el día en el que Aurelia Rabadán permutó el hábito de las Siervas de María por ropa de calle, el ama de llaves subía al cuarto después del desayuno para ayudar a su señora en el aseo personal, pero aquella mañana, en lugar de estar dentro del baño como acostumbraba, la encontró sentada frente al tocador con la cara murriosa y los ojos de alucinada abiertos como platos, así que se vio en la obligación de llevarla cogida del brazo hasta la bañera.

Después del baño Aurelia Rabadán le hizo una señal para que le ayudara a vestirse. Le pidió, en primer lugar, una muda que tenía que ser blanca, a continuación le pidió unas enaguas que tenían que ser blancas, luego le pidió unas medias que tenían que ser blancas, después le pidió un vestido que tenía que ser blanco, más tarde unos zapatos de raso, y unos guantes, y una pamelita, y todo tenía que ser blanco. Una vez vestida, toda de blanco, se pintó los labios de rojo intenso, se embadurnó de rímel las pestañas, se empolvó la cara, el cuello y los brazos con almidón de arroz, se dio color azul en los párpados, se echó al cuello seis o siete collares de perlas legítimas y de toda clase de piedras preciosas, se llenó los dedos de sortijas, puso tantas guirnaldas de colores sobre el sombrero que se le caían por los hombros y, cuando dio por concluido el acicalamiento, preguntó:

—¿Cómo estoy?

A pesar de que en esos momentos a Nievinas le invadió un sentimiento de conmiseración al comprobar el aspecto estrambótico que presentaba su señora, más propio sin duda para los tiempos de carnaval, optó por contestarle con una mentira piadosa:

—Está usted espléndida, señora —le dijo—. No le quepa duda de que va a ser la envidia de todas las mujeres allá por donde valla.

Y por primera vez desde el incidente de la ruptura, Nievinas creyó ver un rayo de luz en los ojos de su señora.

Desde entonces, la vida de Aurelia Rabadán giró bajo la influencia de ese mismo ritual: A primera hora de la mañana acudía al comedor tal como se levantaba de la cama, desayunaba, y le pedía a Nievinas que le ayudara en el aseo y, después de vestirse siempre de blanco y pintarse como un payaso de circo, preguntaba:

—¿Cómo estoy?

Y Nievinas siempre le contestaba lo mismo:

—Está usted muy guapa, señora.

Y a ella se le llenaba la cara de felicidad, y después de echarse sobre los hombros un abrigo de armiño ya fuera invierno, ya fuera verano, salía a la plaza del Charango y se sentaba en un banco que se encontraba justo enfrente de la carnicería Palacios, y permanecía en él a lo largo del día, con la vista clavada en la puerta, en la más completa soledad y sin mediar palabra con nadie. Pero seguía pensando en José Ignacio Palacios, en su cuerpo musculoso, en su fragancia a colonia de rosas mezclada con el olor a carne de vaca. Y siguió pensando en él día tras día hasta que una pulmonía que se complicó con su insuficiencia cardíaca congénita le provocó la muerte estando sentada en su banco de la plaza del Charango siendo ya octogenaria.

Por aquellos tiempos el pueblo navegaba en una prosperidad portentosa. Los trenes llegaban repletos de viajeros y mercancías, y a pesar de la férrea vigilancia a que les sometía la Guardia Civil, los estraperlistas venidos de todas partes habían hecho de las fondas y bares de la plaza del Charango sus cuarteles generales. Era en estos establecimientos donde se trataba sobre la compra del cereal y, por la noche, en graneros y almacenes alejados, se hacía el trasvase de la mercancía. Fue una de las primeras poblaciones de la provincia en tener alumbrado eléctrico municipal, de lo que se vanagloriaba don Francisco Espinosa, alcalde del pueblo y padre de Ulpiano el Ceremonioso. Las viejas y mal conservadas casas de adobes de toda la vida fueron dejando paso poco a poco a las construcciones de ladrillos, más modernas y cómodas, y mejor protegidas de los rigores de la meseta. Se taparon las cunetas a cielo abierto por las que corrían toda clase de inmundicias, y en su lugar se construyeron alcantarillas subterráneas que desembocaban directamente al río, y a las calles se las dotó de aceras y se estableció el servicio de recogida de basuras. El mercado de los martes creció tanto que hubo que habilitar cuatro calles adyacentes para que todos los vendedores tuvieran espacio suficiente para montar sus tenderetes, y la plaza del Charango trepidaba con el alboroto de las transacciones comerciales que, por entonces, eran muchas y de diversa naturaleza. La prosperidad se hizo tan evidente que los vecinos antiguos, aferrados a sus costumbres atávicas, plantearon una protesta formal ante el alcalde porque estaban convencidos de que tanto cambio no podía ser bueno. Fue también por aquellos tiempos cuando Felipe Palacios el Pachón, que había adquirido un proyector de cine en una casa de subastas de Madrid, reconstruyó un enorme cobertizo medio derruido que tenía detrás de su casa, y que era amplio y diáfano, al objeto de exhibir los sábados y festivos las películas de reestreno procedentes de los excedentes de los cines de León.

La iniciativa fue todo un éxito, y los días de proyección el pueblo se llenaba de gentes que llegaban desde las localidades próximas y que, no teniendo bastante con sus propias fatigas y desgracias, pagaban un real para solazarse con las desdichas de los personajes de ficción que se reflejaban en la gran sábana que tapaba parte de la pared frontal del cobertizo del Pachón.

Esta iniciativa coincidió en el tiempo con la instalación en la fonda de la Zamorana de la primera centralita telefónica que hubo en el pueblo. Hasta entonces los únicos teléfonos eran los que tenían en sus despachos los jefes de las estaciones y, Raquel Rodríguez, influida por algunos clientes de paso, llegó a la conclusión de que podía ser un buen negocio establecer este servicio y, en cuanto se lo propuso, Juan José Tascón no dudó ni un instante en desplazarse a la capital de la provincia para formular la solicitud correspondiente en las oficinas de Telefónica.

También fue por aquella época cuando se puso de moda la radio. Se popularizó tanto, que prácticamente hubo un aparato receptor en cada casa y, cuando en la emisora EAJ-63, Radio León, retransmitían la radionovela de la tarde, el pueblo se parecía a dos grandes ojos lagrimeando, y parecía que todo el mundo se conmoviera con las desventuras de la protagonista de la serie.

Desde siempre los estraperlistas asturianos eligieron la fonda de la Zamorana para sus negocios, no tanto porque fuera la más cómoda o la que prestaba los mejores servicios como por ser el único establecimiento en todo el pueblo donde les permitían sus juergas desaforadas y sus riñas constantes. A partir de haber instalado la centralita telefónica, Juan José Tascón, siempre inducido por las sugerencias de Raquel Rodríguez, destinó las seis habitaciones de la buhardilla como lugar de encuentros esporádicos para el amor, pues fue ella la que cayó en la cuenta de que los asturianos y asturianas y otras gentes que no eran asturianas pero que también se dedicaban al estraperlo, tenían la costumbre de consumir sus amores ambulantes y de emergencia en el lugar que más les venía a mano.

Si Jonás el Pulga y el Pelos terminaron por hacerse asiduos del bar de la Zamorana fue debido a dos razones: la primera y principal era que el Pelos sentía auténtica veneración por Mercedes Rodríguez, la segunda, y no menos importante, porque el dueño les excusaba de pagar el vino a modo de retribución en especies por los servicios que Jonás prestaba al negocio. Así

era: todas las tardes, una vez concluida su jornada laboral en la hacienda de los Rabadán, Jonás el Pulga se convertía en la atracción del bar. Todo comenzó una noche que, envalentonado por el vino, se arrancó con una de sus coplillas subidas de tono, y a los parroquianos no les quedó más remedio que aprobar su buena entonación y su gracia y desenvoltura al cantarla. Desde entonces el bar se llenaba de un público bullicioso que quería escuchar al joven cantante, y la parranda solía prolongarse hasta altas horas de la madrugada.

La popularidad que consiguió Jonás el Pulga la aprovechaba el Pelos para pasarse horas y horas contemplando a la mujer de sus sueños sin levantar sospechas. Nunca se atrevió, tal como anhelaba, a declararle a Mercedes Rodríguez su amor sin condiciones y su fidelidad para siempre, pues además del obstáculo que suponía su timidez congénita, carecía de cualquier clase de imaginación para los negocios de la seducción, pero con estar cerca de ella tenía suficiente. Así que se conformaba con sentarse en un taburete de la barra para observarla mientras bebía vino a pequeños sorbos, y no había gesto que ella hiciera que a él le pasara desapercibido. Vigilaba hasta el mínimo cambio que se producía en su anatomía mientras se desplazaba de un lugar a otro de la barra para atender a los clientes. Pero Mercedes Rodríguez era inmune no solo a los cortejos timoratos del Pelos, sino a los muchos y de mucho más calado que la dedicaban otros pretendientes.

El Pelos soportaba los desdenes de Mercedes Rodríguez con su habitual paciencia mineral que podía exasperar hasta a las mismas piedras, y se aferraba a la ilusión de que tarde o temprano tenía que ceder ante su terquedad, aunque tan solo fuera por evitar el asedio tácito al que la sometía. Pero algo le decía en lo más recóndito de su corazón que ella no estaba hecha para complacer a ningún hombre.

En el pueblo todo el mundo sabía que Juan José Tascón era el propietario de la fonda de la Zamorana, del mismo modo que a nadie se le escapaba que quién la dirigía era Raquel Rodríguez. No había una paja que se moviera en el establecimiento que no lo hiciera porque ella lo hubiera ordenado, y su tutor hacía lo indecible para que fuera así. Por el contrario, Concha la Leporina había pasado a un segundo, tercero, cuarto o quinto plano para su marido. En su postración, y conforme a su naturaleza protestona, exigía

que la atendieran en las condiciones que ella estimaba que le correspondía al ser la dueña de la casa, y eran continuas sus reclamaciones por el estado de abandono en el que se encontraba, pero nadie le hacía caso. Era una especie de vegetal molesto e indefenso para el que no había misericordia. En cambio, para Raquel Rodríguez todo eran atenciones. Pocas mujeres han sido capaces de domeñar a un hombre hasta los límites en los que lo hizo ella con su tutor. Lo moldeó a su gusto, e hizo que cambiara sus ínfulas de lobo agreste por la mansedumbre de un corderillo. De ser un hombre alegre y vital se convirtió en taciturno y esquivo y siempre estaba a merced de los gustos y disgustos y del estado de ánimo que ella tuviera en cada momento. Así que de empezar como una especie de criada (a pesar de que ese no era su cometido de acuerdo con el compromiso que adquirió Juan José en el lecho de muerte de su padre), pasó a ser la dueña plenipotenciaria de la casa. Al marchar tan redondo el negocio, hizo que su amante contratara cuatro chicas para hacerse cargo de las labores de la fonda, y era ella la que, con la rigidez de un general en combate, les ordenaba todo lo que tenían que hacer y cómo lo tenían que hacer, incluso usaba esa misma falta de flexibilidad con su hermana, a la que sacó de la cocina, que era el lugar donde Mercedes se encontraba más a gusto, y le asignó la tarea de atender el bar. De todas formas, si hubiera que acusarla de algo, no era de falta de eficacia, ya que por aquella época el negocio navegaba viento en popa, a toda vela.

Una mañana cualquiera de mediados de junio en la que el sol se había puesto bravo, apareció por la fonda de la Zamorana un hombre vestido con el uniforme de factor de la RENFE a solicitar habitación. El día anterior había sido trasladado a la estación del pueblo y necesitaba un lugar donde hospedarse. No era guapo ni tampoco buen mozo, aunque su cuerpo era de tipo atlético. Tenía la piel pálida y un bigote de los tiempos del romanticismo unido a sus enormes patillas, y sus ojos marrones se enmarcaban en una maraña de cejas escocesas. Y hubiera pasado desapercibido, ya que había otros ferroviarios alojados en la fonda, de no haber sido porque tenía el pelo completamente rojo, porque cojeaba de forma ostensible, pues tenía la pierna izquierda tres centímetros más corta que la derecha, y porque exhalaba una nebulosa de testosterona que hacía que, con su sola presencia, algunas mujeres no pudieran evitar que el corazón les latiera mucho más deprisa de lo habitual. De haber tenido la oportunidad de estudiar los índices genéticos de natalidad que ofreció la localidad durante los siguientes años a la llegada del factor

pelirrojo al pueblo, Mendel hubiera afirmado, sin ningún género de dudas, que los genes que determinan el color rojo del pelo y los tres centímetros de menos que tienen algunas personas en la pierna izquierda con relación a la derecha, son de carácter dominante porque, a los seis años de la llegada de este ferroviario, había en el pueblo al menos una docena de niños pelirrojos que tenían la pierna izquierda tres centímetros más corta que la derecha.

Los Lecheros, aprovechando el título de una película que había proyectado el Pachón el fin de semana anterior, tacharon la placa distintiva de la calle Mayor y cambiaron con pintura roja su inscripción original por la de «calle del Cañón del Colorado». A la mayoría de los vecinos esta nueva ocurrencia de los Lecheros les pareció divertida, pero en el pueblo hubo a algunos hombres a los que no les hizo ninguna gracia. Uno de estos fue Jeremías Vilariño, a la sazón secretario del ayuntamiento, el cual tenía dos hijos que eran pelirrojos y renqueaban de izquierdas, y en un arrebato de cólera impropio de su carácter, pues era manso de naturaleza, se subió en persona a una escalera que usaba el aguacil municipal para sus chapuzas, y tachó, con una furia que no cuadraba con su modo de ser y con pintura azul, el rótulo que la pandilla de gamberros había escrito encima del nombre real de la calle.

Se llamaba Jacinto Torivio y era natural de Santa María del Páramo, y cuando Raquel Rodríguez vio entrar por la puerta de la Zamorana aquella maraña de pelos rojos, afectada como ninguna otra por el sofocante hálito hormonal que destilaba el factor, supo que estaba predestinado a ocupar un lugar privilegiado en su cama. Y no esperó, tan siquiera, a que se presentara una oportunidad favorable para meterlo en su cuarto, sino que a la primera ocasión lo asaltó con tanto entusiasmo que él no fue capaz de capear la acometida. En realidad tampoco quiso evitarla, pues estaba finalizando la primavera, hacía calor, el campo, empapado por el agua medicinal que había descargado una nube pasajera, esparcía por el aire una macedonia de fragancias que convidaban al amor, la carne llamaba a la carne y, por encima de cualquier otra consideración, Raquel Rodríguez mandaba al ambiente tal profusión de feromonas, tal hálito de perturbación, que hubiera resultado complicado para cualquier hombre tan siquiera intentar rechazarla.

Lo cierto fue que Raquel Rodríguez, absolutamente fuera de madre

porque el factor la había conducido a un estado animal difícil de sortear, encontró la oportunidad de llevar el agua a su molino al día siguiente de haber llegado el ferroviario pelirrojo al pueblo. Aprovechando que Juan José Tascón se ausentó para visitar a su amigo Leocadio Bustamante, que se encontraba ingresado en el hospital de León porque se le había gangrenado una pierna y tuvieron que amputársela, y con el pretexto inverosímil de enseñarle lo bien surtida que estaba la despensa de la fonda, convenció al ferroviario para que entrara en el almacén de víveres y, en menos de lo que canta un gallo, y sin darle siquiera la oportunidad de defenderse, lo agarró por las solapas de la chaqueta con tanta determinación y desenvoltura que Jacinto Torivio no pudo evitar sentir un estremecimiento recorriéndole por todo el cuerpo justo una milésima antes de encontrar el tiempo necesario para reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo en la penumbra caliente de la despensa. Y lo que estaba ocurriendo era que, sin ponerse de acuerdo y sin haberlo pensado tan siquiera, se estaban despojando de la ropa el uno al otro, dejándose llevar, tal vez, por el frenesí que envolvía el ambiente hormonal que destilaba la estancia. Y como no encontraron ningún mueble apropiado, se tumbaron encima de una carretilla de albañil que Juan José Tascón había dejado llena de patatas en el centro de la despensa y, empapados como estaban en un sudor caliente y en un deseo insoportable, no se les dio mejor maña para encontrar postura que adoptar la del misionero, lo que representó un auténtico obstáculo debido a la diferencia en la largura de las piernas de Jacinto Torivio, pues tan solo llegaba al suelo con la punta del pie derecho, mientras que el izquierdo le quedaba colgando en el aire, así que no era capaz de afianzarse debidamente en el piso y, en cada acometida, hacía que la carretilla, al no haber nada que la sujetara, se desplazara diez o quince centímetros girando siempre hacia la izquierda por lo que, mientras duró el éxtasis del amor, viajaron a través de la despensa en carretilla de patatas, hasta que la rueda chocó contra la pared, y se acabó el viaje, justo en el instante en el que Raquel Rodríguez proclamaba, con gemidos amordazados para que desde afuera no la pudieran oír, el delirante prodigio que en aquel momento se estaba obrando en su interior.

—Aprovecha ahora —le recomendó al factor medio en serio, medio en broma— estas locuras tan solo se hacen una vez en la vida. Pero las siguieron haciendo durante mucho tiempo, y con muy buenos resultados.

El día en el que Jacinto Torivio entró por primera vez a la fonda de la

Zamorana para solicitar una habitación, Mercedes Rodríguez se encontraba limpiando en las habitaciones de la planta de arriba, pero intuyó su presencia desde el mismo momento en el que el factor pelirrojo cruzó la puerta y quedó expuesto a la mirada de halcón de su hermana, pues justo entonces sintió que la sangre se le volvía espuma y, durante un buen rato, no pudo sortear la ansiedad devastadora que apenas la permitía respirar al conjeturar sobre el desenlace incierto que no sabía ni cómo ni cuándo, pero que estaba segura que se iba a producir. En realidad nunca fue capaz de encontrar sensaciones eróticas por sí sola, y todo su caudal sexual lo sostenía a través de las experiencias de su hermana. Así había sido desde que nacieron: Además de estar imbricadas a través de dos vidas paralelas, siempre, a toda hora, dormida y despierta, en los instantes más tediosos y en los momentos más excitantes, Mercedes recibía las sensaciones físicas y mentales de su hermana. Por eso, cuando Raquel introdujo en la despensa al ferroviario pelirrojo y lo asió por las solapas, ella, que estaba detrás de la barra atendiendo a los clientes, no pudo evitar lanzar un suspiro de satisfacción, tan grande que todos los parroquianos giraron sus cabezas hacia ella al mismo tiempo pensando que había sufrido un accidente. Pero a aquel suspiro le sucedió otro y, a este, otro, y otro, y otro, y cada vez los suspiros eran más escandalosos y se producían en intervalos más cortos, hasta que le faltaron las fuerzas para aguantar de pie aquel prodigio que conturbaba todo su cuerpo, y se desplomó en el suelo, y los suspiros se convirtieron en auténticos gemidos de animal en celo, y se retorció en el piso, y le daban convulsiones, y se apretaba los ijares con las manos, y le aparecieron espumarajos blancos en las comisuras de los labios.

Cuando el Pelos, escondido entre los parroquianos que en aquellos momentos presenciaban tan extraño espectáculo, vio a la mujer de sus sueños tirada por los suelos en medio de tan espantosas convulsiones, no pudo evitar que se le encogiera el corazón, pues confundió los espasmos que sufría Mercedes Rodríguez con un ataque de epilepsia.

—Un palo —gritó con un palpito de horror en los ojos— hay que ponerle un palo en la boca antes de que se muerda la lengua.

Y sin que nadie supiera de dónde había salido, al momento apareció un hombre bajito mostrando por encima de su cabeza un rodrigón de castaño. Entonces El Pelos se lo quitó de las manos para intentar ponérselo a Mercedes

en la boca, pero entre que ella lo rechazaba con todas sus fuerzas y los nervios que en aquellos momentos le atenazaban, no encontró la manera de llevar a efecto su propósito sin hacerle daño. Y de repente, y sin que nadie entendiera el motivo, cesaron las convulsiones y por fin se quedó relajada. Así que todos llegaron a la conclusión de que había terminado la crisis epiléptica. Todos menos Arturo Montañés, el cual tenía un primo en León que sufría ataques epilépticos, y se malició que aquel lance no era producto de epilepsia alguna, pues nunca había visto a su primo, después de salir de uno de sus episodios, que se le quedara la cara de satisfacción que en aquellos momentos mostraba Mercedes Rodríguez, y tampoco había visto nunca que su primo se relamiera de la forma en que lo hacía ella.

Por aquel entonces las gemelas apenas tenían veinte años, pero se hacía evidente que Raquel Rodríguez había nacido para ser feliz en la cama, para ser feliz y también para hacer feliz. Tuvo otros muchos amores a lo largo de su vida, pero para ella la experiencia con Jacinto Torivio en la despensa, subidos en la carretilla de patatas, fue la primera y, sin lugar a dudas, la más satisfactoria, ya que los encuentros que mantuvo con su tutor, nunca los contabilizó en la categoría de amor como tal, pues siempre la dejaron a medio camino de la nada. A partir de aquella primera experiencia, convirtieron sus nuevos encuentros en una especie del juego del escondite: Jacinto Torivio, que tan solo salía de la fonda para acudir al trabajo, se mantenía vigilante para comprobar si ella se ponía un pañuelo rojo al cuello, que era la señal que había elegido para indicarle que no había moros en la costa y, cuando esto sucedía, subía hasta la buhardilla, y entraba en la habitación señalada, siempre la misma, y siempre con la puerta entornada, y esperaba, con el corazón encogido, a que ella llegara para asaltarlo con la determinación de una pantera en el sitio donde primero lo hallaba.

Al principio, al socaire de las continuas pero cortas ausencias de Juan José Tascón, con el temor que les producía no conocer la hora de su regreso, y sin tiempo para decirse nada, cuando ella entraba a la habitación con una falda de vuelo ancho para eliminar trabas, procedían a perpetrar un amor de gallo, apasionado, sin duda, pero precipitado y sin el reposo necesario para la fantasía. Sin embargo, cuando tenían la certidumbre de que la ausencia del tutor se iba a prolongar, sucumbían en una especie de juego lujurioso, insensato y desquiciante que parecía no tener fin y que hacía que temblasen los

muebles de la habitación de abajo, que era la que ocupaba Concha la Leporina que, en su invalidez, y al no tener nada mejor que hacer, durante los últimos tiempos vivía consagrada a su propósito de alcanzar un estado de beatificación que la condujera a lograr un lugar preeminente entre los elegidos del Reino de los Cielos, y se santiguaba mentalmente, pues estaba impedida para hacerlo con la mano, escandalizada por aquellos alaridos de animal degollado que estallaban a cualquier hora del día y parecían querer tirar la casa abajo, y rezaba conmovida por la pena que le producía el destino que les esperaba en el infierno a aquellas dos almas pecadoras.

A medida de que fue transcurriendo el tiempo, las ausencias de Juan José Tascón se fueron haciendo más prolongadas. Aunque durante mucho tiempo había luchado a brazo partido contra la continua e inexorable pérdida de autoridad en la fonda, por aquel entonces empezaba a ser consciente de que había quedado atrapado irremisiblemente en la telaraña que, alrededor de él, había tejido Raquel Rodríguez. Peor aún: a partir del día en el que la subió por primera vez al cuarto de la buhardilla, se fueron encadenando una multitud de pequeños acontecimientos que por si solos carecían de importancia, pero que al concatenarse a través del tiempo, produjeron una situación insostenible para él que lo llevó al convencimiento de que era ella la que había asumido el mando de la nave. En realidad, para entonces ya había hecho, sin éxito, todo lo que estaba en su mano para recobrar el control perdido. Pero no solo había llegado al convencimiento, con un desfallecimiento del alma, de que era rehén de sus propias contradicciones y de que ya no le quedaban fuerzas para seguir peleando, sino también, y por encima de todo, terminó por convencerse de lo que más le mortificaba: la certidumbre de saberse el único culpable de aquella situación. Así que buscaba cualquier excusa para escabullirse del negocio con el fin de soslayar la humillación de sentirse un calzonazos sin redención, un pobre diablo que un día, ya lejano, galleaba con la cabeza alzada y con ínfulas de protomacho.

Mercedes Rodríguez fue la que más disfrutó de las prolongadas ausencias de Juan José Tascón. En cuanto lo sentía salir por las puertas, y tras echar un vistazo entre las mesas del bar para comprobar que Jacinto Torivio se encontraba sentado esperando a que su hermana se echara al cuello el dichoso pañuelo rojo, se aprestaba a ocultarse en cualquier lugar donde nadie la pudiera molestar en el momento de alcanzar la gloria absoluta y, esperaba, con

un pañuelo en la boca a forma de mordaza para que no pudieran oír sus gritos, a que un nuevo milagro la condujera a aquella maravillosa explosión volcánica que la dejara exhausta y al borde del delirio. Como ella siempre fue consciente de que todo aquello era un secreto a voces y se le hacía evidente que todos en el bar estaban más enterados de su secreto de lo que fingían, nunca trató de desmentirlo, pero no volvió a cometer el error de exponerse al escarnio público de la primera vez.

Lo cierto es que, aunque tan solo fuera por pura comodidad, Mercedes Rodríguez llegó a la conclusión de que, teniendo todas las ventajas y ninguno de los inconvenientes del amor, no necesitaba pasar por el trámite de sufrir la pulsión de ningún hombre y se encastilló en aquella realidad ficticia, y terminó por volverse impermeable a los requiebros y galanterías del Pelos e indiferente a las miradas lujuriosas a las que le sometían muchos de los clientes cuando le expresaban, valiéndose de una retórica más exasperante que sincera, que estaban a punto de perder el juicio por ella. Su hermana solía decir que había muerto para el amor de verdad el día que el factor pelirrojo entró por primera vez en la fonda de la Zamorana.

De continuo, mientras esperaba sentado en su mesa de siempre a que Raquel Rodríguez se pusiera el pañuelo rojo en el cuello, Jacinto Toribio no podía por menos que preguntarse quién demonios era aquella mujer que a cualquier hora del día, e incluso de la noche, helase o hiciera calor, lloviera o estuviera despejado, a viento y sereno, siempre vestida de blanco absoluto, enjorada hasta donde pudiera llegar la fantasía y con los ojos extraviados, permanecía sentada en el banco de enfrente de la carnicería como si fuera una estatua viviente. No le alcanzaba la imaginación para entender los motivos por los que alguien pudiera permanecer en aquel estado de inactividad durante tanto tiempo. Así que se lo preguntó a Raquel Rodríguez una tarde mientras retozaban en la cama después de haber hecho el amor. Ella giró varias veces el índice que apuntaba hacia la sien, y le contestó casi sin pensarlo:

—Es la Reina del Charango —dijo—. Si se pasa la vida sentada ahí, es para afearle la conducta al hijo del carnicero de al lado. Luego reflexionó un instante antes de continuar—: El muy gocho la dejó plantada cuando apenas faltaba un mes para la boda.

Jacinto Torivio se sintió interesado. Muchos años antes, cuando él aún

era un adolescente, la tía Patricia, la hermana menor de su madre, había vivido una experiencia similar. Él la había visto enloquecer de rencor después de que su novio de siempre, el hombre más atractivo del Páramo y por el que suspiraban la mayoría de las mujeres de su entorno, la dejara para casarse con otra. La vio pedir al Cielo que la llevara de este mundo porque se le había hecho insoportable la sola idea de tener que seguir viviendo. Tuvo la oportunidad de verla languidecer de amor encerrada en su propio cuarto sin otra relación social que las migajas que la deparaba la vida doméstica. Pero a medida de que fue pasando el tiempo y la memoria fue olvidando los resentimientos pasados, comenzó a auparse paulatinamente sobre las cenizas de su ostracismo, y una tarde cualquiera se echó a la calle con la intención de comerse el mundo, y se limpió el trasero con los consejos que, contra su nueva forma de vivir, le daban los que hasta hacía poco la advertían en contra del confinamiento al que se había sometido de forma voluntaria.

Durante un buen tiempo anduvo atropellando todo aquello que se le puso a tiro, sin hacer discriminación alguna por razón de su condición social, sexo o religión, hasta que se atravesó en su camino un hombrecillo sin filiación acreditada, uno de esos seres insignificantes por los que nadie se toma la molestia de levantar los ojos del periódico para mirar, y se volvió loca por él. Fue por aquella época cuando Jacinto Torivio llegó a la conclusión, más bien simplista, de que no todo es lo que parece, pues el amor puede ser tan reversible como los chalecos de plexiglás, y de que cuando la necesidad aprieta, uno es capaz de comerse cualquier cosa. En ese momento volvió la vista hacia Raquel Rodríguez, y sintió con toda nitidez la tristeza que reflejaban sus ojos.

—No te preocupes —le dijo—. Verás cómo un día cualquiera, cuando nadie se lo espere, se echa el mundo por montera, como lo han hecho otras muchas en sus mismas circunstancias, y busca la forma de rehacer su vida.

—Aunque te pienses lo contrario, —le contestó ella con una punta de amargura en la voz— no tienes ni idea de lo que puede ocurrir en el corazón de una mujer. Lanzó un suspiro que envolvió la habitación en un halito de tristeza, y sentenció—: Esa mujer nunca será capaz de rehacer su vida.

Desde luego que Raquel Rodríguez no se confundía cuando aseguraba que Aurelia Rabadán estaba incapacitada para rehacer su vida. No solo estaba incapacitada, sino que siquiera lo intentó: en realidad estaba impedida para intentarlo debido al aturdimiento que suscitó en su alma la afrenta del engaño, pues a partir del momento en el que José Ignacio Palacios le comunicó su propósito de casarse con otra mujer, vivió atosigada por el rencor que le produjo su deslealtad. Lo cierto fue que a partir de ese fatídico momento entró en una paralización mental que la condujo a no tener la necesidad de preguntarse por nada que tuviera relación con él. Sin embargo, en los escasos raptos de clarividencia que tuvo en los tantos años que permaneció sentada en su banco de la plaza del Charango, se sintió perseguida por la añoranza que le provocaba su ausencia. Mientras duró su idilio no fue consciente de cuánto bien la estaba haciendo, siempre concibió aquel torrente de felicidad que le llegó de repente como algo que estaba inscrito en su destino con carácter inmutable, sin sospechar siquiera que todo lo que tiene que ver con el amor, apenas dura un suspiro. Por eso, en esos escasos momentos de lucidez, lloraba de rabia por haber perdido el único retazo de felicidad que había podido disfrutar a lo largo de la vida. Tras su renuncia a la vida monacal se aferró como a un salvavidas al cariño incondicional que le ofreció don Laurindo, que en realidad fue la única persona que le había demostrado un amor inquebrantable y desinteresado, y también a la complicidad doméstica de Nievinas, pero el cariño de su preceptor y la connivencia de su ama de llaves,

no tenían argumentos para competir con la intensidad de su relación con José Ignacio Palacios que, sin embargo, para entonces tan solo la podía establecer entre los parámetros de una necesidad orgánica: un amor indeseable. Pero a ratos, no le echaba la culpa de la ruptura a la debilidad amoral en la que había caído su novio ni a la trastabillante voluntad humana sino que, perseguida por el fantasma de la culpa, le atormentaba la certidumbre de haber sido castigada por salirse del sendero que le había marcado su destino. «Los caminos del Señor son inescrutables», solía repetirse entonces atosigada por el convencimiento de que todos los males que le acuciaban eran producto de su renuncia a la vida monacal, y que su empecinamiento en pasarse todo el santo día sentada frente a la carnicería Palacios, obedecía tan solo a un sentimiento de impiedad injustificable.

Tras la ruptura le persiguió la necesidad urgente de morirse. Los celos, ahogados por el llanto, se habían apoderado de tal manera de su espíritu que maldecía continuamente la inconstancia de los hombres, y tan solo le pedía al cielo que la justicia divina hiciera padecer a José Ignacio Palacios la misma ignominia a la que él la había sometido. Pero a medida que fue pasando el tiempo llegó a tal grado de serenidad interior, tal vez promovida por el olvido, que no sentía despecho ni rencor alguno, sino la paz absoluta de los que no tienen cicatrices en el alma. Tan solo, de vez en cuando, una llantina de niña mal criada le traía a la memoria el recuerdo de que un día amó y fue amada, y entonces pensaba que para seguir con aquella vida de perros era mejor morirse de una vez, y se atrevía preguntarle a Dios, en ráfagas de mal humor, sin rodeos y de tú a tú, por qué demonios se había ensañado con ella de forma tan despiadada, y le censuraba su impiedad por haberla permitido nacer para luego obligarla a soportar tanto sufrimiento, y seguía haciéndole reproches por todas y cada una de las desdichas que había sufrido a lo largo de la vida. Sin embargo, tras reflexionar, se retractaba de todos sus reproches y le pedía perdón por haberse dejado tentar por el Demonio:

—No te creas nada de lo que he dicho —decía entonces horrorizada—. Esas son cosas del Diablo. Luego parecía meditar durante unos instantes, y continuaba:

—Yo no sé pensar en esos sacrilegios.

Y de repente se quedaba inmóvil con la vista clavada en la carnicería

Palacios ajena a lo que ocurría a su alrededor, y ya no se acordaba de sus nostalgias, no se acordaba de las mañanas de sol mientras recibía la lección que le dictaba don Laurindo a la sombra de los castaños del patio, no pensaba en sus dieciocho años de misa diaria en la clausura, tampoco pensaba en la muerte de sus padres, y tan solo pensaba en lo que ocurrió un día ya lejano en el pajar de la finca de la Majada, y era entonces cuando se le llenaban los ojos de unas lágrimas que tenían más de rabia que de nostalgia. Y es que pensaba en José Ignacio Palacios.

Obviando la tragedia que supuso la ruptura para Aurelia Rabadán, el mayor damnificado por lo ocurrido fue don Laurindo. Por aquel tiempo navegaba por esa edad en la que el cuerpo comienza a enviar los primeros síntomas de la vejez: un poco de artritis, algo de reuma, un par de hemorroides, algún mareo por el desajuste de las cervicales y, sobre todo, una alopecia galopante que se hacía más evidente cada mañana delante del espejo, pero para entonces había llegado a la conclusión de que esos pequeños desarreglos, además de ser normales a esas alturas de la vida, carecían de importancia. Más que por su eficiencia y su rigor al frente de la gran fortuna de los Rabadán, por lo que en realidad se sentía orgulloso era por la honradez con la que se había manejado a lo largo de su vida profesional, y por su fidelidad inquebrantable, primero para con el padre y después para con la hija. En realidad para él Aurelia Rabadán representaba a la hija que su mujer no le había podido dar, y la quería de la única manera que sabía querer, sin demostraciones ruidosas y sin estridencias, pero con todo el amor que su corazón era capaz de concebir. Tanto, que doña Virtudes, a pesar de no tener ninguna duda sobre el amor sin fisuras que la profesaba, en algún momento llegó a sentir el fantasma de los celos flotando alrededor de su corazón. Fue por este amor por lo que don Laurindo sufrió en primera persona el proceso de degradación en el que sucumbió su ahijada, pero no fue hasta haber transcurrido algún tiempo del empeinamiento de Aurelia Rabadán de sentarse en el banco que enfrentaba la carnicería Palacios, cuando tomó conciencia de que había perdido la cabeza por completo. Aquella evidencia le produjo un shock emocional de tal magnitud que él mismo entró en un tremedal depresivo que no le permitía centrarse en sus obligaciones, y del que salió, no sin cierta dificultad y asistido por tratamiento médico, transcurridos unos cuantos años.

Cuando tomó conciencia del grado de deterioro por el transitaba la

enfermedad de su ahijada, trató de convencerla por la vía de la persuasión para que cesara en aquella costumbre perniciosa de pasarse la vida sentada en el banco de la plaza del Charango pero, ante su negativa que no dejaba resquicio alguno para la duda, decidió utilizar métodos más drásticos: Le requisó las llaves de la casa solariega y le ordenó a Nievinas que tuviera siempre la puerta trancada para impedir que pudiera salir a la calle. Pero cuando a la mañana siguiente, después de proceder a su acostumbrado ritual de acicalamiento, puso su mirada de alucinada sobre Nievinas para preguntarle: «¿cómo estoy?» y su ama de llaves la contestó, como lo hacía siempre: «está usted muy guapa, señora», Aurelia Rabadán se echó por los hombros el abrigo de armiño, se dirigió a la salida, y después de comprobar al girar la manilla que la puerta no se abría, armó tal escandalera, chilló tanto, salieron de su boca tantas malas palabras que había tenido retenidas en el corazón desde siempre, y despotricó tanto contra todo y contra todos, en especial contra su ama de llaves que, aturdida por tanto chillido y tanto juramento, Nievinas tomó la determinación de abrirle la puerta para que fuera don Laurindo el que se enfrentase a los improperios que salían de la boca de su señora.

Tal vez, y dejando a un lado cualquier cuestión sentimental, lo más fácil para él hubiera sido incapacitarla legalmente, pero a don Laurindo le faltó corazón para promover esa medida. A pesar de ser consciente de que su ahijada comenzaba a ser objeto de las burlas y rechiflas de la mayoría de los vecinos del pueblo, la amaba demasiado para impulsar cualquier solución que a ella le pudiera causar dolor. Así que tomó la determinación de que, mientras le quedaran arrestos, seguiría luchando con todos los recursos a su alcance para defender sus intereses con la misma vehemencia con la que los había defendido hasta entonces. Se trataba de una simple cuestión de lealtad y agradecimiento, de pura coherencia con sus principios. Por eso prefirió verla sentada en su banco de la plaza del Charango, aunque ello le llevara sin remisión a padecer el escarnio público al que era seguro la iban a someter, que confinarla en un establecimiento psiquiátrico, pues pensó, y no sin razón, que ya había estado bastante tiempo enclaustrada sin motivo, para encerrarla a pesar de que desde hacía tiempo sí había motivo para ello. Y aunque, desde que surgió el conflicto de la ruptura, no había sido capaz de hilvanar una conversación coherente con ella, sabía que, a su modo, era feliz.

Desde luego don Laurindo pensaba que sí lo era, pues mantenía la teoría promovida por los escépticos de que embrutecernos para evadirnos de todo aquello que nos mortifica, es la única manera honesta que tenemos los humanos para ser felices. Había sido testigo, día tras día, durante las meditaciones absortas en los atardeceres perdidos tras la atalaya privilegiada del ventanal de su casa, del paulatino deterioro tanto físico como psíquico en el que fue decayendo su ahijada mientras permanecía sentada en su banco de la plaza del Charango, y había pensado muchas veces, con un pálpito de conmiseración en el alma, que se estaba aislado de todo lo que ocurría a su alrededor y, por lo tanto, también de todas sus tribulaciones.

La única reacción que pudo observar en ella que podía acreditar su condición humana, ocurrió un martes de aquel mismo mes de agosto cuando un sol de cobre asfixiaba el aire del mediodía, y apareció por el mercado una pareja de gitanos jóvenes. Ella con falda de volantes, y él descalzo y con sombrero cordobés, con dos niños astrosos que no dejaban de llorar, un galgo corredor, una cabra famélica y un tití que tan solo ellos podían saber de dónde lo habían sacado. De pronto, el hombre afianzó los pies descalzos en el centro de la plaza como si fuera a enraizarlos en el suelo, e hizo sonar su trompeta dorada de notas estridentes. Al oír la trompeta, la cabra, en un reflejo aprendido, se subió a una silla que el gitano había dejado en medio de la plaza, y entonces la mujer, con las manos puestas a ambos lados de la boca, chilló con toda la fuerza que le permitían los pulmones:

—¡Más difícil todavía, la cabra en lo alto de la silla!

Y el mono comenzó a hacer volatines, y en uno de ellos fue a caer sobre el regazo de Aurelia Rabadán que lo miró sorprendida con una sonrisa tenue de agradecimiento. Luego cogió al tití con ambas manos y le dio un beso en la cabeza, momento que aprovechó el mono para zafarse de la sujeción y, en tres saltos, alcanzó el hombro del gitano. En ese momento, entre las rechiflas de la concurrencia, Aurelia Rabadán pensó en José Ignacio Palacios, pero lo hizo a salvo de cualquier riesgo de nostalgia y sin acordarse, tan siquiera, de su nombre.

El tiempo transcurría, y Aurelia Rabadán no daba muestras de tener intención alguna de cejar en su costumbre de permanecer todo el santo día sentada en el banco de enfrente de la carnicería Palacios. Al contrario, a

medida de que iban pasando los meses se hacía más evidente el carácter inmutable de esa costumbre. Tanto fue así que en todos los pueblos del contorno, incluso en la misma capital de la provincia, comenzó a ser conocida como la Reina del Charango, y llegó a ser tan famosa que mucha gente, aprovechando los días de mercado, se acercaba hasta el pueblo para conocerla y comprobar, en primera persona, la verdad sobre lo que se comentaba de la estrafalaria millonaria que, por amor, se pasaba la vida sentada en un banco.

Sin embargo a Anuncia esta costumbre no le hacía tanta gracia. Afectada por la presunta pérdida económica y de poder que supuso la anulación de la boda, a la madre de José Ignacio Palacios le producía un gran malestar ver a toda hora a la exnovia de su hijo sentada enfrente de la carnicería. Al principio lo aceptó suponiendo que se trataba de una rabieta tan lógica como pasajera vestida con tintes reivindicativos que consideraba legítima, ya que parecía evidente que el ofensor era su hijo y, de alguna manera que iba en contra de sus propios intereses, se solidarizaba con aquella forma de protesta pues, a pesar de los pesares, no dejaba de darle lástima la situación en la que había quedado. Pero pasaban los meses y Aurelia Rabadán no deponía su actitud, y la gente comenzaba a murmurar, y en el pueblo se iban alzando voces recriminando el proceder de su hijo, hasta que llegó un momento en el que pareció que todo el mundo tomaba partido en contra de la decisión que tomó José Ignacio de dejar plantada a su novia después de lo que había ocurrido entre ambos. Así que, atormentada por las habladurías de la gente y por el resquemor que le causaba el sentirse, en buena medida, culpable de lo acontecido, decidió poner fin a aquella situación que había terminado por enojarla. De modo que un mediodía, antes de servir la comida, le conminó a su marido para que hiciera todo lo que fuese necesario con el objetivo de que las autoridades del pueblo quitaran a aquella mujer del banco de enfrente de su carnicería:

—Esto no puede seguir así —le dijo con el mismo tono imperativo que llevaba usando para dirigirse a él desde el día de su boda—, en el pueblo no se habla de otra cosa. Tomó una bocanada de aire que ardía, y continuó—: Estamos siendo la comidilla en cualquier conversación, así que no te queda más remedio que solucionar este problema, y tienes que solucionarlo ya.

Durante toda una vida en común, Fidencio Palacios no había puesto en cuestión ninguna de las decisiones que había tomado su mujer, y a pesar de que era partidario de no intervenir y dejar que las cosas siguieran su curso, cedió a sus pretensiones, y esa misma tarde fue a visitar a su amigo Francisco Espinosa.

Encontró al alcalde a las puertas del ayuntamiento hablando con dos sujetos que él identificó de inmediato como estraperlistas, y no se sorprendió de ello porque sabía, como lo sabía todo el mundo, que Francisco Espinosa se dedicaba de forma subrepticia al estraperlo, de la misma manera que lo hacían la mayoría de los habitantes del pueblo.

Cuando el alcalde (al que llamaban el Estreñido porque, para advertir a los que incumplían alguna ordenanza municipal, lo hacía con una frase que terminó por quedarse en el imaginario popular con aires de bolero: «yo obro poco —decía amenazante— pero cuando obro, obro duro») advirtió la llegada de Fidencio Palacios, se despidió de forma apresurada de los estraperlistas, y se encaminó hacia su amigo con una sonrisa que no le cabía en la boca.

—Cuánto bueno hoy por aquí —dijo mientras le extendía la mano usando la misma afectación de su hijo—. ¿Qué es lo que ocurre para que hayas tenido la amabilidad de visitar a éste, tu humilde servidor?

Después de estrecharle la mano, Fidencio Palacios le hizo notar que estaban en mitad de la calle. Entonces el alcalde lo cogió del brazo y, haciendo una leve reverencia mientras extendía la mano izquierda hacia delante, le cedió el paso.

—Adelante —dijo— no tengo que decirte que este modesto consistorio es también tu casa. Y siguió conduciéndolo agarrado del brazo hasta su despacho. Ya sentados, Fidencio Palacios hizo un breve resumen de las inquietudes de su mujer con relación a la costumbre de Aurelia Rabadán de estar sentada, todo el día, enfrente de su carnicería. El alcalde se rascó la cabeza antes de afirmar:

—Grave afrenta, sí señor, estáis en vuestro perfecto derecho, y es lógica vuestra preocupación, pero me temo que este pobre alcalde, en su insignificante tarea, tiene las manos atadas para poder obrar al objeto de

libraros de tan seria ignominia —se enderezó las puntas del bigote con el índice y el pulgar de la mano derecha y continuó—: Además, estoy en la obligación de recordarte que esa señorita tiene altas y fuertes aldabas, no hay que olvidarse que don Laurindo Estébanez es sobrino del mismísimo Gobernador Civil, por lo que estamos a merced de lo que dice la Ley para actuar en su contra.

Hizo un paréntesis para volverse a atusar el bigote, y prosiguió:

—Pero aún tenemos un inconveniente mayor —dijo— y es que desde un punto de vista legal estamos atados de pies y manos pues, como bien sabes ya que eres una persona inteligente y culta, la vía pública, como su propio nombre indica, es de todos, y a nadie se le puede conculcar el derecho a sentarse tanto tiempo como estime conveniente en un banco propiedad del municipio.

Fidencio Palacios, que conocía de sobra los circunloquios que usaba el Estreñido para no comprometerse, trató de protestar, pero el alcalde era lo bastante débil y lo suficientemente astuto como para involucrarse en una decisión que pudiera perjudicarle. Así que, con un ademán muy leve, casi imperceptible de la mano, cortó en seco la queja del carnicero:

—A veces la vida nos convida a saborear tragos muy amargos —dijo—. Nos acosa con situaciones desagradables e injustas, pero nosotros resistimos como atlantes todas sus acometidas, somos fuertes y, sin ninguna duda, ganaremos la batalla final. —Hizo un receso para tomar aliento—. Además, continuó, no te olvides de que estamos en el buen tiempo, ¿tú crees que cuando llegue el invierno, va a ser capaz de continuar con su cabezonería? No, amigo mío, no. Ten por cierto que cuando las primeras heladas del otoño tengan a bien visitarnos, esa mujer, al verse arrecida por el frío y con la sangre congelada, depondrá su actitud y todos quedaremos en paz.

Sobre eso, como sobre otras muchas cosas a lo largo de su vida, el alcalde hizo un juicio que estaba a medio camino entre lo irreflexivo y la equivocación. Aunque en su descargo, y no sin cierta benevolencia, se le podía aplicar la atenuante de desconocer el carácter obstinado de Aurelia Rabadán, y su dominio de ánimo que la ponía a salvo de cualquier circunstancia ajena a su voluntad, ya fuera física o mental. Y erró de tal

manera al vaticinar que más pronto que tarde desistiría en su actitud, que le faltó vida para poder comprobar el tamaño de su equivocación pues, hasta el día de su muerte, la Reina del Charango no faltó ni un solo día a la cita con su banco, y esto sucedió veintidós años después de que él falleciera.

Cuando Fidencio Palacios salió por las puertas del Ayuntamiento con las manos vacías de resultados favorables a las pretensiones de Anuncia, su único empeño era encontrar una disculpa razonable que le pudiera servir de pretexto ante los reproches a los que le iba a someter, con toda seguridad, su mujer.

Esto sucedió siete meses antes de producirse un acontecimiento que propició un cambio radical en la percepción de las cosas para los habitantes del pueblo. Y es que José Ignacio Palacios anunció a bombo y platillo su próximo enlace con María de Deus Gomes que, por esperado, no dejó indiferente a nadie, pues no habían comenzado a correr las amonestaciones cuando estalló una encarnizada discrepancia, a veces más maliciosa que caritativa, entre detractores y partidarios de la elección del lugar y fecha para celebrar la boda. No fueron pocos los que, conmovidos por la tragedia de la que ya era conocida como la Reina del Charango, no llegaban a entender del todo el empecinamiento de José Ignacio Palacios cuando eligió la iglesia del pueblo para contraer matrimonio en lugar de tener, al menos, la decencia de ir a casarse al pueblo de la novia. Tampoco entendían que hubiera hecho coincidir la fecha del enlace, aunque fuera un año después, con el día que había señalado para casarse con Aurelia Rabadán. Sin embargo, había otros muchos vecinos que aprobaban esta decisión con el argumento de que cada cual es libre de casarse dónde y cuándo le dé la gana.

Así que la controversia fue discurriendo a través del tiempo sin que ninguna de las dos posturas saliera ganadora, hasta que llegó la víspera del primer domingo de mayo, y el pueblo se vistió con sus mejores galas. Fue por aquellos años cuando se puso de moda dejar los jardines de las casas sin las mejores flores de la primavera para decorar la iglesia y engalanar los balcones en las vísperas del Día de la Flor. También fue por aquellos tiempos cuando comenzaron las gentes de posibles —aunque no fueran de las más acaudaladas— a celebrar el banquete de bodas fuera de su propia casa, y los negocios de la familia Palacios eran lo suficientemente lucrativos como para poder permitirse una boda de ruido, y eligieron la pensión del Rey Mauregato para agasajar a sus invitados, algunos de ellos muy significados en la política provincial.

La Pensión del Rey Mauregato, regentada aún por el viejo Eligio

Benavides contaba, en la parte trasera, con un patio muy parecido a los que son típicos en Andalucía que hacía un par de hanegadas, y que estaba protegido del sol de mediodía por tres docenas de castaños centenarios. Apenas una semana atrás habían raseado el suelo con cemento y también habían encalado las paredes. El primer dueño de la pensión construyó, muchos años atrás, una gran fuente de sillarejo en el centro geométrico del patio, y Eligio Benavides había mandado colocar en el pilón central un angelote de alabastro que parecía trepar a lo más alto para apretar con las dos manos el cuello de un cisne y así hacerle vomitar un chorro de agua fresca. Además de las hortensias de mayo, los rosales, las lilas y los jazmineros enraizados al pie de los muros, habían puesto maceteros por todas partes con una suerte de flores exóticas que era la primera vez que se veían en el pueblo. Todo se había previsto con el tiempo y la diligencia conveniente para que al convite no le faltara de nada, pues Anuncia había puesto todo su empeño para que la celebración nupcial se convirtiera en el acontecimiento social del año en el ámbito de la comarca.

De haber tenido la facultad de elegir el día en términos climatológicos, no podían haberlo hecho con más acierto, pues resultó un amanecer radiante y el pueblo, adornado por el alborozo de plata y oro de un sol grande, parecía otro que hubiera ocupado el sitio del pueblo de siempre, pues la aurora producía una progresiva mutación cromática que distorsionaba la concepción de las calles, de las casas, de los balcones atestados con las flores que habían arrancado de los jardines la tarde anterior. Todo parecía distinto bajo el sol de la aurora y, en la torre de la iglesia, las campanas no dejaban de emitir aquella pequeña eternidad de toques alegres que se mezclaban con los pasacalles de una banda de vientos y percusiones de hasta veinte músicos que había contratado Felipe Palacios el Pachón en la capital. Mientras, en la explanada del ayuntamiento, acicalaban desde primera hora la calesa del alcalde que era la que iba a conducir a la novia hasta la iglesia. Los preámbulos de la boda eran tan evidentes que, a pesar de que la ceremonia religiosa estaba programada para el mediodía, si alguien que no tuviera noticias de ella hubiera llegado a primera hora, no le hubiera quedado duda de que además de celebrar sus fiestas patronales, aquel día el pueblo se estaba preparando para vivir un acontecimiento especial.

Cuando se difundió la noticia de que José Ignacio Palacios se iba a

casar, don Laurindo dio órdenes tajantes para que todos en la casa solariega mantuvieran la prudencia de no hacer comentario alguno sobre la boda, con la advertencia explícita de someter a un severo castigo a aquel que cometiera la indiscreción de hablar más de la cuenta, pero lo hizo con un palpito de preocupación por la dificultad que entrañaba poner sordina a un rumor de tanta relevancia en un pueblo donde las noticias más que correr, volaban. De todas formas Aurelia Rabadán no se enteró de que su exnovio iba a contraer matrimonio hasta la víspera del Día de la Flor, y si lo hizo no fue debido a la imprudencia de un componente de la casa, sino a través de una conversación casual entre dos desconocidos que comentaban a gritos, entre trago y trago y de pie a las puertas de la fonda de la Zamorana, los pormenores del enlace matrimonial, que ella atrapó al vuelo mientras permanecía sentada, como acostumbraba, en su banco de la plaza del Charango. Aurelia Rabadán escuchó la plática de aquellos dos hombres con el corazón encogido, intentando desentrañar el significado de cada frase a pesar que desde la primera ya intuyó el contenido completo de la conversación.

Durante las innumerables horas muertas que permaneció sentada en su banco, día tras día, semana tras semana, se había concentrado en prefigurar aquel momento hasta en los aspectos más irrelevantes. Por eso, cuando comprendió el alcance real de la conversación de aquellos dos hombres, su primer impulso fue maldecir al que la había conducido al estado de calamidad en el que se encontraba y, a pesar de que la tarde estaba en calma, el aire era límpido y el mundo se encontraba en su sitio, su cara reflejaba el mismo estado de terror de alguien que hubiera regresado de muy lejos y de muchos siglos atrás. Lo que quedaba de tarde lo pasó pensando en su desgracia con los ojos clavados en el cielo casi azul, tan solo manchado por algunas nubes blancas, hasta que los cencerros de un rebaño de vacas que pasó hacia el establo le hicieron recordar que había estado esperando aquel momento como nadie hubiera podido esperar nada en este mundo, y se levantó de su banco decidida a tomar las medidas necesarias para saldar una cuenta que tenía pendiente dentro de su alma, y para entonces sabía muy bien que no descansaría hasta que esa cuenta estuviera liquidada.

Así que en vez de quedarse en su banco hasta que la noche cayera sobre el pueblo, como era su costumbre, se dejó arrastrar por la impaciencia y regresó a la casa con el aliento agitado y con los pasos cortos, como

negándose a afrontar su destino. Nievinas no pudo por menos que alarmarse cuando le abrió la puerta, pues su cara presentaba el mismo color y el mismo brillo de parafina que tienen los muertos y, a pesar del evidente esfuerzo que estaba haciendo por impedirlo, sus ojos reflejaban el fragor del zafarrancho de combate que tenía establecido en las entrañas.

Cenó en la cocina, de pie y pinchando algo con el tenedor directamente de la sartén, pues no le quedaba paciencia para seguir el ritual de la cena en la mesa grande del comedor y, tan pronto como subió a la habitación, le ordenó a Nievinas que le echara tres mantas en la cama. Aquella orden era tan opuesta a su costumbre, en tiempos de primavera, de dormir encima de la colcha y sin arroparse, que el ama de llaves quiso asegurarse de que no se trataba de un error. No era tal: a pesar del calor que transmitía el bochorno del atardecer, en aquellos momentos necesitaba paliar con urgencia los escalofríos que le recorrían, inmisericordes, por todo el cuerpo.

Intentando coger el sueño se acordó del día en el que conoció a José Ignacio Palacios, se acordó sobre todo de la conmoción que sintió la primera vez que lo vio. También se acordó de su primer beso en el pajar y la impresión devastadora al sentir que se abría la tierra debajo de sus pies, se acordó de los besos robados al amparo del anonimato en las callejuelas del casco antiguo de León, de los tantos amores trepidantes que parecían no encontrar fin en cualquier rincón de la casa solariega, y lloró de rabia contra todo y contra todos al sentirse desposeída de lo único que había amado en este mundo, y cuando parecía que había comenzado a coger el sueño, lloró porque todo lo que le recordaba a José Ignacio Palacios le azuzaba el llanto, y fue justo entonces cuando tomó la decisión irrevocable de quitarse la vida si no era capaz de impedir aquella boda.

Se durmió de agotamiento, pero soñando que estaba despierta entre presagios de mal augurio, y se vio a sí misma, tal como lo había planeado, en el centro de la puerta de la iglesia interrumpiendo el paso de los novios, y le rogó a Dios en sueños que le mandara la muerte para no verse en la necesidad de llegar a ese extremo. En realidad pasó una noche de agonía, vomitando amargura, muriéndose de desesperación, y cuando se despertó a las cuatro de la mañana con un sudor frío corriéndole por la espalda, tuvo la certeza de que algo trágico iba a ocurrir, y hasta que se levantó de la cama tiritando de miedo,

no pudo dejar de visionar en su imaginación, secuencia por secuencia, el momento en el que se iba a poner enfrente de los novios para impedirles el paso a la iglesia. Cuando terminó de desayunar, reclamó los servicios de Nievinas para que le ayudara a asearse.

Al principio Nievinas se limitaba a colocar las cosas de aseo en la repisa de la bañera y le ayudaba a secarse tras el baño, pero desde hacía un par de meses la aseaba por completo cada mañana, pues no se defendía por sí sola y, después de bañarla y secarla como si se tratara de su propia hija, le ayudaba a vestirse. Primero le ponía la ropa interior con la ternura con la que se viste a un recién nacido, y le seguía poniendo prenda por prenda con el mismo mimo hasta dejarla vestida de arriba abajo. Y de tanto estar a su lado, terminó por acostumbrarse a su carácter huraño, que se agudizaba a medida que pasaba el tiempo, a la introversión que comenzó a cultivar a partir del momento en que el carnicero le anunció que se iba a casar con otra mujer, a su dificultad para comunicarse, a su humor sombrío, pero aquella mañana la encontró, si cabe, más encerrada en su mundo interior. Así que cuando, después de haberse pintado de carnaval y enjoyado hasta las pestañas, la preguntó: «¿cómo estoy» Nievinas no pudo evitar un estremecimiento al llegar a la conclusión, con un palpito de amargura en el corazón, que su señora había sucumbido definitivamente a la degradación absoluta, y se acordó, en un impulso que tenía más de pesadumbre que de nostalgia, del día en el que entró a servir en la casa solariega.

Se acordó de que por aquella época era muy joven, y que doña Elvira la había elegido de entre las otras candidatas por sus ademanes despiertos y el compromiso con el que afrontaba el trabajo. Quizá fue ese sentido de la responsabilidad el que, tras constatar el deterioro mental en el que había caído su señora, la impulsó un día más a cuestionarse la conveniencia de aquel ritual que siempre lo contempló como una costumbre perniciosa, pero terminó por rendirse a los encantos de la rutina, y no tuvo arrestos para sustraerse a la fascinación que le producía repetir la misma frase que venía repitiendo todos los días, pero esta vez con nudo de tristeza en la garganta que apenas le permitía respirar: ««Está usted muy guapa, señora»». Entonces pareció que en los ojos de Aurelia Rabadán se instalaba un rayito de luz, pero cuando se puso en pie para enfrentarse al destino, su mirada adquirió el mismo fulgor de pánico que si hubiera visto un fantasma.

Como venía siendo costumbre en el pueblo desde tiempos inmemorables en la víspera del Día de la Flor, la tarde anterior los quintos habían llenado las calles de guirnaldas con banderitas rojigualdas atándolas en los balcones para cruzarlas de casa a casa, y aquella mañana una brisa suave las balanceaba al ritmo de la música que lanzaba al aire la banda que había contratado el Pachón. En la plaza del Charango había cabezudos que hostigaban a los viandantes con zurriagos de broma, había músicas de guitarra en las esquinas, cohetes y redobles de campanas. Algunos festeros, al amparo de un sol grande y anaranjado que asomaba la cabeza sobre los otros, preparaban la cucaña bien untada de manteca de cerdo, otros marcaban con yeso el circuito de la carrera del mazapán y el recinto donde se iban a disputar las aluches, y a pesar de que el amanecer era de abrigo, el cielo casi turquesa parecía querer llenar el pueblo de paz y buenas sensaciones. Tratando de inhibirse del ambiente que trasmitía el bullicio de la fiesta, Aurelia Rabadán había tomado la precaución de ponerse unas hilas de algodón en los oídos, pero resultó un esfuerzo inútil porque el estruendo de la bullanga sin ley de la noche anterior que se había diseminado en varios grupos, parecía no tener fin. Apenas habían dado las diez, y la plaza del Charango comenzaba a llenarse de muchachas que se mostraban lo mejor que podían dentro de sus ropas de domingo, y se confundían, adrede, con la jarana que habían organizado los Lecheros y con los invitados a la boda que venían de otras localidades en tren, y que salían como vomitados por las puertas de las dos estaciones.

En la soledad de su banco, Aurelia Rabadán vivía el bullicio trepidante de la fiesta como en una pesadilla y, mientras el resto del pueblo, novios, padrinos, familiares y demás invitados disfrutaban del jolgorio que trasmitían los preparativos de la boda, a ella los pasacalles solamente le producían aflicción, los toques de campana, que se prolongaban más allá del horizonte, le sonaban en lo más profundo del corazón a congoja y tristeza, el rojo amanecer se le antojaba heraldo de desgracias, la tibia fragancia de las flores se le asemejaba a los eructos pestilentes que regurgitaba el vertedero municipal, y una nube negra, que vino desde el norte, enlutó su alma como si la noche la envolviera con su oscuridad y, sin venir a cuento, con la pechera del armiño bañada en lágrimas, comenzó a tararear el réquiem de Mozart, pues lo único que sentía su alma en aquellos momentos era una inmensa necesidad de morir. En esa fatalidad andaba sumergida cuando en la plaza resonaron las once campanadas del reloj de la estación de la RENFE y, al levantar la vista,

se sintió conmocionada por una sacudida de terror que le desgarró las entrañas. Frente a ella, apenas visibles por la luz del sol contra los ojos, salían del portal los componentes de la familia Palacios al completo.

Así era. En aquellos momentos, y cogido del brazo de su madre que vestía de manola con peineta y mantilla, José Ignacio Palacios se aventuraba ante el sol de la mañana envuelto en un flamante traje azul marino que resaltaba, más si cabe, la blancura de su piel y, cuando Aurelia Rabadán lo vio tan alto, tan guapo, tan elegante y tan seguro de sí mismo, creyó que se la escapaba el alma. En los tiempos en los que aún formaban pareja, a ella le gustaba decir que su novio era el hombre más guapo de toda la provincia pero, aquella mañana, además de atractivo lo sintió arrebatador. Fue en ese momento cuando los celos, que habían permanecido larvados desde los tiempos de la ruptura, la asestaron el golpe definitivo, y se sintió la mujer más desgraciada del mundo.

Poco después, mientras lo veía partir hacia la iglesia envuelto en una extraña aura de conquistador, sintió en las sienes el martilleo del ultraje al que estaba siendo sometida, y no pudo soportar por más tiempo la inclemencia de la realidad. Así que hundió la barbilla en el pecho para que nadie la pudiera ver, y rompió a llorar en la soledad de su banco. Pasó mucho tiempo llorando, tanto, que al levantar la vista pudo comprobar que el sol estaba a punto de colocarse en vertical sobre la torre de la iglesia, lo que la llevó a deducir que los novios estaban a punto de llegar al templo.

Durante las eternas meditaciones en su banco, y sin el menor sentido de la realidad, había planeado se forma minuciosa todos y cada uno de los pasos que debía dar para impedir aquella boda, y estaba segura de que, llegado el momento, hallaría la fórmula para llevar a cabo sus planes, pero ese momento había llegado, y no encontraba la determinación necesaria para ponerlos en práctica. Sin embargo, se levantó del banco temblando de miedo, se alisó el abrigo con las manos, se secó los ojos humedecidos por el llanto, se ajustó la pámela que parecía escapársele de la cabeza impulsada por la brisa, y comenzó a andar con dirección a la iglesia. Llegó tarde, y se encontró ante un barullo de carruajes en la plaza de la Iglesia con los caballos aún enganchados y frente a una muchedumbre formada por los curiosos que no cabían en el templo taponando la puerta. Sin embargo logró abrirse paso entre el gentío

justo en el momento en el que don Jesús María procedía a cantar el sanctus. No lo consideró un obstáculo, cruzó la puerta con una decisión impropia de su carácter, tomó el agua bendita de la pila bautismal, se santiguó de la misma forma en la que lo había hecho a lo largo de su vida y se encaminó hacia el altar con paso firme y resuelto. Al llegar al presbiterio hizo una ligera genuflexión, se dio la vuelta dándole la espalda al sacerdote, se quedó con la vista fija en los reclinatorios donde se arrodillaban los novios y, ante la mirada atónita de los asistentes que se preguntaban hacia donde podía derivar aquella nueva locura, con la voz clara, la cabeza erguida y apuntando con el índice hacia María de Deus Gomes, dijo:

—Ese hombre es mío, y no voy a consentir que se case con otra mujer.

A pesar de que sus palabras sonaban como un lamento, la forma en que las dijo transmitía firmeza y obstinación. Y entonces ocurrió: convencido desde siempre de pertenecer al selecto club de las fuerzas vivas del pueblo, que habían asumido de forma definitiva su presunta inmunidad al rigor de la justicia, Felipe Palacios el Pachón se levantó de su reclinatorio en la primera fila de los bancos y, en un visto y no visto y con el semblante demudado por la ira, se puso enfrente de Aurelia Rabadán, y le echó un escupitajo en la cara.

—Nos tienes a todos hasta los mismísimos —gritó mientras la cogía por el brazo y la zarandeaba como si fuera un muñeco de trapo.

Ante la pasividad de los concurrentes que no fueron capaces de levantar ni una ceja de misericordia ante la tropelía que estaba perpetrando el Pachón, tuvo que ser don Jesús María el que le afeara su falta de caridad cristiana:

—¿Qué es lo que estás haciendo? —le reprochó desde el altar—. No creo que sea necesario recordarte que esta es la casa del Señor. Bajó hasta ellos con la solemnidad propia de su ministerio y con un punto de resentimiento en la mirada.

—¿A qué viene tanta violencia?, —prosiguió— sabes de sobra que doña Aurelia no está bien, y tu actitud, además de no ser cristiana, ofende la dignidad humana.

Luego interpuso su menudo cuerpo entre ambos y, señalando con el índice hacia la puerta, concluyó:

—Sal inmediatamente de mi iglesia.

Pero el Pachón no se limitó tan solo a eludir la autoridad del sacerdote sino que, después de quitárselo de encima de un manotazo, descargó sobre Aurelia Rabadán todo el rencor acumulado durante demasiado tiempo por no haber podido impedir el acoso que, según él, había ejercido contra su sobrino. La derribó contra el suelo de un empujón, y encabritado como estaba por aquel torrente incontenible de crueldad que le brotaba de la parte más profunda de su trastorno psicopático, comenzó a darle patadas por todo el cuerpo hasta que el anciano sacerdote, ayudado por algunos invitados que corrieron hasta el presbiterio asustados más por las consecuencias que aquella acción le pudieran acarrear al Pachón que por las lesiones que le estaba provocando a Aurelia Rabadán, logró apaciguarlo sujetándolo por los brazos.

Tan pronto como la noticia llegó a los oídos de don Laurindo, que había declinado la invitación para asistir a la boda y se encontraba en el salón de su casa repasando la prensa, y vestido como estaba con la ropa de andar por casa, salió desencajado en busca del personal de la casa solariega. Las órdenes fueron tajantes: Todos los que estuvieran en la casa debían salir corriendo hacia la iglesia, y todos debían esperar a que él llegara, y nadie debía actuar por su cuenta, y después de sacar el Hispano-Suiza del cobertizo, salió como un tiro con dirección a la iglesia. Iba desenfrenado, rumiando en voz alta todo lo que pensaba que debía hacer al encontrarse cara a cara con aquel desalmado, pero al llegar encontró a su ahijada echada boca arriba en un banco del atrio rodeada por varias mujeres del pueblo que la estaban atendiendo. Estaba consciente y, a pesar de que tenía la cara ensangrentada, su estado general era mejor de lo que él temía.

—Tiene alguna magulladura por el cuerpo —dijo una de las mujeres.

Cuando llegaron los criados, que iban a la carrera, les ordenó que trasladaran a la señora hasta el automóvil y que tuvieran mucho tacto al dejarla tendida en los asientos traseros para no hacerle daño. Cuando terminaron les hizo una seña para que le siguieran, y se dirigió hacia la entrada de la iglesia, justo en el momento que don Jesús María, visiblemente ofuscado,

les daba la bendición a los novios. Todos los asistentes miraron hacia atrás cuando oyeron el estrépito que hizo la puerta al abrirse y, al descubrir la figura de don Laurindo en la entrada, el teniente de la Guardia Civil, que era uno de los invitados, salió de su banco y se dirigió hacia él.

—Están acabando los oficios —le dijo— háganos el favor de esperar fuera hasta que terminen, y luego hablamos.

Don Laurindo negó con la cabeza.

—No tenemos nada de qué hablar —dijo sin poder disimular su irritación— tan solo quiero decirle a ese —y apuntó con el índice hacia el Pachón mientras lo miraba con los ojos inyectados de odio— que hasta ahora se ha librado de pagar por todas las tropelías que ha cometido a la largo de su infame vida, pero esta vez no lo va a salvar ni el *Sursum corda*. Luego se dio la vuelta hasta ponerse enfrente del teniente de la Guardia Civil, y le dijo en tono amenazante:

—Tenga por seguro, que hoy se les va a atragantar el banquete de bodas.

Dejó a su ahijada en la cama al cuidado de Nievinas.

—Atiéndela mientras vuelvo con un médico —le ordenó. Y salió a la carrera de la casa solariega.

Después, y sin cambiarse de ropa, se subió al automóvil, lo arrancó, y se lanzó a toda velocidad con dirección a León. Mientras conducía hacia la capital de la provincia hizo examen de conciencia: nunca había pedido un favor al hermano de su madre. Desde luego que en más de una ocasión le había sobrevenido la tentación de recurrir a él para cortar de raíz ciertas irregularidades y algunos abusos que el alcalde y su camarilla perpetraban con absoluta impunidad en el pueblo, pero siempre desistió de este propósito al considerar inmoral usar su influencia para resolver asuntos personales. Sin embargo, en aquellos momentos no fue capaz de dominar la rabia que le estaba corroyendo el corazón, y tomó la determinación de ir a hablar con su tío el gobernador civil.

Cuando llegó el sargento la banda contratada por Felipe Palacios el Pachón se arrancaba con un pasodoble que estaba de moda por aquella época: *el Gato Montés*, y en el enorme patio de la fonda del Rey Mauregato todo era alegría y jolgorio. El sargento les hizo una señal a los dos guardias de la escolta para que esperaran en la entrada, y se fue directo hacia el teniente (comandante de puesto y jefe de línea) de la Guardia Civil, que en aquellos momentos se encontraba bailando con su señora frente a la tarima de los músicos. El sargento se cuadró marcialmente llevándose la mano derecha extendida al lateral del tricornio antes de comunicarle el motivo por el que se había atrevido a interrumpirlo:

—A sus órdenes mí teniente —dijo—. Ha llegado un telegrama del Gobierno Civil.

El teniente señaló con la barbilla hacia el Pachón con la íntima esperanza de que el telegrama no tuviera relación con el desasosiego que le había perseguido todo el día tras la amenaza que había vertido don Laurindo antes de salir de la iglesia, pero el sargento confirmó sus temores con un gesto afirmativo de la cabeza. Entonces el teniente acompañó a su mujer hasta el lugar que ocupaban en la mesa, y le dijo al oído:

—Espérame un momento, enseguida vuelvo.

En realidad no tenía ninguna obligación, pero en lugar de inhibirse dejando que fueran los guardias los que arrestaran al Pachón, optó por sacarle

personalmente del convite para evitarle a la familia Palacios el mal trago que suponía ver a su pariente saliendo detenido de la fiesta.

La orden telegráfica que llegó del Gobierno Civil era tajante y no dejaba resquicio alguno para la interpretación: «Arresten a la mayor brevedad posible al individuo con domicilio en esa población y que atiende al nombre de Felipe Palacios, alias el Pachón, stop. Trasládenlo en calidad de detenido y con grilletes a la comisaría de León, stop».

Un fiscal con fama bien ganada de perro de presa, y que había sido aleccionado debidamente, hizo un alegato de culpabilidad tan bien razonado y concluyente en contra de Felipe Palacios, que al Juez no le quedó otro remedio que condenarlo a cinco años y un día de Prisión Mayor al considerarle reo de un delito de agresión y lesiones graves con las agravantes de alevosía y ensañamiento. Condena que debía empezar a cumplir en la penitenciaría de León justo después de dictarse la sentencia.

Tras de la guerra, las cárceles españolas se convirtieron en verdaderos centros de martirio, sin condiciones sanitarias ni estructuras higiénicas adecuadas donde los reclusos, además de la salud, perdían la poca dignidad con la que entraban. A sus cincuenta y cinco años Felipe Palacios se jactaba de tener una salud de hierro, y hasta su ingreso en prisión se había sentido como una especie de superhombre inmune a cualquier tipo de dolencia, y concebía las enfermedades como una desgracia que tan solo les ocurría a los demás, y tuvo que ser la cárcel de León la que lo mandara de un solo golpe contra la realidad de su condición humana, pues contrajo una pulmonía galopante cuando apenas había pasado un año de su internamiento que, con el tiempo, vino a derivar en una tuberculosis pulmonar severa. Pero no fue hasta algunos meses después de haber cumplido la condena, cuando se le declaró aquel cuadro de expectoraciones verdosas mezcladas con coágulos de sangre y continuos fallos en la respiración que, tras una tormentosa agonía, se lo llevó de este mundo con sus rencores de siempre en carne viva, maldiciendo a todo y a todos, y sin consentir que don Jesús María le administrara los santos sacramentos ni la bendición apostólica, justo en la madrugada del día de Todos los Santos.

Mucho tiempo atrás, don Trinitario Franganillo, el anterior médico del pueblo, después de una visita profesional a la casucha donde vivía el

matrimonio formado por Manuel el Guardagujas y Remedios la Tonta para tratar de una afección pulmonar a Trini, que era la hija mayor del matrimonio y que por aquel entonces contaba con doce primaveras, les advirtió de que debían tener la precaución, cuando sintieran a los grajos realizando sus vuelos a menor altura de lo que era habitual, de abrigar bien a sus hijas y no dejarlas salir a la calle, ya que estas aves tenían por costumbre hacer vuelos rasantes huyendo del frío de las capas más altas de la atmósfera, por lo que en esos días aumentaba la posibilidad de que las personas que padecían enfermedades afectas al sistema respiratorio sufrieran una recaída grave. Sobre esta teoría el médico había elaborado todo un tratado que se basaba en una minuciosa estadística que llevó a cabo a lo largo de su dilatada vida profesional. «Así que cuando el grajo vuela bajo, había concluido el doctor, es muy probable que haya muerto alguien en el pueblo o esté a punto de hacerlo».

Remedios la Tonta asumió esta teoría del antiguo médico, que se cimentaba más en una suerte de especulaciones sin fundamento que en cualquier tipo de investigación científica, a título de dogma, y siempre que se encontraba con un córvido volando más bajo de lo acostumbrado, se echaba por encima de los hombros, a forma de poncho, una vieja manta a la que le había practicado un agujero en el centro por donde metía la cabeza, y se acercaba hasta la plaza del Charango a preguntar si, por una casualidad, había fallecido alguien en el pueblo. Por eso, cuando aquel uno de noviembre vio a los grajos volando a ras de suelo a través de la niebla espesa del amanecer, metió a toda prisa la cabeza por el agujero de la manta, y salió como un disparo con dirección al pueblo. Cuando llegó, la plaza del Charango estaba desierta, y tuvo que aventurarse en la Fonda de la Zamorana por si dentro le pudieran informar sobre la eventualidad de que hubiera fallecido alguien en el pueblo aquella noche.

A esas horas de la mañana aún no había clientes en el bar, y Remedios la Tonta lo hubiera creído vacío si no fuera porque el golpeteo de una mano de mortero sobre el fondo de madera ocupaba el silencio del local. Era Mercedes Rodríguez que estaba haciendo un majado de pimentón para las sopas de ajo.

—Buenos días, —dijo Remedios la Tonta exagerando el tono de voz para hacerse notar por el que estuviera haciendo ruido en la cocina, y cuando Mercedes Rodríguez salió a la barra alertada por las voces, le hizo una ligera

inclinación de cabeza.

—Hola —dijo.

Luego se rascó el cogote con la mano derecha, y preguntó:

—¿Tenemos muerto en el pueblo?

Mercedes Rodríguez la miró como si estuviera viendo un fantasma porque apenas hacía media hora que había fallecido el Pachón, y no podía creerse que la noticia hubiera trascendido con tanta rapidez al barrio del otro lado de las vías.

No hace media hora que se murió el hermano pequeño del carnicero — dijo con ojos de alucinada—. Luego hizo un paréntesis como pensando, y precisó:

—De la tisis. Pero, ¿cómo te has enterado?

Remedios la Tonta se encogió de hombros.

—Muy sencillo, —contestó— el grajo vuela bajo.

Mercedes Rodríguez permaneció durante un buen rato en suspenso tratando de descifrar el acertijo que le había planteado Remedios la Tonta, pero se dio por vencida al no ser capaz de interpretarlo. Sin embargo se anticipó a la pregunta que estaba segura le iba a hacer, y le dio la respuesta que esperaba:

—han habilitado el local del cine como tanatorio.

Y lo dijo con la seguridad de que el único propósito que alentaba a Remedios la Tonta para interesarse por el destino de un individuo tan abyecto como el Pachón, no era otro que el de conocer el lugar donde lo iban a velar pues, como hacían otras muchas personas en el pueblo, aprovechaba la costumbre ancestral en el ámbito de la comarca, entre las familias con posibles, de ofrecer toda clase de comida, especialmente dulces, a los asistentes de los velatorios.

Mercedes Rodríguez, efectivamente, no se equivocaba al suponer que lo único que le interesaba a Remedios la Tonta de la muerte del Pachón era saber el lugar dónde lo iban a velar. Y también estaba en lo cierto cuando aseguró que habían preparado lo que hasta entonces había sido el cine para solemnizar el velatorio. Así era: en un abrir y cerrar de ojos, la familia del Pachón rehabilitó el cobertizo, que antaño él había habilitado como sala de cine, para honrar la memoria de su pariente, y durante todo el día el pueblo entero desfiló en un goteo incesante ante el ataúd que habían colocado en el centro del local de cine, donde descansaba, embutido en su mortaja de sayal y con las manos cruzadas sobre el pecho, el cuerpo cárdeno y torcido de Felipe Palacios el Pachón.

A los asistentes del velatorio se les podía clasificar en tres grupos si se tenía en cuenta su afinidad con el difunto: el grupo de los que realmente estaba afectados por el fallecimiento del Pachón, que apenas lo componían el clan de los parientes más cercanos, los que confundían la compasión inspirada en la muerte de un vecino con el dolor que produce la desaparición definitiva de un amigo, y el grupo más numeroso, que estaba nutrido por los curiosos que tan solo iban a pasar el día, y de paso a comer y beber tanto como fuera posible. En realidad eran pocas las personas que habían estimado en vida a Felipe Palacios. De todas formas, don Jesús María hizo que las campanas no dejaran de doblar durante todo el día, y la sensación que llegó a transmitir el pueblo aquel uno de noviembre, era que había sucumbido ante la tragedia que suponía la muerte de Felipe Palacios el Pachón.

En el ámbito de la comarca existió desde siempre la costumbre, entre las gentes de posibles, de honrar a sus difuntos con un velatorio de rompe y rasga, en el que las mesas debían estar surtidas con todo lo que se pudiera comer, especialmente dulces, y también de tolo lo que les apeteciese beber a los asistentes. Parientes hubo a lo largo de la historia que llegaron a poner en riesgo sus haciendas para cumplir con esta tradición en un ejercicio inútil por intentar aparentar unos recursos económicos que estaban lejos de poseer. La carnicería Palacios, desde luego, generaba los beneficios suficientes como para poder dedicarle al Pachón un funeral de ruido, y Fidencio Palacios, instigado por Anuncia, se encargó de que no faltara de nada en el velatorio de su hermano. Con el corazón transido por el dolor, dio las órdenes oportunas para que llevaran al cobertizo cuantos dulces y licores fueran necesarios, y tan

pronto como la noticia de la muerte comenzó a circular por el pueblo, el que hasta hacía poco tiempo había hecho las veces de salón de cine, se llenó de vecinos, sin que se llegase a establecer si a los asistentes les movía el dolor por la pérdida de un amigo o sus ansias por comer y beber de balde.

A pesar de que la sensación que transmitía el velatorio a primera hora de la mañana era la de que la autoridad de la muerte contenía el ánimo festivo de los asistentes, a medida de que fue transcurriendo el día, las conversaciones fueron girando hacia una familiaridad propia de cualquier acontecimiento social no luctuoso. Todos comían y bebían mientras departían en pequeños grupos sobre cuestiones que, en su mayoría, nada tenían que ver con el difunto, incluso a lo largo de la jornada se hicieron varios tratos de compraventa de distintas mercancías en el mismo cobertizo despreciando la proximidad del fallecido. Cierto fue que no hubo vecino en el pueblo que en algún momento del día no desfilara ante el altar mortuorio, pero el frío del atardecer puso en guardia a los asistentes más precavidos contra el helor que traía la noche, y poco a poco se fueron retirando hacia sus casas.

Durante buena parte de la tarde de aquel jueves de Todos los Santos, Jonás el Pulga anduvo zascandileando entre los corrillos que se formaron dentro del cobertizo. Después de comer escuchó a alguien, mientras tomaba café acodado en la barra de la Zamorana, que en el salón de cine estaban velando al Pachón, y que había para comer tanto como uno se pudiera imaginar. A pesar de que no era amigo de velatorios, se acercó al cobertizo nada más conocer la noticia, más por comprobar si era cierto que había tanta comida como decían en la Zamorana, que por el aprecio que le inspiraba el difunto cuando aún estaba vivo, que no era ninguno, y se pasó la tarde menudeando por las cestas de los dulces y catando los licores que dormían en las botellas que estaban sobre las mesas, hasta que dio con el anís, y esa fue la suya: Hasta entonces no había tenido noticias de su existencia, pero aquel sabor dulzón que estallaba en el paladar como una bomba de caramelo y aquella suavidad con la que discurría por el gástrico, hicieron que lo prefiriera, por mucho margen, a la mistela y al vino rancio y, con más razón, al orujo y al coñac. Pero, a pesar de que se obstinó en intentarlo, no fue capaz de aventajar en ninguna de las dos especialidades a Patricio y el Saco.

Así fue. Cuando Patricio y el Saco se enteró de que en la sala de cine

estaban velando a Felipe Palacios, y tomó conciencia de que era una oportunidad inmejorable para comer hasta el agotamiento, salió como una flecha hacia el velatorio y, cuando se encontró ante aquella mesa de al menos cuatro metros repleta de toda clase de dulces, no se limitó a coger una rosquilla o una magdalena cada vez que se acercaba como hacía Jonás el Pulga, sino que se llenaba a conciencia los bolsillos, y comía a dos papos sin importarle demasiado lo que pudieran pensar de su comportamiento, y se llegó a dar la maña de esconder una botella de anís en el forro del gabán, y buscaba la manera de ocultarse de la gente y, cuando sospechaba que nadie lo estaba observando, se metía el gollete de la botella en la boca y se pasaba un buen rato mirando para la uralita del techo creando la ilusión de ser un legionario tocando el cornetín de órdenes.

Cuando estaba a punto de comenzar la madrugada, y los mozos, cumpliendo con la tradición ancestral en la noche de los difuntos, de deambular por las calles envueltos en sábanas blancas, con las caras empolvadas de albayalde, mientras llevaban en las manos guadañas y candiles encendidos, en el quimérico intento de asustar a la muerte para que no volviera a aparecer por el pueblo, Patricio y el Saco, completamente borracho, hasta el punto de que tuvo que sujetarse en el hombro de Jonás el Pulga para no caerse y, al parecer, sin acordarse de que había sido el mismo Felipe Palacios que empezaba a pudrirse dentro del ataúd, el que aquel día de su desgracia le había disparado un tiro de sal con tan mala puntería que le había acertado a dar en el mismísimo culo, comenzó a llorar delante del muerto y, a voz en grito, empezó a proferir lamentaciones con su dicción entrecortada y gangosa:

—Po-bre se-ñor Ce-li-pe —decía mientras se agarraba con fuerza a Jonás el Pulga—. Con lo bue-no que e-ra, y los pe-da-zos de pan que me da-ba. Qué se le va a ha-cer, to-do lo bue-no se lo lle-va Dios.

Se detuvo un momento para reflexionar, y concluyó:

—El ca-so es que, ahí en me-dio del ci-ne, se va a jo-der de fri-o.

Llegado ese momento los familiares del Pachón, que no supieron entender que era el anís el que realmente estaba hablando, sospechando que

Patricio y el Saco se estaba tomando cumplida venganza por el antiguo incidente del tiro de sal, arremetieron contra la actitud pacífica de los dos muchachos, y les mandaron a la calle a patada limpia.

Afectados por la borrachera, ni Jonás el Pulga ni Patricio y el Saco se tomaron el trabajo de especular sobre el motivo por el que les habían echado del velatorio. Se agarraron como mejor pudieron por el hombro, y se encaminaron hacia la plaza del Charango sujetándose el uno contra el otro para no caerse. Ya en la plaza, Jonás el Pulga se separó de su amigo circunstancial y tomó camino hacia el pasaje que daba acceso a la parte de la casa solariega donde dormían los criados, mientras que Patricio y el Saco, aturullado por el estado de desorientación al que le había conducido el anís, no fue capaz de dar con la dirección que debía seguir para llegar hasta la caseta abandonada donde solía dormir, y se tumbó en cualquier rincón del lavadero municipal, inconsciente de que con esa decisión podía haber incrementado la estadística de los que fallecían los días que los grajos volaban bajo.

Antes de la boda, y con el fin de que el futuro matrimonio tuviera la posibilidad de vivir su amor a espaldas del mundo, Anuncia se había complacido en preparar con toda clase de lujos la casa de la calle de los Oficios que heredó de sus padres y que, desde entonces, había permanecido cerrada. Era amplia y de una sola planta, y contaba con cuatro habitaciones de techos altos y un salón grande que lo mismo servía para comer que para recibir. Tenía un corral castellano en la parte de atrás con grandes maceteros donde crecían los geranios, las dalias y los galanes de noche que, cuando caía la tarde en verano, invadían la casa con sus fragancias almibaradas. El propio José Ignacio se encontró tan a gusto, que llegó al convencimiento, una vez instalado en ella, de estar a salvo de los remordimientos que le venían torturando desde que le confesó a con Aurelia Rabadán que se iba a casar con otra mujer. Por su parte, María de Deus Gomes, acostumbra a las incomodidades de la casucha miserable de Gigosos dónde había malvivido desde siempre con toda su familia, el cambio a mejor le resultó, cuanto menos, reconfortante. Había llegado al altar en estado virginal y entre las brumas de la inocencia, y afrontó su noche de bodas ansiosa por comprobar si, efectivamente, su madre tenía razón cuando le advertía sobre los estragos de la primera vez o, por el contrario, la experiencia era tan sugestiva como se empeñaba en asegurar una de sus amigas en las tertulias que organizaban los

domingos a la salida de misa, y que alardeaba de haber hecho el amor en algún pajar en las tardes de estío aprovechando que el resto de la cuadrilla trillaba en la era, para terminar afirmando que la experiencia era tan gratificante que debía estar obligado por ley practicarlo ocho o nueve veces al día.

Así que la noche de bodas apenas la sirvió para ratificar su convicción sobre la tendencia de su madre a exagerarlo todo y, a la vez, para confirmar sus temores de que el acto en sí mismo no merecía tanto predicamento como se obstinaba en defender su amiga en las reuniones dominicales. Pero, a pesar de su indiferencia hacia el sexo, a partir de entonces hicieron el amor casi a diario, y los domingos, cuando José Ignacio no tenía que abrir la carnicería, y se quedaban retozando en la cama hasta mediodía, lo hacían varias veces y, con el tiempo, a medida de que iban insistiendo, las relaciones se le fueron haciendo más placenteras, y por fin descubrió que el amor tiene dos vertientes esenciales: la afectiva, que ella siempre sostuvo que además de ser fundamental en el buen funcionamiento de las relaciones de pareja, era la única que merecía la pena, y la que tenía lugar en la cama que, a partir de entonces, consideró imprescindible para la estabilidad de su matrimonio. Es más, a medida de que fueron practicando, las relaciones sexuales se convirtieron en el complemento esencial de su vida, y terminó llegando a la conclusión de que no merecía la pena seguir viviendo sino era para ser feliz en la cama. Desde luego que para entonces ella pensaba que sí lo era, pues había encontrado de repente y sin buscarlo la otra forma de la felicidad: la gloria absoluta. Pero muy pronto iba a aprender que la felicidad tiene la mala costumbre de durar menos que un partido de la Copa de Europa.

José Ignacio Palacios estaba trastornado por la belleza de su mujer, y no podía concebir la vida lejos de la alegría que ella derrochaba a manos llenas. De María de Deus Gomes le gustaba todo: su cara de diosa griega, su altivez, aquella manera de andar que derretía hasta las piedras, su elegancia natural pero, por encima de cualquier otra consideración, estaba atrapado en la frescura de sus divertidas carcajadas que parecían no tener fin y que infundían en los demás el deseo de vivir. Así que presumía allá por donde iba de estar casado con la mujer más fascinante que había sobre la faz de la tierra.

Sin embargo, lo que no le gustaba tanto, a pesar de que siempre pensó que se conducía con arreglo a su forma natural de ser, era la desenvoltura con

la que su mujer se manejaba con los hombres. Se trataba con ellos con tanta familiaridad que algunas veces su marido tuvo la impresión de que trascendía el ámbito de los formalismos sociales y que se desenvolvía en términos más profundos de lo que aconsejaba la prudencia.

Lo cierto era que María de Deus Gomes se enamoró de su marido en el mismo momento en que lo conoció por fuera, y no era menos cierto que a partir de que lo conoció por dentro lo quiso con la irracionalidad de un poseso. Pero con lo que no contaba para entonces, porque era demasiado joven para conocer las celadas que esconde el amor, era los estragos que producen en el alma las debilidades de la cama. Y es que, veladas las primeras armas de casada, la entró una afición desmedida por los hombres, y la forma en la que se conducía con ellos, hubiera puesto en guardia a cualquiera que tuviera más experiencia en cuestiones de mujeres que su marido. Y es que, a pesar de que luchaba con todas sus fuerzas contra esta inclinación, cuando se encontraba cerca de unos pantalones, no podía evitar sentirse desarmada por una sofoquina que la corría por todo el cuerpo.

A pesar de ello, estaba tan enamorada de José Ignacio, que cuando tomó conciencia de que padecía aquella debilidad hizo lo indecible para no caer en el tremedal al que le conducía su lascivia desmedida, que no era otro que el de perderse entre los brazos del primer hombre que se encontrara por la calle. Se encerró en casa de forma voluntaria, y no salía si no era para acudir a misa los domingos o a cualquier acto social ineludible, pero siempre acompañada por su marido o por su suegra, y se imponía ejercicios mentales para alejar los malos pensamientos que la atosigaban a todas horas. Pero, a pesar de tanta prevención, algo en su interior le decía que estaba predestinada a ser cuerpo de numerosas camas y que, a la primera oportunidad, iba a sucumbir como consecuencia de sus propias flaquezas.

Y la ocasión se materializó un espléndido martes de abril en el que quiso acercarse a la plaza del Charango con la idea de saludar a su padre, que aún plantaba el puesto de hortalizas en el mercado semanal. Pero, cuando cruzaba la pasarela de las vías, descubrió, a través de la claridad deslumbrante de la mañana, la apuesta figura del jefe de estación de la RENFE y, vencida por un impulso ancestral que la conducía de forma irremisible a la perdición, no fue capaz de soslayar aquella voz interior que la martirizaba, y dejó, con un

sentimiento de rabia y de dicha al mismo tiempo, que los pies la llevaran a la consumación del fracaso de su matrimonio.

Cuando José Ignacio Palacios se enteró, por boca de Anuncia, que su mujer había hecho media docena de siestas con el jefe de estación de la RENFE, el mundo se le vino encima. Lloró toda la tarde agarrado a los brazos de su madre, la cual hubiera dado todo cuanto tenía por no verlo así, y aquella noche se quedó a dormir en su cuarto de soltero porque no encontraba los arrestos necesarios para enfrentarse a la cruel realidad que le esperaba en el domicilio conyugal pero, en lugar de dormir, no hizo otra cosa que dar vueltas por la habitación como un león enjaulado.

El drama que lo acosó a partir de entonces, fue la conciencia de no haber tenido en cuenta las advertencias que le habían hecho todos aquellos que le querían y, más que el engaño en sí mismo, lo que hizo que volvieran sus antiguos trastornos físicos, fue el sentimiento culpa. Así era: no terminó de enterarse de la burla a la que le había sometido su mujer, cuando ya lo atormentaba su falta de perspicacia, su ingenuidad y, sobre todo, le mortificaba haber desoído la advertencias de su madre, las de Venancio el Tragacorazones y las de todos los demás amigos y familiares que le habían aconsejado en contra de su relación con María de Deus Gomes. Y la aceptación de su falta de madurez lo llevó a confundir la cantidad y la calidad de las cosas, el lugar donde se encontraba, el día de la semana, la orientación y todo lo que le unía a este mundo, y aquel desorden anímico le alteró el pulso, y sentía el paladar estropajoso, como si le metieran harina en la boca, y le produjo una diarrea de tales dimensiones que a poco se le va la vida por el desagüe del retrete.

Anuncia, que conocía de sobra estos desórdenes, ya que eran los mismos que había sufrido cuando se enamoró de María de Deus Gomes, también conocía el remedio para neutralizarlos, que no era otro que afrontar la realidad monda y lironda, sin remilgos y con la misma determinación con la que ella había afrontado desde siempre la vida. Así que, a primera hora de la mañana, se metió en el cuarto de su hijo y le habló con tanta crudeza, que José Ignacio sintió que se le estrangulaba el corazón. Pero las palabras de su madre tuvieron la virtud de hacerle reaccionar ante la encrucijada en la que le había puesto la vida, y tomó la decisión de repudiar a su mujer.

Se tomó el tiempo necesario para buscar las palabras precisas con las que poder reprocharle su falta de lealtad, y en medio de su escrutinio sintáctico se acordó de que hacía tan solo dos domingos, mientras fumaba un cigarrillo en la cama después de haber hecho el amor, ella le acarició el vello del pecho y, sin poder contener un suspiro, le dijo:

—Te amo tanto que si un día me dejas por otra, me tiro al tren.

Y desde luego, una frase de amor sin condiciones como aquella no se compadecía con su desprecio hacia la fidelidad conyugal. Y fue esta reflexión la que lo llevó a la conclusión de que no le faltaban argumentos para reprocharle un comportamiento tan indigno. Por eso, cuando supo con exactitud lo que tenía que decir y cómo lo tenía que decir, se encaminó hacia su casa con el ánimo desbaratado y el corazón tiritando de miedo.

Aquella mañana, después de dormir por primera vez sola desde el día de su boda, estragada por el insomnio y por la preocupación opresiva que le causaba el saberse obligada a explicar algo a lo que no encontraba explicación, María de Deus Gomes se levantó temprano y, antes de asearse, encendió el fogón y puso a calentar el puchero del café. Llenó de agua la gran bañera que su suegra había hecho instalar antes de la boda para que los recién casados pudieran bañarse juntos, y la aromó con sales minerales y quemó incienso en la estancia como si se tratara de un ritual. Luego se metió en las aguas fragantes y permaneció sumergida en ellas durante un buen rato haciéndose abluciones con el cacillo del baño. Cuando terminó el aseo personal, se echó una bata por encima y se fue hasta la cocina a preparar el desayuno. Llenó una taza grande de café negro sin azúcar, y se sentó a la mesa de la cocina delante del mandado de escribir que había dispuesto la noche anterior. No tenía ni idea de cómo dar comienzo a aquella carta que preveía larga y difícil, pero abrió el tintero y, después de mojar el plumín, hizo el ademán de empezar a escribir. Se detuvo un instante para reflexionar sobre lo que ya había reflexionado y vuelto a reflexionar durante toda la noche, y comenzó la carta con su caligrafía de parvulario. Al terminar, recogió la mesa y fregó los cacharros que había usado en el desayuno. Luego se vistió con la ropa con la que, según le había dicho su marido muchas veces, estaba más atractiva.

Fue quizá por eso que, cuando la que aún era su mujer en términos

legales, le entregó aquella carta de despedida, todos los argumentos que José Ignacio Palacios había previsto y memorizado para escupírselos en la cara con tanta crudeza como le fuera posible, y que le estaban quemando las entrañas, se le quedaron helados en el corazón, pues nunca hubiera pensado encontrarse ante una declaración tan lúcida y realista, y además escrita de un modo tan simple. Aquella cuartilla de apenas quince renglones llenos de tachaduras y escritos con una caligrafía absurda, venía decir que le quería como nunca había querido ni podría querer a nadie en este mundo pero que, cuando se encontraba al lado de unos pantalones, no era capaz de sujetar las riendas de su carácter sensual y buscaba, sin más remedio, la mejor manera de irse detrás de ellos.

La miró de arriba abajo, fijos los cinco sentidos en su cuerpo de diosa, intentando guardarla en la retina tal como era en aquellos momentos. La encontró más fascinante que nunca dentro de su vestido azul ceñido a un cuerpo que parecía enmarcado en la media melena de oro que le llovía sobre los hombros, y la nostalgia lo transportó al día en que la vio entrar en la carnicería para protegerse del viento helado que arrasaba la plaza, y quedó deslumbrado por la fascinación que le produjeron sus espectaculares ojos de mar, y se creyó estar ante la mujer más hermosa del mundo. Y entonces se convenció de que a pesar de no poder mantenerla en calidad de legítima esposa, la seguiría amando por el resto de sus días.

Siempre había sido igual: cuando su madre lo miraba con aquel enigma desalentador de sus ojos garzos, José Ignacio Palacios sabía que era el preludio de una mala noticia. Por eso, cuando aquel mediodía de octubre se quitó el mandil de carnicero, y subió a la planta de arriba con la intención de comer, nada más entrar en la cocina, supo que algo iba mal.

—¿Qué es lo que ocurre? —dijo.

Anuncia se le puso enfrente, lo miró a los ojos, y contestó:

—¡Se metió a sota!

—¿Quién se metió a sota?

Su madre lo volvió a mirar, pero esta vez no pudo disimular una risita

en los ojos que estaba a medio camino entre la ironía y el llanto.

—La portuguesa —dijo—. La han visto trabajando en un prostíbulo de León.

Así era, después de pasar una temporada en casa de sus padres sin hacer otra cosa que acostarse con cualquier hombre que se le pusiera por delante, María de Deus Gomes pensó que ya que le gustaba, y no encontraba la forma de liberarse de aquella flaqueza del cuerpo, lo más razonable era hacer virtud del pecado y, desde entonces, se dedicó al oficio más viejo del mundo.

La mañana en que Remedios la Tonta llegó al cuartel de la Guardia Civil lanzando alaridos y tirándose de los pelos, el sargento Pizarro había discutido con su mujer nada más levantarse y andaba con el humor revuelto. Por eso, cuando la oyó entrar por las puertas de la casa-cuartel chillando de aquella manera, saltó de la silla donde estaba sentado como si tuviera un resorte en las piernas, y salió a su encuentro con el semblante desencajado. Se puso en jarras bajo el dintel de la puerta del retén de guardia y, cuando la tuvo enfrente, le echó el alto con la mano:

—¿A dónde piensas que vas gritando de esa manera? Le preguntó malhumorado.

Pero Remedios la Tonta no debió de apreciar el humor sombrío del sargento, porque prosiguió con sus alaridos como si no le hubiera escuchado:

—Que me la ha *desgraciaó* —chillaba a pleno pulmón— ¡el *cremenal* ese, me la ha *desgraciaó*!

Cuando fue capaz de comprender el estado de ansiedad en el que se encontraba aquella mujer, el sargento Pizarro se olvidó de sus problemas y la invitó a pasar al retén de guardia.

—Siéntese —le dijo suavizando todo lo que pudo su tono de voz.

Y cuando pensó que se había calmado, le preguntó:

—¿Qué criminal, y a quién ha desgraciado?

—El *cremenal* ese que pide con un saco en la espalda, —le contestó Remedios la Tonta con lágrimas en los ojos— ¡que ha *desgraciaó* a mi Trini, que me la ha *desgraciaó*!

El guardia Cascales que conocía bien a Remedios la Tonta porque sus casas estaban situadas en el mismo paraje, trató de calmarla:

—Tranquilízate, —dijo— y cuéntanos lo que ha ocurrido.

Entonces ella se limpió las lágrimas con la manga de la rebeca, y contestó después de hipar un par de veces:

¡Pues *na*, que el *cremenal* de Patricio y el Saco me ha *desgraciaó* a la Trini! —se detuvo un instante para volverse a secar las lágrimas, y continuó—. Que fui a la tienda a comprar sal y un poco tocino, y cuando volví a casa, el *cremenal* ese estaba desnudo encima de mi Trini, y que me la ha *desgraciaó*.

El guardia Cascales, al que no se le escapaban las mañas que se gastaba Trini, y sabía de primera mano que a pesar de que todo el mundo decía que era simple, en caso de serlo, tan solo lo era de cintura para arriba, pues según los rumores que corrían se había acostado con la mitad de los hombres del pueblo sin hacer distinciones entre los más jóvenes, los maduros y los que rozaban la vejez, le hizo una pregunta retórica:

—O sea, que Patricio y el Saco estaba enhebrando la aguja encima de Trini.

Remedios la Tonta asintió con la cabeza. Entonces el Sargento Pizarro le preguntó:

—¿Y tú qué hiciste?

—Pues qué debía hacer —contestó Remedios la Tonta—. Pegarle con la escoba en el culo.

Se detuvo un instante para soltar un par de hipidos más, y concluyó:

—Pero no hubo forma de que se apeara, entre más le daba con la escoba, más se apretaba él a la Trini.

Además del sargento Pizarro y el guardia Cascales, en el retén había cuatro guardias jóvenes, y ninguno de ellos pudo evitar que se le escapara una sonora risotada, y el propio sargento, al que sus cuarenta años de profesión le habían enseñado a manejar con cierto tacto los asuntos más escabrosos, se tuvo que poner la mano en la boca para retener la carcajada que tenía atravesada en la garganta.

—Pero mujer —dijo muerto de risa— ¿no se te ha pasado por la cabeza que si Patricio y el Saco hacía eso, era porque Trini también lo quería hacer?

Remedios la Tonta lo miró con ojos atónitos.

—Anda éste, pues claro que Trini lo quería hacer —le contestó con absoluta naturalidad—. ¡Pero es que ir a hacerlo con el marrano ese!

—¿Y qué quieres que hagamos nosotros? —le volvió a preguntar el sargento.

—Pues que van a hacer, meter en la cárcel al *cremenal*.

Entonces el guardia Cascales, intuyendo que el sargento se estaba hartando de aquel despropósito, trató de quitarle hierro al asunto:

—Eso de meter en la cárcel a la gente no es tan fácil —dijo en un

murmullo—. Anda, vete para casa, y cuida de que tu hija trajine menos, que como siga por ese camino no va a dejar intacto a ningún hombre del pueblo. Pero Remedios la Tonta continuó agarrada con las manos al asiento de la silla, y empecinada en su demanda de que metieran a Patricio y el Saco en la cárcel. Tras un silencio en el que el tiempo pareció no existir, el sargento Pizarro habló consigo mismo: «La peor desgracia que le puede acometer a uno en esta vida, —dijo— es tener que tratar con tontos».

Fue como si hubiera caído un rayo en medio del retén de guardia. Remedios la Tonta, encabritada por las palabras del sargento, se revolvió en la silla como un animal herido. No se le ocultaba, porque siempre había sido así, que todo el mundo usaba aquel mote para nombrarla, pero no pudo sufrir que en aquel momento, precisamente en aquel momento, el propio sargento tuviera el cuajo de decírselo en su propia cara. Además, las risas de los guardias terminaron por sacarla de sus casillas:

—¡De aquí no me muevo hasta que metan al *cremenal* ese en la cárcel!
—gritó fuera de sí.

El guardia Cascales advirtió entonces que al sargento se le estaba acabando la paciencia, y sabía por experiencia que cuando se irritaba, a pesar de que más tarde solía arrepentirse, sus reacciones traspasaban a menudo la línea de la legalidad. Así que decidió intervenir para recriminarle a Remedios la Tonta su empecinamiento:

—Remedios, te estás pasando de la raya —dijo mientras la agarraba del brazo para que se levantara de la silla—. Vete para casa y dile a Trini que no vuelva a hacer esas cosas con Patricio y el Saco.

Pero ella seguía en la silla, agarrada como una lapa a la parte de abajo del asiento para que no la pudieran levantar.

—Esto pasa porque somos pobres —dijo— ¡mira si al Pachón le metieron en la cárcel, y eso que no hizo ni la mitad que Patricio y el Saco!

Convencido de que no había forma de sacarla del retén por las buenas, el sargento Pizarro tomó la determinación de hacerlo a la fuerza.

—Vosotros —dijo dirigiéndose a dos guardias jóvenes que estaban en una esquina del retén muertos de risa— coged a esta mujer y sacarla a la calle.

Los guardias necesitaron usar la fuerza para desengancharla de la silla. Luego, agarrándola por los brazos, la sacaron en volandas de la casa cuartel, y la depositaron en medio de la calle.

Cuando Remedios la Tonta llegó a casa iba con un ala rota. Tanto las palabras del sargento Pizarro como las del guardia Cascales, así como la conciencia de que el comportamiento de su hija no era el que correspondía a una chica de poco más de dieciocho años, le habían desbaratado el ánimo. Por eso, cuando abrió la puerta de la casucha, y vio a Trini tirada a la bartola sobre el jergón de hojas de maíz, sucia y desgredada, tuvo la revelación de algo que no había querido admitir hasta entonces: Que lo único que necesitaba su hija era que alguien la metiera en cintura. Y no era que se le hubiera escapado nunca que Trini andaba por ahí persiguiendo a los hombres, sino que hasta el momento de sentir la humillación a la que le sometieron en el cuartel de la Guardia Civil, no se había atrevido a examinar la promiscuidad de su hija con los ojos de la verdad, pues en lo más recóndito de su corazón, aunque ni lo entendía con claridad ni era capaz de expresarlo con palabras concretas, siempre mantuvo la esperanza de que cuando le llegara la madurez propia de la mayoría de edad, iba a rebajar por fuerza su desmedido apetito venéreo que, en realidad, no lo entendía como un obstáculo para que Trini avanzara en la vida, pues poseía un juicio de banda ancha con relación al sexo. Pero los dieciocho años habían pasado de largo, y su hija no es que no hubiera cedido en su comportamiento rijoso sino que, según pensaba, había llegado a la degradación absoluta al acostarse con Patricio y el Saco. Por eso, y de alguna forma que tampoco alcanzaba a entender, llegó a la conclusión de que el mal trago que le habían hecho pasar aquella mañana los guardias con sus burlas, había tenido la virtud de abrirle los ojos de par en par, y entonces sintió la necesidad de hacer todo lo que estuviera a su alcance para que la vida de Trini virara en un giro de ciento ochenta grados.

Remedios la Tonta era una mujer corpulenta, desgarbada y, sin otro motivo que el de seguir las costumbres ancestrales de las mujeres del pueblo, vestía siempre de luto. Tenía una verruga pilosa en la mejilla derecha que le daba un aspecto crepuscular y sus ojos negros, tan negros como el cabello,

supuraban una especie de agüilla que tenía el mismo color y la misma textura viscosa de la resina. No había terminado de nacer cuando comenzó su peregrinaje para sortear los numerosos contratiempos que se cruzaron en su camino a lo largo de la vida, y lo más probable es que fuera esa necesidad de inventarse de nuevo todos los días lo que había propiciado su inmunidad al desaliento, y sobrellevaba las desgracias que le iba deparando el destino con un estoicismo forjado a base de superar adversidades. Ella misma, cuando aseguraba que aquello que no mata, fortalece, hacía sin saberlo una síntesis bastante acertada sobre los beneficios que, en favor del carácter, generan las desgracias vencidas. Vino a este mundo el día que a su madre, que era criada en una hacienda de las importantes de Vega, la cogió el parto en medio de una finca agrícola mientras ayudaba a entresacar remolacha una rigurosa mañana del febrero mesetario. Cuando los otros criados se apercibieron de que le había llegado la hora, la llevaron, como jugando a la silla de la reina, a una caseta de aperos medio derruida que se encontraba al otro lado de la finca. Y fue allí donde nació, entre sogas, azadones, bioldos, cedazos y rastrillos aquella niña amoratada por el déficit de oxígeno. El frío era tan intenso que su madre, ante el riesgo de que pudiera morirse congelada, la metió entre sus muslos intentando procurarle el calor que necesitaba para seguir viviendo, y con este gesto consiguió que la niña superara el primer eslabón de la larga cadena de adversidades en la que se iba a convertir su vida, pues no pasó un día sin que tuviera que salvar algún tipo de obstáculo y, lo que le resultaba más doloroso, que no tuviera que soportar las burlas que le hacían continuamente por su cortedad mental.

Lo más probable es que si alguien se lo hubiera dicho un día antes, Remedios la Tonta hubiera negado cualquier posibilidad de hablar con su hija en términos tan categóricos y concluyentes como lo hizo, pero nada más llegar a la casa sacó a Trini de la habitación y, tras obligarla a sentarse en una silla de la cocina, la miró directamente al corazón. A pesar de que la mirada de su madre le llegó al centro de las entrañas, Trini no sintió vergüenza alguna, al contrario, tan solo le quedó la sensación de que lo que le iba a decir se encontraba más allá de lo trascendental. Pero se equivocaba, tan solo la reprochó que se hubiera acostado con Patricio y el Saco:

—Te juntas con el que quieras —le dijo—, pero no vuelvas a acostarte con el gocho ese.

Pero Trini pensaba de otra manera, aún con el regusto de los amores tempestuosos de aquella mañana, las advertencias de su madre le entraron por un oído y la salieron por otro. En un primer momento no se atrevió a replicarle a pesar de que estaba decidida a seguir acostándose con Patricio y el Saco tantas veces como le viniera en gana, y durante un buen rato se limitó a permanecer callada dando golpecitos en la mesa con el puño cerrado mientras ponía sobre su madre una mirada de rencor. Pero pasado ese primer momento, no pudo evitar decir lo que pensaba:

—Es que me gusta mucho —dijo—. Al fin y al cabo es lo mismo que hace todo el mundo.

Remedios la Tonta hubiera creído que su hija se había vuelto loca, de no haber sido porque conocía de primera mano lo difícil que es luchar contra los llamados de la carne. Y aunque su primera reacción fue la de maldecir hasta el día en el que había nacido, no pudo por menos que admitir los argumentos de su hija. Ella misma, en momentos de máxima necesidad, se había pronunciado en términos muy parecidos a los de Trini, por lo que durante algún tiempo le atormentaron ciertos escrúpulos de conciencia, hasta que se los disipó de un solo tajo don Trinitario Franganillo en una visita que hizo a la casa para tratar de fiebres entéricas a una de las hijas del matrimonio. Remedios la Tonta le preguntó si había algún remedio para calmar los ardores venéreos de su hija, y el viejo doctor conjeturó una teoría sobre la sexualidad femenina que a ella le pareció inapropiada en un primer momento, pero que con el paso del tiempo terminó por hacerla suya: «las mujeres son como las aguas de los ríos —había dicho don Trinitario Franganillo—, que cuando se salen de madre no hay fuerza humana que sea capaz de hacer que vuelvan a su cauce. Además —dijo luego—, hay que tener en cuenta que con el uso de los siglos el ser humano ha sido capaz de controlar algunos aspectos de sus necesidades orgánicas, por ejemplo la alimentación, incluso ha llegado a dotarles de cierta apariencia de dignidad, pero su actividad sexual se conduce por los mismos caminos por los que transitaban los primeros homínidos». Por eso, en aquellos momentos Remedios la Tonta no pudo por menos que admitir los argumentos que esgrimía su hija cuando aseguraba que si a uno le pica algo se tiene que rascar y que sus pecados, si no eran los mismos, se parecían demasiado a los del resto de la gente, y llegó a la conclusión de que estaban cargados de tan buenos fundamentos que resultaba

difícil formular réplica alguna en su contra. Así que como el aturullamiento que tenía instalado en la cabeza no le permitía decidir si el comportamiento de Trini era el que le correspondía a una mujer que apenas había rebasado su ciclo vital de adolescente, zanjó aquel asunto cambiando el sentido de la conversación. Señaló cada lugar de la cocina haciendo un giro circular con la mano, y le reprochó a su hija el estado de abandono en el que se encontraba la casa:

—En vez de estar pendiente todo el día del marrano ese, podías dedicar algún momento de tu vida a colaborar en las tareas domésticas.

Había un barreño lleno de cachivaches sin fregar y un montón de platos sucios en la pileta del fregadero, el fogón estaba repleto de vajilla sucia, había pegotes de grasa por todas partes y escurriduras de vino añejas encima de la mesa, y daba la sensación de que no habían pasado una escoba por el suelo desde hacía años. Trini ni siquiera se tomó la molestia de mirar hacia donde señalaba su madre. Con las piernas estiradas debajo de la mesa y dando golpecitos con el puño cerrado, seguía pensando en Patricio y el Saco y en lo bien que se lo pasaba con Patricio y el Saco.

—Le he dicho que venga cuando quiera —dijo de repente—. Puede que hoy mismo se dé una vuelta por aquí.

Al contrario de lo que había previsto, en aquellos momentos su madre siquiera se tomó la molestia de contestarle, pues estaba preocupada por la suerte de sus otras hijas que se estaban dejando empapar, mientras se perseguían por el huerto, por una nube de verano que se desmigajó de repente. Durante un buen rato, no pudo apartar la vista de la más pequeña: La habían bautizado con el nombre de Segismunda, y hasta que don Trinitario Franganillo les sacó del error, estuvieron convencidos de que era sordomuda porque nunca le habían oído decir una palabra. En efecto, en una visita de rutina que el viejo médico hizo a la casa de Remedios la Tonta, se dio cuenta de que Segismunda movía los ojos hacia los objetos que nombraban los demás y de que obedecía las órdenes que le daban, por lo que pensó que sufría algún tipo de anomalía en el sistema nervioso que rebasaba de largo los conocimientos de su ciencia, y en vez de tranquilizar a los padres con una explicación comprensible, salió del apuro diciéndoles que no tenían de qué preocuparse porque oía perfectamente, y que tan solo era cuestión de tiempo para que la niña arrancara

a hablar. Lo que nadie fue capaz de esclarecer nunca era si sus ojos azules y enormes, su pelo amarillo y su piel blanca como la leche, eran el producto de alguna extraña mutación genética, o por el contrario se debía a los tratos que Remedios la Tonta mantuvo con un ingeniero noruego que llegó un verano al pueblo para arreglar una máquina que Aurelio Rabadán compró para la fábrica de harinas en la exposición internacional de París de 1937 pues, tanto en su familia como en la de su marido, hasta donde alcanzaba la memoria, todos habían tenido la piel trigueña, los ojos negros y el cabello oscuro.

Ya con cinco años, quizá con seis, Segismunda había tomado la costumbre, que se prolongó en el tiempo, de acercarse hasta la plaza del Charango para sentarse al lado de la mujer del abrigo blanco. No se supo nunca si lo que le llamaba la atención era la coincidencia con su mudez, su cara pintarrajeada de payaso lúgubre o los collares de colorines que llevaba enrollados al pescuezo, pero parecía evidente que una de estas circunstancias o todas ellas a la vez hacían que se sintiera identificada con ella. No le importaba, por ejemplo, que no le hiciera caso cuando le dedicaba una sonrisa, ni que se pasara todo el tiempo como una estatua con los ojos fijos sobre la entrada de la carnicería, al contrario de lo que hacía ella, que no paraba un momento en el mismo lugar del banco, y se quedaba horas y horas a su lado, en silencio las dos, pero haciéndose compañía.

A pesar de sus siete partos, de sus atuendos luctuosos de vieja, de su pañoleta negra en la cabeza agarrada con un nudo a la garganta a forma de barbiquejo y de la vida perra a la que había logrado sobrevivir, Remedios la Tonta podía presumir de mantenerse bien conservada con arreglo a los criterios de aquellos tiempos, que no eran otros que considerar viajes a las mujeres en cuanto cumplían los treinta. Pero cuando apartó la vista de la ventana, y vio a Trini desgredada como estaba y esparrancada en la silla, pareció que hubiera envejecido de repente, como si la vida entera se le hubiera caído encima, y ella misma entera pareció mucho mayor de lo que pudieran atestiguar sus treinta y cuatro años recién cumplidos.

—Mira en lo que te quieres convertir —dijo después de haber reflexionado un buen rato sobre ello—. Nosotros somos pobres, pero eso no quiere decir que tengamos que vivir como animales y, por el camino que llevas, terminarás viviendo como un cerdo. Y lo dijo con la cara desfigurada

por la pesadumbre que le corroía el alma. Sin embargo, Trini tan siquiera se tomó el trabajo de mirarla, pues había tomado la determinación de vivir toda la vida con Patricio y el Saco.

—Me gusta, y ya está —murmuró—. Lo demás no me interesa.

Y cerró los ojos para aislarse del mundo. En cambio su madre contemplaba aquella relación desde otro punto de vista. A pesar de que sabía por propia experiencia que las locuras del corazón son difíciles de sortear, no se llegaba a explicar qué diablos había podido ver su hija en aquel despojo humano. Y fue justo en aquel momento, mientras la veía distraída mirando hacia el huerto a través de la ventana, cuando tomó la decisión que nunca hubiera pensado que podía ser capaz de tomar:

—Pues si quieres Patricio y el Saco—dijo en un arranque de rabia—. Vas a tener Patricio y el Saco hasta que te canses.

A principios de aquel riguroso invierno en el que Remedios la Tonta cumplió los quince años, se vio en la necesidad de casarse con Manuel el Guardagujas, un hombre desmirriado dieciocho años mayor que ella, porque llevaba un embarazo de cinco meses fruto de un descuido ocasional en la calidez de cualquier noche del verano anterior cuando, sin saber ni cómo ni de qué manera, se encontraron retozando en una era del ejido bajo un cielo cuajado de estrellas. Se fueron a vivir a una casucha con huerta, herencia de sus padres, que Manuel el guardagujas tenía a las afueras del pueblo, al otro lado de las vías del tren y, con el sueldecillo de la RENFE, los cuatro animales de corral que cuidaban y las hortalizas que daba la huerta consiguieron, mal que bien, arrostrar la vida y alimentar a las hijas que, en número de siete, fueron llegando poco a poco.

Se podía decir que Manuel el Guardagujas era un pacífico natural. Sin ímpetus, dócil, de carácter bondadoso, sin una mala palabra, y que prefería quedar por tonto antes que llevarle la contraria a nadie. Tenía un defecto y una condición: el defecto era que le gustaba el vino por encima de cualquier otra cosa en este mundo, y la condición la definía perfectamente su mujer cuando lo acusaba de que el trabajo le producía urticarias. Tanto era así que se quedaba transpuesto en cualquier sitio mientras hacía su trabajo, hasta que llegó un día en el que se durmió y no hizo el cambio de agujas pertinente, y el mercancías que un momento antes había sido cargado de cereal en el pueblo, circuló a contramano durante un par de kilómetros, y si no terminó chocando frontalmente con un expreso que apenas un cuarto de hora antes había salido de la estación de León, produciendo una catástrofe difícil de calcular, fue porque el maquinista, experto conocedor del trayecto, se dio cuenta a tiempo de que el tren no había hecho el cambio de vía y, después de parar, volvió a la estación del pueblo dando marcha atrás.

Esto le costó una amonestación severa por parte de las autoridades de RENFE, y si no le despidieron del puesto de trabajo, fue porque los jefes conocían su bondad y su carácter pacífico y, sobre todo, porque carecía de antecedentes por negligencia.

Cuando Remedios la Tonta le comunicó a su marido la decisión que había tomado con relación al futuro de su hija mayor, a él no le pareció ni bien ni mal, e hizo como había hecho siempre, dejar que su mujer resolviera aquel asunto de la forma que estimara más conveniente. Así que no se opuso a la propuesta de que Patricio y el Saco se quedara a vivir con su hija. Remedios la Tonta mandó construir una caseta de adobes adosada a la casucha para que la nueva pareja pudiera dormir separada del resto de la familia pero, a la hora de comer, se juntaban todos sin hacer distinciones. Esta iniciativa de unión formal pareció causar el efecto que ella perseguía, pues Trini, al tener unos pantalones a mano, no sentía la necesidad de brujulear por el pueblo en busca de algún hombre que aliviara sus ardores y, por momentos, llegó al convencimiento de que había conseguido enderezar el camino de su hija.

La unión hizo que, tanto Patricio y el Saco como Trini, tomaran conciencia de la obligación de colaborar en la casa, y se pasaban el día afanándose en la huerta o atropando alfalfa para los conejos y, cuando les sobraba tiempo, se iban a las vías a recoger carbonilla de la que se les caía de las calderas a las locomotoras. Fue tan grande su empeño, que en menos de un año consiguieron multiplicar el número de residentes en el corral, hasta el punto de que llegó el momento en el que se vieron en la necesidad de plantar un tenderte el día del mercado semanal para vender los conejos, los pollos y los huevos frescos que no eran capaces de consumir en la casa. Y a la pareja se la veía tan bien avenida, que Remedios la Tonta terminó sintiéndose orgullosa de la decisión que había tomado.

Pero las costuras de aquella unión apenas estaban hilvanadas con hilachas de algodón, y no tardarían mucho en descoserse. Así fue. Aquella mañana soleada del jueves de Corpus hacía más calor del que hubiera sido normal para el último tramo de la primavera, y Patricio y el Saco, seducido por los clarines procesionarios y por las campanas que no cesaban en su repiqueteo alegre, tomó la decisión de acercarse hasta la iglesia con la intención de participar en la fiesta de la Eucaristía. Cuando desembocó en la

plaza del Charango, que apenas dos días antes habían sido encalada y tenía los balcones engalanados con sábanas blancas y banderas nacionales, se encontró con los Lecheros que habían trasladado a la calle la parranda de la noche anterior con un artificio de cohetes y tracas que por un momento ennegreció la claridad del alba.

Trasnochados y borrachos de caerse como estaban, apenas vieron aparecer a Patricio y el Saco cuando tomaron la decisión de rematar la juerga con una de sus aficiones preferidas, que no era otra que la de reírse del *tonto* pues, como sabe todo el mundo, es la mejor forma que tienen los idiotas para divertirse. Así que hicieron un corro alrededor de él y, envalentonados por el alcohol, dieron comienzo a una ronda de bromas tan burdas que no solo quebrantaban la dignidad de Patricio y el Saco, sino que atentaban contra el sentido común.

Al sentirse acorralado, Patricio y el Saco trató de encontrar, aunque sin éxito, un hueco por donde escapar del asedio al que le estaban sometiendo, justo hasta que sintió que unas manos poderosas lo agarraban de brazos y piernas con el propósito de derribarle. La lucha, que comenzó siendo áspera y combativa, se diluyó de repente cuando Patricio y el Saco cayó de espaldas sobre el cemento de la plaza. Entonces, Ulpiano el Ceremonioso se sentó sobre su barriga y, después de taponarle la nariz con la pinza del índice y el pulgar de la mano izquierda, le abrió la boca con la derecha mientras que otro componente de la cuadrilla aprovechó el momento para meterle el gollete de una botella que aún estaba terciada de orujo, y le obligaron a beber hasta acabar con la última gota.

A la conclusión Patricio y el Saco se encontraba exhausto y con la expresión desoladora en la cara del que acaba de ser violentado, pero el aturdimiento del orujo hizo que comenzara a reírse con esa risita tonta que produce el alcohol y, aunque la cabeza le daba vueltas, todo le parecía festivo y alegre. Tanto, que comenzó a decir barbaridades sin ton ni son hasta que sintió la urgencia de fumar:

—*¿Me dan un ci-ga-rrín, por a mor a Dios?* —Dijo con la dificultad propia de tener a un hombre sentado encima del estómago.

El Ceremonioso, que apestaba a orujo, sacó del bolsillo interior de la

chaqueta un cuarterón de picadura en un automatismo de la mano, y se lo puso ante los ojos:

—Ten —le dijo con esa lengua de trapo que tienen los borrachos—. Y que esto sirva para olvidar nuestras rencillas pasadas y para sellar una amistad que ha de durar hasta el fin de los tiempos, y desde este mismo momento, y porque yo así lo dispongo, te puedes considerar uno más en el pueblo.

Detuvo un instante la perorata intentando centrar la cabeza que se le iba hacia los lados, y continuó:

—¡Qué digo, uno más! Desde ahora mismo confirmo y certifico que nosotros somos los putos amos del pueblo, pero has de tener siempre presente que de los dos, el amo soy yo.

La cuadrilla al completo acogió esta nueva ocurrencia del Ceremonioso con numerosos aplausos y una rechifla de burlas exaltadas por la euforia del alcohol, que lograron aturdir más si cabe al ya de por sí aturdido Patricio y el Saco, que los miraba a todos con sus ojos de sapo enrojecidos por el aguardiente, y sin llegar a entender qué diablos estaba ocurriendo allí, hasta que cayó en la cuenta de que no sabía liar cigarrillos.

—No sé ha-cer ci-ga-rros —dijo—¿Me pue-de liar u-no por a mor a Dios?

El Ceremonioso tenía a gala ser uno de los que mejor liaban tabaco en toda la comarca, así que no tuvo inconveniente en hacerle un cigarrillo pero, antes de entregárselo, le preguntó:

—Y qué, ¿cómo te va con la Trini?

Excitado por el orujo, Patricio y el Saco adoptó una actitud cómica y, tirado en suelo como estaba, se puso la mano derecha extendida en la sien, a forma de saludo militar, y contestó:

—Me va muy bien.

Aunque todos seguían riéndose, el Ceremonioso se puso en pie usando para ello la misma solemnidad con la que solía iniciar sus monsergas.

—Eso me han dicho —dijo recalcando cada sílaba—, que os queréis mucho.

Patricio y el Saco, que había recobrado el aliento, más por el cigarro que le estaba ofreciendo que por haberse liberado de la presión sobre la barriga, le contestó mientras se lo ponía en la boca.

—*Des-de lue-go que sí,* —dijo— *nos que-re-mos mu-chí-si-mo.*

Entonces el Ceremonioso se palpó los bolsillos de la chaqueta para buscar el mechero y, tras una comprobación inútil, cayó en la cuenta de que podía haberlo perdido en alguno de los tugurios en los que habían pasado la noche.

—Si os queréis mucho —aseguró de repente con un énfasis que no tenía nada de caritativo— le dirás cosas bonitas.

Luego se detuvo un instante como reflexionando, y preguntó:

—¿Qué le dices para que te deje..., tú ya sabes?

—*¿Pues qué le voy a de-cir?* —dijo entonces Patricio y el Saco —*Que es la mu-jer más bo-ni-ta del mun-do, y que la quie-ro mu-cho.*

—Y ella, ¿qué te contesta?

Patricio y el Saco no tuvo que pensárselo dos veces para dar la respuesta que había de provocar un estruendo de risotadas en el grupo de los Lecheros:

—*¡Da-me un be-so, cha-to!*

Los Lecheros, en efecto, inundaron la plaza de inmediato con un estrépito desabrido de carcajadas amargas que no venían a cuento, y que hicieron que el mendigo, a pesar de que aún se encontraba bajo los efectos del alcohol,

intuyera que todavía no había llegado lo peor de todo aquel disparate.

Así fue, el Ceremonioso no tardó ni un segundo en hacerle la propuesta más estrambótica que nadie se hubiera podido imaginar, y que no tenía otra intención que culminar la parranda del Corpus con una broma épica encaminada a que perdurara en la memoria popular por mucho tiempo, y lo hizo con una solemnidad tan apabullante que terminó por confundir definitivamente a Patricio y el Saco. Le dijo que estaba muy bien que su intrepidez y arrojo le llevara al extremo de ser capaz de acostarte con una mujer como Trini, pero que si quería dejar constancia de que era el paladín de la audacia, el paradigma del valor, el caballero que se atrevía con las empresas más arriesgadas, debía subir en ese mismo momento al campanario de la iglesia y, a una señal que él le iba a hacer desde abajo, debía cantar *Lucerito Lindo* con la voz clara y, tan alto, que le pudieran oír hasta las vírgenes más sordas de Villacelama.

Y después de que Gabriel encendiera —con un chisquero de los que se usaban entonces y que llamaban contra viento y marea— el cigarro que Patricio y el Saco tenía en los labios, sacó del bolsillo interior de la americana el tabaco, y lo movió ante los ojos del mendigo. Era un cuarterón de caldo de gallina que estaba casi lleno.

—Y si cuándo termines de cantar —le dijo—, eres capaz de gritar *tres jueves hay en el año que relucen más que el sol, Corpus Christi, Jueves Santo y el día de la Ascensión*, tendrás como recompensa este paquete de picadura casi sin encetar y, además, yo mismo, y de mi propio peculio, te regalo un real tan grande como la pata de un gocho. Y le mostró una moneda de veinticinco céntimos que tenía en la palma de la mano.

Si en su estado natural la falta de perspicacia no le permitía intuir la maldad de la gente, en aquellos momentos, imbuido por el aguardiente, e inducido por la codicia de saberse cerca de tan succulento premio, Patricio y el Saco no supo entender que el único propósito que en ese momento movía al Ceremonioso era reírse de él, y la avaricia nubló el poco entendimiento que le quedaba, y a pesar de que había sido criado en la fe católica y era un hombre temeroso de Dios, la posibilidad de conseguir tanto el cuarterón como el real, era lo suficientemente tentadora como para no renunciar a ella, aunque fuera quebrantando sus convicciones religiosas. Así que aceptó la oferta desechando

cualquier escrúpulo de conciencia, y pretendió hacerse con el premio de inmediato, pero el Ceremonioso se lo impidió levantando el real y el cuarterón por encima de la cabeza.

—No señor —dijo—. A pesar de que entre nosotros exista una confianza ciega, los tratos son sagrados, y desde tiempos inmemoriales es conocido de todos que hasta que uno no termina de cumplir con su parte, no es merecedor de la recompensa pactada.

Fue de esta forma como los Lecheros acompañaron a Patricio y el Saco hasta la iglesia con el único objetivo de continuar la parranda a costa del tonto del pueblo. Daba verdadera lástima ver aquel grupo de muchachos, alguno de ellos inteligentes y prometedores, haciendo eses por las calles, gritando y cantando todo tipo de obscenidades, con las ropas deshonradas por los lamparones de orujo y apestando a tabaco y alcohol. Luego, ya en la explanada de la iglesia, el Ceremonioso se agarró del hombro de Patricio y el Saco para no caerse, apuntó con el índice hacia el campanario, y le dijo como si estuviera hablando con un criado:

—¡Venga tunante!, sube ahora mismo al campanario, y cuando veas que te hago una señal desde aquí abajo, canta *Lucerito Lindo* tan alto que te puedan oír hasta los grillos de Villavidel, y cuando termines de cantar, no te olvides de recitar la jaculatoria que hemos acordado.

Ante los escrúpulos que comenzó a manifestar Patricio y el Saco, lo paró con una frase propia de su carácter:

—No te olvides que tú eres el puto, y yo soy el amo.

Y después de pensar durante un buen rato, dijo como hablando consigo mismo, pero para que le oyera todo el grupo:

—Tan solo conseguirás el premio que te he ofrecido, si cumples al pie de la letra con todos y cada uno de los requisitos que hemos pactado —y lo dijo convencido de que, efectivamente, habían llegado a suscribir un contrato formal.

Mientras subía las escaleras del campanario, Patricio y el Saco pudo ver

a Gabriel entrando en la iglesia para hacer la señal convenida en el momento de la Consagración, y a pesar de que un sentimiento de culpa le advertía de que lo que iba a hacer atentaba contra sus propios principios, permaneció atento hasta que el Ceremonioso agitó el pañuelo, que era la señal establecida para comenzar a cantar. Entonces, a pleno pulmón y con su voz gangosa y entrecortada, inició un recital esperpéntico de la copla convenida:

—*¡A-diós lu-ce-ri-to lin-do, al-ma y luz de mis sen-ti-dos...!*

Un monaguillo muy joven hizo sonar las campanillas en el silencio reverencial que invadía la iglesia cuando don Jesús María comenzaba a levantar el cáliz de la Consagración, justo en el momento que se escucharon los berridos que salían del campanario, y el sacerdote no pudo evitar quedarse en suspenso, con el cáliz en lo alto, hasta que localizó la procedencia de los cánticos, y le hizo una señal con la cabeza al sacristán para que subiera a la torre a hacer callar al energúmeno que daba aquellos alaridos.

Cuando el sacristán, un hombre de edad pero aún con arrestos y con un carácter temible, llegó al campanario y comprobó que el que cantaba era Patricio y el Saco, estuvo a punto de lanzarlo por uno de los arcos de la torre.

—*¡Pero desgraciado!, —le dijo— ¿sabes lo que estás haciendo?*

Entonces Patricio y el Saco echó la cabeza hacia atrás y se protegió poniendo los brazos delante de la cara, pero cuando comprobó que el sacristán no tenía intención de pegarle, se quedó paralizado, en una especie de catalepsia, mirándolo fijamente con sus ojos de sapo y sin saber qué hacer, y tan solo reaccionó cuando el sacristán le volvió a preguntar por qué daba aquellos berridos:

—*Es que, el hi-jo del al-cal-de, me ha di-cho que si can-ta-ba lu-ce-ri-to lin-do en el cam-pa-na-rio, me da-ba un cuar-te-rón en-te-ro y un real de los gran-des.*

Entonces Máximo, que así se llamaba el sacristán, se asomó por uno de los arcos, y pudo ver a la cuadrilla de borrachos desternillándose de risa al lado de la Cruz de los espejos que esperaba en su peana con brazos a que terminara la Eucaristía para que la sacasen en procesión por el pueblo.

Aquella mañana de Corpus, Jonás el Pulga se tiró de la cama con el humor revuelto porque la parranda establecida en la plaza del Charango le había perturbado el hilo que le unía a la sensualidad del último sueño, sin imaginarse siquiera que aquel iba a ser un día muy especial en su vida. Bajó de mala gana a la cocina de los criados perseguido por el convencimiento de que podía haber aprovechado al menos una hora más al amparo de las sábanas. Luego desayunó las sopas de ajo que le puso en la mesa Angelines, la vieja cocinera y, durante un buen rato, perdió el tiempo jugueteando con el plato y la cuchara sin saber qué hacer. Cuando salió al patio, aún con el runruneo de que podía haber pastoreado un sueño extra, un sol alegre de oro puro le hirió las pupilas y, al cerrar los ojos tuvo el presentimiento, por algún motivo que no se compadecía con sus escasos conocimientos sobre las cosas del río, de que era un buen día para las truchas. Así que se acercó al escondite en el que guardaba los aparejos de pescar, que en realidad no eran más que una rama larga de chopo, un corcho de botella, cinco metros de tanza, tres plomillos caseros y un anzuelo de hierro acerado. Y con todo ello, malhumorado como estaba, tomó camino del río.

Ya con mejor ánimo, vadeó las vías de la RENFE a través la de pasarela peatonal para acercarse a la presa de la fábrica de harinas con la intención de recoger lombrices. Los garbanzos tiernos mandaban al aire aromas salvajes de vegetal fresco y los trigos, mecidos por la brisa, verdeaban el campo en suspiros fragantes. Vio a Trini a lo lejos errando por el huerto mientras tiraba piedras a los gorriones, y se acercó para preguntarle si conocía un buen sitio donde se pudieran coger lambrijas para la pesca. Aunque no era a quién estaba esperando, Trini no tuvo ningún inconveniente en indicarle que en la otra parte del huerto, donde había más humedad, podía coger tantas como quisiera sin mucho esfuerzo.

—Ven —le dijo agarrándole de la mano—. Vamos a por un escardillo.

Jonás el Pulga la siguió intrigado por la familiaridad con la que ella se desenvolvía, pero sin sospechar siquiera las intenciones reales que la movían, aunque pronto se disiparon sus dudas, pues fue entrar en la caseta que Remedios la Tonta había mandado construir para que su hija pasase las noches con Patricio y el Saco, cuando lo agarró por la pechera de la camisa y lo tiró boca arriba encima del camastro y comenzó a desnudarle sofocada por su

propia fiebre y con tanto ímpetu que él no supo por donde escapar. La acometida, desde luego, no se podía interpretar como un arrebató instantáneo, ya que empleó métodos tan precisos y tan bien organizados que a él le quedó la impresión de que estaban premeditados desde mucho tiempo atrás, ya que antes de poderse dar cuenta de lo que estaba pasando, ella lo había descuartizado de la misma forma y usando los mismos métodos con los que se trinchó un pollo al AS, sin darle tiempo a decir ni pío. Así que lo desposeyó de la virginidad sin concederle la oportunidad de defenderse, pues tan solo sintió que algo que se alejaba de su interior le había dejado, sin saber por qué, flotando en el aire.

Trini era una mujer robusta, con unas espaldas que para sí hubiera querido más de un camionero, y con la misma verruga pilosa de su madre en el carrillo derecho. En ella todo era grande: los dientes acaballados, los ojos castaños, los pómulos salientes, el tetamen descomunal, el sexo pétreo, las nalgas excesivas y, además, descuidaba el aseo personal, pero tenía una vocación tan definida para el amor, que entre los innumerables hombres con los que estableció ayuntamiento a lo largo de su vida, ninguno tuvo motivos para pedir el libro de reclamaciones. Aquella mañana el sol tibio que se levantó tras los otros, le había inyectado un ardor tan vigoroso en la sangre, que no hubiera podido contener la ansiedad de acostarse con el primer hombre desperdigado que se encontrara en el camino, sin detenerse en hacer consideraciones físicas ni mentales, bien fuera alto, bajo, guapo, feo, viejo o joven, sin más pretensión que la de remediar el apuro. En realidad, ante la ausencia de Patricio y el Saco, había decidido hacer un único amor de consolación, pero después del primer contacto, aquel muchacho, casi un niño, tan poca cosa, que había aparecido de repente como un regalo del cielo, tenía algo que ella no supo descifrar pero que la había transportado a la séptima galería del paraíso, así que decidió retenerlo en el camastro con juegos que se prolongaron durante toda la mañana. Por su parte, Jonás el Pulga, después de los delirios de las primeras fiebres, permaneció un buen rato en estado de reposo, hasta que los juegos de ella, que le parecieron deliciosos, alentaron de nuevo su virilidad y, sin poder explicárselo, sintió la necesidad imperiosa de volver a experimentar aquella inusitada sensación.

Máximo, el sacristán, una vez que se despreocupó del jolgorio que tenían montado los Lecheros en el atrio de la iglesia, en una reacción propia

de su carácter, agarró a Patricio y el Saco de una oreja, y le reprochó su comportamiento:

—Desde que te conozco te he visto hacer muchas tonterías —le dijo—, pero esta vez te has pasado de la raya.

Y agarrado por la oreja como lo tenía, tiró de él escaleras abajo con la certeza de estar haciendo justo aquello a lo que le obligaba su cargo. Sin embargo, a Patricio y el Saco no le parecía tal, y bajaba del campanario chillando como un gocho en la matanza.

—*¡Suél-te-me la o-re-ja por fa-vor!*—Suplicaba mientras le caían de los ojos unos lagrimones como puños—. *¡Que me la va a sa-car de cua-jo!*

Pero el sacristán se había obstinado en cumplir con lo que estaba convencido que era su obligación, y no lo soltó hasta ponerlo en presencia de don Jesús María.

—Este es el de los berridos— dijo antes de soltarlo.

El sacerdote lo interpeló con una mirada de conmiseración.

—Hijo mío —le preguntó—, ¿por qué has hecho eso?

Pero para entonces Patricio y el Saco había entrado en el estado de catalepsia que le sobrevinía cuando se encontraba ante un peligro ineludible, y no fue capaz de contestar. Así que tuvo que ser Máximo el que respondiera por él:

—Los Lecheros—dijo intentando dar una explicación comprensible en su defensa—, que le han ofrecido tabaco y dinero para que cantara en el campanario, él no tiene la culpa.

Pero don Jesús María hacía ya mucho tiempo que sabía que Patricio y el Saco no tenía culpa de nada de lo que hacía.

—Vete con Dios, —le dijo sin reproche alguno— y no dejes que esa gentuza te estropee la vida.

La mañana se fue haciendo grande, pero Patricio y el Saco no fue capaz de verla crecer porque el episodio del campanario le había desbaratado el ánimo. Por eso, ofuscado como estaba, cuando abrió la puerta de la caseta y encontró a su Trini dando aquellos alaridos y acaballada sobre el cuerpo desnudo de su antiguo compañero de borrachera, creyó que lo estaba fulminando un rayo, y sintió de repente un vacío en el estómago que le subía hasta la garganta impidiéndole respirar. Ofuscado por el dolor que le produjo ver a su Trini en semejante estado de perdición, se dejó aturdir por la consternación, y echó a correr sin dirección preguntándose, desconsolado, si no era preferible caer muerto allí mismo que continuar con aquella vida de mierda que tan solo le traía sinsabores y quebrantos y, mientras corría desorientado, le preguntaba a Dios cuál era el delito que había cometido para que le hubiera puesto a lo largo y ancho de su camino tantos obstáculos y tantas mortificaciones y, preguntando y preguntando, cuando quiso darse cuenta estaba en medio de la plaza del Charango.

Algo definitivo debió de ocurrirle mientras caminaba, pues el sentimiento de rebeldía que había conservado latente en el fondo de su alma a lo largo de toda una vida, salió a flote de repente en una explosión devastadora de juramentos y blasfemias. Se tiró de rodillas al suelo y, mirando hacia el cielo, se sacó del corazón todas las malas palabras que tenía atravesadas en la memoria, incluso algunas que no sabía ni que existían y, en un desahogo impropio de alguien educado en la fe cristiana, bajó hasta la tierra a todos los santos y vírgenes del Cielo. Nunca se acordaba de Dios sino era para rezar y, a pesar de que tenía motivos de sobra para ello, hasta entonces nunca le había pedido nada, ni le había hecho reproche alguno, pero en ese momento se creyó con el derecho de pedirle explicaciones por todas las putadas que le había hecho a lo largo de la vida. Levantó la mirada hacia el firmamento, agarró con fuerza el saco de arpillera con la mano derecha, puso el puño izquierdo en alto, y gritando por primera vez en su vida palabras enteras, sin entrecortarlas y de carrerilla, quiso cobrarle todas las deudas pendientes:

—Vamos a ver —preguntó fuera de sí—, de hombre a hombre, ¿qué te he hecho yo para que me quites lo único que quiero? ¿He cometido algún delito? ¿He sido malo? A ver, dime, ¿a quién he matado?

Aislada en la soledad de su banco, Aurelia Rabadán escuchó los alaridos y el llanto de Patricio y el Saco, al igual que había escuchado la parranda de los Lecheros aquella misma mañana, como escuchaba los martes el barullo del mercado, o como veía pasar los cada vez más modernos trenes de la RENFE en intervalos de diez, quince o veinte minutos, o como sentía la dificultad que trasmitía la vieja locomotora del *Tren Burra* para entrar en la estación, de la misma forma que escuchaba todo lo que ocurría a su alrededor, impávida y taciturna, e inmune a la curiosidad e inconsciente de que a su alrededor la vida seguía su curso. Sin embargo algo, que tenía mucho que ver con una punzada en el corazón, alteraba aquella indiferencia: La presencia de José Ignacio Palacios. Lo llevaba viendo desde siempre cuando entraba o salía de casa, después de casarse acompañado por su mujer y, tras la separación, en solitario, y con tanta más frecuencia detrás del mostrador de la carnicería, a medida que iban pasando los años.

Con el tiempo comenzó a verlo con la neutralidad con la que se ve todo aquello que resulta cotidiano. Después de su fiasco matrimonial lo había

visto deteriorándose poco a poco tras reincorporarse a las parrandas de los Lecheros, hasta que un día cualquiera le pareció otro: De su legendaria mata de pelo tan solo le quedaban unas lanillas grises en los aladares, tampoco había sabido resolver su acuciante subida de peso, y su vientre estirado de siempre comenzaba a parecerse, bajo el mandil de carnicero, al odre de un vinatero, mientras que sus ojos aparentaban ser más pequeños tras los pómulos hinchados. Y de tanto verlo marchitarse poco a poco, terminó por no relacionarlo con el ser detestable que la había conducido al estado de degradación en el que se encontraba, pues en su estado definitivo de melancolía, no alcanzaba a comprender que la memoria del corazón acostumbra a persistir en el vicio de hacer trampas para borrar los malos recuerdos mientras que se empeña en idealizar los buenos, y tan solo lograba evocar aquellos días, bañados de dicha frente a la cristalera de la sala de estudios, que era la única en la casa solariega que no le ponía trabas al sol en los tiempos de “su madre”, cuando don Laurindo la explicaba que Ordoño II fue uno de los hijos del primer rey leones, o que la raíz cuadrada de dieciséis es cuatro, o que el río Tajo nace en la Sierra de Albarracín y desemboca en el Mar de la Paja.

Aquellos tiempos de enseñanzas apacibles en la casa solariega no constituían tan solo su recuerdo más antiguo, sino el único. Los otros, los amargos, los que tenían que ver con sus dieciocho años en la clausura o con la muerte de sus padres, incluso los días de vino y rosas en compañía de José Ignacio Palacios, no era capaz de ubicarlos en ningún tiempo ni en ningún lugar, porque le removían el recuerdo de la ruptura. Por eso, los momentos felices formaban un único recuerdo, sin nostalgia pero verdadero, y regresaban apacibles a la memoria cada vez con más claridad.

Y así se le fueron los años, navegando hacia el final en una barca sin pasado ni futuro por el río pacífico de la soledad, desgastándose poco a poco, como una vela que, por descuido, se quedó encendida cualquier noche sobre la palmatoria. También el pueblo se fue consumiendo poco a poco. En realidad fue la consecuencia de la defunción del Tren Burra, que murió aquejado de una enfermedad que la comunidad científica le dio, más adelante, el nombre de obsolescencia.

Así fue, el empuje imparable del moderno transporte por carretera, le

ganó de repente la partida al obsoleto tren de vía estrecha y, la caída de ingresos por la pérdida de competitividad propició, en los sesenta, que los propietarios de la Sociedad Española de Ferrocarriles Secundarios, decidieran poner fin a la vida del Tren Burra. Ya a finales de los cincuenta, en paralelo a la mejora radical que se produjo en el abastecimiento de los productos básicos, la lacra del estraperlo se fue diluyendo como un azucarillo en el café, para terminar desapareciendo y, con ello, el pueblo entró en una espiral de decadencia que no encontró fin. Su declive se produjo sin prisas, pero sin pausas. Aunque la merma de viajeros no fue alarmante en los primeros tiempos, los vagones del Charango llevaban cada vez menos mercancía, hasta que llegó un momento en el que ésta se hizo testimonial. Por el mismo motivo, la estación de la RENFE perdió la importancia que tuvo siempre en el ámbito de las comunicaciones ferroviarias. Al no tener cereal que trasbordar, los trenes dedicados tan solo al transporte de mercancías terminaron por no parar en la estación del pueblo y, más tarde, a medida de que fue mermando el número de estraperlistas, disminuyó de forma progresiva el tránsito de viajeros por lo que, poco a poco, tanto los expresos como los mercancías fueron dejando de hacer escala en la estación del pueblo, hasta que llegó un momento en el que solamente paraban los trenes de cercanías y, por fin, de éstos, tan solo se detenía alguno, pero siempre a horas concretas. Por todo ello, se cerraron los talleres de reparación, los muelles, los almacenes, los tinglados, y aquella población que en su día llegó a estar considerada como uno de los nudos ferroviarios relevantes de la Península, quedó reducida a un villorrio de la mala muerte, para terminar desapareciendo de los mapas ferroviarios. Incluso el mercado de los martes, que durante muchos años constituyó el centro neurálgico de toda clase de mercaderías en la comarca, terminó por desaparecer en el mes de febrero de mil novecientos sesenta y dos.

La única industria que seguía funcionando en el pueblo, y además a un buen nivel, era la fábrica de harinas. Don Laurindo, siguiendo los criterios empresariales de su antiguo patrón, había conseguido mantenerla en los primeros lugares dentro del escalafón de las harineras españolas. Pero la vida de don Laurindo se iba extinguiendo como todo en aquella población fantasmal. La plaza del Charango, en otro tiempo corazón del pueblo, se parecía demasiado a un decorado abandonado de cine donde, rodeando la magnificencia de la casa solariega, tan solo quedaban los esqueletos de los

edificios vencidos por la maleza. Las fondas fueron cerrando una tras otra, y la carnicería Palacios fue el único establecimiento que quedó abierto en todo el pueblo junto a la tienda bar del Pata donde lo mismo se podía tomar un café con magdalenas como comprar un orinal de porcelana. Daba pena ver la estación del Charango, una verdadera joya arquitectónica que antaño había constituido uno de los edificios ferroviarios más encantadores dentro de los tantos y tan bonitos que hay por toda la geografía española, como el tiempo y la rapiña la habían convertido en un macizo desabrido de ladrillos sin puertas ni ventanas y con el tejado a pique de venirse abajo.

La fidelidad de don Laurindo no tuvo límites. Vivió sus últimos veinticinco años, con el único objetivo de procurar que a su muerte la hacienda de su ahijada no sintiera merma alguna. Se valió de sus muchos y buenos contactos para seleccionar, entre las dos docenas de candidatos que le proporcionaron, al economista que había de sucederle en la dirección de la fábrica y en la administración de la hacienda, hasta que encontró al hombre que le inspiró la confianza necesaria para asumir con lealtad el cargo.

Se trataba de Prudencio Riesco, un hombretón calvo y con un bigote hirsuto y negro que, tan solo tres años antes, había salido de la cárcel en la que había cumplido condena por haber matado a tiros a su mujer y al amante de ésta una mañana en la que, aquejado de un fuerte dolor de muelas, regresó a casa antes de tiempo y los encontró retozando en su propia cama. Al igual que hizo con el resto de aspirantes, don Laurindo lo estudió a fondo, y llegó a la conclusión de que el sentido de la honorabilidad de Prudencio Riesco, su inquebrantable fidelidad a los principios de integridad, dignidad y desinterés para obrar según le dictaba su conciencia, aparte de su eficiencia, le hacían merecedor de toda su confianza. En realidad lo eligió porque, desde un punto de vista ético, podía pasar por clon suyo. Tenía su misma rectitud, su mismo rigor en el trabajo, su misma seriedad para tratar los asuntos importantes y, sobre todo, estaba imbuido del mismo sentido de honradez que a él le había adornado durante toda su vida.

La mañana en la que la muerte pisó la entrada de su casa, don Laurindo se levantó con una tos seca, con dolores en el pecho y con un pitido al respirar que confirmaba sus sospechas de que algo andaba mal por los pulmones, pero no se alarmó. Hacía tanto tiempo que convivía con un enfisema pulmonar de

fumador empedernido que apenas le permitía andar, que ya no le inquietaba. Desayunó sentado a la mesa enfrente de la ventana que daba a la plaza del Charango, como lo hacía desde siempre, el café con leche y las tres galletas maría que le puso Petra, la sirvienta que hacía las labores de la casa desde que Virtudes se fue a mejor vida. Ante la taza humeante, mientras desayunaba, miró por la ventana, y pudo ver a su ahijada sentada en su banco dejándose mojar por las lluvias torrenciales de noviembre.

—Caen chuzos de punta —murmuró.

—Es el otoño —le contestó Petra.

Miró hacia la sirvienta en la penumbra del comedor, y tan solo vio una figura difuminada que parecía no existir en realidad, y le invadió un sentimiento de tristeza, pues se acordó que un día, hacía ya muchos años, él hizo aquel mismo comentario y, Virtudes, al igual que lo había hecho en esos momentos Petra, le contestó:

—¡Es el otoño!

Al termino del desayuno sintió el agobio de tener todo un día por delante sin nada que hacer, y se acordó de que no había tomado la medicina de la artrosis. Se fue a la habitación a por el medicamento y, al pasar frente al espejo del comodín, miró al anciano que se reflejaba en él, y lo único que advirtió distinto a lo que veía todas las mañanas fue que llevaba una barba blanca de más de tres días. Pensó en llamar al chofer para que le llevara a León con el fin de dejarse afeitar por su barbero de siempre que, tiempo atrás, había trasladado su negocio a la capital, pero desistió convencido de que era mejor dejarlo para el día siguiente. Se fue al salón atormentado por las hemorroides que, por alguna razón, aquella mañana se habían convertido en auténticos instrumentos de martirio y, rendido por el cansancio, se dejó caer en uno de los sillones del tresillo y, durante un buen rato, se quedó inmóvil mirando a la pared con los ojos extraviados. Luego cogió de la mesa baja un libro que tenía señalado con un folleto de propaganda por la página treinta y cuatro, y leyó las letras grandes de la cubierta: Camilo José CELA, *La colmena*, RBA editores. También cogió las gafas para corregir la presbicia, pero no llegó a ponérselas porque la imaginación se le fue tras algunos asuntos tan viejos que apenas los recordaba: Se acordó de cuando llegó al pueblo

recién licenciado y lleno de ilusiones. Se acordó del desorden administrativo que sufría la fábrica de harinas hasta que se hizo cargo de ella don Aurelio, por el que siempre sintió verdadera devoción, respeto y un profundo agradecimiento a pesar de que no se le escondía su falta de humanidad.

Se acordó de su boda con Virtudes y de cuánto la había querido. La nostalgia también le llevó a acordarse de la felicidad que le habían proporcionado los años en los que ejerció como profesor de Aurelia Rabadán y el dolor que le causó la noticia de que la iban a encerrar en la clausura y, sin darse cuenta, unas lágrimas salobres le rodaron por las mejillas cuando se acordó de las desgracias que le acontecieron a su ahijada tras conocer y haberse enamorado del maldito carnicero.

Mientras las añoranzas le iban anulando el pensamiento, sintió que tenía ganas de orinar y decidió ir al váter pero, al intentar levantarse, se dio cuenta de que ya no era necesario, y le invadió un sentimiento de vergüenza tan grande que hubiera preferido que se lo tragara la tierra antes de pasar por el bochorno de que Petra se diera cuenta de que se lo había hecho en los pantalones. Entonces se acordó de que, en líneas generales, la vida le había tratado bien.

Al terminar de hacer la comida, Petra puso el mantel en la mesa del comedor, colocó los cubiertos encima de la servilleta a la derecha del plato, volvió a la cocina a por la panera, el vaso y la jarra del agua y, después de colocarlo todo encima de la mesa, se dirigió al salón para advertirle a don Laurindo que ya era la hora de comer y, cuando abrió la puerta, no pudo reprimir un grito:

—¡Santo Dios! —Exclamó—. ¡Está muerto!

Cuando a mediodía, atosigada por el hambre, Aurelia Rabadán se levantó de su banco y se dirigió a la casa solariega con la intención de comer, no reparó en el grupo de personas que taponaban la entrada de la casa de don Laurindo, y tuvo que ser Nievinas quien la informara de su muerte, Aunque el ama de llaves tuvo la impresión de que su señora no se inmutaba en el momento de darle la noticia. Pero mientras sorbía la sopa en la mesa grande del comedor pareció tomar conciencia de la realidad y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, se le llenaron los ojos de lágrimas.

También lloró en el funeral que se celebró al día siguiente y al que asistieron numerosas personalidades de la provincia, sobre todo del mundo empresarial, pues don Laurindo se había ganado a pulso, a través de toda una vida profesional de eficiencia y honradez, la estima y el reconocimiento de todos los que tuvieron la oportunidad de hacer negocios con él. Todo aquello que tuvo relación con las exequias fue organizado por Prudencio Riesco, el cual hacía mucho tiempo que había tomado las riendas, con muy buen pulso, de todo lo que tenía algo que ver con la hacienda de los Rabadán. Dispuso un funeral sin estridencias, pero muy sentido, y su sencillez además de contribuir a resaltar la emotividad del acto, dejó constancia del cariño y respeto que todos sentían hacia don Laurindo. Una vez concluido, Prudencio Riesco pudo ver a Aurelia Rabadán saliendo del cementerio mientras caminaba bajo la lluvia, y se bajó del Hispano-Suiza para abrirle la portezuela de atrás.

—Doña Aurelia, —dijo— Hágame el favor de subir al coche, de lo contrario se va a empapar.

Ella contestó sin detenerse con la primera frase completa que pronunció desde el día de la boda de José Ignacio Palacios:

—No es necesario, así voy bien.

Luego, sentada en su banco y empapada como estaba, sintió un nudo en el estómago porque, por primera vez, cayó en la cuenta de que don Laurindo había sido la única persona honesta con la que se había topado a largo de la vida, el único que la había querido con el amor desinteresado de los que no esperan nada a cambio, y esta certidumbre le sorprendió en un momento en el que se creía a salvo definitivamente de cualquier remordimiento. Pero no era así. A medida de que corría el tiempo su memoria se iba desembarazando del velo de luto que la envolvía, pero no para aquello que acaba de ocurrir, sino para todo lo que tenía que ver con lo que había sucedido hacía mucho tiempo, comenzando por los recuerdos más antiguos.

Se acordaba con absoluta claridad, por ejemplo, de su infancia sin luz encerrada en la casa solariega sin más compañía que la que le prestaban por caridad las mujeres del servicio, incluso se acordaba del físico y el nombre de todas ellas. Se acordaba, por supuesto, de Evaristo Tajadura, el nefasto preceptor que trajeron desde León, cuya sola presencia le producía un

malestar insuperable en la conciencia. Pero sus recuerdos más agradables fueron siempre los días sustentados por la sabia pedagogía de don Laurindo, y entonces le sobrevinía un sentimiento de culpa que le hacía estremecerse porque se acordaba de que, a pesar de todos sus desvelos, jamás tuvo el menor gesto de agradecimiento hacia él. Y esta revelación le iba corroyendo poco a poco las entrañas.

Cuando la costumbre le advirtió de que era la hora de comer, se dirigió a la casa solariega perseguida por la sensación de haber perdido la vida en una secuencia de batallas inútiles. Al llegar advirtió que Nievinas aún no había llegado del entierro, así que subió a tumbarse en la cama mientras esperaba a su ama de llaves, pues nunca comía si ella no le servía. Al pasar frente al ropero abierto, Aurelia Rabadán descubrió en el espejo, con el corazón hecho trizas, los estragos que el tiempo había causado en su cuerpo. Apenas si se reconoció en la luna del armario. Las arrugas se habían hecho dueñas de la piel que parecía hecha de vegetal marchito, y su cifosis acuciante que venía de antiguo, le daba un aspecto crepuscular.

Se echó en la cama encima de la colcha, vestida y con zapatos, y al momento se quedó dormida. Soñó con una niña que estaba rezando de rodillas a los pies de una cama en una celda cualquiera de un convento que no pudo identificar, pero que tenía las paredes blancas. De pronto se abrió la puerta y entró una joven que, en realidad, era la misma niña pero cinco años mayor. La niña desapareció y su lugar lo ocupó la joven. Poco después se volvió a abrir la puerta y entró una mujer adulta pero aún en plena juventud, que era la misma joven que estaba rezando de rodillas, pero cinco años mayor, y la secuencia se repitió otras dos veces hasta que la mujer que estaba rezando tenía treinta años, y entonces entró en la habitación una monja con el hábito de las Siervas de María que se parecía demasiado a sor Sulpicio, y la dijo algo al oído, y a la mujer le empezaron a salir de los ojos tantas lágrimas que en muy poco tiempo inundaron la habitación, y la mujer y la monja, nadando entre las lágrimas, no eran capaces de encontrar ninguna salida porque la habitación no tenía ni puerta ni ventanas. Poco después, cuando Nievinas llamó a la puerta, Aurelia Rabadán se despertó con los ojos irritados de tanto como había llorado.

Comió sin apetito y, como era su costumbre, al terminar se fue derecha

a su banco, y permaneció toda la tarde en él llorando y pensando en la niña que rezaba en un convento arrodillada a los pies de una cama.

La vida se le fue escapando en aquella rutina perniciosa que tan solo conducía al desamparo: se levantaba cuando el Húngaro aún no había llegado a la estación, desayunaba media docena de galletas maría mojadas en el café con leche, se dejaba vestir por Nievinas con el mismo atavío estrambótico de siempre, y le preguntaba: «¿cómo estoy?» Y el ama de llaves, a la que el tiempo también le había pasado por encima, y apenas era un montón de huesos forrados con una piel rugosa que se resquebrajaba con el primer contacto, pero aún con ánimos para llevar el timón de la casa, le respondía con la misma cantinela de siempre: «está usted muy guapa, señora». A ella, también como siempre, se le iluminaba la cara con una sonrisa de satisfacción que no le cabía en la boca, y salía a la plaza del Charango como si fuera a comerse el mundo, y tan solo iba a sentarse en su banco, y en él permanecía a sol y sereno hasta que la costumbre le decía que era la hora de comer. Luego, después de una breve siesta, volvía a su banco hasta el anochecer.

José Ignacio Palacios tenía la costumbre de observarla a través del ventanal de la carnicería. En realidad, apenas hacía otra cosa, no por un interés especial, sino porque necesitaba entretener una ociosidad que, por la falta de clientela, cada vez se hacía mas acuciante. Al principio, cuando la veía en su banco justo después de la ruptura, se le atravesaba un nudo de culpa en el alma, pero poco a poco fue aprendiendo a convivir con el remordimiento, sin que el corazón sufriera al verla ningún latido de más ni de menos. Muchos años después, cuando casi se había olvidado de que en otro tiempo la había amado, un atardecer cualquiera fue a cerrar las ventanas de la carnicería antes de que se descompusieran los nubarrones que amenazaban desde el cielo, y vio a Aurelia Rabadán en su banco como siempre, pero no la vio como era entonces: vieja, con su abrigo estrafalario y su cara pintada como la de un payaso, sino a la edad inquietante de sus treinta años, insinuante y fresca, en aquel día lejano en el que la besó por primera vez en el pajar de la finca de la Majada.

Se atrevió a hacerse un reproche al admitir que la vida le hubiera ido mucho mejor si aquella tarde de su infortunio hubiera seguido los consejos acertados de Venancio el Tragacorazones, y en vez de dirigirse hacia la casa

solariega para romper su compromiso, se hubiera vuelto a su casa a consultar con la almohada qué era lo que más le convenía. De todas formas, tuvo que admitir que se hubiera arrepentido de igual manera de haberse decantado por cualquiera de las dos opciones pues, a pesar de la tragedia de su matrimonio, aún echaba de menos a María de Deus Gomes, sobre todo echaba de menos su risa contagiosa, su cuerpo de diosa y sus amores trepidantes, pero lo que también echaba en falta eran los días de vino y rosas con Aurelia Rabadán, la dulzura de sus besos y, sobre todo, sus amores desaforados. Por eso, las noches frías en la soledad de su cuarto, maldecía su falta de juicio y su empecinamiento, a pesar de las advertencias y buenos consejos de todos los que le querían, de casarse con quien no debía haberlo hecho, y si hubiera podido dar marcha atrás, no le cabía la menor duda de que hubiera optado por tomar la decisión contraria a la que tomó en su día.

Sin embargo, Aurelia Rabadán, indemne a todo lo que ocurría a su alrededor, continuaba en su banco del olvido día tras día, absorta en su intento de descifrar los jeroglíficos imaginarios impresos en la puerta de la carnicería Palacios. De repente, y sin venir a cuento, se acordó de una mañana de noviembre con cinco centímetros de nieve congelada en el suelo cuando se volvió a sentar a su lado la niña rubita de siempre, con su aspecto enfermizo y sus ojos azules y grandes, tan grandes que se podía decir que eran unos ojos a los que les habían pegado una niña detrás. Se acordó de que puso sus ojos oscuros en los ojos azules de la niña y, por algún motivo que no hubiera sido capaz de explicar, se encontró acompañada por primera vez desde el día de la ruptura. Segismunda, que jugaba con una medalla de la Milagrosa que llevaba amarrada al cuello a través de una cadenita de plata, se sintió tan a gusto bajo la amplia sonrisa de la mujer del abrigo de armiño que contraviniendo cualquier principio metafísico, conculcando cualquier fundamento de la razón, vulnerando cualquier explicación científica, y quizás por intercesión del mismísimo Espíritu Santo, pronunció las primeras y únicas palabras que habría de pronunciar a lo largo de su vida:

—Mi madre dice que estás loca.

Aurelia Rabadán volvió a poner sus ojos en la niña, pero esta vez la envolvió en una mirada de sorpresa. Luego pensó durante un buen rato como si no encontrara el motivo de aquella afirmación, negó con la cabeza, y contestó

por fin:

—No hijina, —dijo— no estoy loca. Estuve loca ayer, pero fue por amor.

Era diciembre de mil novecientos setenta y nueve, y no había dejado de nevar desde hacía diez días. La nieve había tapado las puertas e incluso las ventanas de las plantas bajas, y los vecinos tenían que trabajar a fondo con las palas para poder salir de sus casas y, por algún motivo extraño, aquella mañana Aurelia Rabadán tuvo conciencia de los estragos que el óxido del tiempo habían causado en su cuerpo, de los surcos en la piel por el maltrato de la intemperie, de su extrema delgadez (apenas pesaba treinta y cinco kilos), de su hígado cirrótico y del glaucoma galopante que le había amansado hasta límites insospechados la mirada fulgurante de antaño, y para entonces apenas era un soplo bajo la luz del día. Como venía haciendo desde hacía treinta y seis años, después de desayunar se vistió de la forma en la que lo hacía siempre, y tomó posesión de su banco frente de la carnicería Palacios. Se sentó como lo hizo desde el principio, sin otro objetivo que esperar a que concluyera el día.

En treinta y seis años fue ajena a todo lo que ocurrió tanto en su entorno como en el resto del mundo: no le llegó noticia alguna de la Segunda Guerra Mundial ni del genocidio judío, ni de que dos aviones del país más poderoso del mundo, en una acción criminal sin parangón en la historia de la humanidad, habían lanzado dos bombas en las ciudades de Hiroshima y Nagasaki asesinando a cientos de miles de personas. Tampoco supo nunca que un hombre había pisado la luna, ni de que cuatro muchachos de Liverpool provocaron un giro radical en las costumbres de la música. Nunca llegó a sus oídos que el Dictador había muerto como lo hacen todos los hombres alguna vez en la vida, y tampoco llegó a conocer la existencia de una banda criminal que asesinaba, secuestraba y aterrorizaba a los españoles en aras de una entelequia que había inventado el Nacionalismo Vasco falsificando la historia.

Remedios la Tonta, viuda desde hacía mucho tiempo, estaba echando alfalfa a los conejos cuando descubrió, a través de los copos de nieve, una bandada de gajos volando a ras de suelo y no le quedó duda alguna.

—Tenemos muerto en el pueblo. —murmuró— Y caminó renqueando

hacia la casucha, pues también a ella le habían pasado los años por encima. Metió la cabeza por el agujero de la manta convertida en poncho y se dirigió a las estaciones con pasitos cortos. No tuvo necesidad de avanzar más. En cuanto entró a la explanada que da acceso a la plaza del Charango, supo de quién se trataba. Aurelia Rabadán no se encontraba en la posición de siempre, sino que estaba recostada sobre la parte izquierda del cuerpo pero con las piernas dobladas como si estuviera sentada. Al acercarse, Remedios la Tonta se dio cuenta de que era un bloque compacto, como un témpano de hielo con figura humana.

pedrotijeraal@hotmail.com